LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
16 JULIO 1941



En este número, una obra famosa:

COLOMBA, novela de **PROSPERO MERIMEE.**

COMO SE ENGAÑA A LAS MUJERES un cuento de **TEODORO DE BANVILLE.**

y **UN JUGADOR,** relato célebre de **PAUL BOURGET.**

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 78.920

ESMERALDA 116
U. T. 34 - 4067 - Buenos Aires

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

AÑO VIII ▪ N.º 170
16 JULIO 1941

Sumario

Págs.

DIEZ HISTORIETAS, QUINCE CHISTES y NUMEROSAS ILUSTRACIONES Y FOTOGRAFIAS DE BERNABO, FAIRHURST, VALENCIA, VILLAFAÑE, ANGEL CASTELLANO, PEDRO CONESA, J. PODESTA, F. ROMERO, etc.

HACIA LA SILUETA IDEAL se titula la sugestiva nota gráfica que aparece en la página 8 del presente sumario, y a la cual corresponde esta espectacular fotografía.

Lea en la página 40, VIAJE ALREDEDOR DE NUESTRO PAISAJE, una encuesta local.

"¿Que se corta madera del bosque?... — dijo, temblándole la voz. Volvió brusco la espalda a su segundo y se alejó". (Del cuento EL CABECILLA, de JACINTO RAMOS, pág. 34).

En el próximo número, dos obras famosas:

LA PESTE ESCARLATA por JACK LONDON | **EL HOMBRE DE LA ARENA** por ERNESTO T. G. HOFFMAN

y cuatro cuentos célebres:

DIRECTOR INTERINO, por MARK TWAIN.
EL NIÑO ESPIA, por ALFONSO DAUDET.
EL PADRE, por GUY DE MAUPASSANT.
EL RETRATO OVAL, por EDGARD ALLAN POE.

"LEOPLÁN" aparece el 30 de julio

Estampas cordobesas

CÓRDOBA, la hermosa provincia argentina consagrada ya defini- vamente como indiscutido centro de turismo, asoma a estas pá- ginas la belleza incomparable de sus paisajes a través de seis magníficos enfoques, obtenidos recientemente por Gonzalo Fernández, un viajero que llegó a aquellos parajes con la máquina en ristre



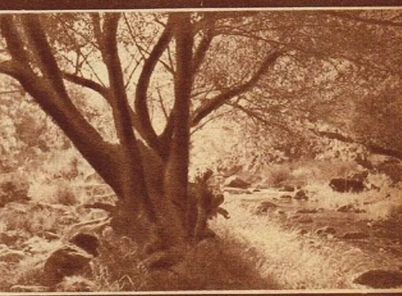
Desbordando sus aguas de cristal por entre peñas y arbustos, se encuentra, en el fondo del valle, esta encantada laguna, remanso de paz, a la que los serranos denominan "La toma".

Sorprendidas en plena noche, estas delicadas flores de cacto rindieron al objetivo toda la hermosura de su efímera existencia. La fotografía fué obtenida con ayuda de una linterna.

el alma abierta a todas las sugestiones de la belleza. Cada una de esas fotografías revela un aspecto nuevo y distinto de Valle Verde, uno de los más sugestivos y maravillosos lugares que encierra la provincia, cuyos escondidos y apacibles rincones, aun agrestes, se ofrecen al turista plenos de magníficas perspectivas panorámicas. ◈



Trotan las mulas, camino hacia la estancia, sobre un colchón de polvo ardiente, y tras ellas levántase una nube blanquecina, que pone como un velo tenue en la exuberancia vegetal del magnífico paisaje.



La mágica belleza de este rincón del río La granja bien merece los honores de la tela y el pincel. Tal lo que hizo Gonzalo Fernández, cambiando a una por el negativo y a otro por la cámara fotográfica.



Un cuadro típico de las serranías cordobesas: dos muchachos acarreando leña del monte en sendos burritos de la región, cachazudos pero seguros. Flota en este enfoque un ambiente irresistible de calma y de molicie...

Saliendo ed Valle Verde, camino a Ascochinga, el fotógrafo tropezó con este ranchito, escondido bajo los árboles de la sierra. Y le pareció tan íntimo y tan acogedor, que lo registró en seguida con su cámara.



De tal palo, tal astilla...

José Randazza, un chico de Gloucester, Massachussets, fué para su mamá un regalo de la navidad de 1929. ¡Y qué regalo! ¡Ciento treinta y tres kilos a los doce años! Al nacer, José pesaba ya ocho kilos, por lo que es de imaginar que la cigüeña habrá tenido que pedir ayuda para llevar semejante obsequio, al que seguramente no pudo introducir por la chimenea... Claro que José, puesto en tren de acumular kilos, no paró en ésas, y al año de edad había alcanzado los treinta y tres kilos, y a los dos años, cuarenta y siete. Desde entonces, la vida del rollizo *bebé* se convirtió en un constante acumular materia grasa en su dilatada humanidad, que hoy es el terror de cuanto mueble debe soportarla. En la actualidad, José se halla en edad escolar, y, naturalmente, vá a la escuela. Lo que hace allí podrá verlo el lector en tres de las cinco fotos que integran esta nota gráfica. De las otras dos, la primera muestra al culpable de todas las vicisitudes de este ogro moderno, y la segunda, presenta al "nenito" en su casa. ¡Como para no creer en aquello de "De tal palo..."

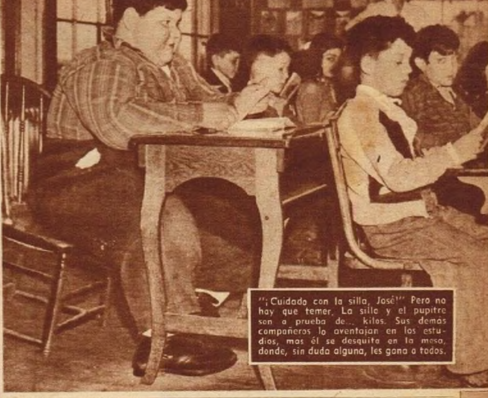


Este es el papá de José

En su casa, José estudia la lección del día. "¡Caramba... qué difícil es esto! Si tan siquiera se tratara de algo relacionado con las comidas...", parece decir. Porque este chiquillo de doce años no piensa más que en comer



Una de las cosas que más agradan a José en la escuela es utilizar la maquinita de sacar punta a los lápices. Dice que le recuerda la máquina de hacer embutido. Además, el médico le ha recomendado mucho ejercicio...



"¡Cuidado con la silla, José!" Pero no hay que temer. La silla y el pupitre son a prueba de... kilos. Sus demás compañeros lo aventajan en los estudios, mas él se desquita en la mesa, donde, sin duda alguna, les gana a todos.



Para este émulo de Primo Carnera, el estudio presenta problemas especiales. Por ejemplo, acercarse al pizarrón. Su maestra, Polly Hull, dice que en la escuela, José es un chico *muy pesado*...

Hacia la silueta ideal



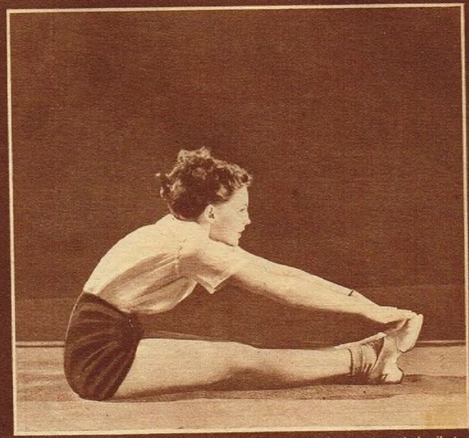
La buena apostura es consecuencia de una sólida columna vertebral, y Joan Brooks asegura que, para adquirirla, hay que ejercitar esta posición.

PIERNAS finas, bien torneadas; cintura delgada y cimbreante; hombros bien plantados; curva dorsal bien dirigida; músculos elásticos; carnes sólidas; piel sana y fresca, y, sobre todo, como natural consecuencia de lo anterior, agradable expresión en el rostro y alegría en el temperamento. Este es uno de los grandes sueños de todas las mujeres... y de los hombres... ¡Porque con mujeres así soñamos todos! Colaboremos entonces en la realización de este hermoso sueño. He aquí una página que puede enseñar mucho. Miss Joan Brooks es maestra en la transformación hacia la belleza, habiendo comenzado por sí misma. No hay más que verla. Siga, pues, sus ejercicios la que desee poseer una figura igual.

Hombros bien plantados y busto bien hecho se logran con este ejercicio, que consiste en cambiar de lado la posición repetidas veces y con cierta energía.



Apoyada sobre la cabeza, los hombros y los codos, hay que mover las piernas como si se anduviera en bicicleta, con lo cual se embellecen las piernas y las caderas.



La elasticidad en los músculos dorsales es de suma importancia en el logro de la silueta ideal, y para conseguirlo hay que repetir metódicamente, y a diario, el conocido ejercicio de tocarse las puntas de los pies con las manos, sin doblar en absoluto las rodillas.

Con las piernas cruzadas al estilo oriental y los brazos extendidos hacia adelante, hay que tocar el suelo alternativamente con ambas manos. Esto da soltura al dorso.



Malta, la pintoresca isla mediterránea, hoy tan de actualidad, se asoma a esta nota gráfica en cinco hermosos enfoques. Este muestra una manada de cabras pasando por uno de los típicos caminos que abundan en la región.



El nombre de La Valetta, capital de la isla, se hizo muy popular [illegible] mucho tiempo. Esta vista pertenece a una de las pintorescas calles del [illegible] portuario, frente a la hermosa bahía, vestida por el sol radiante del [illegible]

Malta

Aspecto original de una de las carreteras de la isla, bordeada de muros de piedra, por la que transitan sin cesar muchos vehículos de tracción a sangre, todavía los más comunes en toda Malta.



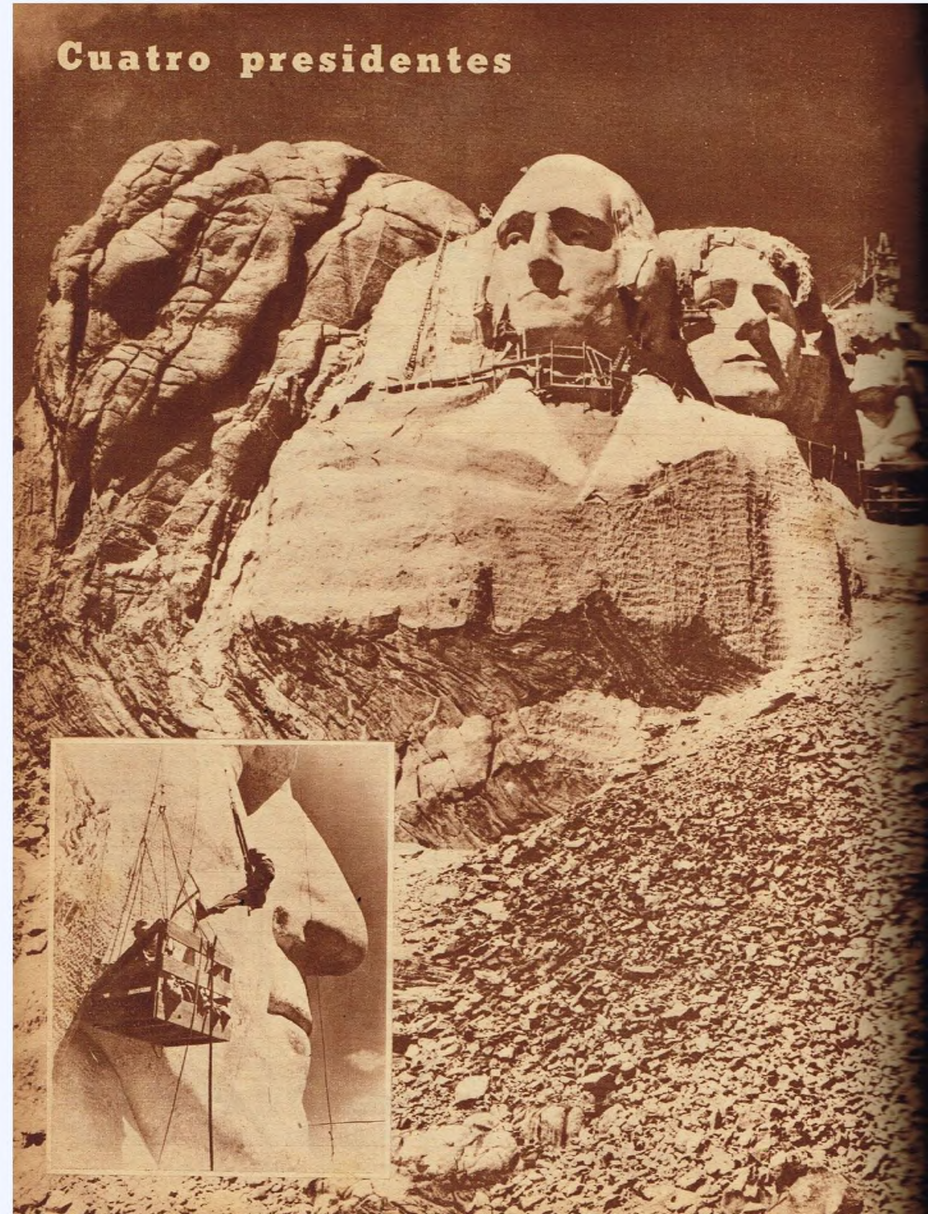


He aquí una curiosa construcción exclusiva de La Va-lletta: un ascensor que utiliza el público para salvar el desnivel existente entre el puerto y la ciudad.

Un grupo de botes con algo de góndolas, típicos de la isla de Malta, aparecen en esta fotografía en momentos en que surcan las aguas quietas y azules del Mediterráneo, frente a los muros de la fortaleza, que son como un hito de siglos entre el pasado y el presente.



Cuatro presidentes



Esculpidas en el granito de las Colinas Negras de Dakota, Estados Unidos, las figuras de Jorge Wáshington, Andrés Jackson, Teodoro Roosevelt y Abraham Lincoln, los más grandes presidentes de la Unión, quedan fijadas en una inmortalidad que podemos llamar definitiva. Las civilizaciones que nos sucedan, sin ningún nexo directo, como nosotros sucedimos a las anteriores, encontrarán motivos de hondas cavilaciones en estos gigantescos rostros, de expresión severa y tranquila, representantes de los más elevados pensamientos de la cultura occidental. Este monumento del monte Rushmore, comenzado hace catorce años por Gutzon Borglum, el cual murió en marzo de este año sin haber terminado su obra maestra, es continuado por Lincoln Borglum, de veintiocho años de edad, hijo del gran escultor desaparecido.



Nace un "crack"

Un alumno efectuando una práctica de **tackle**. Su técnica no es perfecta, pero tiene muchos años aun para perfeccionarse en esa jugada.

Futuras estrellas del fútbol ameri[illegible] no, un numeroso grupo de jóvenes [illegible] colares aprenden desde temprana [illegible] las complicadas reglas del atlético [illegible] go. Aquí se los ve recibiendo instruc[illegible] ciones de un entrenador profes[illegible]

El rostro enlodado de este *forward* dice de la rudeza del juego. Pero él está muy orgulloso de su actuación.





Bill Gregory, otro de los escolares futbolistas, socio del "Club del lobo", sorprendido en una pose, afirma que su ambición es jugar para el ejército "cuando sea grande".

Uno de los entrenadores profesionales de los escolares, iniciando en las reglas del club a un grupo de novatos. Observados por los veteranos, y con inusitada seriedad, ellos escuchan atentamente las instrucciones del *coach*. Como puede verse por el letrero, una de los diez reglas principales del club es la honestidad.



REPORTAJES EN EL ZOOLOGICO

Donde el bisonte clasifica a Búfalo Bill como el enemigo público N.º 1 de su especie



Escribe **Darío Quiroga**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

DIBUJO DE VILLAFAÑE FOTO DE CASTELLANO

PARECE venido de la cueva de Altamira. Los miles de años que le separan de su antecesor español, cuya imagen los hombres paleolíticos nos dejaron plasmada en forma tan espléndida en las paredes de aquélla, semejan haber transcurrido vanamente. Le ha sido menester, sin embargo, emigrar hacia el oriente, cruzar el estrecho de Behring, atravesar las heladas estepas canadienses y descender, al cabo de siglos, a las templadas praderas pobladas por los pieles rojas, para poder llegar — cautivo — hasta el zoo, adonde acudo a entrevistarlo.

En cuanto me acerco, embiste las rejas. No son topetazos dados con alma y vida, sino más bien un poco teatrales: justo lo necesario para hacer temblar la verja y advertirme que estoy frente a un individuo que nadie pudo domesticar. Se enorgullece de ello con un si es no es infantil. Ya lo decían los antiguos cazadores:

—Es bravío, pero no feroz.

Lo cual no impedía, por otra parte, que se mantuvieran a buena distancia de él, porque su coraje y sus ansias de libertad eran, y son, inconmensurables. Lo noto aún en sus ojos, que me miran malignamente mientras resopla con enojo. Tiene los morros dilatados, el hocico húmedo y lampiño como el de las vacas; la cara, la frente, el cuello y la parte delantera del cuerpo están cubiertos con una melena tupida, semejante a la del león, pero más corta y rizada. Los cuernos, cortos y hacia arriba, son huecos, circunstancia ésta que lo sitúa en la familia de los *cavicornios*, que comparte con los demás bovinos, los ovinos y antilopinos.

Como su actitud conmigo dista mucho de ser cortés, para castigar esa conducta como merece, le pregunto a boca de jarro:

—¿Qué me puede contar de Búfalo Bill?...

El disparo resulta tan certero que la mirada selvática de este magnífico representante de los mamíferos artiodáctilos (por tener sus dedos en número par) se transforma de inmediato en la dolorosa expresión de un ser acongojado. Hasta se le llenan los ojos de lágrimas.

—¡No me hable de ese miserable! ¡El y todos los que eran como él exterminaron nuestra raza! ¡Eramos antes tantos y tan felices!

Es el momento psicológico de las confidencias, y aprovecho su estado emocional para obtener noticias de la vida de los inmensos rebaños que poblaron otrora los Estados Unidos. Haciendo pucheros, el animal se explaya:

—¡Hubiera visto el espectáculo que ofrecían mis antepasados! El español Cabeza de Vaca — que fué el primer europeo que los vió en libertad — decía, en el año 1530, que al hacer alto en lo que es hoy el Estado de Tejas, ocupaban los rebaños una extensión de un millón de hectáreas... ¡Ay!...

El cuitado enjuga una lágrima que se le escapa al experimentar la terrible angustia de sentirse uno de los últimos miembros de una especie que se extingue.

—¡Viera cómo los cazaban! — continúa —. Sólo en cuatro años, de 1870 a 1874, mataron tres millones y medio de ellos. Y los llamaban búfalos...

—Mal aplicado el nombre, ciertamente, ya que los búfalos forman el género *Bubalus*, y ustedes, el *Bison*. Más exactamente: *Bos (Bison) bison* americano.

—Sin contar con que no nos parecemos mucho tampoco. El búfalo es un pobre ser, que no mide más de un metro cincuenta de altura, mientras nosotros llegamos a los dos metros, y que está obligado a arar, a dar leche, a hacer toda clase de servicios domésticos, desde Italia hasta las Filipinas, pasando por Egipto... ¡Bah!... Aquí mismo, en el parque, lo tienen en el tambo modelo. Pero los pilletes del tipo de Búfalo Bill, que negociaban con los ochocientos o mil kilos de carne, huesos y grasa que obtenían con cada uno de nosotros que mataban, amén de un buen cuero, suponían que sus hazañas serían mejores si nos bautizaban con el nombre de búfalos.

Tranquilizado por el recuerdo de su superioridad sobre el pariente extranjero, se pone a rumiar las hierbas ingeridas en el día. ¿Le sabrán tan bien los pastos argentinos como los de las praderas norteamericanas? Doy por terminado el punto comparativo entre búfalos y bisontes, aunque bien puedo decirle que el búfalo no es jorobado, mientras que el bisonte sí. Tienen en el lomo una giba adiposa que aumenta considerablemente la altura de la cruz. La cabeza viene a quedar, en esa forma, mucho más abajo que el cuerpo.

Pero... ha estado tan emocionado, que no me siento capaz de herirlo con una nueva ofensa. Para encaminar la conversación hacia temas más amables, me intereso por su propia vida.

—¿Soltero o casado?

Señala significativamente con la mirada a una bisonte y un bisontito que están, en jaula aparte, a pocos metros de allí.

—Son mi esposa y mi hijo.

—Lo felicito. ¿Qué edad tiene el vástago?

—Es muy joven aun. Recién le han salido dos o tres dientes y tiene que completar veinticuatro molares y ocho incisivos... A los cuatro años de edad será adulto. Después, quizá lo case con aquella joven bisonte que pasta en el jardín. Y si lleva una vida ordenada, alcanzará a vivir hasta los veinticuatro o veinticinco años...

Por lo visto, resulto confidente de los proyectos matrimoniales de este reciente padre de familia. Para corresponder a tal distinción, me creo en el deber de elogiar al heredero, como es de rigor en estos casos:

—Tiene un hijo muy bonito...

Encuentra muy natural el padre el elogio, y se apresura a confirmarlo:

—¡Ya lo creo! Es un ejemplar hermoso... Observe su uniforme pelaje pardo, la frente ancha y convexa, las patas cortas y recias, la armoniosa curvatura del lomo... Será fuerte y veloz... Podrá embestir a cuantos se atrevan a atacarlo.

Enumera así, una a una, las cualidades características de la especie. Mas al evocar la vida futura del hijo, desbordan otra vez sus sentimentalismos:

—¡Pero mi pobre hijo vivirá prisionero!... ¡Ay!...

Me suenan un poco ridículos esos hipos lacrimosos en un animal tan grande. Hasta temo que me contagie su angustia y seamos dos los llorones por la suerte del bisontito, el más feliz quizá de todos los huéspedes del zoo. Opto, pues, por alejarme, dejándolo a solas con su dolor y sus recuerdos.

Y me voy...







El viaducto de Chá, una de las obras de ingeniería características de San Pablo, parece, bajo el enfoque fotográfico, un arco fantástico tendido entre cielo y tierra.

Ciudades

VISTA a través del objetivo de un fotógrafo idealista, que apartándose del enfoque vulgar buscó perspectivas raras y perfiles de excepción, San Pablo, la hermosa ciudad brasileña que marcha a grandes pasos hacia la primera fila de las ciudades progresistas de Sudamérica, se presenta.

El Palacio do Café deja de ser un simple edificio de varios pisos, para convertirse, bajo el ángulo de la foto, en un monumento gigantesco elevado hacia el cielo.



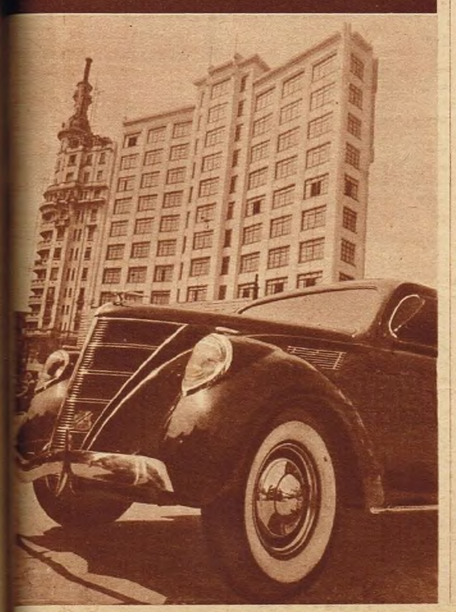


Semejan centinelas avanzados de la selva estas palmeras que bordean el parque Anhangabaú, frente a la mole de los rascacielos. El enfoque ha hecho el milagro.

de América

en las cuatro presentes fotografías, con los sugestivos contornos de una ciudad irreal del futuro. Es, además, esta nota gráfica, como una ventana abierta a la emoción turística del lector, porque muestra, a la vez, la parte pintoresca y la parte progresista de la gran ciudad del pueblo hermano. ◈

La "proa" de este automóvil se ha metido a curiosear en el objetivo, mientras éste enfocaba la avenida Largo da Sé. Como telón de fondo, la Caja Económica Federal.



Los artistas se divierten

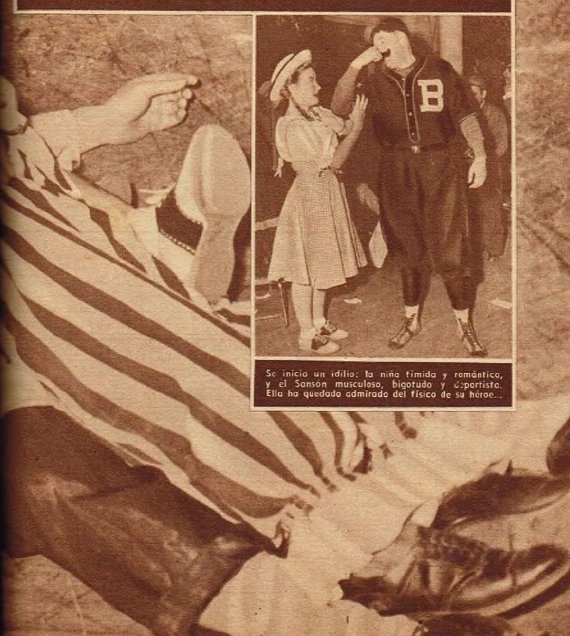
Volviendo a los tiempos románticos de 1890, un grupo de artistas de "vaudeville" estrenó recientemente, en Coney Island, Nueva York, una revista con trajes y costumbres de la época. He aquí cómo se divierte dicho grupo deslizándose por la pista de patinaje...



Es de imaginar la emoción que embargaría a estos jóvenes "gomosos" al poder admirar la belleza de un tobillo femenino. Y todo gracias al patinaje, que estaba muy de moda en aquella época.



Un audaz automovilista, ataviado con su indumentaria de chofer, se divierte en la pista de patinaje con dos lindas "vedettes". Y ellas, encantadas de lucirse con el héroe del día...



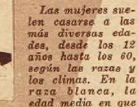
Se inicia un idilio: la niña tímida y romántica, y el Sansón musculoso, bigotudo y deportista. Ella ha quedado admirada del físico de su héroe...

LO QUE CAMINA EL HOMBRE



Los andarines suelen asombrarnos por las grandes distancias que recorren a pie. Sin embargo, sus hazañas están dentro de la capacidad normal de cualquier persona. Un hombre de 40 años, por ejemplo, que haya sido medianamente activo, habrá caminado, al llegar a esa edad, una distancia equivalente a cuatro veces la vuelta a la tierra. Lo cual explica por qué muchas personas tienen tan desarrolladas las extremidades inferiores...

LA EDAD Y EL MATRIMONIO



Las mujeres suelen casarse a las más diversas edades, desde los 12 años hasta los 60, según las razas y los climas. En la raza blanca, la edad media en que las del sexo bello hacen la desgracia del feo, es de 22 años. En cambio, los representantes del sexo feo empiezan a casarse a los 15 años, pero generalmente lo hacen a edades más avanzadas, no siendo raros también los casos de ancianos que se han casado a los 80 años. Y como se dice que los extremos se tocan, eligen siempre, para abandonar la vida célibe y navegar en el proceloso mar del matrimonio, a compañeras muy jóvenes.

TODO ES SEGUN EL COLOR...




—¡Oh! ¡He pasado en todas las materias! No creí que aprobara su curso, profesor; mi compañera de estudios me dijo que usted era un hombre muy exigente.

EPITAFIO

Aquí yace un tabernero,
Y fué cristiano tan fino,
Que por ser en todo austero,
Hasta bautizaba el vino.

Anónimo

EL REY El título de rey es el más antiguo de todos. No hay idioma conocido en que no se encuentre éste o un equivalente en poder y jerarquía.



SIN COMPÁS

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS...

EL MISMO AMBIENTE Durante una exposición de arte celebrada en París hace años encontróse Tristán Bernard con un amigo, quien, después de los saludos, le dijo:

—¿Sabes que Freda ha dejado su carrera para casarse?

—Sí, lo sé. La he visitado ya en su nuevo domicilio —respondió el celebrado comediógrafo.

—No me explico cómo ha podido hacer tal cosa. Ella no será nunca feliz lejos del teatro —volvió a decir el amigo.

—¡Oh!, no creas. Puedo asegurarte que no extraña las tablas en lo más mínimo.

—¿De veras?

—Sí, ahora le hace las "escenas" al marido.

Cualidad —¿Qué cualidades preferiría usted, Ester, en su futuro esposo: salud, inteligencia o apariencia? —le pregunta cierta encantadora jovencita a una solterona.

—*Apariencia*, querida. Pero desearía que apareciese en seguida.

AMOR EQUINO



El conde Ginistrelli, propietario de una de las caballerizas más famosas de Europa, se complacía en relatar el origen de uno de sus caballos, que ganara últimamente el Derby. Refería que la madre del caballo, la yegua "Signorina", se distinguía por la indiferencia que demostraba a los "pur sang" de sus haras. En cambio, su inquietud era visible al paso de "Chaloreux", un potro sin sangre de carrera, que tiraba de un carro en el establecimiento. Contra la opinión de los criadores, el conde dejólos en libertad, y tiempo después "Signorina" daba a luz el caballo que acababa de ganar el Derby. Naturalmente, "Chaloreux" no volvió a tirar del carro, lo que demuestra que hasta los irracionales pueden redimirse por amor.

UN FOTOGRAFO "EN DESGRACIA"





Claro está que eso de "en desgracia" no es más que un decir, porque aunque las chicas quisieron castigarlo en la original forma que se ve en la foto de la derecha, por no haberlas fotografiado a todas como él les prometiera, el castigo no parece desagradar mucho a la víctima, a juzgar por su sonriente gesto. Cada una de esas chicas, que intervenían en un concurso organizado para elegir a la bañista de piernas más esculturales, le pedía una foto, y él, hombre al fin, no pudiendo resistir al pedido de tantas beldades, prometió todo lo que ellas quisieron, aunque después se gastó todas las placas en una encantadora rubia. Las demás pretendieron demostrarle, por las expeditivas vías de los hechos, que sus respectivas piernas bien valían una placa y que eran, en todo caso, mucho más lindas que las de él. De lo cual no le quedará ya ninguna duda a él... ni al lector...

LA FOTO CURIOSA



La silla se apoya en un grueso cristal, a través del cual ha sido obtenido el enfoque. Al revelar la foto se han esfumado los bordes del vidrio, pareciendo entonces que la silla, con su preciosa carga, está colgada de una viga del techo.

NI RITMO

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

DIARIO INTIMO —¿Qué le compraste a tu esposo en su cumpleaños?

—Un hermoso libro para su diario íntimo. Hace tiempo que lo deseaba, y, además, como sé que es muy personal en sus cosas, le hice poner una cerradura de seguridad.

—Y supongo que te habrás comprado también alguna cosita para ti...

—Este..., sí. Mandé hacer un duplicado de la llave del diario.

NUNCA VIO UNA MUJER *Acaba de fallecer en el monasterio del monte Athos un religioso de ochenta años de edad, que nunca había visto una mujer. Su madre murió al nacer él, y entonces su padre lo confió al cuidado de los religiosos, en cuyo monasterio pasó toda su vida.*

Hay quien asegura que fué un hombre completamente feliz...

PROHIBIERON LOS BESOS...

Una de las consecuencias más inusitadas de la guerra ha sido la prohibición que el gobierno inglés ha impuesto a los enamorados, de enviar besos a sus Dulcineas por correspondencia. Estos, en efecto, tenían la costumbre de hacer, al final de sus amorosas epístolas, una serie de cruces que significaban otros tantos besos para sus novias. Como el enemigo utilizó ese sistema para enviar mensajes cifrados, el gobierno prohibió las cruces en las cartas, o, lo que es lo mismo, los besos. Ahora los Romeos tendrán que enviar sus ósculos por kilos, por docenas o por gruesas; porque, ¿dónde se ha visto una epístola amorosa sin muchos besos?

EN EL CINE



—¿Está ocupado este asiento, señorita?

Epigrama

Hablando de la estatura
Que podría tener Andrés,
Dijo Juan con travesura:
Vendrá a tener cuatro pies!

Anónimo

LA LONGEVIDAD DEL CISNE

El cisne es el ave que tiene más larga vida. En algunos casos ha vivido hasta 300 años.

EL TABACO Y LA SALUD



Las mujeres esquimales, que rara vez destetan a sus hijos antes de los cuatro años, les dan, sin embargo, a chupar tabaco, apenas cumplen éstos los doce meses. A juzgar por la salud de que gozan los habitantes del polo, el método no debe de ser malo...

GUARDIAN INSUPERABLE



Manford Wyatt, de Sebewaing, Estados Unidos, no se preocupa por los ladrones de automóviles. El suyo, en efecto, se halla asegurado contra los robos. Como que lo cuida Queen, una joven leona que él tuvo la paciencia y el ingenio de adiestrar especialmente para el caso. Queen queda siempre en el interior del coche cuando su dueño debe hacer alguna diligencia a pie; cierta vez se quedó dormida y un caco intentó escapar con el vehículo. Es de imaginar lo que ocurriría al despertar con el ruido del motor en marcha y no ver a su legítimo dueño...

DE MUCHO "PUNCH"...



A este pequeño aficionado al deporte de los trompis podrán faltarle dos dientes, pero, en cambio, le sobran unos cuantos brazos... en la foto. Los que tiene de más se los prestaron, para la ocasión, sus compañeros de club, que fácilmente se adivinan escondidos tras él. En suma, una travesura del fotógrafo, que pretendió hacer ver el aspecto que tendría un ciempiés aficionado al boxeo.

UN KAISER DE COLOR



Aunque la indumentaria guerrera le queda un poco chica a este corpulento hijo de la negra tierra africana; él se siente muy orgulloso y solemne dentro de su vistosa caparazón de hierro. Se trata del "Káiser", como se hace llamar él, del Camerón inglés, que de esta guisa presidía una ceremonia, que terminaba con un terrible apaleamiento de ciertos prisioneros sacrificados en su honor. Pero el gobierno inglés tomó intervención en el asunto y el monarca fué llamado a la realidad por las autoridades locales.

LOS AROS Y LAS PIERNAS



He aquí una prueba irrecusable de que los aros pueden servir para algo más que para entretenimiento de los niños. Estas beldades, orgullosas de sus esculturales siluetas, los utilizan para conservarse en perfecto estado atlético. Según parece, esos juguetes infantiles sirven para dar líneas armoniosas a las piernas, y, por lo que se ve aquí, es cosa de creerlo sin preguntar nada más...



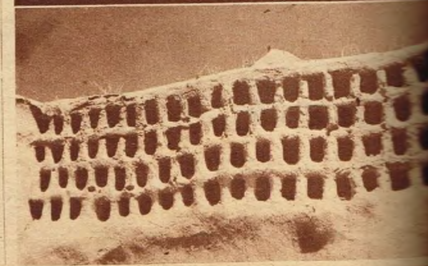
Curiosas construcciones, como sólo se ven en la región de Bisseeh, de gruesos paredes y en forma de conos, para proteger a sus moradores de los inconvenientes del clima.

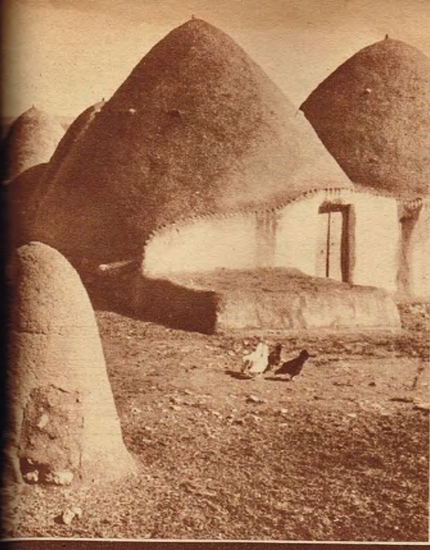
Por tierras de leyenda

LLEGADA al mundo desde las profundidades de la historia, en cuyos nebulosos principios se pierden sus orígenes, Siria, o Jaru, como le llamaban los antiguos, ha ocupado siempre la privilegiada situación de enlace entre dos continentes: Asia y Africa. Ello explica la gran cantidad de invasiones que ha sufrido en varios milenios, y también la variedad de razas que habitan su suelo, y la diversidad de religiones y costumbres. Porque en las estrechas y tortuosas calles de las ciudades de Siria, o en sus caminos pedregosos y polvorientos, los naturales del país se mezclan con turcos y árabes, con francos y judíos, y también, a veces, con los misteriosos *bedaua*, que vagan por las regiones desiertas del interior, habitando bajo sus tiendas de piel de cabra.

Instantáneas que resumen en la brevedad concisa pero elocuente de la fotografía los aspectos más salientes del casi legendario "país de la izquierda", esta nota gráfica da al lector una rápida idea de lo que es, en realidad, Siria, la tierra que, una vez más en la historia del mundo, se halla hoy de actualidad. ◈

Estos que parecen los respiraderos de una prisión son, en realidad, ventanales de un harén, hechos con barro y arcilla secados al sol y amasados especialmente.

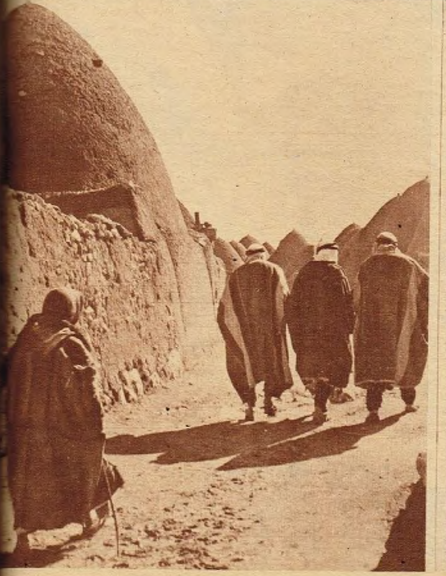




Un camino pedregoso a la entrada de Bisseeh. Pueden observarse claramente los típicos ropajes de los habitantes del interior, en los que se nota la influencia árabe.



El progreso se manifiesta aquí en la carga de latas de nafta que lleva el burrito. En cambio, la rueda de noria es una característica de los tiempos antiguos.



La rebelión de los



negros

LA POSIBILIDAD DE UNA SUBLEVACION DE ESCLAVOS LLENO DE ANGUSTIA LAS NOCHES DE LA AMERICA COLONIAL Y SE CONVIRTIO MUCHAS VECES EN UNA PAVOROSA Y DRAMATICA REALIDAD



Una crónica de José Luis Lanuza

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE MARIO LEON

ENTRE los miedos de la noche colonial se colaba muchas veces, impreciso, latente y amenazador, el de una posible revuelta de esclavos. Las poblaciones blancas vivían rodeadas de una multitud de rostros oscuros, incomprensibles. Todo un rebaño humano sujeto, dominado, castigado, en cuya fidelidad era mejor no confiar excesivamente. De pronto brillaban los ojos de esos rostros negros. Los blancos no los entendían bien. ¿Qué podrían preparar? ¿Un candombe o una revolución?

En Buenos Aires solía elogiarse la fidelidad de los negros. Los viajeros que la visitaron durante la Colonia y en los primeros años de la patria, no dejaron de advertir la dulzura del trato que recibían, sobre todo si se les comparaba con los de otras regiones de América: Cuba o Brasil. Aquí era frecuente que quedaran adscriptos al círculo familiar y patriarcal. El tercer patio de las casonas coloniales les enmarcaba la vida, muchas veces apacible. Algunos no conocieron tarea más pesada que la de acarrear el mate. Ni tabacales ni cañaverales los diezmaron, como en otras partes. A pesar de todo, Buenos Aires no se libró por completo de ese terror colonial.

En 1793 se habló mucho de una posible revolución de negros y franceses. Extraño contubernio. Pero, ¿no habían difundido los franceses una funestísima herejía que era necesario combatir? Sí, pues. Una funestísima herejía que se expresaba con estas palabras: Todos los hombres nacen y mueren libres e iguales en derecho.

La ciudad colonial vivió momentos de miedo. Cualquier lejano tamboril de candombe podía dar en la noche oscura la señal de la matanza. Bastaría un ruido lejano, apenas escuchado por los oídos blancos, y cada tercer patio y cada galpón y cada corral de esclavos se pondría en pie de guerra. Un estremecimiento recorría los pescuezos de los blancos. Se extremaron las investigaciones. Se detuvieron algunos sospechosos. A uno le encontraron un papelito con esta inscripción: "*Viva la Libertá*"... ¡Terrible documento! El alcalde Alzaga hizo funcionar el potro de las torturas... Al fin, no se pudo averiguar nada del terrible complot.

Pero la amenaza de los negros no se desvanecía. En 1806, cuando la invasión de los ingleses, se temió otro estallido de los esclavos. Andaban, parece, sueltos por la calle, olvidados de la disciplina habitual. El prudente general Beresford debió promulgar un bando para tranquilizar a los amos blancos. Los ingleses no fomentarían subversiones de esa índole. No las tolerarían tampoco. Los negros deberían volver a su esclavitud, bajo pena de muerte.

Y el miedo de los negreros porteños pudo calmarse un poco. Pero no del todo, porque no faltaban ejemplos en América de sangrientas insurrecciones de esclavos.

❦ ❦ ❦

En todas partes se habían rebelado alguna vez. En Lima, hacía mucho tiempo, cuando llegó el corsario Drake. En el Brasil habían llegado, en 1630, a formar una república independiente, la república de los Palmares. Esclavos fugados de la costa atlántica, de Pernambuco y Alagoas, que se fortificaron en la selva. Se organizaron y subsistieron cincuenta y siete años, hasta 1687. Eran como treinta mil negros que opusieron una resistencia feroz antes de ser derrotados. Un ejército de siete mil hombres, con cañones, fué necesario para desbaratar su república, masacrar su población y recoger, como botín, rebaños de cautivos. El coronel Domingo Jeorge Velho, que dirigía a

los asaltantes, había estipulado, en contrato con el gobernador de São Paulo, ese provechoso resultado de la expedición: se comprometía a "mandar poner en la plaza de Recife todas las *piezas*, para mandarlas vender a Río de Janeiro y a Buenos Aires, quedando sólo en estas capitanías los pequeños negros de los Palmares, de 7 hasta 12 años de edad, que serían vendidos por cuenta de dicho coronel"... Tal vez llegaron al mercado de Buenos Aires, como piezas vendibles, algunos negros que habían conocido la libertad en aquella lejana república de los Palmares.

En las comunidades negras podía correr, de pronto, como un reguero de pólvora, un anhelo de libertad. La chispa podía saltar de cualquier parte. En Santiago de Chile, durante el terremoto de 1647, un negro enloquecido se proclamó rey de Guinea y se puso a pregonar la venganza contra los blancos. No le faltaron secuaces — cerca de cuatrocientos —, que se armaron de palos y armas que desenterraron de entre los escombros. El pobre rey de Guinea fué apresado y colgado. Pero la insurrección de negros en medio del desastre fué como un aviso de Dios que despertó dormidos remordimientos. Así, por lo menos, lo dió a entender el obispo Villarroel, que sermoneó a su atemorizado rebaño en la plaza de la ciudad recién sacudida. Cuando la tierra tiembla y se alzan los esclavos, Dios "está diciendo que hemos pecado contra Su Divina Majestad y contra sus más humildes criaturas, que son los negros de Angola". Y aprovechando el miedo, que azuzaba los buenos propósitos, exhortó a su grey a "que fiziera confesión y arrepentimiento de sus pecados y viera que los negros eran hermanos, hijos de Dios". (V. Aurelio Díaz Meza, *La quintrala y su época*, Santiago de Chile.)

Porque en los momentos de apuro se ponían de acuerdo, respecto a los negros, la doctrina cristiana y la que sustentarían los herejes de la revolución francesa. En la segunda parte del siglo XVIII, fermentó entre las colectividades negras esa ácida levadura de la igualdad. Cuando la revolución de los comuneros, en Nueva Granada, propalaron manifiestos subversivos "los de color humilde". Al calor de la revuelta los negros aspiran a su propia liberación. El pretexto legal que exhiben y propalan los propagandistas no puede ser más pintoresco. Existe — dicen — una cédula del rey que ordena dar libertad a los esclavos; una cédula oculta, que los blancos no quieren promulgar. Y en nombre de esa cédula misteriosa se rebelan. Abandonan el trabajo. Apalean a los administradores de las haciendas y se las reparten como legítimos dueños. Era como reconocer que debajo del derecho escrito existía un derecho más verdadero. Cédulas ocultas, decretadas por el rey o por quien fuera. "En la presente ocasión — escribe el común de la Villa del Socorro a la Real Audiencia — nos hallamos en la contención de los esclavos que intentan levantarse diciendo que ellos no deben ser esclavos, y que hay cédula para ello, de modo que ya tenían, según ya hemos tenido noticia, convocados a todos los esclavos de esta villa, y continuaban a los de las circunvecinas; tenemos en prisión al seductor de esta maldad". (V. Germán Arciniegas, *Los comuneros*, Bogotá, 1938.) Porque las revueltas de negros, al final fracasaban bajo la superioridad numérica o militar de los blancos.

Fracasaron en todas partes menos en Santo Domingo, donde los negros, alentados esta vez por una cédula verdadera — la de la Asamblea Nacional Francesa, en 1791, que reconocía la igualdad de derechos a todos los habitantes de la isla —, masacraron a los blancos que se negaban a abolir la barrera de razas. Las grandes potencias se estrellaron en Santo Domingo. Los ingleses, desde 1793 hasta 1798. (Mandaba la primera expedición de desembarco el coronel Whiterloke, el mismo que después intentaría asaltar a Buenos Aires.) Los franceses — conducidos primero por el general Leclerc, cuñado de Napoleón —, desde 1802 hasta 1804. Ahí surgió un gran conductor de los negros, Toussaint-Louverture, que llegó a formar un ejército de sesenta mil hombres de color. En 1804, la isla se proclamó independiente, y tomó el nombre de República de Haití.

❦ ❦ ❦

Las otras regiones de América seguían sujetas a sus respectivas metrópolis. Pero el ejemplo de los negros antillanos se propalaba por todas partes. No faltarían, en otras ciudades de América, negros ladinos, sabedores y orgullosos de las hazañas de sus hermanos del Caribe. A ratos, se volvían levantiscos, y las autoridades blancas se alarmaban. En 1800, los cabildantes de Montevideo intentaron hacer erigir un rollo, o picota, para azotar en la plaza pública a los negros levantiscos que anduvieran armados de cuchillos o macanas, porque "el orgullo y soberbia de aquellas gentes pedían ya con necesidad un escarmiento". (V. I. M. Fernández Saldaña, *Los complots de esclavos en Montevideo*, en "La Prensa", del 21 de julio de 1940.)

No se alzó, por suerte, el instrumento de tortura. Y los negros continuaron planeando insurrecciones. En 1803 se descubrió la conspiración de algunos que intentaban dedicarse — reeditando en pequeño la aventura de la república de los Palmares — a la vida cimarrona.

Ya en tiempos de la patria, cuando la presidencia del general Rivera, algunos negros, instigados por los lavallejistas, intentaron alzarse. Su caudillo visible era un negro, Félix Laserna, al que llamaban Santa Colomba. Su propaganda corrompía a los cabos y sargentos del ejército. ¿En qué consistía esa propaganda? "Las confesiones del autor — dice Fernández Saldaña — permiten saber algo al respecto: Era vergonzoso que los negros, a quienes la providencia había creado igual que los blancos, tuvieran que vivir en dura y cruel servidumbre, soportando siempre el trato que quisieran darles los llamados amos. Era preciso que amaneciera el día en que los hombres de color, dando el grito de libertad, vengaran tantas pasadas humillaciones, imponiendo a los blancos el yugo que éstos habían impuesto a los negros". Quisieron dar el golpe durante las fiestas mayas de 1832. Mientras se desarrollara la función de gala incendiarían la casa de comedias, y luego asaltarían el Cabildo y el Fuerte. Les fracasó el plan antes de llegar a un principio de ejecución. Un consejo de guerra pidió pena de muerte para Santa Colomba y un suizo — Guillermo Guitarner — que lo había inducido a la rebelión, y doscientos azotes a sus cómplices, Antonio Rodríguez, alias Tupesis, y Gregorio Dorado. Pero el auditor de guerra prefirió ser clemente: el movimiento no era serio — dijo — ni los acusados de responsabilidad. Fué aprovechada la ocasión de otra fiesta patria, el 18 de julio, y se conmutaron las penas: la de muerte por deportación, y la de azotes por reclusión, "mientras sus amos no los vendieran para ultramar".

❦ ❦ ❦

Algunos años después, en Buenos Aires, los negros atemorizarían también a la población unitaria, convertidos en comparsas de don Juan Manuel. Su subversión era auspiciada por el gobierno. Espiaban, delataban. Se reunían en tropel seis mil individuos para bailotear salvajemente en plena plaza de Mayo. Algunos ejercían influencia en las autoridades. Los unitarios les temían. Pero a veces — cuentan las historias familiares — algunas negras agradecidas e influyentes pudieron sacar de más de un apuro a sus antiguos amos caídos en desgracia. ◈




LEOPLAN
Magazine Popular Argentino
LE OFRECE EN CADA NUMERO

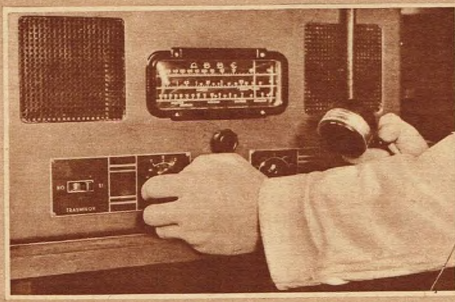
Hablando por teléfono desde

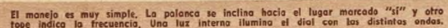
VOLANDO A VARIOS MILES DE METROS DE ALTURA O NAVEGANDO POR ALTA MAR SE PUEDE SOSTENER TRANQUILAMENTE UNA CONVERSACION TELEFONICA - GRACIAS A UN INTERESANTE SISTEMA - CON CUALQUIER PERSONA RADICADA EN BUENOS AIRES

FOTOGRAFIAS DE PEDRO CONESA

Escribe Gerardo Mendizábal

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"





El manejo es muy simple. La palanca se inclina hacia el lugar marcado "sí" y otro tope indica la frecuencia. Una luz interna ilumina el dial con las distintas ondas.

—HABLA el "Bariloche"... Habla el "Bariloche"... Habla el "Bariloche" desde las costas del Brasil... Pacheco... Pacheco... El "Bariloche" llamando a la estación Pacheco de Buenos Aires... Pacheco... Pacheco... Escucho, Pacheco...

—Pacheco contestando... Pacheco contestando al "Bariloche"... Diga... Diga, que lo escuchamos bien...

—Deseamos comunicarnos con el 33-1571 de Buenos Aires. 1-5-7-1...

Transcurre medio minuto de silencio y después:

—Habla el 1571 de Retiro.

—Escuche, que le van a hablar desde el vapor "Bariloche", que se encuentra navegando frente a las costas del Brasil.

Y, en efecto, la conversación se inicia así:

—Habla el capitán del vapor "Bariloche". Deseamos transmitirles algunos informes sobre el accidente que acaba de sufrir el vapor "Inspector Benedetti". La tripulación abandonó el buque en los botes salvavidas. Ignoramos hacia dónde se dirige...

Durante media hora el "Barilo-

Desde el vapor "Esquel", mientras navega por los mares del sur, el oficial se comunica telefónicamente con Buenos Aires.



Antes de levantar vuelo, el conocido aviador señor Jorge Lobos pone en funcionamiento el aparato de que está provisto su aeroplano, que le permitirá comunicarse telefónicamente con cualquier abonado telefó



las nubes...

Antes de descender, el señor Luro acerca el pequeño micrófono a sus labios y logra establecer una comunicación directa con el *yacht* "Arangatú", que navega por el Delta.

che" informó detalladamente a la empresa armadora, y en posteriores comunicaciones amplió esos detalles. Este diálogo, entre un buque que se encontraba navegando en alta mar y un aparato telefónico de Buenos Aires, parece fruto de la fantasía, pero es reflejo fiel de la realidad.

¿Por qué medios, en qué forma, por qué sistema y mediante qué curioso embrujo, desde una embarcación que navega lejos de nuestra capital ha podido establecerse esa comunicación con un abonado al servicio telefónico corriente?...

La verdad es que pocos hubieran imaginado hace algunos años la

Magnífico interior del *yacht* "Arangatú", la embarcación que mientras navegaba por el Delta escuchó el llamado telefónico del avión, que en esos mismos instantes volaba sobre la ciudad de Buenos Aires.



Uno de los pilotos del "Arangatú", palabra indígena que significa encanto, atiende el llamado desde el aeroplano.





El avión vuela sobre la ciudad, mientras el piloto, colocados los auriculares, está atento a cualquier llamado que podrían hacer desde la base o desde cualquier teléfono central.

implantación de un servicio que para muchas personas adquiere caracteres de algo milagroso. Ya no se trata de la transmisión radiotelefónica, dotada de costosos y monumentales aparatos, que lleva a una no menos poderosa antena las vibraciones eléctricas, para que ésta, a su vez, las arroje al espacio. Es algo más pequeño y más sensible; algo que, por la misma relación que tiene con el aparato de uso diario — el teléfono —, nos inclina a observarlo con mayor atención y con un dejo de desconfianza. Estar navegando en pleno mar, levantar el auricular, solicitar un número y a los contados segundos establecer la comunicación con la persona indicada escapa a todo comentario. Aquí la ciencia, si no ha sobrepasado, por lo menos ha igualado la imaginación de muchos novelistas.

¿Quién hubiera dicho a Graham Bell, aquel americano que en 1876 inventó el aparato telefónico, que su descubrimiento habría de experimentar, a través de algo más de medio siglo, tales transformaciones?

La aplicación práctica del nuevo sistema de comunicación telefónica sin cable adquiere aún contornos más espectaculares cuando se realiza desde un avión. Así ocurrió, por ejemplo, desde el aeroplano "Bellanca", propiedad del señor Jorge Luro.

En esa máquina, que dirigía el propio señor Luro, hemos volado sobre la ciudad. A más de 1.500 metros de altura, el piloto puso en funcionamiento el pequeño aparato, que se conectaba a un minúsculo transmisor, y comenzó a llamar hacia la estación de tierra.

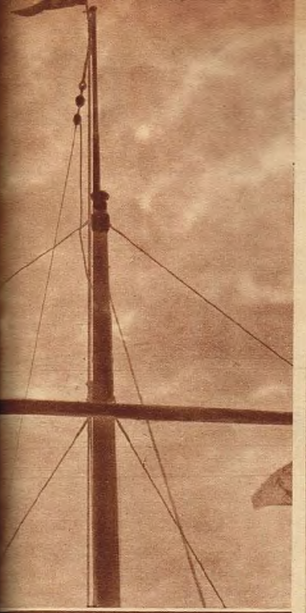
L. V. V..., L. V. V..., L. V. O. C. A. (característica del avión del señor Luro), llamando a L. V. V.... Paso a la frecuencia de tráfico...

Al dar vuelta el piloto a la llave de contacto, es decir, al detener la marcha del transmisor, se oyó clara la palabra del operador de la estación receptora en Morón, quien solicitaba el número telefónico con el que el señor Luro deseaba comunicarse. Desde esa máquina, mientras el "Bellanca" se desplazaba hacia el río para volver después sobre la ribera al campo de Morón, escuchamos una comunicación desde el centro de la capital, con la misma nitidez que si hubiéramos hablado desde otro aparato instalado a pocos metros de la oficina local. Mientras tanto, la máquina seguía su vuelo, y cuando estábamos por aterrizar en el aeródromo, de donde momentos antes habíamos partido, el piloto nos informó que antes de tocar tierra trataríamos de ponernos en comunicación directamente con la estación instalada a bordo de alguna embarcación.

En efecto, puesto en marcha el transmisor, el señor Luro comenzó llamando a determinadas estaciones por su característica. Ninguna respondía, porque, seguramente, los receptores en ese instante no funcionaban, pero en determinado momento el señor Luro pronunció el nombre del *yacht* "Arangatú".

L. V. O. C. A., llamando al *yacht* "Arangatú"... L. V. O. C. A., llamando al "Arangatú", que debe de estar navegando en el Delta... Indique la frecuencia en que me escucha y en la que quiere que siga transmitiendo...

La respuesta no se hizo esperar.



Por esta pequeña antena, cuya extensión no sobrepasa los ocho metros de longitud, se establece la comunicación telefónica con cualquier abonado a la línea común con que cuenta la capital federal.

El propietario del *yacht* "Arangatú", el señor Daniel Pombo, respondió al llamado sin dilación.

—El "Arangatú" contestando al llamado de L. V. O. C. A... Escuché con claridad el llamado. Sigo escuchando nítidamente todas sus palabras. ¿Cómo me escucha usted?...

—Perfectamente bien. Volando sobre el campo de aterrizaje, he querido ensayar mi estación radiotelefónica, y como sabía que usted estaba navegando por el Delta, me he permitido molestarlo.

—No hay molestia. Yo también aprovecho esta ocasión para comprobar el funcionamiento a distancia de este maravilloso medio de comunicación. Mis saludos y siempre a sus órdenes.

—Muchas gracias. Quedo a la recíproca.

La transmisión se había detenido. La máquina se encontraba justo sobre el campo de aterrizaje. El señor Luro realizó la maniobra exacta para descender, y el poderoso "Bellanca", gobernado por la mano maestra de su piloto, tocó tierra sin ningún inconveniente. Al detener los motores, el señor Luro cerró también los contactos del aparato telefónico, y mientras descendíamos de la máquina, expresó:

—Decididamente, este moderno y pequeño aparato presta un gran servicio a la aeronavegación. Además de ser un medio eficaz y permanente para la comunicación, mientras se vuela, con cualquier aparato telefónico de nuestro país, es también un receptor de las informaciones meteorológicas que irradia Pacheco y la base aérea. Nos otros, los que sabemos el peligro que entraña un temporal, damos a esas informaciones todo su valor.

Y, efectivamente, sin hilos, sin un complicado mecanismo, con un micrófono que se perdía en la mano del señor Luro, mientras la máquina volaba por los alrededores de la capital federal, habíamos estado en comunicación con un abonado telefónico de la zona céntrica y con un *yacht* que navegaba por el Paraná... ¿No es sorprendente?...



NADIE se atrevía a mirarle a la cara. El que lo hacía tenía que encontrarse con aquellas pupilas grises que se clavaban en los ojos ajenos como cuchillos, cuya expresión era inalterable, que lo decían todo y no decían nada.

Kostia, su segundo, poco después de haberse echado la partida al campo, hubo de comunicarle un atardecer, luego de pensárselo mucho todo el día:

—Kuhna, ayer enterraron a tu madre.

Ni las pestañas se movieron en su cara.

—¿Sabes si llevaba flores? — fué su respuesta.

Porque, además de su frialdad, tenía estas salidas inesperadas, este pensamiento oscuro y extravagante, estas asociaciones de ideas que desconcertaban.

Muchos viejos, en el pueblo, juzgaban que estaba loco, mejor dicho, que se había vuelto loco desde que Wanda, la novia bienamada, se casó con otro. Así que cuando estalló la guerra civil, una más en aquel turbulento principado que cada seis o siete años se desangraba bajo este azote cruel, y Kuhna se puso a la cabeza de una veintena de hombres para combatir, a nadie le extrañó.

Desde entonces, la partida de Kuhna sembró el terror en aquellas montañas adictas al gobierno... Pueblo, aldea, lugar que Kuhna deseara tomar, era tomado, inexorable y matemáticamente, sacrificando vidas con despiadada indiferencia, cuyos huecos se llenaban, en seguida, con otras vidas también inquietas, en una recluta de guerrilleros que nadie sabía cómo organizó. De muchos jóvenes, que continuaban en sus casas, se decía:

—Ese es uno de los de Kuhna.

Se contaban las bajas después de cada encuentro con las tropas leales... Habían caído siete hombres... Veinticuatro horas más tarde otros siete ocupaban las vacantes producidas por la muerte... Kostia debía de saber cómo se realizaba el milagro, pero callaba... ¿Quién era capaz de revelar unas instrucciones, un secreto de Kuhna?... A medida que fué contando con más armas, la guerrilla engrosó... Por cada fusil con municiones aseguradas para mucho tiempo, un tirador... Ni uno más, ni uno menos... Todo medido, todo calculado con una prudencia y una serenidad de hielo.

—Kuhna tiene el ojo echado a Bakohra...— decían los guerrilleros.

Bakohra era el pueblo natal del cabecilla. En él amó a aquella Wanda que, una vez casada, se fué a tierras lejanas; en él cavaron la sepultura a su madre; en él vivían sus mejores amigos y los enemigos más odiados. El día en que Kuhna creyera contar con fuerzas suficientes para atacar a Bakohra, lo atacaría... Ni un minuto después, pero tampoco ni un minuto antes.

En el pueblo se vivía en esta pesadilla. Reiteradamente las autoridades habían solicitado una compañía, por lo menos, de infantes. El mayor se negaba, inflexible. Cierto que era la zona en que operaba Kuhna; que en el mapa, la mancha gris del territorio que había ocupado, se agrandaba cada vez más, establecido el contacto con las otras partidas que convertían aquel norte abrupto y difícil en un infierno de rebelión que ya preocupaba en la corte. Cierto que una media luna peligrosa se cerraba, acercándose a Bakohra, pero, de momento, la situación podía sostenerse.

—No estamos para atender a unos campesinos chochos y cobardes — fué la decisión del mayor.

—Se podría copar a Kuhna... — apuntó alguien.

¡Kuhna!... ¡Kuhna!... Era la obsesión de todos.

—No podemos distraer fuerzas que vamos a necesitar en otras partes — ratificó el militar.

Fué prudente su decisión. Como obedeciendo a una consigna, los otros guerrilleros aumentaron su presión en los respectivos campos de operaciones... El mayor no estaba desprevenido... Se enviaron refuerzos aquí y allá... Y, entonces, Kuhna, tragándose la distancia que le separaba de Bakohra, con sus doscientos hombres, los que calculó que le eran necesarios, ni ciento noventa y nueve, ni doscientos uno, cayó sobre el pueblo, que organizó su

CABECILLA

por
Jacinto Ramos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



defensa Frente a él llevaba quince días. Lo tenía cercado. Tan sólo un camino entre peñascos inaccesibles, que comunicaba con el bosque, les quedaba a los sitiados. Por él se llevaba el agua al vecindario... Del monte bajo traían la leche, la carne de los ganados... Pero aquello no podía durar... Los parapetos eran cada vez más vulnerables... Una noche podrían ser tomados por asalto y Kuhna se sentaría en el despacho del burgomaestre para ordenar los fusilamientos de rigor y luego iría al cementerio para hincar una rodilla frente a los despojos de su madre.

Kostia, al oscurecer, le llevó la noticia, radiante de alegría... Los de Bakohra empezaban a bajar madera del bosque para reforzar sus avanzadillas.

—Están perdidos, Kuhna... Las defensas exteriores van a ceder... Un par de empujones recios y son nuestros...

Pero por primera vez vió alterarse el rostro sombrío de aquel hombre que hablaba apenas, desde hacía diez años, de aquel hombre en plena juventud que parecía haber saboreado las hieles de una dilatada existencia.

—¿Que se corta madera del bosque?... —dijo, temblándole la voz.

Volvió, brusco, la espalda a su segundo y se alejó. El bosque que no pisara desde mucho tiempo atrás, el mismo tiempo que llevaba sin hablar, el mismo que transcurriera desde la boda de Wanda, volvió a su memoria... La hierbecita de su suelo, el musgo de sus peñascos, la sombra deliciosa y el rumor de su follaje y aquel árbol, aquel árbol en el cual, a punta de puñal, habían marcado sus nombres Wanda y él... ¡Aquel arbolado que albergara sus cortejos, sus pláticas de amor y el aletear de un beso, de uno sólo, estaba en peligro!... ¡El tronco aquel en el que estaban escritos sus nombres podía caer bajo el hacha!

Al amanecer, la orden corrió por las trincheras:

—Replegarse...

¿Qué era aquello? ¿Cuándo habían retrocedido ellos? ¿Tenía miedo Kuhna? ¿Recibió alguna confidencia? ¿El cariño a su pueblo le había conmovido, domeñando su fiereza?

Kuhna, en retirada, marchaba al frente de sus hombres, silencioso como siempre, pero un poco menos erguido que de costumbre... Sus ojos tenían, como el horizonte, una neblina, una neblina...

Y allá lejos quedaban, en la [illegible], los árboles que escucharon las protestas de amor de Kuhna, y entre ellos — ¡que nadie le toque! — el tronco en que fueron tallados, a punta de puñal, el nombre de Wanda y el suyo ◈

Los HOMBRES que tienen la VIDA

ASI PODRIA DENOMINARSE A LOS "LIMPIADORES DE VENTANAS", GREMIO CADA VEZ MAS NUTRIDO EN LA POPULOSA CIUDAD DE LOS RASCACIELOS

Escribe Germán Salles

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

CADA día aparece un oficio nuevo. Porque las condiciones en que vivimos en este siglo XX, apogeo de la civilización mecánica de la cultura occidental, traen nuevas necesidades, o complican las que ya existían. Antes, por ejemplo, ¿qué constructor, o qué simple albañil, no se atrevía a demoler un edificio aunque éste estuviese en plena ciudad? Hoy, la demolición de los edificios modernos requiere una difícil técnica para que no se produzcan derrumbamientos, y ya existen prósperas compañías "demoledoras". Asimismo, antes, ¿quién no hacía limpiar las ventanas de su casa por su propio doméstico o por los encargados de la limpieza general de la casa? Hoy son tan numerosas las ventanas en los edificios de las ciudades modernas, que, obedeciendo a una necesidad pública, ha surgido el "limpiador de ventanas". Y ese trabajo se ha convertido en un oficio severamente reglamen-



A la derecha se ve parcialmente la fina silueta del Empire State; abajo, un "limpiador de ventanas" trabajando en el mismo, a varios centenares de metros sobre la calle.

pendiente de un HILO



Cuando llueve, los "limpiadores de ventanas" se divierten jugando a los naipes sobre terreno seguro. Están asegurados en mil dólares, y ganan 32 semanales.

Los "limpiadores", en plena acción, confían su vida sólo a la resistencia de la correa que los sujeta. Una caída desde el centésimo piso es mortal. Trabajar a esta altura, con el cuerpo gravitando sobre el vacío, requiere un corazón a toda prueba, sangre fría y una carencia absoluta de predisposición al vértigo.

tado, bien pagado, en el que hay lugar para todo aquel que haya quedado cesante en otro empleo..., siempre que se trate de un hombre a quien no mareen las alturas y que al mismo tiempo sea modesto, individuo difícil de encontrar, en los sentidos recto y figurado de la palabra.

Pero estamos hablando en el sentido recto, y, en verdad, no es fácil dar con personas que puedan permanecer horas limpiando los vidrios de las ventanas a la altura del sexagésimo o del centésimo piso, sostenidos, del lado de afuera del edificio, por simples correas. Porque esto no es muy diferente que "tener la vida pen-

Mister Ralph Slade, superintendente del Empire State Building, encargado de la sección "limpieza de ventanas", imparte instrucciones al cuerpo de "limpiadores".

Esta tarea de lavar las ventanas del Empire State Building no se termina nunca; una vez limpios los de un lado ya están sucios los del otro, y a recomenzar.

diente de un hilo", y no todos soportan tal situación, unos por miedo, y por vértigo otros. De manera que en el oficio de limpiador de vidrios no abundan los oficiales y no existe, por lo tanto, la competencia ruinosa que aqueja a casi todos los demás gremios. El mejor cuerpo de "limpiadores de ventanas" quizá sea el que pertenece exclusivamente al Empire State Building, de Nueva York. Este edificio es el más grande del mundo, y tiene 102 pisos. Sin embargo, no ha ocurrido ningún accidente desde su construcción, debido a la estrictez con que el cuerpo de "limpiadores de ventanas" observa su reglamento. Dicho reglamento, impuesto por el Empire State Building, fué elaborado sobre la base de la experiencia ajena. Ya en Nueva York se habían registrado algunos accidentes, ocurridos en los albores de este oficio de "limpiador", y, una vez estudiadas sus causas, bastaron dos o tres prohibiciones en la conducta del obrero, mientras realiza su trabajo, para alejar el peligro de las caídas.



El "limpiador de ventanas" se ajusta el cinturón de seguridad, del cual puede afirmarse que dependerá su vida mientras esté cumpliendo con su trabajo, a muchísimos pies de altura.

En cierta ocasión, un "limpiador" que acostumbraba a trabajar solo se encontró en circunstancias difíciles e imprevistas que le hicieron pasar muy mal rato. El hombre, después de limpiar los vidrios de una ventana que estaba a muchos metros del suelo, trató de abrirla para entrar nuevamente al edificio, pero no pudo; la ventana resistía todos sus esfuerzos, como si alguien la hubiera cerrado con falleba: era que había sido recién pintada, y la pintura había pegado sus hojas. El obrero no podía ser oído desde la calle ni desde dentro, y se vió obligado a romper los vidrios de un puntapié para salir de tal situación. El reglamento del Empire State Building contempla esa eventualidad y prohibe que el "limpiador de ventanas" trabaje solo; debe hacerlo en grupo o, por lo menos, con un compañero para que en caso de peligro pueda ser socorrido.

Los demás accidentes registrados ocurrieron debido a imprudencias de las víctimas. El obrero, para andar más rápidamente, trata siempre de acortar distancias, y, si puede, pasa de una ventana a otra en línea re-

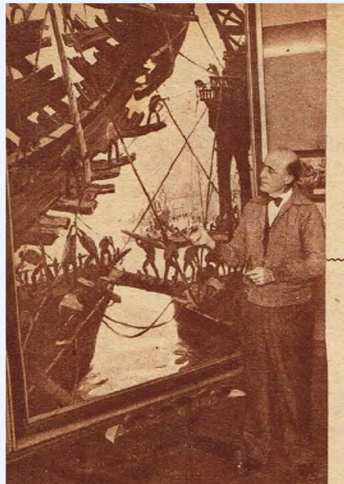
ta, por fuera del edificio; y esta acrobacia, realizada a gran altura, provoca los accidentes. En vista de ello, el reglamento del Empire prohibe el pasar de una ventana a otra por fuera del edificio.

Además, este cuerpo de "limpiadores de ventanas" del Empire tiene inspectores que revisan de continuo sus cinturones de seguridad y todo el correaje, y esto es importante, porque del buen estado de las correas depende la vida de estos hombres. Estar casi todo el día suspendido sobre la calle, a gran altura, durante meses y años, trae la costumbre de ello, y la costumbre produce inconsciencia del peligro, residiendo en esto precisamente el peligro. El cinturón de seguridad es tan importante para el "limpiador" como es el paracaídas para un aviador que se arroja del avión.

Todos los días del año están estos "limpiadores" prendidos a las paredes del Empire. Son miles de ventanas las que tienen que limpiar, y cuando terminan por un lado ya deben recomenzar por el otro. Pero están cuidados por el inspector de sus cinturones y por un médico que les revisa la presión arterial y el corazón cada semana. Y son bien remunerados: cobran 32 dólares por 48 horas semanales de trabajo.

Todos tienen familia; y el 75 por ciento de ellos son hombres cultos a quienes los golpes de la suerte han llevado a aceptar ese trabajo. Y es interesante el hecho de que entre estos hombres de buen origen se encuentran los más aptos para desempeñarse bien sin correr el riesgo de sufrir el vértigo de la altura ni tener miedo de estar todo el año con la vida suspendida de una correa.

Así que, por el momento, los "limpiadores de ventanas" lo pasan bien; están asegurados en 1.000 dólares y no tienen competidores; no existe la oferta qué haga bajar su cotización. Y cuando llueve, cosa que suele ocurrir con frecuencia, no trabajan, juegan a los naipes y se divierten. Que no venga, pues, alguna terrible máquina capaz de limpiar en un día todos los vidrios del Empire State Building, pasando automáticamente de ventana en ventana, y desaloje al pintoresco cuerpo de los "limpiadores de ventanas", que hoy se ganan allí valientemente el pan de cada día. ◈



Viaje alrededor

UNA ENCUESTA DE TIBOR SEKELI, CON

Nuestra encuesta de hoy podría ser considerada, hasta cierto punto, como segunda parte de la que publicáramos en un número. Aquélla se titulaba "La Argentina vista con ojos extranjeros". Y ésta podría titularse "La Argentina vista con ojos argentinos". Mejor que la Argentina, el paisaje argentino. Alguien dijo que el hombre es el reflejo de la tierra en que nace. Nosotros agregaremos que el paisaje es la tierra sentida por el hombre; es el panorama vestido con una pincelada de alma, con un toque de sentimiento artístico. El paisaje argentino, compuesto de elementos tan dispares como el mar y la montaña, la selva norteña y el llano del sur, sólo puede ser interpretado con

EN LA BOCA, CON QUINQUELA MARTIN...

Para interrogar sobre nuestra encuesta a Quinquela Martín, vamos a sorprenderlo en un aula de la escuela Pedro Mendoza, situada en la Boca, frente al Riachuelo.

Conversamos con él un instante, y en el momento mismo que estamos por hacerle nuestra pregunta, se nos ocurre echar una mirada a través de una de las ventanas de la escuela. Entonces sentimos que casi no hay necesidad de preguntarle a este mago del color cuál es el paisaje argentino que más ama. Ante nosotros, en un milagro de forma y de luz, se extiende una amplia vista del barrio que él tanto quiere... La Boca, con sus viejos barcos anclados para siempre en sus orillas, como en los muelles de la eternidad; con sus bosques de mástiles y de cuerdas, entrelazadas de mil modos; con las quillas agrietadas por el tiempo, que muestran impúdicamente al paseante sus vientres desnudos de pintura. Y todo eso, con un fondo lejano de fábricas, que esfuman en la tarde, ebria de sol, los contornos grises de sus altas chimeneas envueltas en tensas espirales de humo... En fin, ese paisaje tan típico del barrio y que tan bien ha sabido reflejar él en sus cuadros.

—Es verdad —nos dice el pintor, después de seguir nuestra mirada— que esto no es netamente un paisaje en el sentido estricto de la palabra; pero hay aquí algo más que eso. Nuestro querido Buenos Aires —y lo dice sencillamente, como hablando de un viejo amigo— nació aquí, en estas mismas aguas, en estas mismas orillas. Lo han construído esos humildes obreros que ustedes pueden ver ahí cargando los barcos de sol a sol. Ellos forman parte intrínseca del paisaje boquense; pero, además, le confieren un tinte especialísimo de que carecen otros, quizá más bonitos pero con menos fondo: el tinte del trabajo y del progreso elaborado con músculo y con sudor. Por eso dedico a ellos mis cuadros; por el inmenso bien que hacen a esta ciudad. Ustedes pueden llamarlos "Paisajes". Pero también, si quieren, "Himnos al trabajo".

"EL CAMPO ES EL PAISAJE QUE SE VIVE MAS INTENSAMENTE", DICE EL POETA FERNANDEZ MORENO

En todas las obras del doctor Baldomero Fernández Moreno, el fino poeta laureado de la Academia Argentina de Letras, se encierran páginas que pintan los matices más emotivos del variado paisaje argentino. Pero la llanura es algo que se clava en el espíritu cuando se ha sabido interrogarla y comprenderla con el hondo sentido estético con que lo ha hecho nuestro entrevistado, que viviera una vez en íntima comunión con esos campos "infinitos, monótonos, iguales". Ahí están, para confirmarlo, "Intermedio provinciano" y "Campo argentino", dos de sus más felices obras.

—Los campos extensos — nos dice el mismo —, divididos por ríos, alambres y caminos, campos labrados y los que esperan serlo todavía para rendir su fruto al hombre, son los que más intensamente podemos vivir nosotros, que somos nacidos en esta tierra.

Y como para dar más fuerza a sus palabras nos brinda un soneto, cada uno de cuyos catorce versos es como un golpe de emoción y de colorido que hiere la tierra hasta hacerle manar belleza. Helo aquí:

CAMPOS DE MI PROVINCIA

Campos de mi provincia en el estío,
infinitos, monótonos, iguales,
carretadas de pastos naturales
más el alambre tenso de algún río.

Un monte a la distancia azul sombrío,
parches esmeraldinos de maizales,
molinos, parvas, silos, animales,
y luego el sol de la bandera y mío.

Hoy al cruzaros rumbo al mar de nuevo,
mi antiguo voto férvido renuevo,
¡Estallad en mil granjas divididos!

Y guardadme el rincón más miserable
y que un sonoro álamo me hable
junto a los claros hijos ya crecidos.

Fernández Moreno

de nuestro Paisaje

FOTOGRAFIAS DE CONESA, ROMERO Y PODESTA

la visión de un artista o el concepto estético de un intelectual. Tal es la causa de que LEOPLÁN haya reunido en estas páginas un grupo tan selecto de figuras — conocidas todas y consagradas muchas —, en nuestro ambiente literario y artístico. A través de sus opiniones el paisaje argentino cobra vida, al identificarse, en cada enfoque, con el hombre y su obra, fondo emotivo en que converge el concepto básico de nuestros entrevistados. Cada una de estas crónicas es, pues, una ocasión que se le brinda al lector de viajar por nuestro paisaje a través del pincel de nuestros artistas o la pluma de nuestros poetas.



LA IMPONENCIA DEL PAISAJE DE MISIONES HA CONMOVIDO A ELISA GALVE

—Francamente..., es un poco difícil de contestar la pregunta de ustedes — nos dice la joven estrella de la pantalla argentina Elisa Galvé —. Me encantaron, por ejemplo, las bellezas de las sierras de Mendoza, llenas de verdor y con ese aire tan transparente que tiene una fuerza vital desconocida en la ciudad. Y allá, en el fondo del paisaje, los picachos de los Andes, siempre blancos de nieve y coronados de nubes. Es un paisaje exquisito; sin embargo, yo...

—Sin embargo, usted... — urgimos, temerosos de que Elisa no complete su pensamiento.

—Pues bien, el paisaje que más honda impresión me causó fué el de la selva de Misiones.

—En esas selvas frondosas y vírgenes, me pareció descubrir a cada paso algo nuevo, algo exclusivamente mío. El canto de tantos pájaros desconocidos para mí, el acento imponente de los saltos de agua de los ríos, y otros ruídos que nadie sabe quién los produce ni de dónde vienen, crean una impresión de vida naciente, de fuerza oculta y poderosa que brota de la selva. Cuando se ha caminado un rato por los senderos de la selva, una cree ver detrás de esa tupida cortina vegetal el rostro de algún genio que se asoma, de alguna hada que sonríe; el fantasma de un indio que cruza altivo y soberbio, pero brillando en sus ojos dos lágrimas de dolor por la tierra perdida, o las brasas de unos ojos salvajes que acechan el paso del legendario conquistador...

Cuando nos despedimos de Elisa Galvé, nos parece ver ante nosotros el paisaje palpitante de vida que nos describiera. Y en medio de él la figura legendaria del capitán Vergara, cubierta de acero y marchando hacia el norte, Paraná arriba, en lucha a muerte con la selva terrible y el indio indomable.

"NUESTRO PAISAJE ES EL LLANO CON UN FONDO DE MONTAÑA", AFIRMA REGA MOLINA

El estro del celebrado poeta y crítico literario Horacio Rega Molina adelantó en el tiempo su respuesta a nuestra pregunta de hoy. Ella está encerrada en "Paisaje", y es por eso por lo que, al contestarnos, sus palabras se encuadran, naturalmente, en el marco de tan fino soneto. Es un cuadro vivo, que usa la pluma por pincel y las palabras por colores. Un cuadro del que fluye, además, una inmensa quietud campesina. Y en medio de ella, la silueta del labrador que siembra.

El conocido escritor confiere al ambiente que describe un poco de la emoción y el sentimiento que él puso en los versos, cuando nos dice:

—El paisaje que más me agrada es el que reúne y conjuga los elementos estéticos de la naturaleza, las obras del hombre y los seres. Cielo, agua y verdura. Luz, nubes y tierra. Y en ese ambiente, el hombre en su artesanía rural, su habitación y el detalle de la amistad animal en el pájaro, el insecto o la bestia. Es, por otra parte, nuestro paisaje del llano argentino con su fondo de montañas en las regiones donde ellas dominan. En el soneto "Paisaje", que es expresión de las condiciones especificadas, el sentimiento de lo agreste y lo rural es tan dominante como la emoción que fluye de la comprensión del mundo y de sus cosas vitales. El trasunta un estado de mi espíritu y trata de comunicarlo a los demás con el lenguaje del verso, más eficaz que la prosa misma, en su miniaturesca estructura.

Y Rega Molina nos brinda, para regalo del lector, el soneto en cuestión:

PAISAJE

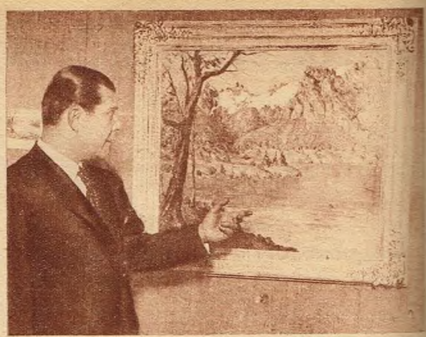
Aire fino de sol. Y transparente
Bajo un cielo de nubes arbolado.
El hilo de agua bebe en la corriente
Y estira el pico de cristal mojado.

Allá, mientras arroja la simiente
Se seca un labrador recién pintado,
Y en los añejos árboles se siente
Como si el cielo hubiera respirado.

Salta en la hierba el tímido resorte
Del conejo. Quebrada luz se agrupa
En lo que se conoce por el Norte.

Lejos asoma la ordenada cresta
Del caserío, donde todo ocupa
Su lugar, como en una mesa puesta.

Horacio Rega Molina



FEDERICO MASCIAS PREFIERE EL PAISAJE DE LOS LAGOS DEL SUR

Encontramos al inspirado paisajista Federico Mascías en medio de sus cuadros expuestos en el salón Müller.

—¿Cuál es, a su juicio, el paisaje más característico y más hermoso de la Argentina? — le preguntamos.

El se reconcentra un instante, mientras deja vagar la mirada de una a otra tela. Seguimos esa mirada y nos damos cuenta, entonces, de que la pregunta era casi superflua. Todos los cuadros reflejan la misma región.

—¿Nahuel Huapí? — preguntamos.

—Sí; es decir, la zona de los lagos. A mi juicio, el más hermoso de todos es el Futalauquén.

—¿Más que el famoso Nahuel Huapí?

—En efecto. Es más pequeño y no tan conocido, pero la belleza de su paisaje es pura y virgen. Allí hay bosques de alerces y otros árboles gigantescos, que parecen rodear en un abrazo a la montaña y querer trepar por ella hasta besar su frente blanca de nieve y de frío. Y cuando estalla una tempestad, entonces bosque, lago y montaña gimen estremecidos bajo el poder inmenso de Dios, que allí es naturaleza y que parece estar siempre muy cerca de nuestros sentidos. A orillas del Futalauquén tengo mi ranchito, y allí he pasado mis horas más felices en íntima comunión con el paisaje.

Cada cuadro de Federico Mascías es una afirmación rotunda de sus palabras. Cada toque de su pincel, cargado con nieve de cumbre o verdor de selvas, es un canto a la belleza natural, tal como él la siente, pura y virgen en su grandiosa concepción.

"PARA SENTIR EL PAISAJE NECESITO ASOCIARLO AL HOMBRE", RESPONDE HERMINIA BRUMANA

—¿Qué pienso yo del paisaje argentino? — pregunta, a su vez, más a sí misma que a nosotros, la recia escritora Herminia Brumana.

Después mira hacia adelante, como buscando horizontes en sus recuerdos, y en seguida nos responde, esbozando un gesto:

—Debo confesar que el paisaje en sí, diría mejor el paisaje puro, no ha logrado aún emocionarme.

"Para sentirlo, para gozarlo en toda la fruición de sangre y espíritu, necesito asociarlo al hombre, necesito verlo en función social.

"De los recuerdos de viajes a través de mi país, no logro asir un solo espectáculo de montaña, de mar, de río, de selva o de llanura si no lo asocio a un instante de mi vida en el cual contemplaban mis ojos o percibieron mis oídos una manifestación humana. Así, el sendero por donde pies con ojotas iban a la vivienda de lo alto, la vela de una barca pescadora lejana, las criaturas salpicadas por las gotas de un manantial, el hacha clavada en un tronco, una tapera, eran un punto, una relación, un detalle, dando sentido al mar, a la montaña, al río o a la pampa. Así puedo evocar, sin que el tiempo ni la distancia



ELBA VILLAFAÑE AMA EL PAISAJE DE LAS PROVINCIAS NORTEÑAS

La joven y destacada pintora Elba Villafañe, que enclavara su caballete frente a los paisajes más diversos de la República, de uno a otro de sus extremos, halló su sentimiento estético reflejado en los paisajes de esas tierras del Norte, donde el aborigen es parte y unidad de la naturaleza.

—El suelo de las provincias norteñas, y sobre todo el de Jujuy, tiene una belleza única ya de por sí — nos explica ella —. Pero junto con el paisaje existe allí el hombre, el indígena, que en esas comarcas no interrumpe la mirada del espectador. Al contrario, el hombre que vive sobre esa tierra virgen forma, sin duda, parte del paisaje, unificándose con él, como una roca o un arroyo. Además, las ruinas de civilizaciones antiguas, otro elemento típico del paisaje norteño, ponen en el cuadro un pátina de tiempo, que infunde majestad a la visión y que contrasta notablemente con esas iglesias agrestes y minúsculas que adornan los pintorescos valles. El conjunto parece que estuviera allí inmóvil desde hace siglos. Y por los siglos que vendrán.

El dibujo a pluma que Elba Villafañe nos brindara gentilmente para LEOPLÁN, corrobora y acentúa, si se quiere, esa opinión de la artista sobre el paisaje argentino.

ELENA ILLY BOURIERES Y LOS PAISAJES FUEGUINOS

—La imponente grandiosidad de la montaña, la majestuosa serenidad de las aguas y la reciedumbre con que se manifiesta la naturaleza en esos parajes tan poco hospitalarios, es algo que lo eleva a uno a esferas puramente espirituales — nos dice Elena Illy Bourieres, la feliz paisajista, cuando, al contestar nuestra pregunta, nos explica el porqué de su preferencia por los paisajes fueguinos y patagónicos.

—¡Cuánta belleza dantesca, cuánta sugestión poética dimanan de esas soledades grises y brumosas! — continúa en seguida —. Los pocos que viven ahí siempre se quejan de lo ásperos que son esos parajes, pero nunca los dejan. Es que el que una vez los visita volverá siempre, atraído como por un reclamo misterioso que emana de esas tierras, donde el alma encuentra un perfecto equilibrio, y donde, en fin, puede uno aprender a encontrarse a sí mismo...

Todo eso nos dice Elena Illy Bourieres, la fina pintora viajera. Nosotros la escuchamos, y sentimos que poco a poco nos va ganando el alma un deseo imperioso de dejarlo todo e irnos a gozar de aquellos paisajes. A empaparnos de belleza y a agobiarnos de silencio en esos lagos del Sur que vemos tantas veces reflejados en los muchos cuadros que adornan el estudio de la pintora. Pero no podemos, y entonces nos contentamos con adentrarnos en ellos a través de su pincel y de su palabra cálida y entusiasta. ◈

---

aminoren el deleite, la impresión recibida en muchos lugares de mi tierra, tan generosamente dotada de bellezas, y así rememoro hoy, con los ojos abiertos sobre la ventana de un cuarto que da a un cielo grisáceo de este día otoñal, la visión del cerro de Humahuaca, en Jujuy, por cuyas laderas, esa tarde, un sol en poniente, cual un fantástico cáliz gigantesco, encendía de rojo piedra sobre piedra.

"Yo miraba indiferente esa puesta de sol, cuando de pronto mis ojos encontraron, en medio de esa brasa suspendida entre el azul del cielo y el verde del valle, un pedazo de quebrada palpitante de cruces...

"Eran las ruinas de un cementerio indígena que aun perdura en ese lugar. Trozo de soledad y silencio con su angustia de pasado, clavado ahí para patentizar lo ido, vestigio de una raza sufrida que amó al sol, veneró la tierra y oró a la montaña, en una purísima concepción de Naturaleza y Dios hecha unidad.

"Las tumbas no parecían frías, y en medio de aquel derroche de rojo, azul y verde, ese trozo de acento indefinido parecía una cuña de eternidad...

"Y cuando mis ojos se empañaban y veían mejor el paisaje, una vidala se oyó en la lejanía. Un muchacho entonaba, arreando sus cabritos, el hondo canto de la raza...

"Entonces el paisaje de la quebrada de Humahuaca, en ese ocaso, me envolvió hasta hacerme sufrir el divino goce de la belleza. No pude dar un paso: mi corazón estaba de rodillas."

Hemos hecho apenas una pregunta durante toda la entrevista. No tenemos, ahora, ánimo para agregar nada más tampoco. Y nos despedimos, llevándonos dentro, como un tesoro, esa visión atormentada y fantástica de un rincón típico de nuestro suelo, que las frases soberbias de la fina comentarista de "Martín Fierro" nos clavara en el pensamiento como una lanzada de belleza que fuera goteando angustia...



Hermina C. Brumana

La cruz roja de la

PATRULLANDO CONTINUAMENTE LOS NEVADOS PRECIPICIOS DE SUIZA, LOS MIEMBROS DE LA GUARDIA MONTAÑESA ARRIESGAN ALEGREMENTE SU VIDA PARA SALVAR LA DE LOS ALPINISTAS EN TRANCE DE PELIGRO

Una nota de
Agustín M. Valenzuela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



La silla desmontable facilita la tarea. Pero el peso de un cuerpo "muerto" requiere un mayor cuidado y todas las precauciones son necesarias.

EL alpinista advierte con desesperación que las aguzadas púas de sus zapatos rasgan la roca escurriéndose hacia el vacío. Ha fallado el cálculo de la distancia y el golpe inesperado contra la saliente granítica de la montaña cobra su tributo a la audacia insensata. Una simple fractura imposibilita todo movimiento y reviste, en tales circunstancias, características de tragedia. Pero el

Cuando se ha producido un accidente, los guardias especializados en la vigilancia acuden a la estación más próxima en procura de rápido auxilio.

Además de expertos y ágiles alpinistas, los guardias deben tener conocimientos sobre primeros auxilios. Es necesario saber preparar a las víctimas para el descenso.

montaña

herido no tiene casi tiempo de pensar en lo crítico de su situación. El servicio de auxilio, siempre vigilante, se moviliza de inmediato, y en contados momentos una cuerda tensa lleva hasta el accidentado la ayuda providencial. Dos manos firmes y seguras lo sujetan, y, ante la expectación de los demás miembros de la Cruz roja de la Guardia montañesa, se inicia el dramático descenso, en el que un hombre lucha, no ya por realizar una hazaña de carácter deportivo, sino para salvar una vida.

Desde que se acentuó el entusiasmo de los alpinistas por escalar las peligrosas laderas de los Alpes, en procura de los picos eternamente vestidos de blanco, el gobierno suizo comprendió la necesidad de establecer pequeños refugios de primeros auxilios. Fué tarea ardua hallar los hombres que con verdadero desprecio de sus vidas las expusieran de continuo para sacar de trances difíciles a los inexpertos aficionados y a quienes, no siéndolo, se entregan por entero a la excesiva confianza que reporta la experiencia mal entendida, y se aventuran por senderos peligrosos. Pronto surgió, sin embargo, la institución de salvamento ya conocida hoy por las iniciales con que se la identifica: "B-W". Su obra, casi anónima para la importancia que tiene, requiere de sus miembros una constante tarea tan difícil como humanitaria.

Es necesario conocer de cerca la fatigosa obra de los hombres de la Guardia montañesa para poder apreciarla en toda su magnitud. Quienes practican el alpinismo gustan, por lo general, dedicarse al complicado deporte cuando el sol ilumina los picos más altos. Pero también suelen darse casos de alpinistas cuya audacia los lleva a desafiar, al mismo tiempo, las cumbres nevadas y la oscuridad de la noche. Los guardias vigilan por eso constantemente, provistos de sus equipos, dispuestos a no perder un solo minuto de ese tiempo que puede significar una vida.

La tarea de salvamento merece el calificativo de heroica. Bien es cierto que la práctica constante — son muchos los accidentes que en ciertas épocas del año se producen — permite a los hombres encargados de ella adquirir muchos conocimientos sólo necesarios e imprescindibles para sus funciones de ayuda y auxilio. Pero aun así, y no dando la importancia que merece a la rapidez con que actúan, los menores detalles exigen amplios y estudiados recursos. Desde la preparación del botiquín, cuyo contenido varía según los accidentes, hasta la de las camillas y las sillas trasportables, para los casos de mayor importancia.

Algún compañero del herido, un miembro del cuerpo especializado de vigilancia, lleva a la oficina más próxima el pedido de ayuda. Parte de inmediato el equipo, constituído, salvo casos de excepción poco frecuentes, por tres hombres.

La última parte del salvamento. Ya en tierra firme, una camilla transportable sirve para llevar al herido hasta el camión ambulancia que aguarda y que lo conducirá con rapidez al más cercano refugio de primeros auxilios.



Uno, encargado de la conducción de la ambulancia, y dos, tan buenos alpinistas como entendidos en primeras curas de urgencia.

Suelen darse casos de deportistas poco experimentados heridos por imprudencia. Estos, que constituyen los menos, requieren un mínimo de trabajo a los guardias de la montaña. Generalmente los accidentes de esta naturaleza se producen en horas del día y las tareas de auxilio se reducen a fortalecer el ánimo de la víctima y a entablillarle y vendarle la parte herida en caso de que una fractura lo hiciera necesario.

Pero cuando se trata de un deportista experimentado, cuyo avance hacia las alturas se ve interrumpido por alguna causa que le impide también el regreso, la ayuda requiere un absoluto despliegue de habilidad y rapidez. Habilidad, porque en muchos casos el auxilio debe hacerse llegar desde las cumbres más altas para descender valiéndose de las cuerdas, y rapidez, porque, ignorándose el carácter del accidente, puede llegar a tener graves consecuencias la tardanza. Pero ambas cosas son patrimonio de los miembros de la institución. Avezados conocedores del terreno en que actúan, es digno de verse el trabajo que realizan. Desafiando el peligro a que se ven expuestos de continuo, trepan con agilidad de simios las laderas más empinadas, valiéndose de cuerdas, sin que aparentemente les signifique un estorbo el pesado equipo de que van provistos. Afirmándose con seguridad en las paredes rocosas por medio de los aguzados clavos de sus zapatos, parecen despreocuparse en absoluto de ellos para buscar únicamente el fin de la difícil trayectoria que la humanitaria labor les impone, con riesgo de sus vidas.

Pero si el ascenso es expuesto, no lo es menos el descenso. Tratándose de una altura considerable y de un accidentado que no puede valerse de sus propios medios, deben utilizar las sillas transportables. Estas sillas, que se hallan sólidamente sujetas a la espalda de los guardianes, significan, con la pesada carga de un cuerpo "muerto", un inconveniente que aumenta de manera considerable los riesgos de las de por sí peligrosas tareas. Una falla de cálculo, el más insignificante movimiento de la víctima atemorizada por el vértigo de las alturas, pueden dar lugar a un nuevo accidente de fatales consecuencias. Pero son contados los casos en los que un miembro de la Guardia montañesa ha pagado tributo a su valor y a su temeridad.

Ya en tierra firme, el trabajo se reduce a trasportar al herido a la ambulancia que aguarda y conducirlo rápidamente al refugio de sanidad más próximo. Después, los integrantes de la "B-W" esperan un nueva llamada de auxilio, sin dar importancia al trabajo realizado y sabiendo que no trascurrirá mucho tiempo sin que un nuevo angustioso llamamiento los lleve a balancear otra vez su cuerpo sobre los nevados precipicios, en encarnizada lucha con la muerte, para disputarle una nueva víctima a la montaña... ◈

Los guardias de las montañas exponen, en cada caso, la vida. Pero, hechos ya a la humanitaria tarea, parecen no inquietarse ante el abismo, y realizan su cometido con abnegación y espíritu de sacrificio.





"El alpinista advierte con desesperación que las aguzadas púas de sus zapatos rasgan la roca escurriéndose hacia el vacío . . ."

Cada equipo está constituido por tres hombres. Pero solamente dos son los que arriesgan sus vidas, desafiando las alturas y los peligros.



Carola

por Dinorah Olmos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

TIENE 17 años, una carita redonda y fresca de manzana, ojos celeste claro, pelo rubio descolorido y lacio, una boquita de labios gordezuelos y un alma sencilla.

Toda ella revela salud y satisfacción. Es la hija del "gringo" Nicola el remendón. En el barrio le dicen "la gringuita" y esto es su mayor y más profundo dolor. ¡"La gringuita"!

Ella, que hubiera querido ser tan fina y exótica como "la Marlene" o tan delicada y espiritual como "la Loretta".

Lleva el cabello cortado como Diana Durbin y como aquella melena es "una desesperación"..., por las mañanas su cabecita se llena de bichos de cesto muy bien ajustaditos.

Queda linda con su *sweter* verde loro y encima el delantal rosa descolorido de manga corta...

En los piececitos los zuecos y en su cara redonda dos parches de color que le suben hasta las orejas.

Es linda la "tanita" y ella lo sabe.

Por las mañanas se contenta con ser "la gringuita del remendón" y lava y friega con sus manos grandes acostumbradas al trabajo... y si pasa "gente", lo único que le importa es que no le ensucien la vereda. Es una gloria verla con su *sweter* arremangado sobre los brazos blancos y gordezuelos, retorciendo el trapo con sus manos enrojecidas..., inclinada sobre la pileta o andando de aquí para allá mientras los zuecos le cuentan cada paso, ¡chas! ¡chas! ¡chas!

A veces entra al negocio. Parece que entra con ella la juventud y la vida...; su blancura desentona en la obscura pieza que huele a cuero, betún y tintura... Entra, secándose el jabón de los brazos y guiñando los ojos encandilados.

Allí, en su sillita petisa, todo recogi-



ao como un niño, con la camisa azul arremangada y el delantal de cuero obscuro, teniendo delante un arsenal de cueros, clavos, botas, hormas, tientos, ceras y tinturas, está Nicola y "el Pepe", su socio del alma.

Nicola, con sus lentes de aro torcidos sobre los ojos azules, el ceño plegado por el esfuerzo en un erizamiento de cejas peludas, y las manos siempre sucias... Siempre inclinado, cada día más, como agobiado por el peso de aquel corazón, según dicen dilatado. El no sabe qué es eso de dilatación, pero cuando se ahoga piensa que es de tanto aire que encierra aquel fuelle.

Su posición recogida es casi simiesca y humilde. Pero aquel hombrecillo un poco chueco y enclenque, alberga en su cuerpo magro un carácter vigoroso y rudo.

Cuando se enoja golpea con el martillo, y Carola, madre e hija, agachan la cabeza... y se acabó.

Cuando Carola entra en el negocio se sube los anteojos a la frente, frunce los ojos celestes, deja el martillo sobre el banco, escupe los clavos que le erizan la boca como una extraña dentadura, y maquinalmente se limpia las manos, como si temiera manchar tanta blancura y claridad.

Ella se acerca un poco de lado y le pone la mejilla a la altura de la boca.

—Buenas, papá... — dice mirando ausente la calle, el cielo, y la enorme bota que se balancea allá en el frente.

El la besa tomándola torpemente por la cabeza llena de broches; ella protesta:

—¡Ay! Mire que me duele... ¡Cómo es usted!...

Nicola sonríe picaresco mientras se limpia la boca con el revés de la mano, como cuando bebe el "barbera".

—¡Eh, qué quiere! Non se enoque..., cun tanto coernito cume se ha poesto... ¡Ah, la yiuventú!

Ella, medio enfurruñada, se recuesta en la puerta. El padre vuelve al trabajo y con la boca nuevamente erizada de clavos pregunta frunciendo el ceño.

—Diga, ¿e per qué non saluda a Cusé?

Ella ni se vuelve.

Allí, dentro, comiéndosela con los ojos, desde que entró, estará José, "el Pepe"... ese bruto..., ese "tano"...; el candidato de la familia... No es que sea feo... Es rudo, fornido, ¡pero, queda tan ridículo allí en esa sillita mirándola con sus ojos de "besugo" todo colorado, como "un pavo"! Es fuerte, es bruto; hasta el cabello le salió con fuerza. Tiene una cabeza de escobillón.

Carola lo sabe enamorado y le indigna ese amor como una profanación. Ella no es para "ése"..., ¡qué se piensan!...

Sin embargo, a veces entra en el negocio y hace su pasadita como el gato. ¡Vaya a saber por qué!... ¡Quizá porque allá en el fondo no le disgusta que la encuentren linda!

Allí estará mirándola con su cara "de bobo"..., esperando la limosna de sus palabras...

Carola se muerde los labios, tuerce la cabeza y dice con gesto despectivo...

—Buenas —y sale irguiendo la cabeza y ondulando su cuerpo, formado y lleno, al compás de los zuecos..., ¡chas!... ¡chas!... ¡chas!...

Luego pone la mesa, porque "la mamá" ya terminó de cortar los tallarines.

Extiende el mantel a cuadros, coloca los cubiertos opacos, los platos ordinarios floreados, los vasos de vidrio grueso y turbio..., el queso rallado abundante en plato sopero..., y todo lo demás.

Su casa es humilde: dos dormitorios mal ventilados, que dan al corredor, el vestibulito cubierto de enrejado de madera sobre el que trepa la parra fresca y verde y el piso cubierto con viejas baldosas rojas, en parte rotas.

Atrás, la pieza del Pepe; una cama, una mesa de luz con diarios encima, un reloj despertador, un baúl, cuatro cachivaches y dos perchas con cortina, una cruz, un calendario con palomitas y claveles, y un retrato: "la mamá", que murió en Italia.

Adelante de la casa, el negocio que da a la calle. El comedor angosto tiene una puertecilla junto a la del negocio. A lo largo del corredor, obstruyendo el paso, las tinas y macetas de Carola disputando su lugar a los tiestos y latas llenas de albahaca, de la madre.

Atrás de todo hay una cocinita humosa, el baño y un huertecillo donde Carola quiere flores y la madre lechugas y espinacas.

Carola se queda mirando el huertecillo. Ha terminado de tender la mesa. Toma a escondidas el vinagre y se bebe medio vaso frunciendo la nariz. Hace varios días que lo hace. Se ha propuesto adelgazar.

Pero cuando la madre pone en la mesa la fuente de fideos, y mira a sus hermanitos menores comer con ansias,

le falla el corazón y almuerza con sano apetito y gran remordimiento.

Después llega la tarde. Carola no hace siesta. Limpia la cocina para que la madre descanse, "la pobre está tan mal de los riñones"...

Luego, considerando que la hora de pie que hace por consejo de una revista queda ampliamente cumplida, se encierra en su cuarto y lee la novelita de folletín.

Y luego viene la tarde gloriosa.

La tarea dolorosa pero siempre encantadora de desprender los broches, de lavar y empolvar la cara, y el pasarse las horas muertas frente al espejo, ensayando gestos y repitiendo aquel...: "Si yo fuera más flaca... ¡Si yo no tuviera la nariz tan redonda!"...

Después, a la puerta. Cuando pasa "gente"..., ella, asomada a la puertecilla del corredor, "ignora" quién vive al lado, en el negocio...; ya no es "la gringuita Carola", es... "la señorita Carola"; esa preciosura de Carola, de los ojos tristes, y la cara suave"...

Pasa "uno" y ella entorna los ojos; "¡qué pestañas, señor, qué pestañas más largas tiene Carola!"

Hace días pasó un "joven". Tenía un sombrero "bolero", un traje muy amplio y unos bigotitos de gato rubio.

Con seguridad era más liviano y delicado que Carola, pero ella en eso no pensó. Cuando caminaba movía el ruedo del pantalón.

Al pasar la miró de reojo. Carola se puso roja y sonrió; sí, señor, sonrió. El se quedó en la esquina... y... nada más.

Pero ese "sonso" no le importa gran cosa. Ella espera a... Eduardo... ¡Ah, si Eduardo se fijara!

Es el hijo del doctor Planes. Es buen mozo, fuerte, atlético, ¡ah, y muy sencillo!... Usa camiseta de polista y pantalones arrugados. Tiene el pelo crespo y las zapatillas sucias. Es muy democrático, no hay duda. Hace días que la mira y la saluda. ¡Ah, si Dios quisiera!...

Cae la tarde entre matices rosados. Se escucha el arrastre de los bancos en el negocio. Nicola quiere aprovechar los últimos restos de luz. Comienza el toque de oración.

Pasa un grupo de chicas muy pintaditas.

—¡Adiós, Carola!

—¡Adiós, Anita!...

Un camión pasa a toda velocidad, llenando la calle con el sonido de su bocina. Se enciende la luz en el negocio.

—¡Carola..., Carola!...; questa ragazza... Entre, le digo... ¡Osté me hace freír la sangre!... — y así todos los días.

* * *

La mañanita estaba linda y fría; el cielo azul se miraba en el arroyito diminuto que festoneaba el cordón de la vereda.

—Che, Carola, vaya'lo del verdolero... ¡Ah!, e non se olvide del perequil; l'oltra volta non traco niente; me compra..., a ver...

Se fué con el alma adormecida, llevando en el cuerpo el calor de la cama, con las mejillas lustradas por el lavado concienzudo.

Serían las 9 cuando regresaba con la bolsa bien llena, adornada de perejil como una maceta.

Al doblar la esquina vió su casa llena de gente... Doña María, la Marcela, doña Julia, Pepín, el de la vuelta... Apresuró su paso...

La gente se apartó a su llegada, franqueándole la entrada.

—¡Qué pasa..., Dios bendito!... ¡Hable, doña Emilia!... ¿Qué pasa?...

Alguien le tomó la bolsa; una mujer lloriqueaba.

—¡Cuánto bochinche, Señor!... ¿Qué pasa?



La madre, dentro del dormitorio, lloraba a gritos.

Le dió un golpe el corazón. Ya estaba en el umbral. La gente se apretujó, sensacionalista... Una mujer preparó el pañuelo... Carola miró dentro de la pieza. La vió desesperada mesarse el cabello cano...

—¡Ah, Dío benedetto!... Santa Vergine de Pompeia... ¡Dío benedetto!...

Carola sintió erizársele la piel de los brazos..., luego frío en la espalda..., flojas las rodillas..., y lo vió...

Allí, en la cama, pálido..., muy pálido... con su mandil de cuero y su camisa azul... el padre... su padre... muerto, sí muerto... eso, eso era... ¡Papá!

Temblaba como una hoja... Se arrojó sobre la madre, frenética, desesperada, sin lágrimas, ahogada de sorpresa, de estupor.

—¡Mamá... mamá!... La llamaba a gritos, con angustia, como quien se siente perdido en un abismo de dolor.

—¡Mía cara, poveretta!...

—Pero, ¿cómo pudo ser? ¿Cómo pudo ser?

Un médico joven y rubio cerraba una valija.

—¡Y..., el corazón! ¡Qué se va a hacer, hija..., tiene que ser fuerte, por su mamá!

La realidad fué entrando por grados, suavemente, casi sin sentir, como penetra el arma aguzada y filosa en la carne estremecida. De pronto, tocó fondo, llegó al alma sensible y se retorció de dolor, gritando, llorando enloquecida:

—¡Papá!... ¡Papá!...

Y se arrojó sobre aquel pobre cuerpo, como para infundirle su vida, sacudirlo de su letargo...

Las mujeres lloraban... Los dos hermanitos, abrazados, gritaban en su dolor inconsciente, buscando refugio uno en el otro.

Luego, todo sucedió como en sueños.

El Pepe hizo frente a la cosas: —Deje, doña Carola, que le ayudo—. Una vecina comedida se quedó con ellas. La madre, por un prodigio de fortaleza, hizo a un lado el dolor como quien arroja por un instante la carga que la abruma.

—Hay que hacer esto, lo otro..., desarmar la cama..., retirar la mesa... ¡Ah, Dio benedetto..., cun tanto chico..., nostra signora, prega per mé!

Luego el dolor convencional visitó el humilde hogar. Todo el día estuvo entrando y saliendo gente. Carola estaba "hecha una lástima", sin fuerzas para nada.

—Vamos, Carolita, come un poco. Hay que ser fuerte, ¿verdad? Toma una taza de caldo...

—Deje, doña Eulalia..., gracias...

En la noche llegaron las amiguitas..., todas bien arregladas..., era natural...; en el velorio habría muchachos, y no era cosa de estar con la cara lavada...

Sin saber por qué "le chocó" el *rouge* y los polvos. La abrumaban con caricias, con consuelos. Carola hubiera querido huir... estar sola, pero, ¿dónde ir en tres piezas?

Al pasar frente a un espejo se vió tal como estaba. Con los ojos hinchados, los broches sujetos, la cara desfigurada...

Tuvo pena..., sintió vergüenza... Maquinalmente comenzó a desprender los broches... y recordó... "Ma, cun tanto coernito come se ha puesto"... Estalló en sollozos... No, no podía arreglarse..., que la vieran como era, al natural... ¡Que viniera Eduardo y la mirara! ¡Qué importaba!

Sin saber por qué, rehuía el entrar a la capilla ardiente y mirar al padre. Por fin lo hizo. No se impresionó tanto como temiera. Le puso la mano en la frente; de pronto, le sobrevino una idea tonta: Aquel féretro, con su puntilla, era parecido a una gran caja de bombones que un día le regalaron...

El olor a junquillos la mareaba. "¡Ah, ese olor a muerte!"...

Comenzaron los rosarios.

Cuando pudo se escapó al comedor. Se sentó rodeada de amigas compungidas. Allí estaba la madre; la lámpara le alumbraba con su luz amarillenta. La vió vieja... En los ojos enrojecidos las lágrimas parecían sangre... Entre las manos curtidas, el pañuelo húmedo. En la cocina no había café para convidar...; eso le hizo pensar en la situación en que quedaban, en sus hermanos, en el desamparo y la miseria. ¿Qué sería de ellos? Sintió voces en el corredor.

Era Eduardo. ¡Ah, si aquel sueño se hubiera realizado..., habría pan en su mesa y la pobre madre tendría reme-

dios!; y... pero aquello era un sueño, un sueño loco...

Eduardo conversaba con "el Ñato", el hijo del comisario. Los dos fumaban. Les escuchó reír suavemente..., luego...

—Bueno, Ñato, yo creo que aquí no tenemos nada que hacer...; hace un poco de frío..., venite a casa.., tengo un disco de Ellington, que compré el martes...

—¿El *Tiger's Rage*?

—¡No!..., vos siempre el mismo..., ¿cuándo cambiarás de disco? ¿Vamos? ¿Lástima de "gringuita", no?

* * *

Eran las tres de la mañana. La gente raleaba. Ya estaban casi solas. Dos amigas, ellas y el muerto.

—Mamá..., acuéstese un rato..., vaya, sea buena...

El reloj dió las tres.

—Hacé parar el reló, nena..., e andá, decile a duña Emilia y "la Culia" que se vayan a descansar...

Los chicos dormían con sueño pesado y reparador.

Las amigas trasteaban en la cocina..., escuchó sus risas contenidas... Después de muchas recomendaciones se fueron... No... no querían ni ella ni su madre que se molestaran, y a las seis venía doña Eulalia, de modo que podían irse...; ella estaba bien, gracias...

Se quedó sola. Comenzaba a clarear. Se acercó al padre. Estaba pálido, con los labios sin sangre, las ojeras violadas y las pobres manos impregnadas de betún, cruzadas sobre el crucifijo.

Con ruído suavísimo se deshojó una rosa.

Andaba como una sonámbula; ¿dónde sentarse a descansar?

Entró en el cuarto del Pepe... ¡él no estaba! ¡Quién sabe por dónde andaría! Una inmensa gratitud le inundó como una ola el pecho..., ¿qué hubieran hecho sin él?

Se miró al espejito de dos cuartas, que le deformaba el rostro. Se vió demacrada, feísima. Irguió los hombros..., ella debía luchar para los suyos, trabajar en lo que fuera..., hacer frente. ¡Ah, Señor, cómo envejecen las horas de dolor!... ¡Cómo maduran el corazón de la juventud... y qué grande y cruel es el mundo!...

El cansancio y el dolor la vencieron. Curvó la espalda y lloró con ansias... de impotencia y debilidad...

Sintió pasos. Levantó la cabeza. Allí estaba el Pepe obstruyendo con su corpachón la puerta...; en sus manos, paquetes de almacén..., quizás del boliche de Don Juan...: azúcar, café..., una botella...

Lo dejó todo en la mesita. Carola sintió que se ahogaba de pena y gratitud... Todo para ellos...

—Carola..., no llore..., vamos...; y bueno..., tengo que decirlo... No se preocupe. Yo trabajaré para ustedes..., todo se andará..., no se asuste..., no, no quiero pago, ¿me entiende bien? No quiero pago, yo le debo mucho a don Nicola, él fué un padre para mí. No quiero más que un sitio en la casa, un plato en la mesa y todo se puede andar... Mi mamá murió en Italia y sé que "la vieja" estaría contenta... Si ustedes quieren viviré fuera, para que la gente no hable, y usted... ¡usted se casará algún día... porque... es... tan linda!

Linda ella, ¡Señor!, linda con su cara gris y triste. ¡Ah, Señor! ¡Qué lección le estaban dando!..., ¡ése era Pepe!... Sin querer resonaron en sus oídos aquellas otras palabras: "Aquí no tenemos nada que hacer..., venite a casa..., tengo un disco..."

A la claridad del alba que se colaba por el ventanillo, le vió erguido, pálido, con su pelo revuelto, su cara honrada...; le vió fuerte, grande, firme como una roca, y de pronto, como deslumbrada por una luz nueva, bajó sus ojos, desprendiéndolos de aquellos otros ojos turbados y tristes que le llegaban al alma.

Sintió la cara ardiendo y al volverlo a mirar, sin saber cómo, se arrojó a aquellos brazos, llorando de emoción. Y en aquellos brazos que serían su sostén y su verdadero apoyo en el mundo y junto a aquel pecho fiel se le ocurrió que nada, nada más desearía en la vida.

Sus manos torpes le hacían mal en la cabecita llena de broches "cun tanto coernito"..., el llanto silencioso le bañaba las mejillas, y sintió la plena, la absoluta seguridad de que allá en el cielo, Nicola..., el "gringo" Nicola..., sonreiría...

Y allá, en la claridad del firmamento, brillaba el lucero anunciando un nuevo día...

Los Milagros de la Escenografía

EN LAS CATACUMBAS DEL TEATRO COLON, BAJO LA VARITA MAGICA DE LOS ESCENOGRAFOS, SURGE EL COMPLEJO MUNDO DE UTILERIA QUE ANIMARAN MAS TARDE, ANTE LOS ESPECTADORES, LOS PERSONAJES DE LA FICCION

FOTOGRAFIAS DE
JULIO PODESTA

Escribe
Pedro Patti

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Héctor Basaldúa, el inteligente y dinámico director escenógrafo de nuestro primer coliseo de la calle Viamonte, aparece en esta fotografía entregado a la delicada tarea de [illegible] retocando con suma paciencia algunos detalles de un montaje en el pequeño teatro en miniatura que tiene en su estudio, instalado en el segundo piso del Teatro Colón.



Guerrero de "Parsifal". Opera de R. Wágner.



Heroína de "Parsifal", de la misma obra.



Vestimenta para "Lucía de Lammermoor".

—AQUÍ, Monsieur le Diable; a la izquierda, bajando al infierno, las almas condenadas; en el centro y en lo alto de una roca, el que desciende lentamente en busca de la mujer amada. Se necesitan dos salidas a la izquierda y tres a la derecha; habrá fuego y humo en primer término, y las masas corales se desplazarán en este sentido.

Cuando el *régisseur* termina de explicar el ambiente de la escena y la acción de los personajes que intervendrán en ella, se inicia quizá la etapa más ardua y compleja del montaje de la ópera a estrenarse: la escenografía, que no sólo comprende el decorado del escenario, sino que incluye el juego de las luces y el vestuario de los actores. Comienzan los trazos esquemáticos a lápiz sobre una simple hoja de papel; aquí un círculo, allí otro, y en el medio una curva pronunciada, cuyo extremo superior parte de un rombo minúsculo, deformado, y termina en un rectángulo, al pie

Boceto final de una escena de la ópera que será prontamente estrenada en el Teatro Colón de Buenos Aires. El servirá de guía para el próximo paso en el mecanismo escenográfico.



Figurín diseñado para la representación "Cástor y Pólux".



Boceto de vestimenta masculina, ideado para "Aída".



Otro figurín, también para "Aída", de G. Verdi.

Los motivos del boceto han sido llevados al minúsculo teatro de plataforma giratoria, en el cual se estudian la posición de los motivos esenciales y los efectos de luz.

de los dos círculos. ¿Qué significa la curva? ¿Qué los círculos? El cronista recibe la más asombrosa explicación. Los círculos representan las rocas de la derecha, en las que descansan Monsieur le Diable y su corte; en la otra, las almas que llegan a último momento; el rombo deforme es la entrada al mundo de las tinieblas; la línea curvada, la escala infernal, y el rectángulo, el lecho dorado adonde irá a dar con su bellísima humanidad la princesa raptada por las criaturas del mal.

—Estos son los bocetos que siguieron a ese esquema primitivo — me explica el director escenógrafo dando, con un fino pincel, el último retoque, que de cerca parece un trazo hecho al azar, pero que, alejando un poco el boceto, causa la impresión de una figura danzando.

Observo detenidamente el último boceto, el definitivo. Creo que el infierno debe ser así: tétrico, terriblemente lúgubre, con una abertura pequeña en lo alto, clara como la cal viva, y las almas rojas, de tanto arder, retorciéndose por todas partes. ¡Raro! En presencia de este infierno, siento frío.

—Terminado y aprobado el boceto, se construye el escenario. Aquí tiene el que corresponde al segundo acto de la ópera.

Héctor Basaldúa, director escenógrafo del Teatro Colón de Buenos Aires, me conduce hasta un ángulo de su estudio, en donde tiene instalado un escenario liliputiense. Enciende un foco, después otro, otro más: la pequeña escena se ilumina mostrando una casa de caprichosa construcción, una verja, un molino y un pequeño puente. Se enciende una luz atenuada en el interior de la casa, y desde fuera se alcanza a divisar un dormitorio. Hace girar la plataforma movible, y la arbitraria construcción desaparece detrás de cortinados minúsculos. Se apagan las luces claras y fuertes, y la nueva escena queda ligeramente iluminada por un haz azulado, tenue, frío, difuso, que alumbra callejones oscuros, tenebrosos, apropiados para un atra-



Boceto para un personaje principal de "Aída".



Figurín para el *ballet* "Mékhano", de Juan José Castro.



Otro figurín para el mencionado *ballet* "Mékhano".

He aquí un aspecto de los talleres de escenografía instalados en los subsuelos del Teatro Colón. Obsérvese cómo estos obreros pintan, valiéndose de largos pinceles y sopletes, pequeños detalles del boceto que sirve de modelo y que sostiene el trípode.

co, o la cita amorosa de los hijos de la noche.

—Ahora verá usted en qué se han convertido estas pequeñas escenas. Vamos a los fosos.

Abandonando el estudio que Basaldúa tiene en el segundo piso del teatro llegamos a la planta baja, tomamos por una puerta, luego un corredor pequeño, dos escalones más, y ya nos hallamos moviéndonos entre penumbras, sobre un piso de hierro, y subimos por una escalera que no tiene más de sesenta centímetros de ancho (aquí todo el mundo es delgado, inquieto y extremadamente nervioso). Diez pasos más y llegamos al ascensor, en donde nos espera una figura que nos recuerda en el acto a Mahatma Gandhi. Cuando empezamos a hundirnos en las sombras, escucho el eco de una música lejana y un ronquido sordo y prolongado, como el de un animal mitológico dormido en lo más profundo de una caverna. El ascensor desciende hasta el tercer foso, a más de veinte metros del nivel de la calle. Tomamos por un corredor frío, de paredes blancas y altísimas y, finalmente, llegamos a la amplia sala de decorados, iluminada por la luz del día que llega a través del techo de vidrio que, desde fuera, no es otra cosa que el pavimento de la calle Viamonte, lo que quiere decir que, hallándome en el Teatro Colón, en realidad no estoy dentro, sino a cincuenta metros de distancia de él y a más de veinte bajo tierra. En esta iluminada catacumba, la actividad es febril e increíble las proporciones de las cosas, inclusive la de esos pinceles de más de un metro y medio de largo que los pintores usan moviéndose en todas direcciones, sobre las telas extendidas por el suelo.

Subimos a los púlpitos que rodean las columnas, desde donde es posible tener una visión más o menos panorámica de los trabajos que se realizan. Allí está, por ejemplo, el decorado que corresponderá a la casa de construcción arbitraria que acabo de ver en el estudio de Basaldúa. Aquel mundo de liliput del teatrillo ha adquirido ahora proporciones gigantescas. Los árboles son enormes: de diez, quince, veinte metros de altura; las ventanas amplias, las escaleras largas y amplísimas (parecen una burla a aquella de sesenta centímetros de la entrada al primer foso). Más allá, un grupo de obreros pinta el decorado de la Bella Durmiente del Bosque, cuyo boceto descansa en un trípode; un poco más lejos se dan los últimos toques a la escena de una taberna, de colorido intenso y variado. Hallo más grupos que recortan maderas delgadas, que fabrican antorchas, lanzas, escudos; que construyen columnas de mármoles de la Numidia, que tapizan canapés que usarán las bellísimas Recamier que esa misma noche, o la siguiente, hablarán de amor en escena, bajo los reflectores. Luego tropiezo con alguien que coloca las ruedas a un coche de hadas; después me cruzo con otro personaje, barbudo y gruñón, que retoca el escudo hidalgo de un trono, que será de plata o de oro, según sea gris o dorada la pintura que emplee.

Y así se va creando la atmósfera, el mundo de ficción que más tarde animarán las criaturas humanas entregadas a sus pasiones, pasiones que nunca pueden ir más allá de la frontera que marcan el libreto y la partitura. ✧

En los sótanos del teatro, junto a la sierra en marcha, el obrero orienta una tabla de madera terciada, cuya forma responderá estrictamente a las indicaciones del boceto.

COLECCION "AYER Y HOY"

PRESENTADA POR LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L. OFRECE UNA NUEVA OBRA

MUJERES EN LA EPOPEYA SANMARTINIANA

por TOMAS DIEGO BERNARD (h.)

En este trabajo, el autor nos muestra la fina sensibilidad del Libertador don José de San Martín y nos va pintando en sus páginas las vidas de las ilustres matronas que plasmaron, en el recio carácter del héroe, las nociones más puras de Patria y Libertad.

Tiene además este trabajo el indiscutible valor de estudiar, por primera vez en nuestra historia, las figuras femeninas que, ocultas casi siempre tras el discreto velo del anónimo, tan poderosamente han contribuído, en el correr de los siglos, a la grandeza de los pueblos y al triunfo de los paladines.



Por ello, este libro, perteneciente a la COLECCION "AYER Y HOY", merece ser acogido con simpatía, y para comprender su cabal significado debe situarse el lector en el plano espiritual que guió los afanes del autor: rendir un homenaje a San Martín evocando las olvidadas mujeres que con sus más exquisitos sentimientos cubrieron con un manto de ternura su alma inmortal.

OTRAS OBRAS DE LA COLECCION "AYER Y HOY"

LOS ORIGENES DEL TEATRO ARGENTINO

por OSCAR R. BELTRAN

En este libro, su autor, Oscar R. Beltrán, con la galanura de su prosa, espontánea y directa, hace un análisis del teatro argentino desde la primera representación, dada en el año 1747 en el antiguo Fuerte, de "Las armas de la hermosura", hasta el estreno del mimodrama circense "Juan Moreira", puesto en escena en 1884. Es el primer libro que en forma orgánica profundiza sus orígenes como exponente de nuestra evolución social. Estudia minuciosa y documentadamente aquellos autores cuyas obras mejor expresaron un estado de conciencia colectiva. Termina su libro con un homenaje póstumo al creador del primer personaje del teatro nacional: Eduardo Gutiérrez. Es una reivindicación cuya iniciativa corresponde honrosamente al profesor Beltrán.

VIDA LITERARIA

por JUAN PABLO ECHAGÜE

Juan Pablo Echagüe analiza, en este libro, a varios autores preeminentes de nuestra literatura, verdaderos hitos del panorama intelectual argentino. Mucho se ha escrito sobre ellos, pero los estudios de este eximio crítico e historiador aventajan a cualesquiera otros, porque no son un simple estudio crítico, desmañado y seco. Es crítica aguda, pero también biografía, con anécdotas instructivas, puesto que aclaran algunos aspectos poco estudiados de la vida de estos autores y facilitan la comprensión de sus obras. El libro empieza con un ensayo sobre el arte como trasunto y afirmación de la conciencia argentina, y termina con un estudio analítico de la obra de Roberto J. Payró.

En esta interesante colección se da a conocer al público estudioso de Buenos Aires todo lo que signifique un conocimiento exacto y profundo de nuestros antecedentes literarios y culturales.

El precio de cada una de estas obras es de $ 2.50 (flete, 20 centavos).

Adquiéralas, solicitándolas a su librero o a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.

—SIMBOLO DE BUENA EDICION—

Esmeralda 116 - Bs. Aires - U. T. 34-4067

Adjunto $ ...... para que me remitan, por certificado y a vuelta de correo, los libros "VIDA LITERARIA", "LOS ORIGENES DEL TEATRO ARGENTINO" y "MUJERES EN LA EPOPEYA SANMARTINIANA". (Si quiere una sola obra, márquela con una X y tache las restantes).

Nombre..

Dirección..

Localidad.. L. 170

Nota: Adjuntar 20 ctvs. por un libro y 10 ctvs. por cada libro más que se solicite.

Un cuento de **TEODORODE BANVILLE**

Cómo se engaña a las mujeres

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

LA duquesa de Lore dijo a su amiga, la princesa de Claris:

—¿Que si he sido amada? Plenamente. Como ansiamos serlo todas las mujeres: con mayor respeto aún que el que se siente ante una reina, e idolátricamente, como se ama a la divinidad. En verdad, he sido amada con una adoración infinita, y a tal extremo que, sólo el recordar que he respirado el incienso embriagador de aquel amor, me basta para borrar todo lo que haya existido de triste en mi vida, para desvirtuar las decepciones y para matizar mi existencia con un color púrpura, como el de ese sol que nos alumbra desde su ocaso.

En el fondo de un antiguo castillo de Bourbonnais, en un tocador de techo muy alto, pintado por el mismo Boucher, y en cuyas paredes las dianas y las ninfas mostraban sobre sus desnudas carnes los colores encendidos, como si el amor las incendiara, las confidencias de la duquesa tomaban cierta voluptuosa solemnidad envuelta en los resplandores rojizos arrojados por el cielo sobre aquellas pinturas deliciosamente ajadas.

—¡Ah, querida! — murmuró la princesa en un suspiro —. Si eso es verdad, puede usted decir que le ha tocado la grande en la lotería, la que existe sólo para ilusionar a los candorosos, y que nunca toca a nadie; eso es, por lo menos, lo que hasta ahora yo creía; pero si usted ha tenido esa rara fortuna, cuídese de no *dar dentera a los demás*.

—Princesa — respondió la bellísima Erice de Lore —, las dos nos conocemos mutuamente las edades respectivas, porque hemos nacido en casas que estaban muy próximas, y casi en una misma fecha. Hemos sabido hacer, como parisienses, lo necesario, y como grandes señoras, lo bastante para evitar que la gordura nos desfigurase, y para impedir, con el sólo empleo de la voluntad y sin la intervención de mejunjes y cosméticos, que entre nuestros cabellos se deslizaran las canas; y no por eso hemos dejado ni la una ni la otra de cumplir los treinta y seis años. Ahora podemos decirlo; estamos aquí solas, entre estas paredes feudales cuyo espesor imposibilita toda indiscreción; ellas no oyen, diga lo que quiera el adagio. ¿No es éste el mejor momento para hacer un balance exacto de toda nuestra vida pasada, y calcular si valía la pena de vivir lo que hemos vivido? El heredero de uno de los tronos más valiosos del mundo, ¡un príncipe real!, y que era extraordinariamente hermoso, consagró a usted su ju-



ventud, y para no producir en usted ni el más leve disgusto, murió soltero, con lo que burló las esperanzas de su familia y todo su pueblo. Entonces, amiga mía, creo que muy superior a la de usted ha sido mi felicidad, porque aunque yo no haya dado nada de mi belleza, nada de mi persona visible, ha sido mío, exclusivamente mío, un corazón de héroe y de niño, y el entendimiento más elevado que ha brillado en nuestros días.

—Si hubiera enigma en el mundo — replicó la princesa — eso sería un enigma.

—No hay enigmas — respondió la duquesa —, y esto no lo es. Y usted, como no se equivoca nunca, no se equivocó cuando sorprendió el brillo de mis ojos, la otra noche en el vestíbulo del Teatro Francés, al ver allí colocado por primera vez el busto de Guy de Charnaille, labrado por la mano genial y sincera de David. Sí: es Guy de Charnaille quien me ha amado tanto. En los años en que sus cien novelas, llenas de vida y saturadas de modernismo, que más tarde fueron reunidas bajo el título común de *Estudios sociales*, aparecían de continuo y mantenían la atención de Europa; cuando, sobrepasando en su vigoroso vuelo a los poetas épicos, Guy extraía de su pensamiento todo un mundo; príncipes, duques, clase media, aldeanos, artistas, vírgenes, cortesanas, mujeres de mundo bien parecidas a nosotras, tanto que leyendo aquellos libros parecía que nos hubiera sacado a la luz del día completamente desnudas; cuando amontonaba, gracias a un prodigioso esfuerzo creador, tanto dramas e historias dignas de los antiguos autores, comedias iguales a las de Molière, dulces égoglas y dolorosas elegías; cuando se enteraba de todos los secretos y los divulgaba como si tuviese en sí el *eterno femenino*, pensé que sería una grandiosa conquista la de domar a tal gigante, la de tener en mi poder aquel monstruo de inteligencia sobrehumana, tan sabio como un dios. Pero yo no quería ser vulgar; yo quería conquistarlo por medio de un encanto verdaderamente misterioso, con la fuerza única del flúido invisible que de nosotras emana. Entonces hice saber a Guy de Charnaille que inmediatamente debía renunciar a la esperanza de verme y de conocerme, cuando le escribí ofreciéndole mi amistad.

—¿Su amistad? — exclamó la princesa —. ¿Y tal palabra no le provocó una ruidosa carcajada a lo Rabelais, hasta romper la cristalería de su casa?

—¡Oh! — replicó Erice —. Amistad, amor, ¿qué importa la palabra? Sobre eso nunca discuto. La verdad es que, a fuerza de cartas, convertí a este Encélado en manso y domeñado amante, como esas fieras que el Amor de las mitologías hace arrastrar hasta los pies de su madre atado con cadenas de flores. En aquellos momentos, cansado, deshecho, obscuro, como genio todavía no comprendido y ya muy admirado por sus enemigos. En plena lucha con *El dinero*, como luchaba Jacobo contra el Angel; acosado por los editores y por las deudas; imponiendo a veces privaciones a su familia; vertiendo amargas lágrimas, en su retiro de Chaillot, Guy trabaja de quince a dieciocho horas por día y produce obras maestras, como recorta sus piedras el lapidario; fija la mirada en el lejano objetivo y lejos de los hombres, y eludiendo, con razón, escribir a su madre y a su hermana, y sintiendo de continuo en sus labios el beso de la sociedad. En tales circunstancias, cuando a Guy le faltaba tiempo para vivir y para hablar; cuando el trabajo pesaba sobre él como una pesadilla, tuvo tiempo para amarme a mí, a mí sola, y relacionar con mi recuerdo todos sus actos, todos sus deseos, escribiendo, produciendo únicamente para mí. Entonces adoraba en mí como se adora en los altares, y hasta su última idea me era ofrecida como incienso que se quema. Para que usted se dé cuenta de la delicadeza de ese cariño, bastará que conozca sólo un hecho: en la posibilidad de Guy de Charnaille estuvo, y así me lo demostró, el llegar a saber quién era yo y el conocerme personalmente. Hasta hubo circunstancias en las cuales, en un momento, le habría sido muy fácil re-



velar el misterio que me envolvía y llegar hasta mí; pero como yo se lo había prohibido, no lo hizo. Y, créame usted, las maravillosas facultades intuitivas que lo hacían superior a los demás hombres lo ayudaron a soñarme tal como soy; el espléndido retrato pintado por Dehodency no es más parecido a mí que el retrato literario realizado por Guy tan a lo vivo, con un instinto invencible, y el cual ha colocado en la primera página de su novela más hermosa. Este luchador, quebrantado, rendido de fatiga, robaba a su descanso y al sueño las horas que empleaba en escribirme; pero en cuanto evocaba mi nombre, desaparecía el cansancio por su penosísimo trabajo y se sentía entonces ágil y animoso como si se hubiese sumergido en la juventud eterna. Al comenzar una carta, antes de escribir el único nombre bajo el cual le ha sido dado conocerme, abría su ventana y a través de ella se quedaba contemplando las negruras de aquel París inmenso, con sus millares de puntos luminosos; y segura estoy de que Guy sabía por intuición cuáles eran las luces de mi palacio; para aquel genio privilegiado no existían obstáculos materiales. Y cuando de esta manera se sumergía en el placer de un martirio sin cesar renovado, se condenaba para el siguiente día para una lucha imposible, porque debía volver a recomenzar sus prodigios diarios sin que su ardiente cerebro hubiese podido descansar un momento. Yo me deleitaba en figurarme aquel gigante mirándome, a pesar de la distancia, con sus claros ojos; apartando su cabellera leonina para verme mejor; pensando en sus libros, en los trabajos que urgían, en las pruebas a corregir, en los próximos pagos, en los compromisos que lo aprisionaban tiránicamente, y olvidando todo eso sólo por virtud del sortilegio de un nombre que a mí se me había antojado forjar, y que él no ignoraba que era falso; porque Guy también había adivinado eso, naturalmente. Soportaba, entonces, con una resistencia hercúlea, las torturas producidas por la envidia, los éxitos inmerecidos y el triunfo de las mediocridades, tan celosas siempre ante los seres superiores, pero las que sufría por mi causa, sólo por mí, las aceptaba espontáneamente, con una adorable alegría.

—Pero, querida — exclamó la princesa —, en el centro de Africa hay antropófagos cuyo buen apetito es su único crimen; la crueldad de usted es mucho mayor, porque ellos no siempre se comen el cerebro de sus víctimas.

—Así es — respondió la duquesa de Lore llena de orgullo —; pero ése es el precio de la soberanía; de ahí que los dioses hayan exigido siempre los sacrificios humanos. En cierta ocasión le hice el honor de indicarle un medio de que me enviase cualquier cosa que no fuese una carta, y entonces Guy de Charnaille, estando más pobre que nunca, aunque ganaba grandes cantidades, me envió un ramo de orquídeas, obtenido por no sé qué intrigas y que un rey había considerado demasiado caro. Lo que habría rehusado a príncipes y a Rothschilds me lo ofrecía temblando: el manuscrito

de una de sus obras, y en este manuscrito se leía viva y palpitante la inspiración. No sé cómo pudo hacerlo encuadernar en ocho días por Thouvenin o Capé, quienes no hacían nada sin tomarse por lo menos dos años de plazo, con cantoneras metálicas expresamente dibujadas por Fouchéres o por los Johannot, y lo puso a mis pies adornado como para una princesa Farnesio o para una duquesa de Este. Este amor vehemente duró de tal manera por espacio de cuatro años; era un amor exclusivo, pronto al sacrificio, gracias al cual pude saborear cartas muy superiores a los más sentidos poemas, que nadie jamás leerá porque fueron escritas para mí sola; y las he quemado todas jugándoles una mala partida a los editores de correspondencias; sólo conservo unas pocas relativamente insignificantes. Por último: ¡quiero que usted me conozca a fondo! Yo era libre, con suficiente hermosura para no temer comparaciones con ningún ideal; de una posición social lo bastante elevada como para que las murmuraciones del mundo no tuvieran importancia, habría dependido de mi sola voluntad el conceder, a mi hechura, las paradisíacas delicias de una felicidad completa; pero me pareció mejor hacerlo padecer y dejarlo consumirse para mi gloria del todo inmaterial. Acaso yo, sin darme cuenta de ello, me inspiraba en el deseo poco claro de no contrariar el destino; quizás yo había comprendido, intuitivamente, que una felicidad excesiva habría de ser mortal para su genio. Todo ha de acabar; no obstante, este comercio de almas no terminó sino por un mandato de mi voluntad el día en que temí que la violencia de tales deseos, siempre aspirando a mí, turbara, al cabo, con su sacudida eléctrica los sutiles placeres en que yo me había embriagado lentamente. Por otra parte, no me quedaba ya nada por exigir, habiendo tenido para mí sola, durante cuatro años, a ese hombre que fué, como Goethe, un Júpiter, que palidecía al solo temor de enojarme, que era obediente, tímido, extasiado, y siempre fiel, por añadidura.

—¡Fiel! — repitió Ana de Claris, tan asombrada como si hubiera oído hablar a un animal.

—Sí, en aquel espíritu magnífico y bondadoso nada existía entre su trabajo y yo. Me lo confiaba todo, como un niño; me contaba todos los pensamientos que habían pasado por su mente, sus propósitos, sus aspiraciones, sus ideas; se disculpaba por faltas que habrían hecho sonreír a un santo y solicitaba mi perdón por ofensas más impalpables que un sueño, y a todas las recompensas humanas las colocaba con profundo desdén muy por debajo de una sola palabra mía de aprobación.

—Pero, ¿será posible — interrogó la princesa — que el gran novelista no haya faltado jamás a esa fidelidad de paladín, más extraordinaria e increíble que todos los cuentos de Ariosto?

—Sí —respondió la duquesa de Lore—, una sola vez. ¡Pero qué contrito y arrepentido vino después a mí! ¡Con qué remordimiento y con qué inconsolable amargura me confesó su crimen! Y, no obstante, su alma era tan noble, que ni por un instante pensó en humillar con sus conceptos, al escribirme, a la mujer que había provocado su caída. Guy estaba escribiendo su *Estudios sociales* y tuvo que ir al baile de la Opera para buscar allí el asunto de una descripción que le era indispensable; me confesó que entonces, estando en el baile, se le acercó una desconocida y lo envolvió en un delicadísimo perfume; que al fin ella lo aturdió con su voz melodiosa, lo subyugó con una gracia soberana y magnífica, lo enloqueció con unos cabellos suaves como ceniza tamizada, y entonces...

—¡Ah! — exclamó la princesa —. Y usted, que es tan celosa como el moro de Venecia, ¿pudo perdonarle eso?

—No — contestó la duquesa —, jamás se lo he perdonado. Sin embargo, éste era un caso especialísimo, y yo me sentía muy predispuesta a la indulgencia, porque...

—¿Por qué? — preguntó, impaciente, la princesa.

—¡Bah! — exclamó la de Lore, con el aire malicioso de una gata que juega con un ratón —. Porque la desconocida del baile de máscaras... era yo.

—¡Oh, amiga mía! — dijo la princesa, riendo grandemente —. Sería un gran anacoreta quien supiese proporcionarse las voluptuosidades de ayuno nutriéndose con perdices y bebiendo Rhin.

Por lo visto, la casuística de una duquesa parisiense puede superar a la del mismísimo diablo. ◈

La planta más útil del mundo se cría

SE TRATA DE LA *RAVENALA MADAGASCARIENSIS*, CON EL CONCURSO DE LA CUAL APAGAN LA SED Y SATISFACEN CASI TODAS SUS NECESIDADES LOS INDIGENAS DE AQUELLA EXOTICA REGION

Una nota de
Jorge Cros

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Como puede apreciarse, la hoja de la ravenala es muy parecida a la del banano. Este indígena corta las que luego le servirán en múltiples aplicaciones.

Negros de Madagascar, sentados sobre pecíolos de ravenala, comen arroz en un mantel y con cucharas hechos con hojas de esa práctica planta.

en Madagascar

En los tiempos de sequía basta practicar un agujero en la ravenala para obtener agua fresca, la que se bebe en un vaso hecho con la misma hoja.

Las paredes de esta casa malgache han sido construídas con los pecíolos de las hojas de la ravenala, y el techo con las hojas completas.

No hay duda de que el reino animal depende del vegetal; sin éste, morirían los animales y en seguida el hombre; o más bien, ni siquiera habríamos nacido. Al vegetal le debemos, en las regiones frías y templadas, la alimentación, y en las regiones tórridas, todo.

Pero hay plantas tropicales que sirven al hombre de un modo tal y tan gratuitamente, que se explica el estancamiento de las especies humanas nacidas a su abrigo. Cuando el techo, la comida, las armas y la medicina están al alcance de la mano, el calor nos invita a hamacarnos al fresco del follaje, el pensamiento aprovecha la ocasión de descansar, y con el correr del tiempo se anquilosa. La vida barata produce el descenso del hombre... Del hombre establecido allí, no del blanco científico o negociante que pasa temporariamente por esa vida y al cual la cuerda que lo ata a la civilización es fuerte. El hombre blanco encuentra su salvación en estos elementos vegetales que le son brindados gratuitamente por la naturaleza.

Uno de los más raros y famosos árboles útiles que han salvado muchas veces al hom-



Este amplio sombrero, de buena factura y evidente utilidad en las zonas tórridas, lo fabrican los hovas de Madagascar con las hojas de la ravenala.

bre blanco que se arriesga en terrenos salvajes tropicales es el "árbol del pan", típico de la no menos famosa isla Tahití, del archipiélago de la Polinesia. Da el pan de cada día. ¿Qué más puede pedirse a una planta silvestre?

¿Agua fresca? La da el coco. Pero se puede pedir más: agua fresca, techo, paredes, mantel, cucharas, paraguas, sombreros, esteras, papel de embalaje... Y existe la planta maravillosa que da todo eso. La encontramos en Madagascar, la "isla roja", tan parecida a las selvas argentinas del Alto Paraná en muchos aspectos, sobre todo por su tierra colorada, su vegetación muy alta y el bravo jején, de dolorosa picadura y que en el Alto Paraná se conoce con el nombre guaraní de "mbarigüí".

Para conocer a fondo las cualidades de las cosas hay que haberlas necesitado y haberse servido de ellas. Es lo que nos ocurrió con esa generosa planta malgache una vez que imprudentemente nos alejamos demasiado de Tananariva. Un poco obligados por las circunstancias y otro poco por el afán de correr una aventura en el gran escenario de la naturaleza, penetramos por estrechos senderos en la alta selva, donde se encuentran tribus negras inferiores a los hovas, y nos sorprendió la noche. Fácil nos fué hallar albergue en el rincón de la casa de una familia negra, y luego compartir su mesa y sentirnos negros durante dos días. Cualquier cosa es soportable cuando se sabe que ha de terminar pronto.

La negra puso la mesa: un trozo de una gran hoja, que parecía de banano, en el suelo; unos cuantos haces de varillas, que nos parecieron pecíolos de banano también, alrededor del raro mantel, hacían las veces de bancos; y luego, unos trocitos de hoja de la misma planta fueron distribuídos entre los comensales para que los hiciéramos servir de cucharas. De este modo comimos una buena cantidad de arroz que había sido puesto, así no más, suelto, en el centro de la "mesa". ¿Podrá pedirse mantel

Con los pecíolos de la ravenala los nativos de Madagascar confeccionan, entre otras cosas, esteras, que son muy apreciadas en los centros comerciales de la isla.

y cubiertos más higiénicos que éstos, que se cambian a cada comida?

Después, a la luz del día, empezamos a encontrar partes de la misma planta en otras aplicaciones, y esto ya resultaba interesante. Descubrimos que el techo, bajo el cual habíamos dormido, estaba íntegramente construído con esas grandes hojas, y las paredes estaban hechas con los pecíolos asegurados con varas de bambúes y con lianas. Y en el lindero del bosque vimos la planta de las grandes hojas, elevándose algunas hasta veinte metros de altura, y presentando el aspecto característico de las musáceas. Entonces, el negro dueño de casa, al notar nuestra atención hacia esa planta, se acercó a una de escasa altura y nos llamó para que observáramos. El hombre hizo una especie de vaso con un trozo de la hoja, con la punta de un palito agujereó el extremo inferior de un pecíolo, y llenó el "vaso" con agua que surgió de allí en forma de chorro; luego de beberla nos invitó a que lo imitáramos. Así lo hicimos y pudimos comprobar que aquella bebida era fresca y parecía agua pura.

Más tarde, como tuviera que acompañarnos a dar un paseo por lugares descampados y bajo un sol tórrido, cortó una hoja entera, la tomó por el tallo y se sirvió de ella como de una sombrilla. Y después vimos sombreros tejidos con sus fibras; comestibles y objetos duros embalados con los limbos de la hojas; y supimos que, cuando llovía, éstas se usaban como eficaces paraguas.

Al regresar a Tananariva pudimos averiguar algo más acerca de esta curiosa planta que resulta de tanta utilidad en un país tropical. Se llama ravenala, y su nombre científico es *ravenala madagascariensis*, tribu de las *strelitzieas*, subfamilia de las *strelitzioideas*, y familia de las *musáceas*; de manera que es una prima hermana del vulgar banano que crece casi silvestre en las tierras coloradas de la Argentina y el Brasil, y hermana de la *ravenala guianensis* que abunda en las Guayanas. Pero ésta es pequeña, de unos nueve metros de altura, y no reúne las condiciones de la de Madagascar. Bastaría el trasplante de un rizoma para que en algunos años la zona tropical sudamericana se viera favorecida por los tan útiles elementos que posee la ravenala.

Pero ¿quién habría de ocuparse de tales cosas en estos días de agitación, incertidumbre, apremio y cansancio? ¿Cómo es que no está ya en América el "árbol del pan" de Tahití? ¿Por qué no ha pasado aún a la Argentina el árbol que da tomates, de Bolivia, o la vainilla de Cuba, o las orquídeas del Brasil, o el gomero de Australia y todas las plantas útiles y necesarias que son adaptables?

Hay todavía mucho que hacer en el terreno de la botánica práctica, aun cuando ello acaso esté reservado a alguna generación futura que consiga vivir en paz y que dedique su ciencia a mejorar la vida. Pero de todas maneras, no está demás, por el momento, indicar la existencia de esas plantas extraordinariamente útiles al hombre, que como la ravenala de Madagascar, por ejemplo, bastan para resolver los pequeños grandes problemas de la vida en aquellos lugares a los que no ha llegado todavía el virus de la civilización... ◈

Los indígenas de Madagascar usan las hojas de la ravenala como excelentes paraguas cuando llueve, y como sombrillas cuando es necesario guarecerse de los rayos del sol.



Una *Novela* criolla premiada en *París*



He aquí tres fotografías en las que aparecen las personas relacionadas con el lejano acontecimiento que se relata en la presente nota. De izquierda a derecha: el ex presidente doctor Marcelo T. de Alvear, el escritor Manuel Ugarte y el señor José María del Hogar, junto al autor de esta sucinta crónica.

SU AUTOR - TAMBIEN DESCONOCIDO - NOS REFIERE COMO, CON SU OBRA, OBTUVO DOS PREMIOS

Por
Leandro R. Reynés

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Es porteño y vive en Buenos Aires el autor de una novela criolla premiada en París y desconocida en nuestra patria. José María del Hogar es el nombre del escritor laureado. Y "Las primeras espigas", el título de la novela. Digamos a través de sus propias palabras los recuerdos y evocaciones que del Hogar nos ha trasmitido, en entrevista reciente

UN CRIOLLO DE ALMA

Antes, sin embargo, ubiquémoslo en la ciudad e intentemos un retrato físico y espiritual de su persona. Vive en Villa Pueyrredón. En una calle tranquila, de edificación baja, a pocas cuadras de la estación ferroviaria. Su casa, de discreta apariencia, alegre, con el jardín al frente, se halla entre dos chalets de estilo moderno. En la línea de edificación de la acera, una verja, mitad de ladrillos y mitad de alambre. La puerta es también de este último material. Desde la calle se divisa el "porch" con sus muebles de madera pintados de blanco.

Cuando lo visitamos, sin aviso previo, nos recibe con afectuosa cordialidad. Nos conduce hasta el "porch".

—¿Quieren tomar asiento aquí, o...?

— Aquí estamos bien.

Antes de tomar asiento, lo miramos. Su estirpe nativa se advierte en la estampa recia y en el rostro ligeramente bronceado. Y se trasluce en la sonrisa franca y en el efusivo apretón de manos con que nos ha recibido. Así reciben, así saludan, así sonríen los criollos. Y del Hogar lo es. Lo es en estas demostraciones de amistad espontánea que él prodiga sin reticencias. Y lo es en sus libros. En "Las primeras espigas" y en "El caso de García", las dos obras suyas que he leído, vibra el sentimiento nativo, con intensidad idealista y con pureza patriótica. No hay en ellas chauvinismo. Hay sana intención nacionalista, unida a una minuciosa observación de nuestro ambiente ciudadano y rural, y unida, también, a una cabal comprensión de los problemas argentinos del pasado y del presente. Por demasiado criolla, tal vez, su novela "Las primeras espigas", premiada en el extranjero, es desconocida en nuestro país.

Tiene... ¿Cuántos años tiene, cuántos puede tener este escritor argentino a quien muy pocos conocen? No interesa la exactitud cronológica. Digamos que la cabeza, si bien calva y semicanosa, muestra un rostro aun fresco sobre un cuerpo erguido y de fuerte complexión. La inteligencia ágil niega toda posibilidad de cansancio. Diríamos que sus facultades espirituales se hallan en plena floración. Hace dos años publicó su último libro. Y aun escribe cuentos y novelas breves que podrían formar un par de volúmenes. Digamos, finalmente, por si el dato pudiera orientar mejor el cálculo, que tiene una hija de quince años, grácil y mimada flor en el jardín de aquella casa.

"LA MEJOR NOVELA DE AUTOR AMERICANO"

Antes de entrar en materia, he debido convencer a mi entrevistado de la oportunidad de este reportaje. No ha sido fácil la tarea. Del Hogar es un hombre que tiene por culto la modestia. En el segundo de sus libros antes citados él ha dicho:

— La biografía y los retratos son imprudencias de la vanidad.

¿Se comprenderá ahora lo difícil de mi empeño en sacarlo a la luz periodística, en un reportaje biográfico con retrato y todo?

Vencida su resistencia, entramos de lleno en conversación acerca de su novela premiada.

—He leído "Las primeras espigas" — le digo.

— ¿Aun hay quien lea "eso"?

— "Eso" —le respondo— es, precisamente, lo que muchos argentinos no han leído. Y como se trata de una obra netamente criolla, digna de ser conocida, sobre todo por las circunstancias que en su hora le dieron éxito y repercusión, deseo que me refiera usted aquellas circunstancias que yo conozco en forma incompleta.

— Si no hay más remedio —contesta, resignado—, lo haré con mucho gusto. Hace veinte años, algo más, me propuse escribir una novelita que pensaba entregar a algunas de las empresas editoras de novelas cortas y semanales que entonces estaban en boga. Ya había escrito y publicado "La historia de mis canas". Pero "Las primeras espigas" me salió demasiado larga. Por su extensión, una verdadera novela. Comprendí que no podría publicarse en aquellas ediciones semanales. Hice con los originales un paquetito y lo guardé.

—¿No pensó usted darle otro destino?

— No estaba a mi alcance editarla por mi cuenta. Ocurre con las obras del espíritu lo que suele ocurrir con los hijos. Los creamos, y, a veces, no podemos forjarles a nuestro gusto su destino. Las circunstancias suelen obligarnos a dejarlos librados a su propia suerte. Tal ocurrió con "Las primeras espigas". El destino de esa novela no había podido predecirlo ni orientarlo yo. Estaba, acaso, prefijado en su propio contenido.

— ¿Fué casual, entonces, su participación en el concurso de 1922, donde su novela resultó premiada?

— Podría decirse que fué casual. Pues un día leí, no recuerdo en qué diario, la noticia de ese concurso. Era un llamado de la casa editorial Franco Ibero Americana, de París, con un primer premio de diez mil francos para "la mejor novela de autor americano". La mía llenaba las condiciones requeridas. Pre-

y desconocida en la *Argentina*

cisamente— y aquí lo casual de mi participación— tenía ese día cinco pesos. Hice con los originales un nuevo paquete y lo llevé al correo. Allí me informaron de que el envío costaba $ 4.80. Si hubiese costado $ 5.05 me hubiese vuelto con el paquete a casa. Meses después supe, con la sorpresa y la alegría imaginables, que por unanimidad me había sido adjudicado el primer premio del concurso, triunfando entre 228 competidores.

—¿Recuerda usted quienes integraban el jurado?

—Henri de Regnier, de la Academia Francesa; Ernest Martinenche, profesor de literatura española de la Sorbo--; nuestro compatriota el escritor Manuel .rte, que entonces residía en París, y los prestigiosos escritores americanos Gonzalo Zaldumbide y Ventura García Calderón.

—¿Hizo el jurado alguna calificación especial de su obra?

—La consideró "como de mérito sobresaliente por su fondo y forma".

—Habrá sido para usted, sin duda, una gran satisfacción tan brillante triunfo.

—Desde luego. Mucho me halagó. Y también me halagó sobremanera otra consagración que me vino, asimismo, del extranjero.

—¿A qué consagración se refiere usted?

—En 1924, la señorita Ester Pérez Carvajal, residente en San Antonio, Texas, Estados Unidos, fué autorizada por la editorial Franco Ibero Americana para publicar la novela "Las primeras espigas", con notas adecuadas para que sirviera de texto en las escuelas norteamericanas.

—¡Es sencillamente contradictorio! Todo ello ocurría en el extranjero, mientras aquí su novela permanecía casi desconocida.

—No se asombre; hay algo más.

—¿Algo más?

—Sí. Una profesora argentina enseñaba el castellano en Suiza con "Las primeras espigas". Y esa misma profesora ha creído descubrir en mi novela un excelente argumento nativo para una película cinematográfica. No ha de ser así, cuando los empresarios argentinos no lo han visto aún.

DOS PREMIOS

—Volviendo al concurso, ¿cobró usted el premio?

—Diez mil francos. Me fueron entregados personalmente, en un giro internacional, por el entonces presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear.

—¿A qué se debió la intervención del ex presidente?

—A un deseo de la casa editorial de París, que quiso, sin duda, darle categoría nacional al premio que me había sido otorgado. Le remitió el cheque al doctor Alvear, por vía diplomática, se entiende, y el doctor Alvear lo puso en mis manos en una ceremonia que fué, más bien, una entrevista.

—Si usted hubiese sido extranjero, tal vez se habría hecho mucho ruido en torno a su triunfo. Y aquella ceremonia hubiese tenido entonces contornos más brillantes, tal vez apoteósicos.

—No me quejo de ello. Por el contrario. La sencillez de la ceremonia coincidía con mi natural modestia. Así la deseaba yo también. Por cierto que agradecí, emocionado, al presidente su cordial recibimiento y el doble premio con que me honró.

—¿Doble premio?

—Sí. El doctor Alvear, después de entregarme el premio de diez mil francos de la casa editora de París, me dijo estas palabras que siempre recuerdo con gratitud: "Como argentino y como presidente de la República, jamás olvidaré que usted ha honrado a mi país en el extranjero". Y me otorgó un nombramiento para un puesto en la administración nacional, que aun conservo. Otro premio.

—Un rasgo estimulante y justiciero del ex presidente.

—Eso fué.

Al despedirnos de este escritor nativo, ameno y jovial, que maneja con habilidad la ironía, que ha sabido penetrar con intuición profunda en el alma criolla de nuestros campos y en la cosmopolita de nuestros pueblos y ciudades; que ha descripto con sencillez, pero con belleza, auroras y atardeceres pampeanos, anhelos e inquietudes campesinos, miserias y grandezas de nuestra gran tierra sin hombres; y que persigue, como ideal de su labor literaria, la exaltación del trabajo rural y la independencia económica de la nación; al despedirnos, digo, de este escritor laureado en el extranjero y casi desconocido en nuestro país, escuchamos de sus labios este juicio acerca de su obra, que él atribuye a un amigo suyo:

—Ahora, después de haber escrito varias novelas, de las cuales una ha sido premiada, ya puede usted ser considerado como autor novel.

Pero este "autor novel" debe dejar de serlo. Las letras argentinas le deben aún el homenaje que se merece, en desagravio del injustificado olvido de tantos años. ◈



Una oficina de correos

BAJO LA DIRECCION DE UN CELEBRE EXPLORADOR Y CON ASISTENCIA DEL EX REY DE INGLATERRA, ACABA DE REALIZARSE LA INAUGURACION, EN LAS ISLAS BAHAMAS, DE LA PRIMERA ESTAFETA SUBMARINA DEL MUNDO

Escribe **Robert J. Wilkinson**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

El duque de Windsor, gobernador de las Bahamas, desciende a la fotosfera el día de la inauguración oficial de la oficina de Correos submarina.

CUANDO un niño viaja con su imaginación por un mundo lleno de cosas fantásticas, de factura propia y hechas conforme a su gusto y a sus deseos, siente en el fondo de su voluntad la esperanza de llegar algún día a ver eso mismo en la vida real. Más tarde, poco a poco, la realidad de horizontes estrechos en que se desarrolla su vida y la de sus familiares, la rigidez de las cuatro paredes de las aulas y las necesidades metódicas a que obliga la rutina de la vida ciudadana van borrando de su vida interior aquellos panoramas amplios, llenos de aventuras extraordinarias, que fueran forjados por su mente libre y sana. Entonces tiene que recurrir a Julio Verne o a Emilio Salgari, y por un momento vuelve a ser feliz. Pero crece y

Los niños ingleses, refugiados en las Bermudas, visitan la fotosfera el día de la inauguración de la primera estafeta del mundo que funciona bajo el mar.



en el fondo del mar

deja de creer. Ahora el mundo entero está representado por el dinero y el hambre, y las mujeres, y el patrón, y los intereses mezquinos hasta en el terreno de la ciencia, y la grandeza de las cosas como un mito flotando en lo inalcanzable.

Sin embargo, el mundo está lleno de aquellos panoramas que hicieron feliz la imaginación del niño. Y de continuo se corren aventuras en el corazón de Africa, en las selvas del Brasil, en las alturas del Himalaya y en los hielos circumpolares. Sólo que para asistir a esta realidad que responde a los sueños del niño hay que viajar en busca de ella. Lo malo está en que los que pueden no quieren y los que quieren no pueden.

De ahí que la cámara fotográfica resulte, para estos últimos, algo así como una bandeja preciosa que les sirve un mundo extraordinario real, lindante a veces con lo fantástico. Sin la fotografía nos sería muy difícil presentar al lector apresurado de hoy los interesantes detalles que en nuestros viajes encontramos en apartados rincones del mundo. Tenemos ahora, por ejemplo, un punto interesante en una de las islas Bahamas, archipiélago de las Antillas, que ya presenta de curioso el hecho de ser gobernada por el ruidoso ex príncipe de Gales, hoy duque de Windsor.

En la capital del archipiélago, Nassau, en la

Niki, una de las hijas del explorador Williamson, revisa en la oficina postal de la fotosfera las tarjetas que son enviadas por los visitantes.

Desde la cubierta del "Julio Verne III" podemos ver la oficina postal que funciona en una fotosfera en el fondo del mar, en las islas Bahamas.

isla Nueva Providencia, está el célebre explorador John Ernest Williamson, desde hace un cuarto de siglo, estudiando con ahinco la fauna y la flora del fondo del mar. Ha construído una fotosfera capaz de soportar la alta presión de las profundidades marinas, desde la que el observador puede tomar fotografías de largo alcance, sorprendiendo así los secretos de este mundo submarino.

Tuvimos ocasión de interiorizarnos un poco de todo esto en momentos en que ocurría en aguas de Nassau una cosa que más natural nos habría parecido bajo la bandera estadounidense que bajo los auspicios de Eduardo de Windsor y del explorador Williamson. El 13 de mayo de este año, se inauguraba allí, en el fondo del mar, una Oficina Postal inglesa, bajo la dirección del explorador y con sede definitiva en la fotosfera. Esta es, así, la primera estafeta submarina del mundo.

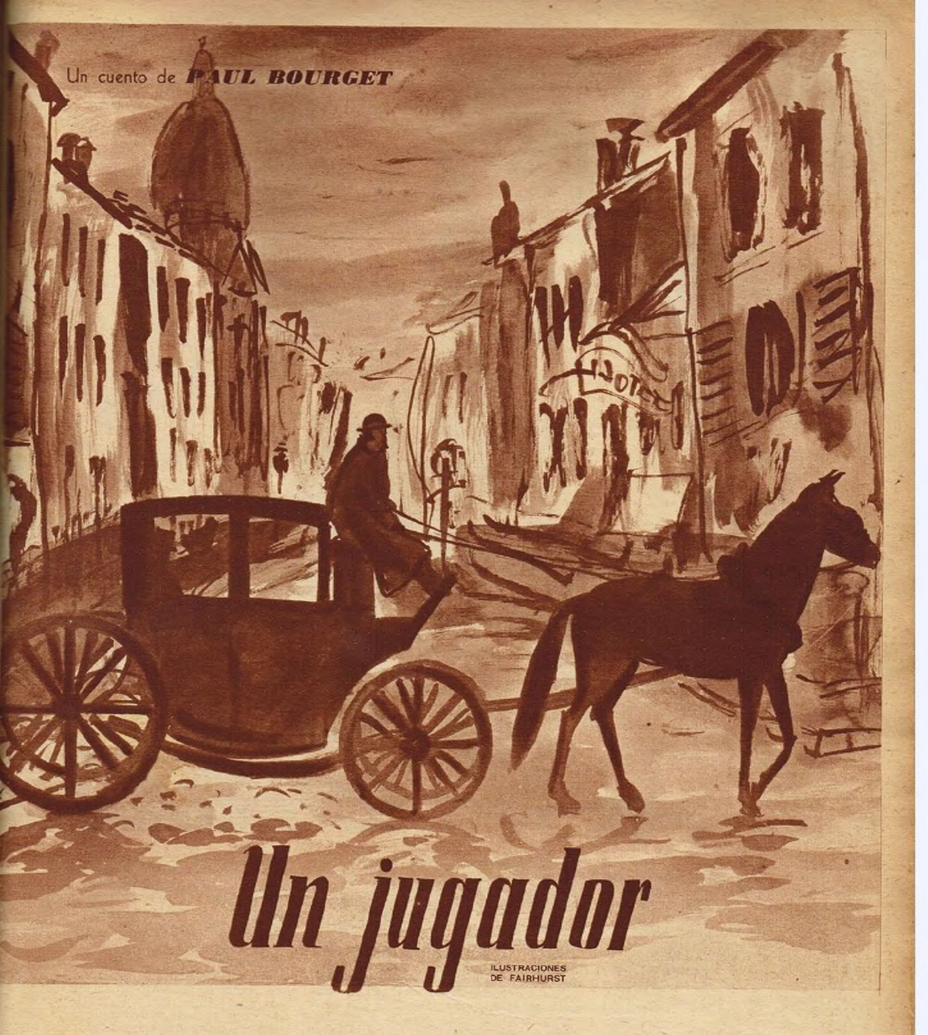
La fotosfera se halla suspendida al extremo de un tubo cuya parte superior está fijada a la cubierta de un buque. Este buque es el "Julio Verne III", fondeado a cierta distancia del puerto, y según las observaciones que deban hacerse desde la fotosfera. Aquel día habían llegado al "Julio Verne III", no sólo Eduardo de Windsor, otras autoridades de la isla y nosotros, sino gran número de niños, refugiados de la guerra, establecidos momentáneamente en las Bermudas. La nueva oficina de Correos fué inaugurada dignamente. Dentro de ese relativamente pequeño recinto submarino, los visitantes observaban el mar y cada cual quería escribir y enviar tarjetas postales desde tan curioso punto del mundo a sus parientes o amigos. Fué todo eso, en verdad, una fiesta bajo el océano. Y hubo números que hasta ese momento nunca creímos que habríamos de verlos en la realidad. Las dos hijas del explorador Williamson, Niki y Sylvia, muy jovencitas aun y que viven casi permanentemente en la fotosfera y en el mar, son grandes nadadoras, y de pronto aparecieron evolucionando, como dos hermosas sirenas, ante la ventana de observación de la fotosfera. Luego apareció un buzo, el que después de hacer unos gestos hacia nuestro punto de observación, comenzó a remover los restos de un viejo naufragio. Aquello parecía cinematógrafo. Por último vimos a un negro zambullidor que se puso a hacer gracias frente a la fotosfera y simulaba asustarse de los peces, cosa que produjo gran algazara y carcajadas entre los pequeños refugiados ingleses. Y más tarde terminó el día con una palabras de Eduardo de Windsor y del explorador Williamson, con motivo de la inauguración oficial de la Oficina.

Esta tendrá trabajo siempre, a pesar de su situación en el suelo del océano, porque durante todo el año el "Julio Verne III" recibe a innumerables visitantes interesados por los trabajos de Williamson.

O, posiblemente, estas raras circunstancias en que se halla la pequeña oficina contribuirán a hacerla famosa y a convertirla en objeto de turismo, cosa que servirá para familiarizar a los hombres con la ciencia del fondo del mar, tan ignorada aún por los que viven en tierra.

En el libro de los visitantes estampa su firma el ex rey de Inglaterra. Frente a él aparece en la foto el célebre explorador Williamson, jefe de la fotosfera.





Un cuento de **PAUL BOURGET**

Un jugador

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

ANTE la mesa del bacarrá, montado en el respaldo de esas sillas altas que sirven para los jugadores que no encuentran lugar ante el tapete verde, y para los simples curiosos como yo, me entretuve en el Círculo hasta muy tarde. Era aquella, como se dice en el lenguaje del jugador, una hermosa partida. El banquero, un joven bien plantado, con traje de etiqueta y luciendo una gardenia en el ojal del frac, había perdido ya unos tres mil luises, pero no se notaba la emoción en su radiante fisonomía de vividor de veinticinco años. Sólo el ángulo de su boca, al pronunciar las sacramentales frases: "Doy... En cartas... Bac... Aquí está el punto", no habría mascado tan nerviosamente una colilla de cigarro apagado, si el frenesí del juego no le hubiera apretado el corazón. Frente a él, un sujeto de pelo blanco, jugador de toda la vida, hacía de *sotabanquero*, y manifestaba sin ambages su mal humor contra la mala suerte que, de tirada en tirada, iba llevándole el montón de fichas y tantos que tenía delante de sí. Por el contrario, la más franca alegría iluminaba el rostro de los puntos que, sentados alrededor de la mesa, apostaban y marcaban en el papel con la punta del lápiz las alternativas de la puesta, ese "espíritu de talla" en que, en cuanto tocan



una carta, no pueden dejar de creer los menos supersticiosos. En el espectáculo de toda lucha, ya sea la de un siete con un ocho o la de un rey con un as, hay cierta fascinación que interesa profundamente la curiosidad; pues alrededor de aquellos jugadores estábamos cincuentas personas siguiendo las alternativas de la partida, y ninguno se apercibía de lo avanzado de la hora. ¿Habría algún filósofo que explicara ese otro fenómeno, esa inercia que inmoviliza en París a tanta gente, en cualquier parte, pero siempre fuera de sus casas, donde descansarían del trabajo y de las diversiones? Por mi parte, no siento haber cedido al encanto malsano de trasnochar, porque si aquella noche me hubiese retirado con toda cordura, a la hora regular, no habría encontrado en el saloncillo comedor a mi amigo el pintor Miraut, solo, ante una taza de caldo; no me habría propuesto éste llevarme a mi casa en su coche, y no me habría referido un caso de juego que al día siguiente, con la autorización de él, escribí lo mejor que pude.

—¿Qué diablos hacía usted en el Círculo después de las doce—me preguntó, —si es que no estaba cenando?

—Miraba el bacarrá — le respondí —; he dejado en buen camino al mocito Lautrec. Ya iba perdiendo sesenta mil...

Al pronunciar yo esta frase el coche partía, y Miraut encendía su cigarro con aire de Francisco I (el del Ticiano, que está en el Louvre), aire que sus bien cumplidos cincuenta años han amplificado y realzado también su hermosura. ¿No es curioso que con sus hombros *lansquenet*, su anchura de espaldas y su refinada sensualidad, este gigante continúe siendo el más delicado de nuestros pintores de flores y de retratos de mujeres? Conviene añadir que este gladiador emite una voz de una dulzura musical, y que sus manos, que yo examinaba nuevamente mientras sostenían el fósforo y el cigarro, son de una incomparable finura. Además, puedo asegurar, y lo sé por experiencia, que este soldadón tiene un corazón excelente, por eso no me chocó mucho la triste confidencia que provocara involuntariamente mi frase sobre el juego. Por suerte, tuvo tiempo bastante para relatarme el caso con todo detalle. A medida que nos acercábamos al Sena se espesaba la niebla, y nuestro coche avanzaba al paso, mientras mi compañero daba rienda suelta al recuerdo de la historia, ya un poco vieja, que me iba contando. Algunos policías andaban de aquí para allá con antorchas encendidas; otras brillaban en el ángulo del puente por donde pasábamos, colocadas al ras de las piedras, entre las que corría resina encendida. En aquella niebla acre y casi negra, desgarrada a trechos por las luces movibles, las siluetas fantásticas de otros coches que se cruzaban con el nuestro aumentaban tal vez la impresión del pasado que se apoderaba del artista, porque su voz se hacía cada vez más débil y más dulce, a medida que se ale-



jaba en espíritu más y más de mí, quien sólo lo interrumpía lo justo para excitar sus recuerdos.

—Yo—comenzó diciendo—sólo he jugado dos veces, y, ¿quiere usted creerme?, hoy no puedo ni ver jugar... Hay algunos momentos, usted sabe, en que uno no tiene sus nervios bien templados, en que la vista sólo de una carta le obliga a salir del cuarto... ¡Y es que, ¡ay!, de esas únicas partidas guardo recuerdos terribles!...

—¿Quién no conserva recuerdos así? —exclamé—. Y yo que estuve presente cuando nuestro pobre Paul Durieu tuvo una cuestión en este mismo Círculo de donde salimos, por una jugada dudosa, lo que provocó aquel absurdo desafío que cuatro días después lo llevó al cementerio, ¡a los cuatro días de haberle estrechado la mano delante de este tapete verde! Alrededor de las cartas, como alrededor de los crímenes, de las deshonras y de los suicidios, siempre hay algo de tragedia. Pero nada impide que se reincida, como se vuelve en España a las corridas de toros, por más que se hable del despanzurramiento de los caballos, de las heridas de los picadores, del asesinato del toro y del peligro del torero.

—De acuerdo —dijo Miraut—, pero uno mismo no debe ser la causa de esas tragedias, y a mí me ha ocurrido esto, en circunstancias bien sencillas. Cuando se lo haya contado, comprenderá usted por qué una insignificante partida de *besigue* puede infundirme igual escalofrío de horror que el que sentiría al oír un estampido en el campo un hombre que hubiera dado muerte a otro por descuido al limpiar un arma. Era en 1872, precisamente el año de mi entrada en el Círculo, y también el de mi primer triunfo en la Exposición...

—Me parece estar viendo su *Ofelia entre las flores*. Recuerdo con toda claridad el ramo de rosas amarillentas junto a su rubia cabellera, rosas de un amarillo muy pálido, muy delicado, y luego aquellas otras rosas obscuras, como manchas de sangre, sobre el corazón... ¿A quién pertenece ahora ese cuadro?

—A un banquero de Nueva York —respondió el pintor, suspirando—, quien ha dado por él cuarenta mil francos. Yo lo había vendido en mil quinientos en una época en que... Claro, yo no era todavía el artista afortunado de quien el *alter ego* de usted, Claudio Larcher, decía maliciosamente: "¡Feliz Miraut, cuya tarea consiste en estar todo el día mirando a una americana, y ello le produce quince mil francos!..." Esto entre nosotros; pero bien podía haber hecho sus juegos de palabras a costa de otros que no fueran sus antiguos amigos... En fin, que Dios lo haya perdonado. Pero si le hablo a usted de dinero—añadió tocándome el brazo, porque sospechaba que iba a contestar en defensa de la memoria de mi antiguo amigo—no vaya a creer que es por realzar la cotización de mis obras; nada de eso. Sólo es porque esos mil quinientos francos tienen relación con mi relato. Pues resulta que yo nunca había tenido reunida una cantidad tan grande. ¡Fueron tan difíciles mis principios! Mi pueblo me pasaba una subvención de mil francos cuando llegué a París, y con esa cantidad, o poco más, he tenido que vivir seis años.

—Yo conocí esos aprietos —le dije—, aunque por poco tiempo. ¿Comía usted, como nosotros, en el restaurante Polydoro, calle Monsieur le-Prince, donde por 90 céntimos se lograba almorzar? Cuando usted encuentre a Santiago Molan, y él lo canse con sus historias mundanas y con las excelencias de su próxima novela, podrá librarse de él antes de cinco minutos si le habla de ese restaurante.

—Nosotros —replicó el pintor—, algunos compañeros y yo, resolvimos el problema comiendo en común. La amiga de uno de los nuestros era cocinera (tal era nuestra elegancia) y nos cocinaba las dos comidas diarias por cuarenta y cinco francos mensuales cada uno. La pieza me costaba quince francos, y yo mismo me hacía la cama. Total, sesenta francos para lo más necesario. Andaba desarrapado como un ladrón y nunca podía subir a un ómnibus. Mis compañeros vivían como yo, y sin embargo no nos ha ido mal. Allí estaban: Tardif, el escultor; Sudre, el pintor de animales; Rivals, el grabador, y, por último, el mejor dotado de todos, Ladrat, al que llamábamos el cantinero de nuestra cantinera...

—Ladrat, Ladrat...— dije, llamando mis recuerdos—;yo conozco ese nombre.

—Es posible que lo haya leído en los periódicos —continuó Miraut, por cuyo rostro pasó una nube—; pero a ello voy. Ese Ladrat, que se llevaba siempre los premios de estudio de la Academia, era una víctima, ya entonces, del terrible vicio de la bebida. En la vida demasiado libre que estábamos obligados a llevar, debido al continuo roce con modelos y trabajadores, nos exponíamos a muchas tentaciones, y desde luego a ésta. Ladrat fué completamente dominado. Estoy obligado a decir esto para que dentro de poco no me juzgue usted con demasiada severidad. Aquel lamentable hábito le costó la pensión de Roma. Se alcoholizó de tal manera que terminó a tontas y a locas una composición magistralmente empezada. En fin, en 1872,

Ladrat era el único de nosotros que aun continuaba llevando aquella penosa vida, y aun más baja. Había llegado a ser lo que llamamos un petardista, esto es, un hombre que va de estudio en estudio pidiendo de a cinco francos prestados, pero con el íntimo propósito de no pagarlos nunca. Y los que caen en esto duran aquí mucho tiempo.

—Por lo menos agradecería con algún insultito —repuse yo—, como Ligramendet, quien jamás iba a casa de Mareuil sin pedirle algo para la capillita (era su sistema), luego de lo cual lo insultaba para salvaguardar su dignidad. Un día lo encontró corrigiendo las pruebas de un artículo que iba a publicarse. Pidió la limosna, y Andrés se la dió. "Caballero — le dijo entonces, guardando en su bolsillo la moneda de plata —, ¿quiere usted saber si un escritor posee talento? Pues no tiene más que ver si reciben su copia en una redacción. Si la reciben, está clasificado: es mediocre. Adiós..." Ahí tiene usted un pobre modelo.

—No, ése no era el género de Ladrat — replicó Miraut—. Este se echaba a llorar, daba las gracias, juraba que trabajaría y después se iba al bar a envenenarse con ajenjo. Pasada la borrachera, sentía vergüenza y desaparecía por un tiempo. Además, sus pedidos eran insignificantes; casi nunca pasaban de cinco francos. Por eso es que una tarde me extrañó mucho el encontrar en mi casa una extensa carta en la que me pedía doscientos. Hacía más de seis meses que no nos veíamos, y en ella me contaba que había estado luchando con su vicio, que no había bebido durante esos seis meses, que había querido trabajar, que sus fuerzas no se lo habían permitido, que su mujer se había enfermado (continuaba viviendo con la cantinera), y, en fin, aquello era una carta de mendigo, desoladora, cuya lectura disgustaba.

—A los diez años de vivir uno en París— dije yo— ha recibido tantas de estas epístolas que ya no disgustan, porque no se les da crédito. Si entre el montón hubiera por lo menos dos sinceras...

—Sin embargo, creo preferible que lo engañen a uno todas las otras veces, que no atender a esas dos —repuso el pintor—. Por otra parte, en aquel momento no dudé de la sinceridad de Ladrat. Y su buena suerte quiso que ese día yo hubiese cobrado los mil quinientos francos de la *Ofelia*. Siempre fuí minucioso en las cuestiones de dinero. No contraje deudas, y en mi cajón había siempre la misma cantidad. Tenía para todo el año instalado mi estudio y provisto mi guardarropa. Una vez hice de memoria el balance de mi situación económica mientras estaba cepillando mi sobretodo para ir a uno de mis primeros convites de sociedad, una de esas comidas de triunfador a las que se va con un hambre de maestro de escuela y con un amor propio de estudiante. ¡En esos momentos se tiene tanta fe en la autenticidad de los vinos como en la sinceridad de los elogios! Comparé la situación de mi antiguo compañero de barrio con la mía, y tuve un arranque de generosidad propio de la juventud. Metí dos luises en un sobre, escribí las señas de Ladrat y llamé a mi portero. Si éste



hubiera estado allí, Ladrat habría recibido el dinero aquella misma noche; pero había salido a hacer no sé qué mandado. "Será mañana", pensé, y salí después de dejar preparado el sobre encima de mi mesa. Tan definitivamente estaba tomada mi resolución, que de antemano experimenté esa ligera vanidad que nos produce la conciencia de una acción generosa. La tal vanidad no es muy hermosa, pero es humana, y hay muchas otras que no tienen ese pretexto tan elevado, como, por ejemplo, ¡la que sucedió, en mi interior, casi inmediatamente a la primera! En la casa donde acudí al convite, me vi sentado entre dos mujeres elegantemente puestas que rivalizaron en prodigarme adulaciones y coqueterías. Después, salí de allí a eso de las once, lleno de fatuidad y sintiéndome dueño del mundo, y bajé a nuestro Círculo, que estaba entonces en el hotel de la plaza Vendôme, hasta donde había ido guiado por uno de los convidados, que quiso hacerme los honores de la reunión. Seis semanas después de ser admitido como socio, recién ponía los pies allí, porque no conocía a casi nadie. Me habían servido de padrinos dos pintores, y me había decidido a hacerme socio sólo la perspectiva de la próxima Exposición anual, no obstante lo subido que entonces me parecía la cuota a pagar. Era yo tan ingenuo que tuve que preguntar el nombre del juego que reunía tanta gente alrededor de la mesa. Mi guía se echó a reír y en dos palabras me explicó las reglas del bacarrá.

"—¿No lo tienta esto? — me preguntó.

"—No, pero podría jugar — le contesté incomodado por mi ignorancia —. Si tuviera dinero".

Siempre riendo, me demostró cómo me bastaría firmar un pagaré para recibir bajo mi palabra hasta la suma de tres mil francos, a condición de devolverlos dentro de las veinticuatro horas. Después comprendí que aquel joven me había tentado para jugar con él y comunicarle así la buena suerte que, según dicen, acompaña siempre a los principiantes. Pero hubiera caído solo en la tentación. Estaba en uno de esos momentos en que cualquiera gritaría como le contestaron al barquero durante la tormenta: "Llevas a César y su fortuna"... ¡Oh! Un César bien chico y una fortuna reducidísima, porque me senté a la mesa y dije a mi compañero:

"—Firmaré un pagaré de cinco luises; y si pierdo, me iré...

—Y perdió, y se quedó. Me lo imaginaba — le contesté —. ¡Tantas veces he formado tales prudentes resoluciones y no las he cumplido!

—No hubiera sido fácil lo contrario — repuso Miraut.

"Mi tentador, sentado junto a mí, me dijo que esperase mi mano. Yo obedecí. Tiro nueve. Había arriesgado mis cinco luises.

"—Apueste el doble — me indica al oído mi compañero.

"Tiro ocho. Continúo doblando siete y gano. En fin, de nueve en ocho y de ocho en siete, doblando siempre, paso seis veces seguidas. Llega la séptima jugada, y siempre inspirado por mi compañero, sólo hago un luis. Pierdo; pero tenía ante mí unos tres mil francos. Mi guía, habiendo ganado casi otro tanto, se levanta y me dice:

"—Sea razonable, haga como yo.

"Pero no lo escuché. Después de la sensación tan fuerte que acababa de experimentar no podía dejar aquello así.

"No pertenezco a la escuela de los que se llaman "analistas", pero que yo llamo, y perdone usted, de los que cortan un pelo en cuatro, y de los egoístas. No todo en mi vida es mirarme, pensar y sentir. Discúlpeme, pues, si no le declaro sino de un modo englobado y por medio de figuras lo que por mí pasaba. Mientras estuve ganando fui invadido repentinamente por un embriagador orgullo. Un exaltado sentimiento de mi personalidad me agitaba y me soliviantaba. Parecida sensación he experimentado nadando en mar gruesa. Esa inmensa ola movible que nos amenaza, nos balancea, y a la que dominamos con nuestra fuerza, simboliza exactamente lo que fué para mí aquel primer período de juego, el de la ganancia, porque gané nuevamente una suma parecida a la anterior, y luego más. Sólo arriesgaba grandes puestas sobre mi mano, y sobre la de los demás hacía jugadas insignificantes; pero tocaba las cartas con tal insolencia, que primero callaban todos, y luego cuando tiraba, prorrumpían en un rumor de admiración. Seguramente sin aquella admiración hubiera tenido valor para irme. Pero, ¡ay!, siempre mi amor propio de todos los diablos me ha hecho cometer mil tonterías, y todavía hoy, con mis canas, estoy expuesto a cometer muchas otras. Lo reconozco, me doy cuenta de ello, pero en cuanto tengo espectadores, tiro mi dinero; porque no puedo soportar que digan: "Se ha echado atrás". Eso es magnífico cuando la escena ocurre sobre el puente de Arcole; pero ante una mesa de bacarrá y pendiente de la decisión de una carta, es estúpido. No obstante, después de haberme hecho notar en mi buena suerte, ese excesivo orgu-

llo infantil no me dejó ceder ante la mala cuando me pareció que se acercaba. Y de esto me dí cuenta en seguida. Llegó el instante en que comprendí que iba a perder, y aquella especie de lucidez triunfante que me había hecho tomar los naipes con absoluta confianza desapareció de repente. Estaba escrito que yo iba a experimentar, en una misma sesión, todas las emociones del juego; pues luego de haber sentido la borrachera de la ganancia, conocí la seca y punzante embriaguez de la mala suerte. Porque ésta existe. Conocida es la frase: "En el juego, después del placer de ganar, está el de perder". No tengo otra frase para explicarle esa especie de ardor envenenado, esa mezcla de esperanza y de desesperación, de miedo y de encarnizamiento. Se espera dominar la mala suerte, y se tiene la seguridad, sin embargo, de que se saldrá vencido. No se raciocina más, y se hacen puestas conscientemente absurdas. ¡Y la ganancia arrastra primero las fichas, luego los tantos rojos, los blancos, y se firman nuevos pagarés! Después de haber tenido valor, durante diez años seguidos, para mirarme antes de gastar los veinte céntimos de un tranvía, como yo hice, no se vacila en jugar quinientos o mil francos. Pero en dos palabras voy a hacerle el resumen de todo. A las once había entrado en el Círculo, y a las dos abría la puerta de mi casa, después de haber perdido bajo mi palabra aquellos tres mil francos de mi crédito, que era casi todo lo que poseía.

—Pues bien — le dije — si después de esto no se hizo usted jugador, es porque no tiene vocación. Pues era como para perderse para siempre.

—Tiene razón — contestó Miraut.

"Cuando al día siguiente me desperté, abrumado por los efectos de las anteriores sensaciones, todo el episodio se me representó de nuevo, y ya no tuve más que dos ideas: la de intentar un desquite aquella noche y la de aprovechar la experiencia adquirida para inspirar mejor mis apuestas. En eso vi sobre mi mesa la carta dirigida a Ladrat, que la víspera había dejado allí. Entonces, con un cálculo involuntario me demuestro interiormente que dando aquel dinero hago un sacrificio estúpido. Cuando pagara los tres mil francos que debía no iba a quedarme casi nada. Y para reunir una cantidad que me permitiese volver al juego, por la noche (y yo sabía que no podría dejar de volver), necesitaría tomar prestado del tratante en cuadros y malbaratar algunos estudios. Así podría obtener unos cincuenta luises, y de ellos tendría que sacar diez para aquel perezoso, para aquel borracho, para aquel mentiroso. Porque hice todo lo posible para demostrarme a mí mismo que su carta no era sino un tejido de embustes. La tomé y volví a leerla. Y de nuevo su acento me conmovió, pero me mantuve firme. No quise oír aquella voz y me metí bajo la cama para escribir rápidamente un billete negativo. Lo escribí con palabras secas y terminantes; traté de interponer una barrera infranqueable entre mi antiguo camarada y mi compasión. Sentí un poco de vergüenza y de remordimiento, pero envié el billete; y luego tuve que aturdirme paseando de aquí para allá. Para acallar mi conciencia yo me decía: "si gano, mañana mismo enviaré a Ladrat la cantidad que necesita. Y ganaré".

—¿Y ganó? — le pregunté, viendo que callaba.

—Sí — me respondió con la voz muy alterada — y más de quinientos luises; pero ya era demasiado tarde. Ladrat no me había engañado, y en cuanto recibió mi negativa fué presa de una profunda desesperación. Su compañera y él tomaron la trágica resolución de asfixiarse. Y fuí yo, nótelo bien, yo, quien hizo descerrajar la puerta de su cuarto, donde los encontramos muertos en su cama... Yo llegaba con los doscientos francos..., sí, ¡demasiado tarde!... Ahí tiene usted por qué se acuerda de haber leído en los diarios ese nombre de Ladrat. Y también comprenderá ahora por qué me inspira horror la sola vista de los naipes.

—Piense usted — le dije — que con su dinero, de haber sido éste enviado la víspera, sólo se hubiera salvado por un mes, dos meses, y habría vuelto a caer; siempre dominado por el vicio, al fin hubiese acabado como acabó.

—Tal vez — replicó el pintor —, pero la verdad es que nunca quiere ser uno la gota de agua que haga desbordar el vaso. ◈

Por si la muerte llega a América en avión

UNA NUEVA MODALIDAD ARQUITECTONICA, QUE CONTEMPLA Y PREVE LOS EFECTOS DE LOS BOMBARDEOS AEREOS SOBRE LA EDIFICACION, ESTA TOMANDO AUGE EN LOS ESTADOS UNIDOS AL AMPARO DE LA GUERRA EUROPEA

Escribe **Remo Valcarce**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

AQUELLA tarde nuestras ocupaciones nos llevaron a la Park Avenue, en Manhattan, y al pasar por el Advertising Club grandes "affiches" llamaron nuestra atención. Anunciaban una exposición de refugios antiaéreos, y al leerlos recordamos cierta carta que nos llegara de Londres diciéndonos de grandes ratas hambrientas que pululaban en la semioscuridad de los refugios; de hacinamientos de cuerpos; del miedo de quedar sepultado vivo bajo un montón de escombros, y de otras cosas más. Cambiamos entonces una mirada en silencio, y entramos.

Una profusión de maquetas, planos y dibujos reseñaban la intensa labor de la Escuela de Arquitectura y Artes Aplicadas del Pratt Institute, consecuencia directa de la nueva modalidad arquitectónica que acaba de nacer en los Estados Unidos, a raíz de la guerra europea.

Refugios individuales, de acero y concreto; construcciones especiales, anexas a los grandes rascacielos; subterráneos de tierra y cemento, a cuatro o cinco metros bajo el nivel de la calle; edificios de varios pisos especialmente reforzados y revestidos de materiales incombustibles reflejan allí el esfuerzo de los dirigentes de la "Campaña pro construcción de refugios antiaéreos en América".

La finalidad de la exposición es difundir entre los norteamericanos la idea de que cada casa debe poseer su refugio antiaéreo, tal como

Refugio para negocios, cinematógrafos, etc., denominado "cueva familiar". Posee instalación de luz eléctrica, un amplio depósito de víveres, varias camas, sillas y muchas otras comodidades. El cartel de la izquierda indica otros detalles. Por lo demás, es uno de los pocos modelos en que se han empleado bolsas de arena, que aquí se ven sobre el techo.

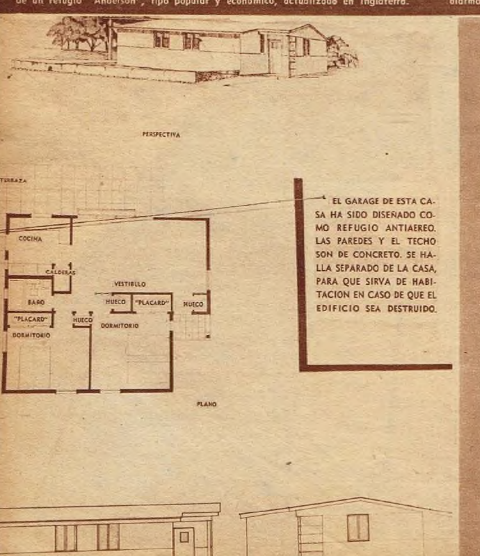
Esta maqueta muestra la forma en que se refuerza una casa, y su refugio de emergencia.

Refugio de tipo subterráneo, en forma de túnel. Es económico pero un tanto peligroso.

Refugio para casas particulares, con capacidad para 5 ó 6 personas. Puede ser a nivel o excavarse bajo tierra, y dispone de todo lo necesario para una larga permanencia.

A pesar de los bombardeos enemigos, los ingleses festejaron alegremente las pasadas navidades. He aquí una familia sorprendida en plena celebración en el interior de un refugio "Anderson", tipo popular y económico, actualizado en Inglaterra.

En los edificios ya construídos se refuerzan los cinco pisos superiores, con lo cual se convierten en seguros refugios. Los ocupantes bajan a los pisos inferiores en caso de alarma. El disco de la derecha sirve para indicar el radio de acción de las bombas.



EL GARAGE DE ESTA CASA HA SIDO DISEÑADO COMO REFUGIO ANTIAEREO. LAS PAREDES Y EL TECHO SON DE CONCRETO. SE HALLA SEPARADO DE LA CASA, PARA QUE SIRVA DE HABITACION EN CASO DE QUE EL EDIFICIO SEA DESTRUIDO.

actualmente tiene su garage o su cocina, no como un elemento adicional de la construcción, sino como parte integrante de la misma.

Los dirigentes de ese nuevo movimiento no se han limitado a la campaña popular, sino que además han elevado a las autoridades una solicitud, profusamente documentada, pidiendo la promulgación de una ley que obligue a los propietarios de inmuebles, ya sean éstos viviendas particulares, grandes casas de departamentos u oficinas públicas, negocios, cinematógrafos, etc., a incluir la construcción de tales refugios, como parte del plano general, que debe ser aprobado por las autoridades correspondientes del Estado.

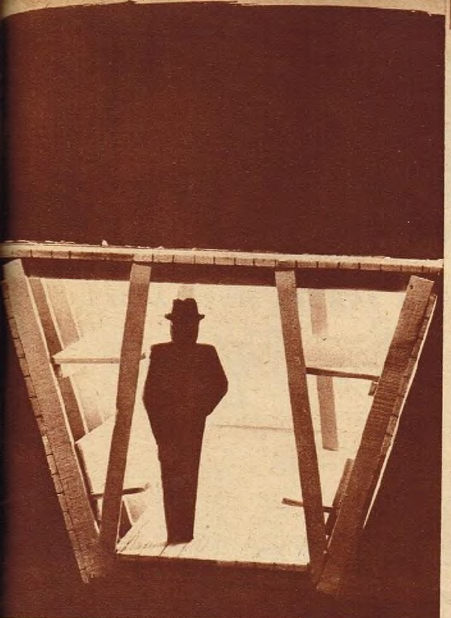
Nosotros recorrimos todos los rincones del local, estudiando cada modelo y cada innovación, con un interés que radicaba en aquella carta, llegada de Londres, muchos de cuyos pasajes, ya olvidados, acudían ahora a nuestra memoria.

Pasajes que decían de un dormir sobresaltado, noche a noche, en medio de piernas y brazos que parecían no tener dueños; que describían la insalubridad de esos refugios bajo tierra, donde todo el servicio sanitario estaba constituído por unas cuantas latas de kerosene, mal disimuladas tras de unas cortinas de arpillera...

Muchos de esos problemas, cuya verdadera importancia no pueden captar sino quienes hayan vivido siquiera una noche en esos locales oscuros y malolientes, mientras los aviones de bombardeo descargaban la muerte desde el aire, han sido ingeniosamente resueltos por los arquitectos norteamericanos, luego de largos y pacientes ensayos de laboratorio.

Para ellos y para los ingenieros, el problema consiste en combinar los materiales de construcción, particularmente resistentes, con las formas más adecuadas de los refugios y edificios en general, con el objeto de lograr una resistencia máxima en las construcciones, basándose en conocidas leyes de física.

Uno de los más difundidos planos de construcciones de campo en los Estados Unidos. Arriba, se ve la perspectiva del mismo, y abajo, el perfil del garage, dotado de luz eléctrica, servicio sanitario, depósitos de agua, etcétera.



Tipo de refugio antiaéreo para uso de transeúntes. Las paredes de concreto, de cinco pies de espesor, y su forma especial, le confieren una notable resistencia contra las bombas. Posee bancos y camas, y tiene cabida para 4 ó 5 personas.

Los proyectos de refugios presentados se han dividido en cuatro tipos según su uso, y en dos grupos de acuerdo a su ubicación.

Los cuatro tipos son éstos: públicos, para uso de los transeúntes; privados, para casas particulares; colectivos, para casas de departamentos, negocios, cinematógrafos, y ciertos barrios obreros, y de campo, para uso de los campesinos y familias que viven en los pueblos cercanos a las ciudades. Los dos grupos son: subterráneos y a nivel.

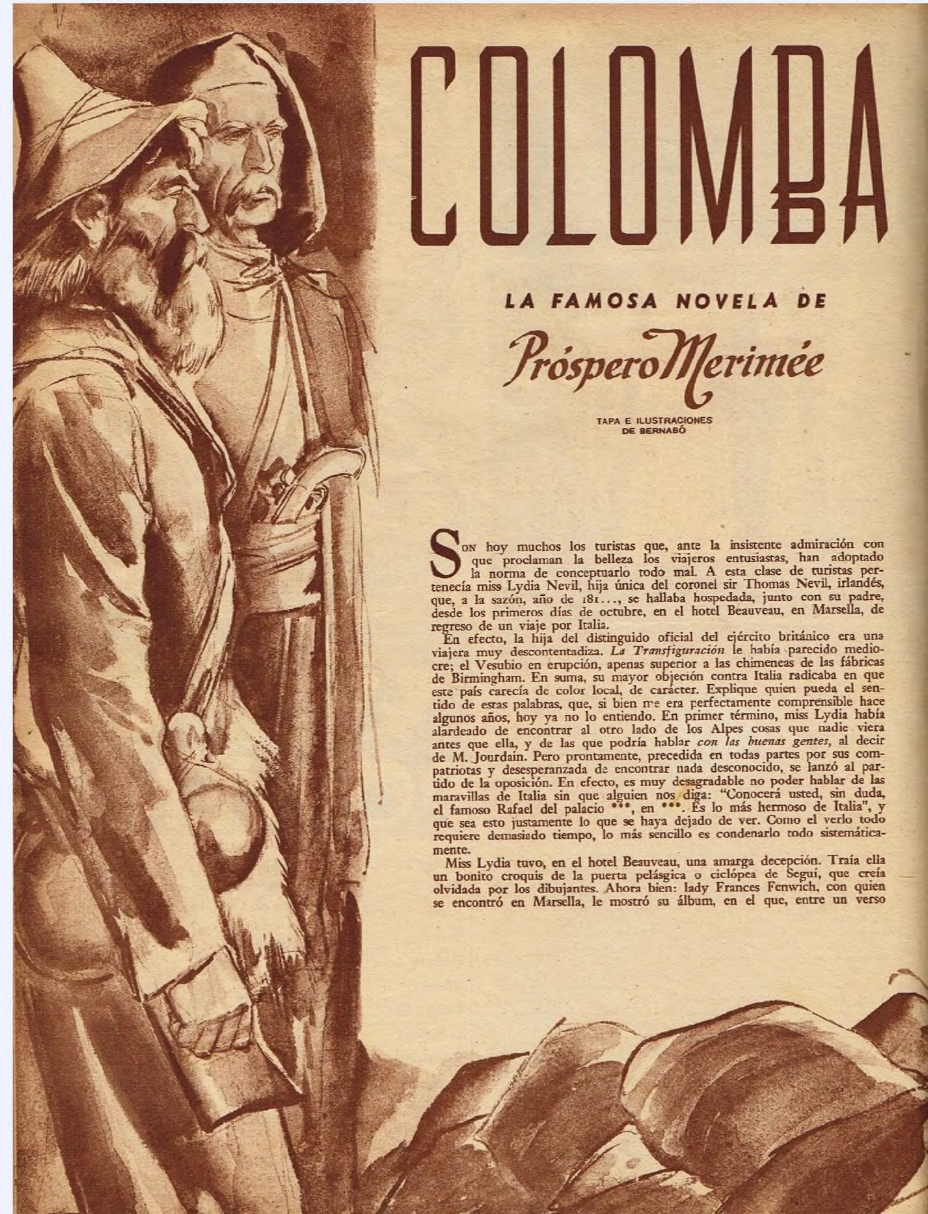
En su mayoría, cuentan con instalaciones de luz eléctrica, depósitos de agua y depósitos de víveres.

La disposición de los asientos, camas, instalaciones sanitarias, etc., ha sido objeto de estudios especiales, siendo las ratas una de las principales preocupaciones, ya que la experiencia de estos últimos meses ha descubierto la realidad del peligro que significan esos roedores.

Esas grandes ratas, que no temen a los gatos, aparecen en todas partes, pasando por encima de los cuerpos que reposan, husmeándolo y devorándolo todo. No hay alimento que esté seguro donde se presentan, y alguna vez se ha dado también el caso de personas o niños que resultaron mordidos por ellas. Como elemento adicional se ha contemplado también la posibilidad de refaccionar en parte los edificios ya construídos, para dotarlos de mayor resistencia y protección. Una gruesa capa de material aislador e incombustible es colocada directamente bajo el techo, se agregan depósitos de agua y de víveres, y se protegen las entradas. Además, en las casas de varios pisos, se refuerzan los cinco superiores, con lo cual quedan convertidas automáticamente en refugios más o menos seguros.

En el campo, el problema ha sido resuelto con la construcción de garages en forma de refugios amplios y seguros, alejados de la casa principal, para que puedan ser utilizados aunque ésta sea completamente destruída.

En resumen, toda una nueva ciencia de la construcción, con sus investigadores de laboratorio, sus propagandistas, sus teorizantes, sus ingenieros especializados y, sobre todo, con quienes obtienen la dura experiencia diaria en las ciudades de Europa. ◈



COLOMBA

LA FAMOSA NOVELA DE

Próspero Merimée

TAPA E ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

Son hoy muchos los turistas que, ante la insistente admiración con que proclaman la belleza los viajeros entusiastas, han adoptado la norma de conceptuarlo todo mal. A esta clase de turistas pertenecía miss Lydia Nevil, hija única del coronel sir Thomas Nevil, irlandés, que, a la sazón, año de 181..., se hallaba hospedada, junto con su padre, desde los primeros días de octubre, en el hotel Beauveau, en Marsella, de regreso de un viaje por Italia.

En efecto, la hija del distinguido oficial del ejército británico era una viajera muy descontentadiza. *La Transfiguración* le había parecido mediocre; el Vesubio en erupción, apenas superior a las chimeneas de las fábricas de Birmingham. En suma, su mayor objeción contra Italia radicaba en que este país carecía de color local, de carácter. Explique quien pueda el sentido de estas palabras, que, si bien me era perfectamente comprensible hace algunos años, hoy ya no lo entiendo. En primer término, miss Lydia había alardeado de encontrar al otro lado de los Alpes cosas que nadie viera antes que ella, y de las que podría hablar *con las buenas gentes*, al decir de M. Jourdain. Pero prontamente, precedida en todas partes por sus compatriotas y desesperanzada de encontrar nada desconocido, se lanzó al partido de la oposición. En efecto, es muy desagradable no poder hablar de las maravillas de Italia sin que alguien nos diga: "Conocerá usted, sin duda, el famoso Rafael del palacio ***, en ***. Es lo más hermoso de Italia", y que sea esto justamente lo que se haya dejado de ver. Como el verlo todo requiere demasiado tiempo, lo más sencillo es condenarlo todo sistemáticamente.

Miss Lydia tuvo, en el hotel Beauveau, una amarga decepción. Traía ella un bonito croquis de la puerta pelásgica o ciclópea de Seguí, que creía olvidada por los dibujantes. Ahora bien: lady Frances Fenwich, con quien se encontró en Marsella, le mostró su álbum, en el que, entre un verso



y una flor seca, figuraba la dichosa puerta, vigorosamente iluminada con tierra de Siena. Miss Lydia regaló la puerta de Seguí a su doncella y perdió toda estima a las construcciones pelásgicas.

El coronel Nevil compartía tan lamentables disposiciones, quien desde la muerte de su esposa no veía las cosas por otros ojos que los de miss Lydia. Para él, Italia había cometido la gravísima falta de disgustar a su hija, y era, en consecuencia, el país más desagradable del mundo. Verdad es que nada tenía que decir contra los cuadros y las estatuas; pero sí podía afirmar que la caza no abundaba en aquel país y que era necesario andar diez leguas bajo un sol de fuego por la campiña de Roma para matar unas cuantas escuálidas perdices.

Al siguiente día de su llegada a Marsella invitó a comer al capitán Ellis, su antiguo ayudante, que acababa de pasar seis semanas en Córcega. El capitán contó de modo muy pintoresco a miss Lydia una historia de bandidos que tenía la virtud de no parecerse en nada a las historias de ladrones que tan a menudo había escuchado ella en el camino de Roma a Nápoles. A los postres, solos los dos hombres ante unas botellas de vino de Burdeos, hablaron de caza, y el coronel se enteró de que no hay país en que exista más ni sea mejor y más variada que en Córcega. "Allí se ven abundantes jabalíes — dijo el capitán Ellis —, y es necesario saber distinguirlos de loos cerdos domésticos, que se les parecen de una manera asombrosa, porque el que mate a unos cerdos tiene que entendérselas, luego, con sus guardianes, quienes, surgiendo de una especie de matorral que llaman *maquis*, armados hasta los dientes, exigen el pago de los animales y se burlan de uno. También hay allí el muflón, especie de carnero salvaje, un animal muy raro que no se encuentra en otros sitios; buena pieza de caza, pero difícil; ciervos, gamos, faisanes, perdices: no es posible detallar todos los géneros de caza que abundan en Córcega. Si le gusta a usted tirar, vaya a Córcega, mi coronel; allí, como decía un amigo mío, podrá usted tirar sobre todas las piezas existentes, desde la codorniz hasta el hombre".

A la hora del té el capitán volvió a cautivar a miss Lydia con la narración de un hecho de *vendetta*, aun más entretenida que la historia de bandidos, y acabó de entusiasmarla con Córcega al describirle el raro y agreste aspecto del país y el carácter original de sus habitantes, con su hospitalidad y costumbres primitivas. En suma, puso en manos de la joven un lindo puñalito, menos notable por su forma y su mango de cobre que por su origen. Un bandido célebre se lo había entregado al capitán Ellis, con la garantía de haber penetrado en cuatro cuerpos humanos. Miss Lydia lo guardó en su cinturón, lo puso más tarde en su mesita de noche y lo desenvainó dos veces antes de dormirse. Por su parte, el coronel soñó que mataba un cerdo o un muflón, y que el propietario lo obligaba a pagárselo, en lo que consentía de buen grado por tratarse de un animal muy curioso, que se parecía a un jabalí, con astas de ciervo y cola de faisán. Realmente, sir Thomas no recordaba bien qué fuera lo que matara en sueños.

—Ellis cuenta que hay una caza admirable en Córcega —, dijo el coronel al almorzar a solas con su hija —; si no estuviera tan distante me agradaría pasar allí ocho días.

—Pues bien — replicó miss Lydia —, vayamos a Córcega. Mientras tú cazas yo dibujaré; me gustaría mucho tener en mi álbum esa gruta de que ha hablado el capitán Ellis, a la que Napoleón iba a estudiar en su niñez.

Quizá era aquélla la primera vez que un deseo manifestado por el coronel hubiese obtenido la aprobación de su hija. Encantado ante tan inesperada nueva, tuvo, sin embargo, el buen sentido de hacer algunas objeciones para acuciar aún más el afortunado capricho de miss Lydia. En vano habló él de la aspereza de la isla y de sus dificultades para el viaje de una mujer: de nada tenía ella miedo; lo que más le gustaba era viajar a caballo; dormir al aire libre era su delicia; amenazó con ir al Asia Menor. Tenía, en fin, respuesta para todo; jamás había estado en Córcega una inglesa: debía, por lo tanto, ir ella. ¡Y qué dicha la suya al enseñar su álbum cuando regresara a Saint-James's-Place!

—¿Qué representa ese dibujo tan original, querida Lydia?

—¡Oh! Nada de particular. Es un apunte que tracé de un célebre bandido corso que nos sirvió de guía.

—¡Cómo! ¿Estuvo usted en Córcega?...

Por no existir aún líneas de vapores entre Francia y Córcega, hubo que averiguar si había algún velero pronto a zarpar para la isla que miss Lydia se proponía descubrir. Aquel mismo día sir Thomas escribió a París para que dispusieran de las habitaciones que había hecho reservar y habló con el patrón de una goleta corsa que iba a salir para Ajaccio. Tenía, justamente, dos camarotes. Embarcáronse provisiones; el patrón aseguró que un viejo marinero suyo era un gran cocinero, que no tenía rival para la *bouillabaise;* afirmó que la señorita iría bien y que tendrían buen tiempo y mar calma.

De acuerdo a los deseos de su hija, el coronel estableció, además, que el patrón no admitiría ningún pasajero y que trataría por todos los medios de que la goleta fuera costeando la isla, a fin de poder admirar desde cerca el verdor de las laderas de sus montañas.

II

La mañana del día señalado para salir, ya se hallaba todo embalado y embarcado; la goleta levaría anclas con la brisa de la tarde.

Mientras tanto no llegaba la hora, el coronel paseaba con su hija por la Canebière, cuando se le aproximó el patrón pidiéndole permiso para tomar a bordo a uno de sus parientes, es decir, a un primo segundo del padrino de su hijo mayor, el cual, de regreso a Córcega, su país natal, llamado por apremiantes asuntos, no encontraba otra embarcación que lo llevase.

—Es un gran muchacho — añadió el capitán Matei —, militar, oficial de cazadores de infantería de la guardia, y que a estas horas sería ya coronel si el Otro fuese aún emperador.

—Puesto que es un militar... — dijo el coronel.

Iba a agregar: "Consiento complacido en que venga con nosotros..."; pero miss Lydia exclamó en inglés:

—¡Un oficial de infantería!... — como su padre había servido en caballería despreciaba todas las otras armas —. ¡Un hombre ordinario tal vez, que se mareará y nos echará a perder todo el encanto de la travesía!

El patrón de la goleta no entendía nada en inglés; pero pareció comprender lo que decía miss Lydia en el gestecillo de su linda boca, y aventuró un cumplido elogio de su pariente; terminó asegurando que era un hombre muy distinguido, de una familia de *cabos*, y que no molestaría en nada al señor coronel, porque él se encargaba de alojarle en un rincón donde apenas si lo verían en todo el viaje.

A miss Nevil y al coronel les pareció raro que hubiese en Córcega familias en que se transmitiera así de padre a hijo la graduación de cabo; pero como imaginaban que se trataba de un cabo de infantería, dedujeron que el mencionado sujeto sería algún pobre diablo a quien el patrón quería llevar de caridad. Si se hubiera tratado de un oficial, ya la cosa cambiaba, pues habría que hablarle, convivir con él; pero con un cabo no hay que molestarse: es un ser sin importancia cuando no le acompaña su escuadra, con la bayoneta calada, para llevarle a uno adonde no tiene ninguna gana de concurrir.

—¿Se marea su pariente? — preguntó miss Nevil en tono seco.

—Jamás, señorita; su cabeza es tan firme como una roca, lo mismo en la mar que en la tierra.

—Pues bien, puede usted traerlo — dijo ella.

—Puede usted traerlo — repitió el coronel.

Y continuaron su paseo.

Aproximadamente a las cinco el capitán Matei fué a buscarlos para embarcar en la goleta. En el puerto, cerca de la chalana del capitán, encontraron a un joven enfundado en una levita azul abotonada hasta la barbilla, de atezado rostro, ojos negros y vivaces y aspecto franco e inteligente. En sus actitudes y en su bigotillo rizado adivinábase fácilmente al militar, porque en aquella época los bigotes no abundaban por las calles, y la guardia nacional todavía no había introducido en todas las familias las maneras y los hábitos del cuerpo de guardia.

El joven militar se descubrió al ver al coronel y, sin timidez y con desenvoltura, le dió las gracias por el favor que le otorgaba.

—Me alegro de haberte sido útil, muchacho — le dijo el coronel haciéndole un signo afectuoso con la cabeza.

Y embarcó en la chalana.

—Es francote el inglés — dijo en voz baja y en italiano el joven al patrón.

Este se llevó el índice al ojo izquierdo e hizo un gesto con la boca, lo cual quería expresar, para quien entienda el lenguaje de los signos, que el inglés quizá comprendiera el italiano y que era un hombre raro. El joven insinuó una sonrisa y se tocó la frente, en respuesta al signo de Matei, como para decirle que todos los ingleses son algo chiflados. Después se sentó al lado del patrón y púsose a mirar con suma atención, pero sin impertinencia, a su bonita compañera de travesía.

—Tienen buen aspecto estos soldados franceses — dijo en inglés el coronel a su hija —. Así llegan fácilmente a oficiales.

Dicho esto interpeló en francés al joven:

—Oígame, muchacho, ¿en qué regimiento ha servido?

El joven dió un codazo a su pariente y, conteniendo una sonrisa irónica, contestó que había pertenecido a los cazadores de infantería de la guardia y que actualmente procedía del 7o ligero.

—¿Ha estado usted por ventura en Waterloo? Me parece usted muy joven para eso.

—Perdone usted, mi coronel. Ha sido mi única campaña.

—Vale por dos — dijo sir Thomas.

El joven corso se mordió los labios.

—Papá — expresó miss Lydia en inglés —, pregúntale si los corsos quieren mucho a Napoleón.

Antes de que el coronel hubiera traducido la pregunta al francés, el joven contestó en bastante buen inglés, aunque con acento deficiente.

—No ignora usted, señorita, que nadie es profeta en su tierra. Nosotros los paisanos de Bonaparte le queremos tal vez menos que los

franceses. En lo que a mí respecta, aunque mi familia fué en otro tiempo enemiga de la suya, le quiero y le admiro muchísimo.

—¡Habla usted inglés! — exclamó el coronel.

—Muy mal, como usted puede ver.

Aunque un tanto molesta por la desenvoltura y el tono abierto de aquel joven, miss Lydia no pudo menos que sonreír al pensar en una enemistad personal entre un cabo y un emperador. Lo consideró como una de las tantas singularidades de Córcega y se prometió anotar el rasgo en su Diario.

—¿Estuvo usted quizá prisionero en Inglaterra? — preguntó sir Thomas.

—No, mi coronel. Aprendí el inglés en Francia, con un prisionero de la nación de usted, siendo yo muy joven.

Después, dirigiéndose a miss Nevil:

—Matei me informó que viene usted de Italia. Con seguridad, hablará usted el toscano puro. Temo, señorita, que le sea a usted algo difícil comprender nuestro dialecto.

—Mi hija entiende todos los dialectos italianos — respondió el coronel —: tiene el don de lenguas. No le ocurre lo que a mí.

—¿Comprendería usted, señorita, por ejemplo, estos versos de una de nuestras canciones corsas? Es un pastor que le dice a su novia la pastora:

> *"Si yo entrase en el paraíso santo, santo,*
> *y no te encontrara allí, saldría de él".*

Miss Lydia entendió, y, pareciéndole la estrofa audaz, y más aun la mirada que la acompañaba, respondió enrojeciendo: Comprendo.

—¿Y va usted a su país en goce de licencia? — preguntó sir Nevil.

—No, mi coronel. Me han "retirado", probablemente porque estuve en Waterloo y soy compatriota de Napoleón. Vuelvo a mi casa, ligero de esperanzas, ligero de bolsillo, como reza una vieja romanza.

Y suspiró mirando al cielo.

El coronel se llevó la mano al bolsillo, y, dando vueltas entre los dedos a una moneda de oro, buscó una frase para deslizarla delicadamente en la mano del infortunado corso.

—También yo estoy retirado — dijo en tono de buen humor —; pero con la paga de usted no tendrá para comprarse tabaco. Tome esto, cabo.

Y trató de meter la moneda de oro en la mano que apoyaba el joven sobre el carel de la chalana.

El corso se puso rojo como la grana, se irguió, mordióse los labios y pareció dispuesto a responder brusco, cuando, de súbito, cambiando de expresión, se echó a reír. Sir Thomas, con su moneda en la mano, se quedó anonadado.

—Coronel — dijo el joven recobrando su seriedad —, permítame que le haga dos advertencias: la primera es que no ofrezca jamás dinero a un corso, porque algunos de mis compatriotas son lo bastante descorteses para tirársela a la cara; la segunda es que no dé a las personas títulos que no reclaman. Me ha llamado usted cabo y soy teniente. Aunque la diferencia no es mucha, pero...

—¡Teniente! — exclamó sir Thomas —, ¡teniente! Pues el patrón me informó que era usted cabo, así como el padre de usted y todos los hombres de su familia.

El joven, al oír esto, volvió a reír a carcajadas, y con tanto regocijo, que el patrón y sus dos marineros le hicieron coro.

—Perdón, coronel — dijo al fin el corso —; pero el motivo, que ahora comprendo, es divertidísimo. En efecto, mi familia se vanagloria de contar varios cabos entre sus antepasados; pero nuestros cabos corsos jamás han tenido galones en sus bocamangas. Por el año de gracia de 1100, habiéndose alzado algunos municipios contra la tiranía de los grandes señores montañeses, se eligieron jefes, a los que llamaron *cabos*. En nuestra isla consideramos como honor el descender de tales especies de tribunos.

—Perdóneme, caballero — exclamó el coronel —; le suplico que me perdone. Ya que ha comprendido usted el motivo de mi equivocación, espero que se servirá excusarlo.

Y le tendió la mano.

—Es el justo castigo a mi pequeña vanidad, coronel — dijo el joven sin cesar de reír y estrechando fuertemente la mano de sir Thomas —. No tengo que excusarle de nada. Pero puesto que mi amigo Matei me ha presentado tan mal, permítame ahora que lo haga yo mismo: mi nombre es Orso Della Rebbia, soy teniente de reemplazo, y si, como presumo al ver esos dos hermosos perros, va usted a Córcega para cazar, me complacerá grandemente el hacerle los honores de nuestros bosques y nuestras montañas..., si es que no los he olvidado — agregó suspirando.

La chalana llegaba en aquel momento a la goleta. El teniente ofreció la mano a miss Lydia y ayudó luego al coronel a subir a bordo. Una vez allí, sir Thomas, que seguía muy contrariado por su equivocación y no sabía qué hacer para que olvidase la impertinencia un hombre que databa del año 1100, le invitó a cenar, sin esperar la anuencia de su hija, reiterándole sus excusas y sus apretones de mano. Miss Lydia frunció algo el entrecejo, pero, después de todo, no le desagradaba saber que no era un cabo aquel joven; no le ha-

Evidencia



—Bueno, Jasper. ¿Has hecho el inventario de mi bodega?

—Sí..., sí, señor. Completamente.

bía resultado antipático; hasta empezaba a encontrarle cierto aire aristocrático; sin embargo, le parecía demasiado franco y demasiado alegre para un héroe de novela.

—Teniente Della Rebbia —dijo el coronel saludándole a la manera inglesa, con un vaso de vino de Madera en la mano—, vi en España a muchos de los compatriotas de usted; eran unos tiradores muy diestros.

—Sí, muchos se quedaron en España — replicó el teniente con expresión seria.

—Jamás olvidaré la conducta de un batallón corso en la batalla de Vitoria, en las Vascongadas —prosiguió el coronel—. Este me la recuerda — añadió frotándose el pecho —. Durante todo el día los tiradores aquéllos, diseminados, nos estuvieron acribillando desde las tapias de los jardines; nos mataron muchos hombres y caballos. Acordada la retirada, se reunieron y pusiéronse a marchar de prisa. Nosotros aguardábamos tomar el desquite en la llanura; pero los bribones..., perdone, teniente..., aquellos bravos, digo, formaron el cuadro y no había posibilidad de romperlo. En el centro del cuadro, aun creo verle, había un oficial sobre un caballejo negro; estaba al lado del águila, fumando un cigarro, igual que si estuviera en el café. A veces, como para desafiarnos, tocaba la música... Lanzo contra ellos mis dos primeros escuadrones... En lugar de atacar el frente del cuadro, mis dragones pasan de lado, dan después media vuelta, y regresan muy en desorden con más de un caballo sin jinete... ¡Y siempre la endiablada música! Tan pronto se disipó el humo que envolvía el batallón volví a ver al oficial al lado del águila y fumando su cigarro. Enfurecido, me puse yo a la cabeza de una última carga. Sus fusiles, engrasados a fuerza de tirar, no disparaban ya, pero los soldados, en seis filas y con las bayonetas a la altura de las narices de sus caballos, parecían formar un muro. Yo gritaba, alentaba a mis dragones, espoleaba a mi cabalgadura, cuando el oficial de que le hablo, dejando al fin su cigarro, se dirigió a uno de sus hombres, y señalándome con la mano le dijo: "*¡Al capello bianco!*" Llevaba yo un penacho blanco. No oí más, porque un proyectil me atravesó el pecho. Era un magnífico batallón, señor Della Rebbia; el primero del 18 ligero, todos corsos, según supe después.

—Sí — dijo Orso, cuyos ojos se habían iluminado durante aquel relato —. Sostuvieron la retirada y trajeron su águila; pero los dos tercios de aquellos bravos duermen hoy el sueño eterno en los valles de Vitoria.

—¿Sabría usted por ventura el nombre del jefe que los mandaba?

—Era mi padre, mayor en esa fecha en el 18.º Fué promovido a coronel por su comportamiento en aquella jornada de triste recordación.

—¿Su padre? Por mi honor que era un valiente. Celebraría volverle a ver; estoy seguro de que lo reconocería. ¿Vive aún?

—No, coronel — dijo el joven palideciendo ligeramente.

—¿Luchó en Waterloo?

—Sí, mi coronel; pero no tuvo la suerte de caer en el campo de batalla... Murió en Córcega..., hace dos años... ¡Qué hermoso mar! Diez años hace que no he visto el Mediterráneo. ¿No le parece a usted más hermoso el Mediterráneo que el océano, señorita?

—Le encuentro demasiado azul... y las olas carecen de grandiosidad.

—¿Ama la belleza salvaje, señorita? En este caso me aventuro a decirle que le agradará Córcega.

—Mi hija — dijo el coronel — gusta de todo lo que es extraordinario. Por eso no le ha agradado Italia.

—Sólo Pisa conozco de Italia — dijo Orso —, donde estuve algún tiempo en el colegio; pero no puedo pensar sin admiración en el Camposanto, en el Duomo, en la Torre inclinada...; sobre todo en el Camposanto. ¿Recuerdan ustedes la *Muerte*, de Orcagna?... Creo que podría dibujarla, por lo grabada que la tengo en la memoria.

Miss Lydia temió que el señor teniente se enfrascara en una charla interminable, y dijo, bostezando:

—Es muy bonito. Perdona, papá; tengo un poco de jaqueca y voy a bajar a mi camarote.

Besó a sir Thomas en la frente, saludó simplemente con la cabeza a Orso y desapareció. Los dos hombres se engolfaron entonces en relatos de cacerías y de guerras.

Se enteraron de que en Waterloo estuvieron frente a frente y que debieron de cambiar bastantes disparos. Con esto aumentó su simpatía. Criticaron alternativamente a Napoleón, a Wéllington y a Blücher; después cazaron juntos el gamo, el jabalí y el muflón. Por último, ya muy corrida la noche y terminada la última botella de vino de Burdeos, el coronel tendió de nuevo su mano al teniente y le dió las buenas noches, expresando la esperanza de que aquel conocimiento, comenzado de modo tan ridículo, se acentuase y fuesen buenos amigos. Después de estas palabras, ambos se fueron a acostar.

III

La noche era hermosa; sobre las aguas espejeaban los rayos de la luna; el velero se deslizaba suavemente, impelido por una ligera brisa. Miss Lydia no tenía deseos de dormir, y sólo la presencia de un extraño le había impedido gustar de las emociones que en el mar y al reflejo de la luna experimenta todo ser humano dotado de un poco de sensibilidad. Cuando creyó que el teniente estaría ya durmiendo a pierna suelta, como un ser vulgar que era, se levantó, echóse un abrigo sobre los hombros, despertó a su doncella y subió a cubierta. Allí sólo había un marinero en el timón, que estaba cantando una especie de romanza en dialecto corso, de entonación ruda y monótona. En la tranquilidad de la noche, aquella cantilena extraña tenía mucho encanto. Desgraciadamente, miss Lydia no comprendía bien lo que cantaba el marinero. Entre muchos lugares comunes, un verso enérgico excitaba su curiosidad; pero a continuación, en el momento más interesante, brotaban unas palabras regionales cuyo significado no entendía. Sin embargo, comprendió que se aludía a un asesinato. Imprecaciones contra los asesinos, propósitos de venganza, loas al muerto; todo esto se entremezclaba confusamente. De pronto el cantor enmudeció.

—¿Por qué no sigue usted? — le preguntó miss Nevil.

El marinero, con un movimiento de cabeza, le mostró una figura que salía de un rincón de la goleta: era Orso, que se aprestaba a disfrutar de la placidez de la noche.

—Concluya su canción — dijo miss Lydia —. Me estaba gustando muchísimo.

El marinero se inclinó hacia ella y le contestó en voz baja:

—Yo no doy el *rimbecco* a nadie.

—¿Cómo? ¿El qué?...

El marinero no respondió y comenzó a silbar.

—Veo que está usted admirando nuestro Mediterráneo, miss Nevil — dijo Orso aproximándose —. Admita que en ninguna otra parte se ve una luna tan hermosa como ésta.

—No la miraba. Estaba entretenida en estudiar el corso. Este marinero, que cantaba una romanza de las más trágicas, dejó de hacerlo en lo más interesante.

El marinero se inclinó como para examinar bién la brújula y dió un tirón al abrigo de la joven. Era evidente que su canción no podía ser cantada delante del teniente Orso.

—¿Qué es lo que entonabas, Paolo Francé? — preguntó Orso —: ¿una balada o una melopea? La señorita te comprende y quisiera oír el final.

—Lo he olvidado, Orso Anton — contestó el marinero.

Y comenzó a entonar a viva voz un cántico litúrgico.

Miss Lydia escuchó el cántico distraída y no estimuló al cantor, prometiéndose, no obstante, averiguar el significado del enigma. Pero la doncella, una florentina que tampoco comprendía bien el dialecto corso, sintió idéntica curiosidad que su señorita, y, antes de que ésta pudiera advertirle con un codazo su indiscreción, interpeló a Orso:

—¿Qué quiere decir *dar el rimbecco*, señor capitán?

—¡El *rimbecco!* — exclamó Orso —; pues inferir a un corso la más cruel injuria; es echarle en cara el no haberse vengado. ¿Quién ha hablado de *rimbecco?*

—El patrón de la goleta — se apresuró a intervenir miss Lydia — pronunció ayer en Marsella esa palabra.

—¿Y de quién hablaba? — inquirió Orso ansiosamente.

—Nos relataba una antigua historia... de tiempos de...; sí, creo que era a propósito de Vannina de Druano.

—Me imagino, señorita, que la muerte de Vannina no le habrá impulsado a pensar con simpatía en nuestro héroe, el valeroso Sampiero.

—¿Pero a usted le parece heroico semejante acto?

—Su crimen tuvo por excusa las bárbaras costumbres de la época; además, no hay que olvidar que Sampiero hacía una guerra a muerte a los genoveses. ¿Qué confianza hubieran podido tener en él sus compatriotas si no hubiese castigado a la que pretendía tratar con Génova?

—Vannina — dijo el marinero — se marchó sin autorización de su marido. Sampiero hizo bien en retorcerle el pescuezo.

—Pero — dijo miss Lydia — ella lo hacía para salvar a su esposo; iba a pedir el indulto de éste a los genoveses por el amor que sentía por él.

—¡Pedir su indulto era envilecerle! — exclamó Orso.

—¡Y matarla él mismo! — agregó miss Nevil —. Debía de ser un verdadero monstruo.

—Usted no sabe que fué ella quien le pidió

como una gracia el morir a sus manos. Y ahora dígame una cosa, señorita, ¿considera usted también como un monstruo a Otelo?

—Es muy distinto. Otelo estaba celoso; Sampiero sólo tenía vanidad.

—¿Y los celos no son también una vanidad? Son la vanidad del amor. ¿Le excusaría usted por ese motivo?

Miss Lydia lo miró con cierta dignidad y, dirigiéndose al marinero, le preguntó cuándo arribarían a puerto.

—Pasado mañana, si prosigue soplando este viento — contestó el interpelado.

—Quisiera hallarme ya en Ajaccio, porque estoy harta de barco.

Dichas estas palabras, miss Lydia se levantó, tomó del brazo a su doncella y dió unos cuantos pasos por la cubierta. Orso permaneció junto al timón, sin saber si debía pasear con la joven o, por el contrario, cortar una conversación que parecía no ser de su agrado.

—¡Hermosa muchacha, por la sangre de la Madona! — dijo el marinero —. Si todas las tormentas del Mediterráneo se le pareciesen no me quejaría de que me sorprendieran en medio del mar.

Miss Lydia oyó tal vez aquel ingenuo elogio de su belleza y se molestó, porque casi de inmediato bajó a su camarote. Poco después se retiró a su vez Orso. La doncella volvió a cubierta, y, luego de someter a un interrogatorio al marinero, llevó a su señorita la información siguiente: la balada interrumpida por la presencia de Orso fué compuesta con motivo de la muerte del coronel Della Rebbia, padre del mismo, asesinado hacía dos años. El marinero tenía casi la certeza de que Orso volvía a Córcega *para hacer la venganza* — tal fué su expresión —, y afirmaba que antes de poco correría sangre en el pueblo de Pietranera. Lo cual quería decir que el señor Orso se proponía asesinar a dos o tres individuos sospechosos de haber dado muerte al coronel, los cuales, desde luego, fueron procesados por tal causa, pero como tenían en su favor a jueces, abogados, prefectos y gendarmes, resultaron inocentes.

—No hay justicia en Córcega — añadió el marinero —, y yo me fío más de una buena escopeta que de un magistrado de la Audiencia. Cuando se tiene un enemigo, preciso es elegir entre las tres eses: *schioppetta, stilette, strada;* (escopeta, puñal, huída).

Estos interesantes informes cambiaron de una manera notable los sentimientos y maneras de miss Lydia con respecto al teniente Della Rebbia, quien desde aquel momento se había convertido en un personaje de leyenda a los ojos de la joven inglesa. Ahora aquel aire de desenfado, aquel tono de franqueza y de buen humor, que empezaron por prevenirla desfavorablemente, se convertían para la novelesca hija de sir Thomas en un mérito más, porque constituían el profundo disimulo de un alma enérgica que no deja traslucir los sentimientos que guarda.

Orso le pareció una especie de Tiesco, personaje de Schiller, ocultador de vastos designios bajo una apariencia de ligereza, y aunque sea menos bello matar a unos asesinos que libertar a la patria, una venganza justa es, no obstante, bella; y además a las mujeres les gusta que un héroe no sea hombre político. Entonces fué cuando observó miss Nevil que el joven teniente tenía ojos grandes y vivaces, blancos dientes, arrogante apostura, educación y cierto roce social. Al siguiente día le habló a menudo, y su conversación le agradó. Interrogóle acerca de su isla, de la que habló él discretamente. Córcega, de donde saliera de muy joven, primero para ir a un colegio y después para la escuela militar, había quedado en su espíritu grabada con poéticos recuerdos. Al hablar de ella, de sus montañas, de sus bosques, de las originales costumbres de sus habitantes, se animaba. Como es de imaginar, la palabra venganza surgió más de una vez en

LOS DOS HERMANITOS

METAMORFOSIS · **Por TIM**









sus relatos, porque no se puede hablar de los corsos sin censurar o sin justificar su pasión característica. Miss Nevil se sintió algo sorprendida al oír que Orso condenaba de una manera general los interminables odios de sus compatriotas. Pretendía excusar, no obstante, a los campesinos, diciendo que la *vendetta* es el duelo de los pobres. «Tan cierto es esto —dijo—, que no se asesina sino previo un desafío en regla: «Guárdate, yo me guardo», tales son las palabras sacramentales que cambian dos enemigos antes de que ambos se tiendan emboscadas mortales. Hay más asesinatos entre nosotros —agregó— que en ninguna otra parte; pero usted nunca hallará un motivo innoble en esos crímenes. Verdad es que tenemos muchos homicidas, pero ni un ladrón.»

Al pronunciar las palabras venganza y asesinato, miss Lydia le miraba atentamente, pero no descubrió en él el menor signo de emoción. Como había decidido que el teniente tenía la fuerza de alma necesaria para hacerse impenetrable a todos los ojos, excepto a los de ella, continuó creyendo firmemente que él coronel Della Rebbia no esperaría mucho tiempo la satisfacción de sentirse vengado.

La goleta ya estaba a la vista de Córcega. El patrón iba citando los puntos principales de la costa, y miss Lydia, aunque le eran todos completamente desconocidos, experimentaba cierto placer en saber sus nombres. No hay nada más molesto que un paisaje anónimo. A veces el anteojo del coronel descubría algún isleño vestido de paño obscuro, armado con una larga escopeta, montado en un caballo y galopando por pronunciadas colinas. Miss Lydia creía ver en cada uno a un bandido, o bien a un hijo que iba a vengar la muerte de su padre; pero Orso afirmaba que sería algún tranquilo habitante de una aldea vecina que viajaba por sus asuntos; que llevaba arma más por costumbre que por necesidad. Aunque un arma de fuego sea menos noble y menos poética que una blanca, a miss Lydia eso le recordaba que todos los héroes de lord Byron mueren de un balazo y no de la clásica puñalada.

Al tercer día de navegación los viajeros de la goleta avistaron las Sanguinarias, y el magnífico panorama del golfo de Ajaccio se desarrolló ante sus ojos.

Con razón se la compara con la bahía de Nápoles; y cuando la goleta entraba en el puerto aumentó el parecido un *maquis* incendiado, que cubría de denso humo la Punta di Girato y recordaba al Vesubio. Para que la semejanza fuese completa se necesitaría que un ejército de Atila fuera a caer sobre los alrededores de Nápoles, porque en torno de Ajaccio todo está muerto y desierto. En vez de los elegantes edificios que por todas partes aparecen desde Castellamare hasta el cabo Miseno, alrededor del golfo de Ajaccio sólo se ven sombríos boscajes, enmarcados por montañas peladas. Ni una casa de campo, ni una vivienda. Tan sólo aquí y allá, en las alturas que rodean la ciudad, algunas construcciones blancas se destacan sobre un fondo verde; son capillas funerarias, mausoleos de familia. Todo es de una belleza grave y triste en aquel país.

Sobre todo en aquella época el aspecto de la ciudad acrecentaba la impresión producida por la soledad de sus cercanías. Ningún signo de actividad en las calles, donde siempre se encuentra a un reducido número de individuos ociosos. Ninguna mujer, excepto unas cuantas campesinas que acuden a vender sus mercancías. No se oye hablar en voz alta, ni reír, ni cantar, como en las poblaciones italianas. En ocasiones a la sombra de un árbol del paseo hay una docena de campesinos armados: unos juegan a las cartas y otros miran cómo los demás juegan. No gritan, jamás disputan; si el juego se anima, óyense unos pistoletazos, que preceden siempre a la amenaza. El corso es grave y silencioso por naturaleza. A la noche aparecen algunas personas para disfrutar del fresco; pero éstas son casi todas extranjeras. Los isleños se quedan ante sus puertas; diríase que están al acecho como el águila desde las altas rocas.

IV

Miss Lydia visitó la casa en que nació Napoleón y obtuvo en ella, por procedimientos más o menos lícitos, un poco del papel de las paredes, pero a los dos días de haber desembarcado en Córcega se sintió sobrecogida por una profunda tristeza, como es lógico que ocurra a todo extranjero en un país cuyos insociables hábitos parecen condenarle a un completo aislamiento. Lamentó su capricho; pero marcharse así pronto hubiera sido comprometer su fama de viajera intrépida; resignóse, pues, a tener paciencia y a pasar el tiempo lo mejor posible. Adoptada tal resolución, preparó lápices y colores, hizo apuntes del golfo y trazó el retrato de un campesino muy moreno que vendía melones como un vendedor del continente, pero que tenía una barba blanca y el aspecto de un verdadero gitano. Como esto no era suficiente para divertirla, resolvió flirtear con el descendiente de los cabos, cosa que no era difícil, porque Orso, lejos de apresurarse a ir a su pueblo, parecía estar muy a gusto en Ajaccio, aunque no viese a nadie. Asimismo, miss Lydia se había propuesto una noble tarea: la de civilizar a aquel oso de las montañas y obligarle a que renunciase a los siniestros propósitos que lo trajeran a su isla. Desde que se dignó estudiarle díjose a sí misma que sería una lástima dejar que aquel joven corriera a su perdición y que para ella sería motivo de gloria convertir a un corso.

Así que los británicos y el compatriota de Bonaparte pasaban los días de esta manera: por la mañana sir Thomas y Orso iban a cazar; miss Lydia pintaba o escribía a sus amigas a fin de poder fechar su cartas en Ajaccio; aproximadamente a las seis los cazadores volvían con los morrales repletos; se comía; miss Lydia cantaba, su padre se adormilaba y los jóvenes charlaban hasta muy corrida la noche.

Un requisito en el pasaporte había obligado al coronel Nevil a hacer una visita al prefecto; éste, que se aburría soberanamente, como la mayoría de sus colegas, se había enterado con gran agrado de la llegada de un inglés rico, hombre de mundo y padre de una hermosa joven; así que le recibió con toda clase de atenciones y le hizo repetidos ofrecimientos de servicios; además, a los pocos días devolvió la visita a sir Thomas. El coronel, que acababa de levantarse de la mesa, estaba cómodamente tendido en un diván y a punto de dormirse; miss Lydia cantaba ante un piano viejo; Orso daba vuelta a las hojas de la partitura y contemplaba los hombros y los rubios cabellos de la inglesita. Anunciaron al señor prefecto; enmudeció el piano, el coronel se incorporó y presentó a su hija.

—Al señor Della Rebbia me abstengo de presentarle —dijo al prefecto—, porque supongo que usted le conocerá.

—¿Es el hijo del coronel Della Rebbia? —preguntó el prefecto, visiblemente turbado.

—El mismo —contestó Orso.

—Tuve el honor de conocer a su señor padre.

Las frases circunstanciales de la conversación no tardaron en agotarse. A su pesar, el coronel bostezaba con bastante frecuencia; Orso, en su condición de liberal, no quería hablar a un representante del poder; así que era miss Lydia quien sostenía la conversación. Por su parte el prefecto no la dejaba languidecer, y era evidente que le agradaba en extremo hablar de París y de la sociedad con una mujer que conocía a todas las personalidades del gran mundo europeo. De tanto en tanto, sin dejar de hablar, observaba a Orso con verdadera curiosidad.

—¿Ha sido en el continente donde conoció usted al señor Della Rebbia? —preguntó a miss Lydia.

—En realidad, nuestro conocimiento se efec-

tuó en el barco que nos trajo a la isla – contestó con cierta vacilación.

–Es un joven muy distinguido – dijo el prefecto a media voz –. ¿Le dijo a usted – agregó en tono más bajo aun – con qué propósito vuelve a Córcega?

–No se lo he preguntado. Puede usted interrogarle – respondió miss Lydia con aire majestuoso.

El prefecto guardó silencio; pero momentos después, al oír que Orso dirigía al coronel unas palabras en inglés, le expresó:

–Se conoce que ha viajado usted mucho, señor. Debe de haberse olvidado de Córcega..., y de sus costumbres.

–Es cierto; era muy joven cuando la dejé.

–¿Continúa usted en el ejército?

–Me han "dado" el retiro.

–Pero sin duda ha servido usted mucho tiempo en el ejército de Francia para no haber llegado a ser un completo francés.

Pronunció estas últimas palabras con marcado énfasis.

No les agrada mucho a los corsos el recordarles que pertenecen a la gran nación. Quieren ser un pueblo aparte, y esta pretensión la justifican bastante bien para que se les otorgue. Orso, un poco molesto replicó:

–¿Piensa usted, señor prefecto, que para que un corso sea hombre de honor necesita servir en el ejército francés?

–Desde luego que no – dijo el funcionario –; no es ése de ningún modo mi pensamiento. Me refiero tan sólo a ciertas *costumbres* de este país, algunas de las cuales no son las que una autoridad quisiera ver.

Acentuó la palabra *costumbres* y compuso la más grave expresión que pudiera adoptar su rostro. Poco después se levantó y salió, llevándose la promesa de que miss Lydia iría a ver a su esposa a la prefectura.

–Yo necesitaba venir a Córcega para saber lo que es un prefecto. Este me parece bastante agradable – dijo miss Lydia cuando aquél se marchó.

–No diría yo lo mismo – replicó Orso –. Me ha resultado bastante singular su aire enfático y misterioso.

El coronel estaba más que adormecido. Miss Lydia lo miró y, bajando la voz, dijo a Orso:

–No lo encuentro yo tan misterioso como usted pretende, porque creo haber comprendido a qué aludía.

–Realmente es usted muy perspicaz, miss Nevil; pero si ha notado algo ingenioso en lo que acaba de decir ese señor, es seguro que se lo ha inspirado su presencia.

–Creo que eso es una frase de Mascarilla, señor Della Rebbia; pero, ¿desea que le dé una prueba de mi penetración? Soy algo bruja y sé lo que piensan las personas a las que he visto dos veces.

–Me está asustando. Si supiera usted leer en mi pensamiento no sé si debería alegrarme o, por el contrario, entristecerme.

–No nos conocemos – prosiguió Lydia, ruborizándose – sino desde hace unos días; pero en el mar y en los países bárbaros – espero que me perdonará usted –; en los países bárbaros las amistades se hacen más pronto que en sociedad... No le llame la atención, pues, que le hable como amiga de cosas un poco íntimas y en las que quizá no debiera mezclarse una persona extraña.

–¡Oh! No pronuncie usted esa palabra, miss Nevil; la otra me agrada muchísimo más.

–Pues bien; he de decirle que, sin haber procurado averiguar sus secretos, me enteré de ellos en parte, y hay algunos que me contristan. Sé su desgracia de familia; me han hablado mucho del carácter vengativo de sus compatriotas y de su modo de vengarse... ¿No es a eso a lo que ha querido referirse el prefecto?

–¿Puede usted pensar, miss Lydia...?

Y Orso se puso pálido cómo la muerte.

–No, señor Della Rebbia – dijo ella interrumpiéndole –; sé que es usted un perfecto

caballero. Usted mismo me dijo que en su isla sólo la gente del pueblo conoce la *vendetta*..., a lo que usted califica como una forma de duelo...

–¿Me creería usted capaz de llegar a ser algún día un asesino?

–Puesto que le hablo de esto, creo que comprenderá bien que no dudo de usted, y si le he hablado – prosiguió ella, bajando los ojos –, es por si al hallarse de nuevo en su país, rodeado quizá de prejuicios bárbaros, le gustara saber que hay alguien que le aprecia por su valor en resistirlos. Vaya – dijo ella levantándose –, no hablemos más de estas cosas tan feas; me causan dolor de cabeza, y además es muy tarde. ¿Le he desagradado? Ahora permítame que le dé las buenas noches a la inglesa.

Y le tendió la mano.

Orso la estrechó con aire grave y emocionado.

–Señorita – dijo –, sepa usted que hay momentos en que despierta en mí el instinto del país. A veces, cuando pienso en mi pobre padre..., me obsesionan ideas trágicas. Gracias a usted me veo libre de ellas para siempre. ¡Se lo agradezco mucho, miss Lydia!

Iba a continuar; pero la joven dejó caer una cucharilla de té y el ruido despertó al coronel, el cual dijo:

–Teniente Della Rebbia, mañana a las cinco a cazar. Sea puntual.

–Se lo prometo, mi coronel.

V

Al siguiente día, cuando miss Nevil volvía con su doncella de dar un paseo por la orilla del mar, vió a una joven vestida de negro que entraba en la ciudad montada en un caballo de poca alzada, pero vigoroso. Los cazadores todavía no habían vuelto de su excursión. La amazona iba seguida de un individuo con tipo de aldeano, también a caballo, vestido con un chaquetón de paño oscuro con las mangas abiertas por los codos; portaba una calabaza en bandolera, con pistola al cinto, y empuñaba un fusil cuya culata descansaba en un bolso de cuero sujeto al arzón de la silla: en suma, el atavío de un bandido de melodrama o de burgués corso en viaje. La deslumbrante belleza de la mujer atrajo de inmediato la atención de miss Nevil. Parecía contar veinte años de edad. Era esbelta, blanca, con los ojos de un azul oscuro, labios rojos y dientes de perlas. En su expresión adivinábase a la vez el orgullo, la inquietud y la tristeza. Llevaba a la cabeza ese velillo de seda negra llamado *mezzaro*, introducido en Córcega por los genoveses, y que tan bien sienta a las mujeres. Largas trenzas de pelo castaño le formaban como un turbante alrededor de la cabeza. Su traje era limpio, pero de suma sencillez.

Miss Nevil tuvo oportunidad de contemplarla detenidamente, porque la dama del *mezzaro* se había parado en la calle para hablar a alguien con mucho interés, como lo demostraba la expresión de sus azules ojos; luego, ante la respuesta que obtuvo, castigó a su caballo, que se lanzó al trote y no paró hasta llegar a la puerta de la hostería en que se albergaban sir Nevil y Orso. Allí, después de cambiar unas palabras con el hostelero, la joven saltó ágilmente al suelo y fué a sentarse en un banco de piedra junto a la puerta de entrada, mientras que su acompañante conducía los caballos a la cuadra. Miss Lydia pasó con su vestido parisiense ante la extranjera sin que ésta se dignase levantar los ojos. Transcurrido un cuarto de hora, al abrir la ventana, vió que la joven del *mezzaro* continuaba en el mismo sitio e igual actitud. No tardaron en aparecer el coronel y Orso, que volvían de la caza. El hostelero entonces dijo unas palabras a la joven y le señaló con la mano al teniente Della Rebbia. Enrojeció ella, se levantó con viveza y dió unos pasos hacia adelante; pero de inmediato se detuvo como cohibida. Orso, que se le había aproximado, la miró con evidente curiosidad.

–¿Es usted – preguntó ella con voz conmovida – Orso Antonio della Rebbia? Yo soy Colomba.

–¡Colomba! – exclamó Orso.

Y estrechándola entre sus brazos la besó con toda ternura, lo que no dejó de asombrar al coronel y a su hija, porque en Inglaterra no se besan en la calle.

–Perdóname, hermano mío – dijo Colomba –, si he venido sin orden tuya; pero me enteré por amigos nuestros que habías regresado, y era tanto el deseo que tenía de verte...

Orso la volvió a abrazar y luego se dirigió al coronel y le dijo:

–Es mi hermana, a la que no hubiera reconocido si no se hubiese nombrado... Colomba, el coronel sir Thomas Nevil... Sírvase disculparme, mi coronel; pero hoy no podré tener el

No tan grande...



—Toma al pequeño, Enrique. Al otro no podría darle órdenes.

placer de comer con ustedes...; mi hermana...

—¿Y en dónde diablos quiere comer, entonces, mi querido amigo? —exclamó el coronel—. Bien sabe que en este horrible albergue no hay más que una comida, y ésa es para nosotros. Mi hija tendrá el mayor gusto en que esta señorita honre nuestra mesa con su presencia.

Colomba miró a su hermano, que no se hizo rogar demasiado, y los tres penetraron en la mayor habitación de la posada, que servía al coronel de sala y de comedor. La señorita Della Rebbia, presentada a miss Nevil, le hizo una profunda reverencia, pero no pronunció ni una palabra. Veíase que estaba muy cohibida y que quizá por primera vez en su vida se encontraba en presencia de extranjeros distinguidos. No obstante no había nada en sus maneras que delatase falta de sociabilidad. En ella lo exótico se acusaba con vivos perfiles. Por eso mismo agradó a miss Nevil, y como no había ningún cuarto disponible en aquella hostería, que el coronel y su acompañamiento habían invadido, miss Lydia llevó su atención o su curiosidad hasta ofrecer su propia habitación a la señorita Della Rebbia para que dispusieran en ella una cama más.

Colomba balbuceó unas palabras de agradecimiento y se apresuró a seguir a la doncella de miss Nevil para proceder a su aseo personal.

Al entrar de nuevo a la sala se fijó en las escopetas que los cazadores acababan de poner en un rincón.

—¡Qué bonitas armas! —dijo—. ¿Son tuyas, Orso?

—No; son las escopetas inglesas del coronel. Son tan buenas como hermosas.

—Me gustaría que tuvieses una semejante —replicó Colomba.

—Pues, realmente, una de estas tres pertenece a Della Rebbia —declaró el coronel—. Se sirve de ellas a la perfección. Hoy, de catorce tiros, obtuvo catorce piezas.

A esto siguió una lucha de generosidad, en la que Orso fué vencido, con gran gozo de su hermana, como era fácil advertirlo en la expresión de infantil alegría que brilló de súbito en su cara, hasta entonces tan seria.

—Elija usted, amigo mío —dijo el coronel.

Orso se negó.

—Está bien. Entonces elegirá su hermana por usted.

Colomba no aguardó a que se lo repitieran: eligió la menos vistosa de las escopetas, pero que era una excelente Manton de grueso calibre.

—Con ésta —dijo— se debe de tirar muy bien.

Su hermano expresaba palabras de agradecimiento, cuando la comida apareció muy oportunamente para sacarle de su turbación. Miss Lydia se alegró mucho al ver que Colomba, que se había resistido algo a sentarse a la mesa, no haciéndolo sino ante un mirada de su hermano, se santiguó, como buena católica, antes de empezar la comida.

"Esto sí que es realmente primitivo", se dijo a sí misma.

Y se propuso hacer más de una observación de interés merced a aquella joven representante de las rancias costumbres de Córcega. Orso estaba algo violento, pues tenía temor de que su hermana dijera o hiciese algo indiscreto. Pero Colomba no dejaba de observarle y amoldaba todos sus movimientos a los de él. A veces le miraba con fijeza y expresión triste, y entonces, si la mirada de Orso se cruzaba con la suya, él era el primero en desviarla, como si quisiera sustraerse a una pregunta que su hermana le dirigía mentalmente y que él comprendía perfectamente. Se hablaba francés, porque el coronel se expresaba muy mal en italiano. Colomba entendía el francés y hasta pronunciaba bastante bien las pocas palabras que se veía obligada a cambiar con aquellos señores.

Concluída la comida, el coronel, que había observado la especie de violencia que reinaba entre los dos hermanos, preguntó con su franqueza habitual a Orso si deseaba hablar a solas con Colomba, ofreciendo en este caso pasar a la habitación inmediata con su hija. Pero Orso se apresuró a darle las gracias y a expresarle que tendría tiempo sobrado de hablar con ella en Pietranera. Tal era el nombre del pueblo en que iba a residir.

Así que el coronel ocupó su puesto acostumbrado en el sofá, y miss Nevil, después de haber iniciado varios temas de conversación, renunció a hacer que Colomba hablase y suplicó a Orso que le leyera un canto del Dante, que era su poeta favorito. Orso eligió el canto del "Infierno", en donde se describe el episodio de Francesca de Rimini, y se puso a leer, con emotivo acento, los sublimes tercetos que expresan tan bien el peligro de leer entre dos un libro de amor. A medida que iba leyendo, su hermana Colomba fué acercándose a la mesa, alzando la cabeza, que había tenido baja. Sus dilatadas pupilas brillaban con un fuego extraordinario; enrojecía y palidecía alternativamente; agitábase sin cesar en su asiento. ¡Admirable organismo italiano, que para comprender la poesía no necesita que nadie le demuestre las bellezas de ella!

—¡Qué hermoso es eso! —exclamó Colomba cuando su hermano terminó la lectura—. ¿Quién lo ha compuesto?

Orso, visiblemente afectado, se quedó un poco desconcertado, y miss Lydia contestó sonriendo que era un poeta florentino, muerto varios siglos atrás.

—Haré que leas a Dante —dijo Orso—, cuando nos hallemos en casa.

—¡Qué hermoso es, Dios mío! —repetía Colomba.

Y recitó tres o cuatro estrofas que había retenido, primeramente en voz baja, y después, animándose, las declamó en alta voz, con mayor entonación que la que su hermano les había dado al leerlas.

—Veo que le gusta mucho la poesía. Le envidio el placer de que va usted a disfrutar al leer el Dante por primera vez —le dijo miss Lydia, muy asombrada.

—Ya ve usted, señorita Nevil —dijo Orso—, la fuerza que tienen los versos de Dante cuando pueden conmover así a una salvajita que no sabe más que el Padrenuestro... Pero me equivoco: recuerdo que Colomba es del oficio. Ya de niña ensayaba a hacer versos, y mi padre me escribía que era la mejor improvisadora de Pietranera y de sus cercanías.

Colomba dirigió una mirada suplicante a su hermano. Miss Nevil había oído hablar de la facultad que las corsas tenían para improvisar, y ardía en deseos de oír a una. Se apresuró a rogar a Colomba que le diese una muestra de su talento. Entonces se interpuso Orso, muy arrepentido de haber mencionado las disposiciones poéticas de su hermana. En vano afirmó que no había nada más trivial que una balada corsa, y declaró que recitar versos corsos después de los de Dante era un atentado a la poesía. No consiguió más que excitar el capricho de miss Nevil, y al fin se vió obligado a decir a su hermana:

—Pues bien, improvisa algo, pero no muy largo.

Colomba lanzó un suspiro, miró atentamente durante un minuto al tapete de la mesa, luego a las vigas del techo, y, por último, poniéndose una mano en los ojos, cantó, o más bien declamó, con voz mal segura la *serenata* siguiente:

LA PALOMA TORCAZ Y LA JOVEN

En el valle, muy distante, tras las montañas, — el sol no se muestra más que una hora al día; — hay en el valle una casa sombría, — y la hierba crece en el umbral. — Puertas y ventanas están siempre cerradas. — No sale humo alguno del tejado. — Pero a mediodía, cuando llega el sol, — se abre una ventana, — y la huérfana se sienta, hilando con su rueca: — ella hila y canta al trabajar — un canto de tristeza; — pero ningún otro canto responde al suyo. — Un día, día de primavera, — una paloma torcaz se posó en un árbol próximo — y oyó el canto de la joven.

—Joven —le dijo—, no lloras tú sola: — un cruel gavilán me arrebató a mi compañero — Palomas, muéstrame al gavilán raptor; — aunque esté más alto que las nubes — le abatiré pronto a tierra. — Pero a mí, pobre muchacha, ¿quién me traerá a mi hermano, — que está en tierras muy lejanas? — Joven, dime dónde se halla tu hermano — y mis alas me llevarán a él.

—¡Vaya una palomita servicial! —exclamó Orso abrazando a su hermana con una emoción que contrastaba con su afectado tono de broma.

—Es una serenata deliciosa—dijo miss Lydia—. Quiero insertarla, si usted se digna escribirla, en mi álbum. La traduciré al inglés y haré que le pongan música.

El coronel, que no había entendido una palabra, unió sus alabanzas a las de su hija y preguntó:

—Esa paloma torcaz de que ha hablado usted, señorita Colomba, ¿es el ave que hemos comido hoy guisada?

Miss Nevil trajo su álbum, y fué grande su sorpresa al ver cómo escribía los versos la improvisadora. Seguíanse aquéllos en la misma línea a todo lo largo de la hoja, de modo que no podían entrar en la definición de composiciones poéticas: "Renglones cortos, de desigual longitud, con un margen a cada lado." Hubieran podido hacerse también algunas observaciones respecto a la ortografía, un poco caprichosa, de Colomba, lo cual hizo sonreír a miss Nevil y mortificó algo el amor propio de Orso.

Cuando llegó la hora de dormir, las dos jóvenes se retiraron a su cuarto. Allí miss Lydia, mientras se despojaba de su collar, pendientes y pulseras, vió que su compañera sacaba de su vestido un objeto del largo de una ballena de corsé, pero, sin embargo, de forma muy diferente. Colomba lo colocó con sumo cuidado y casi furtivamente bajo el *mezzaro*, que había dejado sobre una mesa; después se arrodilló y rezó. Terminadas sus oraciones se acostó. Muy curiosa por temperamento y reposada como buena inglesa, miss Lydia, a medio desnudar, se acercó a la mesa y, haciendo que buscaba un alfiler, alzó el *mezzaro* y vió un puñal bastante largo, primorosamente montado en nácar y plata; el trabajo era notable, y como arma antigua tenía gran valor para un aficionado a la Panoplia.

—¿Es costumbre aquí —dijo miss Nevil sonriendo— que las señoritas lleven este pequeño instrumento en su corsé?

—Es necesario — contestó Colomba suspirando—. ¡Hay mucha gente mala!

—¿Y sería usted capaz de dar una puñalada con él?

—Si fuera necesario — dijo Colomba con su voz dulce y musical —, para defenderme o defender a mis amigos, sí.

Dicho esto, suspiró, dejó caer su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Difícil sería imaginar una cabeza más bella, más noble, más virginal. Fidias, el célebre escultor griego, no hubiera deseado otro modelo para esculpir su *Minerva Cenniana.*

VI

Ahora que todos duermen: el coronel, su hija y la bella Colomba, aprovecharé la ocasión para poner al lector al tanto de ciertas particularidades que no debe ignorar, si quiere proseguir en el curso de esta verídica historia. Ya sabe que el coronel Della Rebbia, padre de Orso, murió asesinado. Conviene decir que en Córcega no muere uno asesinado, como en Francia, por el primer escapado de presidio que no encuentra mejor medio para apoderarse del dinero ajeno; allí se muere asesinado por los enemigos; pero, generalmente, es muy difícil decir por qué se tienen enemigos. Muchas familias se odian por un antiguo hábito, y la tradición de la causa original de su odio se ha perdido por completo en el tiempo.

El coronel Della Rebbia pertenecía a una familia que odiaba a varias otras familias, pero especialmente a la de los Barricini; algunos decían que en el siglo XVI un Della Rebbia había seducido a una Barricini y había sido prontamente apuñalado por un pariente de la joven ultrajada. Otros, en cambio, contaban la cosa de distinto modo, afirmando que fué una Della Rebbia la seducida y un Barricini el apuñalado. Lo cierto era, valiéndome de una vieja expresión, que había sangre entre las dos familias. No obstante, contra lo acostumbrado, aquel asesinato no había acarreado otros por el motivo de que tanto los Della Rebbia como los Barricini habían sido perseguidos por el gobierno genovés, y habiéndose expatriado los jóvenes, ambas familias quedaron privadas, durante varias generaciones, de sus representantes enérgicos. Cuando finalizaba el siglo último, un Della Rebbia, oficial al servicio de Nápoles, en ocasión de hallarse en una taberna, tuvo una discusión con otros militares, quienes, entre otros insultos, le llamaron cabrero corso; él apeló a su espada; pero, solo contra tres, lo habría pasado mal si un extraño, que jugaba en el mismo local, no hubiera exclamado: "También yo soy corso", y salió en defensa del otro. Aquel individuo era un Barricini, el cual no conocía a su compatriota. Cuando se presentaron cambiaron numerosas frases de cortesía y protestas de amistad eterna, porque en el continente los corsos intiman con facilidad, lo contrario de lo que ocurre en su isla. En aquella circunstancia se pudo comprobar bien: Della Rebbia y Barricini fueron amigos íntimos mientras permanecieron en Italia; pero nuevamente en Córcega se vieron raras veces, aunque vivían ambos en el mismo pueblo, y cuando murieron se afirmó que hacía cinco o seis años que no se hablaban. Sus hijos vivieron también *en etiqueta*, según el decir de los isleños corsos. El padre de Orso, Ghilfuccio, fué militar; el Barricini, Giudice, fué abogado. Convertidos ambos en padres de familia y separados por sus profesiones, no tuvieron apenas ocasión de verse ni de oír hablar el uno del otro.

No obstante, un día, en 1809, hallándose Giudice en Bastia, al leer la noticia de que el capitán Ghilfuccio acababa de ser condecorado, manifestó ante testigos que no le sorprendía, porque el general *** protegía a la familia del agraciado. El dicho llegó a oídos de Ghilfuccio en Viena, el cual dijo a un compatriota que cuando volviera a Córcega encontraría muy enriquecido a Giudice, puesto que obtenía más dinero de los pleitos que perdía que de los que ganaba. Nunca se supo si lo que quiso insinuar era que el abogado engañaba a sus clientes, o si se limitó a expresar el dicho vulgar de que un mal asunto produce más que uno bueno a un curial. Sea lo que fuere, el abogado Barricini tuvo conocimiento del epigrama y no lo echó en olvido. En 1812 aspiraba a ser alcalde de su pueblo y esperaba fundadamente lograrlo, cu- do un renombrado general escribió al prefe para recomendarle a un pariente de la mujer de Ghilfuccio. El prefecto se apresuró a complacer al general, y a Barricini le quedó la seguridad de que su fracaso era debido a las intrigas de Ghilfuccio. En 1814, a la caída del emperador, el protegido del general fué denunciado como bonapartista y reemplazado por Barricini. Este, a su vez, fué destituído cuando los Cien Días; pero pasada esta tormenta volvió a tomar con gran solemnidad posesión de la vara de mando.

Desde ese momento puede decirse que su estrella fué más brillante que nunca. El coronel Della Rebbia, declarado en disponibilidad y retirado en Pietranera, tuvo que sostener contra su antagonista una lucha sorda de continuas molestias: unas veces era requerido a indemnizar los daños causados por su caballo en los sembrados del señor alcalde, y otras, éste, con pretexto de restaurar el pavimento de la iglesia, hacía que se quitase una losa rota que tenía las armas de los Rebbia y cubría la tumba de un familiar suyo. Si las cabras se comían los retoños de las plantas del coronel los dueños de aquellos animales hallaban apoyo en el alcalde. Igualmente el vendedor de comestibles que tenía la oficina de correos de Pietranera, y el guarda rural, un veterano mutilado, ambos protegidos de los Della Rebbia, fueron destituídos y reemplazados por quienes obedecían a los Barricini.

Antes de fallecer, la esposa del coronel expresó su deseo de ser enterrada en un bosquecillo por el que solía pasear; pero el alcalde declaró que sería inhumada en el cementerio











municipal, puesto que no había recibido autorización para permitir un enterramiento aislado. El coronel, enfurerido, manifestó que, en espera de la autorización, su mujer sería enterrada en el lugar que había ella designado, y ordenó abrir allí una fosa. Por su parte el alcalde mandó abrir otra en el cementerio, y requirió la gendarmería, a fin de que "la fuerza – según dijo él – amparase a la ley". El día del entierro los partidarios de ambas familias se encontraron frente a frente, y se creyó que iba a entablarse un combate por la posesión de los restos de la señora Della Rebbia. Unos cuarenta campesinos bien armados, requeridos por los parientes de la difunta, obligaron al cura a que tomara, al salir de la iglesia, el camino del bosque; a su vez, el alcalde, con sus dos hijos, sus satélites y los gendarmes, se presentó para oponerse. Cuando apareció y ordenó a la comitiva que retrocediera fué acogido con amenazas e imprecaciones; sus adversarios estaban en mayoría y parecían resueltos a todo. A la vista del alcalde se cargaron varias armas, y hasta se afirmó que un pastor se dispuso a apuntarle, pero el coronel le desvió el arma y dijo: "¡Qué nadie tire sin orden mía!" El alcalde "temía los golpes, naturalmente", como Panurgo, el personaje de *Pantagruel*, y, rehusando el combate, se retiró con su acompañamiento. Entonces el cortejo fúnebre se puso en marcha, y por el camino más largo, a fin de pasar por delante de la Alcaldía. Al desfilar, un idiota que se había unido a la comitiva tuvo la ocurrencia de gritar: "¡Viva el emperador!" Otras voces le respondieron, y los rebbianistas, cada vez más animados, propusieron matar a un buey del alcalde que, casualmente, les cerraba el paso. Por fortuna, el coronel impidió tal acto de violencia.

Los hechos fueron denunciados y el alcalde dirigió al prefecto una comunicación, redactada con su más rimbombante estilo, en la que se hablaba de leyes divinas y humanas pisoteadas, de la alta personalidad del alcalde y de la del párroco desconocidas y vejadas, del coronel Della Rebbia puesto a la cabeza de un sedicioso movimiento bonapartista con el propósito de cambiar el orden de sucesión al trono y excitar a los ciudadanos a armarse los unos contra los otros, delitos previstos taxativamente por los artículos 86 y 91 del Código penal.

Tal fué la exageración de la denuncia, que perjudicó su efecto. El coronel escribió al prefecto y al fiscal: un pariente de su esposa estaba relacionado con uno de los diputados de la isla y otro era primo del presidente de la Audiencia. Debido a estas protecciones se sobreseyó la causa: la señora Della Rebbia permaneció en el bosque y tan sólo el idiota fué condenado a una quincena de arresto en la cárcel.

Barricini, disgustado por el resultado de este asunto encaminó sus pasos hacia otro punto. Exhumó un antiguo título, con arreglo al cual se aprestó a discutir al coronel la propiedad de cierto curso de agua que daba vida a un molino. Entablóse un pleito, que duró largo tiempo. Un año después, la Audiencia iba a fallar, y según todos los indicios, a favor del coronel, cuando el señor Barricini hizo entrega al fiscal de una carta firmada por Agostini, bandido célebre, en la que amenazaba al alcalde con incendio y muerte si no desistía de sus pretensiones. Es sabido que en Córcega la protección de los bandidos es muy solicitada, y para obligar a sus amigos intervienen con frecuencia en las querellas particulares. El bandido Agostini escribió al fiscal para quejarse de que hubieran falsificado su letra y lanzado manchas sobre su carácter, haciéndole pasar por un hombre que negociaba con su influencia. "Si descubro al falsificador – decía al final de su carta – le daré un castigo ejemplar".

Era evidente que Agostini no había escrito la carta amenazadora al alcalde; los Della Rebbia acusaban a los Barricini, y éstos a aquéllos. De una y de otra parte brotaban amenazas, y la justicia no sabía quiénes eran los culpables.

Entretanto, el coronel Ghilfuccio fué asesinado. He aquí los hechos, según fueron establecidos por el sumario: Al atardecer del 2 de agosto de 18..., la mujer Magdalena Pietri, que portaba grano a Pietranera, oyó dos tiros seguidos, que le pareció haber resonado en un camino hondo que llevaba al pueblo, a una distancia de ciento cincuenta pasos del lugar en que ella se encontraba. Casi de inmediato vió a un hombre que corría agachado por un sendero de viñas hacia el pueblo. Aquel hombre se detuvo un instante y volvió la cara; pero la distancia impidió que la mujer Pietri le reconociese, y con mayor razón ya que el individuo llevaba en la boca una hoja de viña que le ocultaba casi todo el rostro. El tal sujeto hizo una seña con la mano a alguien que la testigo no vió, y después se perdió entre el viñedo.

La mujer posó su carga, subió corriendo el sendero y halló al coronel Della Rebbia bañado en su sangre, atravesado por dos balazos, pero aun con vida. Tenía a su lado la escopeta cargada, como si se hubiera dispuesto a defenderse contra una persona que le atacase de frente en el instante en que otra le hería por la espalda. Exhalaba como ronquidos y aferrábase a la vida; pero no podía pronunciar palabra, lo que los médicos atribuyeron a que le habían atravesado las balas el pulmón. Ahogábale la sangre, que manaba lentamente, viscosa y roja. En vano Magdalena Pietri lo incorporó y le formuló preguntas. El quería hablar, pero no podía hacerse comprender. Habiendo observado la mujer que el herido trataba de llevarse la mano al bolsillo, se apresuró a sacar una cartera y se la entregó abierta. El herido tomó un lápiz de la cartera y procuró escribir en un cuadernito. La testigo le vió trazar algunas letras; pero como no sabía leer no comprendió su significado. Agotado por el esfuerzo, el coronel dejó la cartera en manos de la mujer Pietri, estrechándolas con fuerza y mirándola con expresión anhelante, como si quisiera decir – tales son las palabras de la testigo –: "Esto que aquí escribí es el nombre de mi asesino."

Magdalena Pietri se dirigió al pueblo, y en el camino halló al alcalde Barricini con su hijo Vincentello. Ya anochecía. Contó ella lo que había visto. El alcalde tomó la cartera y corrió a la Alcaldía a ponerse el fajín y llamar a su secretario y a los gendarmes. Al quedarse sola con Vincentello, Magdalena le propuso ir a auxiliar al coronel por si aun vivía; pero aquél contestó que si se acercaba a un hombre que había sido el enemigo encarnizado de su familia no dejarían de acusarle de haberlo matado él. Poco después llegó el alcalde, halló al coronel muerto, hizo levantar el cadáver y procedió a instruir el sumario de práctica.

A pesar de su turbación, explicable en aquellas circunstancias, Barricini se había apresurado a depositar bajo sellos la cartera del coronel y a realizar cuanto de él dependía; pero ninguna de sus diligencias aportó nada interesante. Cuando llegó el juez de instrucción se abrió la cartera, y en una página de un cuaderno de notas, manchada en sangre, había unas letras trazadas con temblorosa mano, pero bien legibles, no obstante. Estaba escrito: *Agosti...*, y el juez no dudó de que el coronel había querido designar a Agostini como su asesino. Sin embargo, Colomba Della Rebbia, citada por el juez, solicitó examinar el cuaderno. Después de haberlo hojeado con detención extendió una mano hacia el alcalde y exclamó: "¡Ese es el asesino!" Entonces, con una claridad sorprendente en el transporte de dolor en que se hallaba, refirió que su padre había quemado una carta que había recibido de su hijo aquellos días, pero que antes de hacerlo escribiera con lápiz en su cuaderno de notas las señas de Orso, que había cambiado de guarnición. Ahora bien: aquellas señas no se hallaban en el cuaderno, de lo que deducía Colomba que el alcalde había arrancado la hoja en que estaban escritas y en la que, con seguridad, consignó su padre el nombre de su asesino, nombre que el alcalde – así lo dijo Colomba – había reemplazado por el de Agostini. En efecto, el juez vió que le faltaba una hoja al cuaderno; pero observó de inmediato que asimismo faltaban hojas de otros libritos de notas contenidos en la misma cartera, y unos testigos declararon que el coronel acostumbraba a arrancar hojas

de su cartera cuando quería encender un cigarro. Era probable, pues, que hubiese quemado por descuido las señas copiadas. Además se comprobó que el alcalde, al recibir la cartera de manos de Magdalena Pietri, no hubiera podido leer a causa de la obscuridad; que no se detuvo nada antes de entrar en el Ayuntamiento; que el cabo de gendarmes le había acompañado allí, le viera encender una lámpara, meter la cartera en un sobre y sellarlo.

Cuando el gendarme terminó su declaración, Colomba, fuera de sí, se echó a las rodillas de aquél y le suplicó por lo más sagrado para él que le dijese si no había dejado al alcalde solo ni un instante. El gendarme, tras alguna vacilación, visiblemente conmovido por la exaltación de la joven, confesó que había ido a buscar una hoja de papel a una habitación contigua, pero que no tardó ni un minuto, y que el alcalde no había dejado de hablarle mientras que buscaba él a tientas el dichoso papel en un cajón. Asimismo, afirmó que la cartera estaba al volver en el mismo lugar en que el alcalde la dejara al entrar.

Barricini declaró con la mayor tranquilidad. Excusaba, dijo, el arrebato de la señorita Della Rebbia y no tenía inconveniente alguno en justificarse. Probó que había estado toda la tarde en el pueblo; que su hijo Vincentello se hallaba con él frente a la Alcaldía en el momento del crimen, y que su otro hijo, Orlanduccio, aquel día no se había levantado de la cama por indisposición. Presentó todas las escopetas de su casa, ninguna de las cuales mostraba señales de haber sido usada recientemente. Agregó que respecto a la cartera comprendió en seguida la importancia que tenía: la puso inmediatamente bajo sobre sellado y la depositó en manos de su teniente alcalde, por temor de que, por su enemistad con el coronel, pudiera ser objeto de sospechas. Por último, recordó que Agostini había amenazado de muerte al que escribió una carta en su nombre, e insinuó que aquel miserable, probablemente sospechando del coronel, lo asesinó. Dentro de las costumbres de los bandidos no era aquélla la primera venganza por un motivo semejante.

Cinco días después de la muerte del coronel, Agostini fué sorprendido y muerto tras una lucha desesperada por una patrulla de soldados. Hallóse en su poder una carta de Colomba en la que le preguntaba si era o no culpable del asesinato de su padre. Como el bandido no contestó, fueron muchos los que creyeron que no tuvo valor para decir a una hija que él fuera quien matara al coronel. No obstante, los que se preciaban de conocer bien el carácter de Agostini decían en voz baja que si hubiera matado a Della Rebbia se habría jactado de ello. Otro bandido, llamado Brandolaccio, mandó a Colomba una declaración en la que afirmaba *por su honor* la inocencia de su compañero; pero la única prueba que alegaba era que Agostini jamás le había dicho que sospechase del coronel.

En resumen, que los Barricini no fueron molestados. El juez de instrucción elogió al alcalde, el cual valorizó su conducta renunciando a todas sus pretensiones respecto al arroyo que originara su pleito con el desaparecido coronel Della Rebbia.

Siguiendo el uso de su país, Colomba improvisó una *ballata* ante el cadáver de su padre en presencia de sus amigos. Reflejó en ella todo su odio contra los Barricini y los acusó solemnemente del asesinato, amenazándolos al mismo tiempo con la venganza de su hermano. Aquella balada, que se hizo popularísima, fué la que oyó cantar al marinero de la goleta miss Lydia. Al conocer la muerte de su padre, Orso, que se hallaba a la sazón en el norte de Francia, pidió una licencia, pero no se la concedieron. En los primeros momentos, y a juzgar por la carta de su hermana, creyó en la culpabilidad de los Barricini, pero después recibió copia del proceso instruído; y una carta particular del juez lo llevó casi a la conclusión de que Agostini era el único culpable. Colomba le escribía trimestralmente para insistir sobre sus sospechas, que tenía por pruebas. Aun contra su voluntad, tales acusaciones hacían hervir en él su sangre corsa, y a veces se sentía dispuesto a compartir los prejuicios de su hermana. Sin embargo, siempre que él escribía no dejaba de repetirle que sus argumentos carecían de fundamento sólido y no merecían crédito alguno. Inclusive le prohibía, pero siempre en vano, que le hablase más del asunto. De esta manera transcurrieron dos años, al fin de los cuales se le retiró, y entonces pensó regresar a su país, no para vengarse de quienes juzgaba inocentes, sino para casar a su hermana, vender sus propiedades y radicarse en el continente.

VII

Al siguiente día de llegar Colomba a Ajaccio, Orso sintió deseos de volver a Pietranera. No podría decirse si la presencia de su hermana había evocado en él el recuerdo del hogar, o si lo hacía por sentirse avergonzado ante sus amigos ingleses de las toscas maneras de Colomba. El caso es que así lo resolvió. Pidió, sin embargo, al coronel que le prometiese albergarse unos días en la modesta casa de la hermana cuando se dirigiera a Bastia, y él, a su vez, se comprometió a proporcionarle para sus cacerías gamos, faisanes, jabalíes y muflones.

El día anterior a su marcha, en vez de ir de caza, Orso propuso un paseo a orillas del golfo. Así podría hablar a miss Lydia con toda libertad; Colomba se había quedado en la ciudad a realizar unas compras, y el coronel los dejaba a cada instante para tirar a las gaviotas y otras aves acuáticas, con gran sorpresa de los transeúntes, que no comprendían que se gastase la pólvora en eso.

Marchaban por el camino que conduce a la capilla de los griegos, desde donde se puede

Precocidad



—*¿Necesita un compañero, señor?*

admirar la más hermosa vista de la bahía; pero apenas si reparaban en ello.

Miss Lydia... —dijo Orso tras un silencio prolongado—, con toda franqueza, ¿qué opina usted de mi hermana?

—Que me encanta—contestó miss Nevil—. Más que usted—agregó sonriendo—, porque ella es una verdadera corsa y usted es un salvaje pulido por la civilización.

—¡Pulido, dice usted!... Pues bien: a mi pesar, siento que vuelvo a mi salvajismo desde que he puesto el pie en la isla. Me agitan, me torturan mil agoreros pensamientos... y necesito hablar algo con usted antes de encerrarme en mi desierto.

—Tenga usted resignación. Siga el ejemplo de su hermana.

—¡Ah! Está usted profundamente equivocada. No crea que está resignada. En cada una de sus miradas leo lo que mi hermana espera de mí.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Pues simplemente que vea yo si la escopeta de sir Thomas sirve tan bien para el hombre como para la caza de pluma.

—¡Qué absurdo! ¿Cómo puede usted suponer semejante cosa si ella no le dijo nada? No está bien que piense así de su hermana.

—Si ella no pensara en la venganza me hubiera hablado de mi padre, y no lo hizo. Habría mentado a los que ella considera..., sin razón, ya lo sé, como a los asesinos, y no los ha nombrado para nada. Es que usted ignora que nosotros los corsos somos una raza astuta. Mi hermana comprende que no me tiene por completo en su poder y no quiere asustarme cuando aun puedo huir. Una vez que me haya conducido al borde del precipicio y me dé el vértigo me lanzará al precipicio.

A continuación, Orso dió algunos detalles de la muerte de su padre a miss Nevil y refirió las principales pruebas acumuladas para hacerle creer que Agostini era el verdadero culpable.

—Nada—agregó—ha podido convencer a Colomba. Lo he visto en su última carta. Ha jurado la muerte de los Barricini, y... ya ve la confianza que usted me inspira, miss Nevil, que le diré que tal vez no estarían ya en este mundo si, por uno de los prejuicios que su ruda educación excusa, no estuviera persuadida de que la venganza me pertenece, en mi calidad de jefe de familia, y de que mi honor se juega en ello.

—Señor Della Rebbia — dijo miss Nevil —, creo que está calumniando a su hermana.

—No; mi hermana es corsa y piensa como todos los corsos. ¿Sabe usted por qué estaba yo ayer tan triste?

—No; pero desde hace algún tiempo usted padece de accesos sombríos... En los primeros días de nuestro conocimiento era usted más amable.

—En cambio, ayer, estaba más alegre, más contento que de ordinario. ¡La había visto a usted tan bondadosa, tan indulgente con mi hermana!... Cuando volvíamos en bote el coronel y yo, ¿sabe usted lo que me dijo uno de los remeros en su infernal jerga? "Usted ha matado mucha caza, Ors Anton; pero ya verá cómo Orlanduccio Barricini es mejor cazador que usted."

—¿Y qué es lo que tienen de terrible esas palabras? ¿Por ventura, ha cifrado usted su orgullo en ser un cazador excepcional?

—¿Pero no comprende que lo que quería significar ese miserable era que yo no tendría el valor de matar a Orlando?

—En verdad le declaro que me causa usted miedo. Al parecer, los aires de su isla no producen fiebre solamente, sino que también transtornan el juicio. Afortunadamente, no tardaremos en dejarla.

—No sin antes visitar a Pietranera. Usted lo ha prometido a mi hermana.

—¿Y si llegáramos a faltar a nuestra promesa? ¿Tendríamos que temer quizá alguna venganza?

—¿Recuerda usted lo que nos contaba días pasados su padre de esos indios que amenazan a los gobernadores de la Compañía con dejarse morir de inanición si no son atendidos en sus demandas?

—¿Quiere eso decir que usted se dejaría morir de hambre? Permítame que lo dude. Estaría un día sin comer y al otro le llevaría Colomba un *bruccio*, el típico queso de Córcega, tan apetitoso que renunciaría usted a su propósito.

—Miss Nevil, no se burle de mí. Es usted cruel. Ya ve, me voy a quedar solo aquí. Nadie más que usted podía impedir que me volviera loco, como dice. Usted era mi ángel guardián, y ahora...

—Ahora—dijo la inglesita en tono serio—, para no perder esa razón, tan fácil de alterarse, piense en su honor de hombre y de militar, y —volvióse para tomar una flor—si representa algo para usted, piense en su ángel guardián.

—¿Eso quiere decir que realmente se interesará usted algo?...

—Escúcheme, señor Della Rebbia—le interrumpió miss Nevil, algo conmovida—; puesto que es usted un niño, le trataré como a niño. Cuando yo era pequeña, mi madre me dió un collar que deseaba yo fervientemente, pero me dijo: "Cada vez que te coloques este collar acuérdate de que aun no sabes el francés." A mis ojos el collar perdió un poco de su mérito. Se había convertido para mí en una especie de censor; pero lo llevé y supe el francés. ¿Ve usted esa sortija? Es un escarabajo egipcio encontrado en una Pirámide. Esta figura extraña, que usted tal vez creerá una botella, representa *la vida humana*. Hay en mi país quienes hallarían muy propio el simbolismo. Esto otro es un escudo con un brazo que sostiene una lanza, lo que quiere decir *combate, batalla*. Así, pues, la reunión de las dos figuras forma este lema, que me parece bastante bien: *La vida es un combate*. No vaya a creer que yo traduzco los jeroglíficos corrientemente; es un sabio en la materia quien me explicó éstas. Tome, le regalo mi escarabajo. Cuando le domine algún mal pensamiento corso mire mi talismán y dígase a sí mismo que es necesario salir vencedor de la batalla que nos presentan las malas pasiones... Y luego de esto, creo que puedo decir que no predico mal del todo.

—Pensaré en usted, miss Nevil, y me diré...

—Que tiene una amiga a la que afectaría mucho... saber que ha sido usted ahorcado. Lo cual, además, apenaría grandemente a los señores cabos, los antepasados de usted.

Después de estas palabras se separó gozosa del lado de Orso, y marchó hacia sir Thomas, a quien dijo:

—Papá, creo que es hora de dejar en paz a esos pobres pájaros y que vengas con nosotros a poetizar en la gruta de Bonaparte.

VIII

Las separaciones, aunque sean por corto tiempo, siempre tienen algo de solemne. Orso iba a marchar con su hermana muy temprano, y la noche de la víspera se había despedido de miss Lydia, pues no creía que ésta hiciera en favor de él una excepción en sus hábitos de pereza. La despedida fué fría y grave. Desde la conversación sostenida con Orso a orillas del mar, miss Lydia temía haber mostrado un interés quizá demasiado vivo por él, y Orso, por su parte, sentíase apesadumbrado por las burlas, y sobre todo por el tono de ligereza de ella. Hubo un momento en que creyó vislumbrar en la actitud de la hija del coronel un sentimiento nuevo de afecto hacia él; pero después, desconcertado por sus bromas, imaginó que a los ojos de ella él no era más que un mero conocido que sería prontamente olvidado. Así que su sorpresa fué grande cuando por la mañana, al sentarse a tomar el café con el coronel, vió entrar a miss Lydia acompañando a Colomba. Se había levantado a las cinco, y en una inglesa, en especial en miss Nevil, el esfuerzo era lo suficientemente extraordinario para que Orso se sintiera satisfecho con tal acontecimiento.

—Lamento mucho—dijo—que se haya tomado la molestia de haberse levantado tan temprano. Sin duda mi hermana la habrá despertado a usted a pesar de mis recomendaciones, y ahora debe aborrecernos. ¿Me desea usted ya *ahorcado* quizá?

—No — contestó miss Lydia en voz baja y en italiano, para que su padre no la oyese—. Pero ayer se ha enojado usted por mis inocentes bromas y no quería que se llevara un mal recuerdo de mí. ¡Realmente, ustedes los corsos son terribles! ¡Adiós, pues; espero que hasta pronto!

Y le tendió cordialmente la mano.

Orso se sintió emocionado y no halló otra respuesta que exhalar un fuerte suspiro.

Colomba se acercó a él, le llevó aparte y, mostrándole algo que tenía bajo su *mezzaro*, le habló un instante en voz baja.

—Mi hermana — dijo Orso a miss Nevil — quiere hacerle un raro regalo; pero los corsos no tenemos gran cosa que dar..., excepto nuestro afecto..., que el tiempo no borra. Mi hermana me dice que usted miró con curiosidad este puñalito. Es una vieja reliquia de mi familia. Seguramente lo llevó antaño en su cinto alguno de los cabos a quienes debo la honra de haberla conocido. Colomba lo juzga tan valioso que me pidió permiso para dárselo a usted; pero no sé si concedérselo, porque temo que se burle de nosotros.

—El puñalito es una verdadera filigrana—contestó miss Lydia—; pero es un arma de familia y no debo aceptarlo.

—No es el puñal de mi padre—replicó vivamente Colomba—. Procede de uno de mis abuelos maternos, a quien se lo donó el rey Teodoro. Si lo acepta usted se lo agradeceremos eternamente.

—Ya ve usted, miss Lydia—dijo Orso—: no desdeñe el puñal de un rey.

Para un aficionado a las antigüedades, las reliquias del rey Teodoro son infinitamente más preciosas que las del más poderoso monarca. La tentación era fuerte, y la inglesita imaginaba ya el efecto que produciría el arma aquella colocada sobre una mesa de laca en su casa de Saint-Jame's Place.

—Pero —insistió tomando el puñal con la vacilación del que quiere aceptar y soslayando la más amable de sus sonrisas a Colomba— no puedo, no estaría bien que la dejase a usted marcharse completamente desarmada, mi querida amiga.

—Mi hermano viene conmigo —dijo Colomba con tono de satisfacción—, y además llevamos la buena escopeta que su padre de usted nos ha dado. ¿La cargaste con bala, Orso?

Miss Nevil aceptó el puñal, y Colomba, como buena supersticiosa y para conjurar el peligro que se corre en *dar* armas cortantes o punzantes a los amigos, exigió en pago una lira.

Al fin hubo que separarse. Orso estrechó una vez más la mano de miss Nevil. Colomba la abrazó y luego fué a ofrecer sus labios de rosa al coronel, maravillado de la cortesanía corsa. Desde la ventana de la sala miss Lydia vió cómo los dos hermanos montaban a caballo, y observó que los ojos de Colomba brillaban con destellos de fuego. Aquella mujer, robusta y enérgica, esclava de sus ideas de honor bárbaro, con el orgullo en la frente y contraídos los labios por una sonrisa indescifrable, llevándose a aquel hombre armado como para una expedición siniestra, trajo a la memoria de miss Lydia los temores de Orso y creyó ver en su hermana al genio del mal que le arrastraba a su pérdida. Orso, a caballo, alzó la cabeza y vió a su amiga. Ya fuera porque hubiese adivinado el pensamiento de ella, ya para enviarle un último adiós, tomó el anillo egipcio, que se lo había colgado de un cordón, y se lo llevó a los labios. La hija de sir Thomas se retiró de la ventana ruborizándose; pero volvió casi de inmediato a asomarse y vió a los dos corsos alejarse velozmente, al galope de sus cabalgaduras, con rumbo a las montañas. Media hora después se los divisaba aún, con el anteojo del coronel, costeando el fondo del golfo, y vió ella que Orso daba vuelta a menudo la cabeza hacia la ciudad. Por último desapareció tras las marismas, convertidas actualmente en un hermoso plantío.

Miss Lydia, al contemplarse en su espejo, se encontró pálida.

"¿Qué pensará de mí ese joven? —se dijo—. ¿Y yo qué pienso de él? ¿Y por qué en él pienso?... ¡Un conocimiento de viaje!... ¿Qué he venido yo a hacer a Córcega?... ¡Oh!, no, no le amo... No, no; además, la cosa es imposible... Colomba... ¡Hermana política yo de una improvisadora que lleva un puñal!" Y al notar que tenía en la mano el del rey Teodoro lo tiró sobre su tocador. "¡Colomba en Londres, bailando en Almack's!... ¡Qué rareza para enseñarla por allí, Señor! Quizá hiciera ella furor... Y él me quiere, estoy segura de ello... Es un héroe de novela cuya carrera aventurera he cortado... ¿Pero realmente tenía el deseo de vengar a su padre? Era algo entre un Conrado y un *dandy*... Yo hice de él un *dandy* puro; ¡un *dandy* vestido por un sastre corso!..."

Miss Lydia se echó en la cama y trató de dormir, pero le fué imposible; el recuerdo del joven comenzaba a obsesionarla, y aunque se dijo repetidas veces que Orso no había sido, ni era, ni sería nunca nada para ella, sus ojos azules parecían mirarla desde el fondo de su alcoba.

IX

Mientras la joven inglesa luchaba consigo misma, Orso caminaba con su hermana. Al principio les impidió hablar el movimiento rápido de los caballos; pero cuando las pronunciadas pendientes les obligaban a ponerlos al paso, cambiaron algunas palabras respecto a los amigos que dejaran en Ajaccio. Colomba habló con entusiasmo de la belleza de miss Nevil, de su cabello dorado, de sus delicadas maneras. Después preguntó si el coronel era tan rico como parecía serlo, y si Lydia era hija única.

—Debe de ser un buen partido —dijo—. Parece que su padre te aprecia mucho a ti.

Y como Orso no contestara nada, añadió:

—Nuestra familia fué rica en otro tiempo; es aún de las más consideradas de la isla. Todos estos señores de ahora son bastardos. No hay nobleza baja en las familias de los cabos, y ya sabes tú que desciendes de los primeros cabos de la isla. Nuestra familia es originaria de la costa oriental de la isla, y las guerras civiles han sido las que nos han obligado a pasar a este lado. Si yo estuviera en tu lugar no vacilaría en pedir a su padre la mano de miss Nevil... (Orso se encogió de hombros.) Con su dote compraría los bosques de la Falsetta y los viñedos próximos a nuestra casa, construiría una hermosa mansión de piedra de sillería y levantaría un piso más en la antigua torre en que Sanbucuccio mató tantos moros en tiempos del conde Enrique.

—Me parece que tú estás algo loca, Colomba —contestó Orso galopando.

—Eres hombre, Ors Anton, y desde luego sabes mejor que una mujer lo que tienes que hacer. Pero me gustaría saber lo que ese inglés podría objetar a esa alianza. ¿Hay cabos en Inglaterra?...

Tras un buen trecho charlando así, los hermanos Della Rebbia llegaron a un pueblecillo cercano, Bocognano, donde se detuvieron a comer y a pernoctar en casa de un amigo de su familia. Fueron recibidos con esa hospitalidad corsa que no se aprecia bien hasta que se la conoce. Al siguiente día su huésped, que había sido compadre de la señora Della Rebbia, les acompañó hasta las afueras del pueblo.

—Vea estos bosques y estos *maquis* —dijo a Orso cuando se despedían—: un hombre que llegue a *tener una desgracia* podría vivir aquí diez años en paz, sin que los gendarmes ni los soldados diesen con él. Estos bosques limitan con el de Vizzavona, y cuando se cuenta con amigos en Bocognano o en las cercanías no falta nada. Lleva usted una buena escopeta; debe de tener gran alcance. ¡Por la Madona,

Indicio



—Me parece que no estoy enamorada de Jorge. Cuando me besa, sólo pienso en que no se me estropee el peinado.

qué calibre! Con ella se puede matar algo más que jabalíes.

Orso contestó fríamente que su escopeta era inglesa y lanzaba el *plomo* a mucha distancia. Despidiéronse y cada cual siguió su camino.

Estaban ya a poca distancia de Pietranera nuestros viajeros cuando, a la entrada de un desfiladero que había que atravesar, vieron a siete u ocho hombres armados, sentados unos en las piedras, tendidos otros en la hierba, y algunos de pie como en acecho. Sus caballos pastaban a corta distancia. Colomba los examinó un momento con los gemelos.

—Son gentes nuestras — dijo con expresión de gozo —. Pieruccio cumplió bien el encargo...

—¿Qué gentes? — preguntó Orso.

—Nuestros pastores — contestó Colomba —. Anteanoche mandé a Pieruccio para que reuniese a esas buenas gentes y te acompañaran a tu casa. Me pareció que no estaba bien que entrases en Pietranera sin escolta, y además no debes olvidar que los Barricini son capaces de cualquier cosa.

—Hermana — dijo Orso con tono severo —, te he dicho repetidas veces que no me hablases más de los Barricini ni de tus sospechas sin fundamento. Ciertamente que no voy a cometer la insensatez de entrar en mi casa con ese grupo de guardaespaldas, y me contraría mucho que los hayas avisado sin habérmelo advertido.

—Hermano mío, te has olvidado de tu tierra, y es a mí a quien incumbe guardarte cuando tu imprudencia te expone. Hice lo que correspondía.

En aquel momento los pastores, al verlos, montaron sobre sus caballos y acudieron al galope.

—¡Viva Ors Anton! — exclamó un erguido anciano de barba blanca que llevaba, a pesar del calor, un chaquetón con capucha, de paño corso y sumamente abrigado —. Es el vivo retrato de su padre, aunque más alto y más fuerte. ¡Hermosa escopeta! Se hablará de ella, Ors Anton.

—¡Viva Ors Anton! — gritaron a coro todos los pastores —. Ya sabíamos nosotros que al fin había de volver.

—¡Ah! Ors Anton — dijo un mocetón de pelo rojizo —, ¡qué alegría la de su padre si estuviera aquí para recibirle! Y aquí estaría el buen señor si me hubiera hecho caso si me hubiese dejado liquidar a Giudice... Pero no me creyó. Ahora sabrá que yo tenía razón.

—¡Bien! — intervino el anciano —. Nada perderá Giudice con aguardar.

Y unos cuantos disparos acompañaron a esta última sentencia.

Orso, de muy mal humor en medio de aquellos jinetes, que hablaban todos a la vez y se atropellaban para estrecharle la mano, permaneció un buen rato sin que su voz se oyera. Por fin, adoptando el gesto que tomaba a la cabeza de su sección cuando aplicaba reprimendas y arrestos, dijo:

—Amigos míos: os agradezco el afecto que me demostráis y el que tuvisteis a mi padre; pero deseo, quiero, más bien, que nadie me dé consejos. Yo sé lo que debo hacer.

—Tiene razón, tiene razón — exclamaron los pastores —. Usted sabe bien que puede contar con todos nosotros.

—Sí, cuento con vosotros; pero ahora no necesito a nadie; no me amenaza en mi casa ningún peligro. Así que dad media vuelta y marchad a vuestras viviendas. Conozco el camino de Pietranera y no preciso guías.

—No temas nada, Ors Anton — dijo el viejo —; *ellos* no se atreverán a presentarse hoy. Cuando aparece el gato, el ratón se oculta en su agujero.

—El gato lo serás tú, viejo barbudo — dijo Orso —. ¿Cuál es tu nombre?

—¿Cómo? ¿No conoce ya a quien le llevó tan a menudo a la grupa del mulo que mordía? ¿Se olvidó usted de Polo Griffo? Pues es un buen hombre, que pertenece a los Della Rebbia en cuerpo y alma. Diga una palabra, y cuando su escopeta hable no se callará este viejo mosquete, tan viejo como su amo. Téngalo presente, Ors Anton.

—Está bien, está bien; pero, ahora marchaos, que mi hermana y yo continuaremos el camino.

Por último se alejaron los pastores, dirigiéndose al trote largo hacia el pueblo; pero de trecho en trecho se detenían en todos los lugares elevados del camino, como para examinar si había alguna emboscada, y sin distanciarse mucho de Orso y su hermana para poder auxiliarlos en caso de necesidad. Y el viejo Polo Griffo manifestaba a sus compañeros:

—Lo he comprendido. No dice lo que va a hacer, pero lo hará. Es el propio retrato de su padre. Yo no daría un cobre por la piel del alcalde. Antes de un mes estará acribillada.

Así precedido por aquella escolta de avanzada, el descendiente de los Della Rebbia entró en su pueblo y llegó a la antigua mansión de los cabos, sus antepasados. Los "rebbianistas", largo tiempo carentes de jefe, salieron a su encuentro en masa, y los vecinos que guardaban neutralidad se asomaron a las ventanas y puertas para verlo pasar. Los "barricinistas" se quedaron en sus casas, atisbando por las rendijas.

Pietranera es un pueblo muy irregularmente edificado, como todos los de Córcega, sumamente empinado. Las casas, diseminadas al azar y sin ninguna alineación, ocupan la cumbre de un altozano, o más bien un saliente de la montaña. Hacia el centro del pueblo se yergue una añosa encina, y al lado se ve una pila de granito, a la que un tubo de madera lleva el agua de un manantial cercano. Esta obra de utilidad pública fué costeada a medias por los Rebbia y los Barricini, pero en vano se buscaría allí un indicio de la antigua concordia reinante entre las dos familias. Por el contrario, ella es motivo de rivalidad. En una oportunidad el coronel Della Rebbia envió al Municipio de su pueblo cierta cantidad para contribuir a la erección de una fuente; el abogado Barricini se apresuró a ofrecer una donación semejante, y a estos dos hechos generosos debe Pietranera su agua. En torno a la encina y a la fuente hay un espacio libre, que llaman plaza, y en donde los desocupados suelen reunirse por la tarde. En ocasiones se juega allí a las cartas, y una vez al año, en Carnaval, se realiza baile. En los dos extremos de la plaza se levantan sendos edificios de piedra, de bastante altura. Son *las torres* enemigas de los Rebbia y los Barricini. La construcción de ambas es idéntica; la altura, igual, y se ve que la rivalidad de las dos familias se ha mantenido siempre sin que la fortuna se inclinase por ninguna.

Conviene aclarar la significación de la palabra *torre*. Es una mole cuadrada de cuarenta pies de altura, que en otro país cualquiera se llamaría simplemente un palomar. La puerta, estrecha, se abre a ocho pies de la tierra, a la que da acceso una empinada escalera. Sobre la puerta hay una ventana con una especie de balcón que tiene en la losa un agujero, como las galerías salientes de las antiguas fortalezas, que permite aplastar sin riesgo a un visitante importuno. Entre la puerta y la ventana hay dos escudos groseramente labrados. Uno ostentaba antaño la cruz de Génova; pero, todo machacado hoy, sólo es inteligible para los anticuarios. En el otro figuran las armas de la familia propietaria de la torre. Debe agregarse, para completar el decorado, unas cuantas señales de balazos en los escudos y dinteles de la ventana, y se puede tener una idea de una mansión señorial de la Edad media en la isla napoleónica. Falta decir que las dependencias habitables se hallan adosadas a la torre, con la que generalmente tienen comunicación interior.

El lado norte de la plaza de Pietranera lo ocupan la torre y la casa de los Rebbia; el lado sur, las de los Barricini. Desde la torre del norte hasta la puerta es el paseo de los Rebbia; el de los Barricini, el del lado contrario. Desde el entierro de la esposa del coronel no se había visto nunca a ningún miembro de una de aquellas dos familias presentarse en otro lado de la plaza que en el que le asignaba una especie de convenio tácito. Para evitar un rodeo, Orso se disponía a pasar por delante de la casa del alcalde, cuando su hermana le advirtió y le señaló un callejón por el que llegarían a su casa sin cruzar la plaza.

—¿Por qué hacer eso? La plaza es de todos — dijo Orso.

Y acicateó a su caballo.

"¡Es un valiente! — exclamó para sí Colomba —. ¡Serás vengado, padre mío!"

Al llegar a la plaza se interpuso Colomba entre su hermano y la casa de los Barricini, con la vista fija en las ventanas de sus enemigos. Observó que las habían atrincherado recientemente y que abrieran en ellas *archere*. Denomínase *archere* unas aberturas angostas en forma de troneras, dispuestas entre troncos de gran espesor, con los que se tapa la parte inferior de una ventana. Cuando se teme algún ataque se improvisan estas defensas, desde detrás de las cuales se hace fuego contra los atacantes.

—¡Qué cobardes! Mira, Orso, ya empiezan a precaverse. Se han parapetado; pero algún día tendrán que salir — dijo Colomba.

La presencia de Orso en el lado sur de la plaza causó verdadera sensación en Pietranera y fué considerada como un acto audaz y provocativo. Para los neutrales reunidos por la tarde en torno de la encina constituyó materia de interminables hipótesis.

—Es suerte — decía un pastor joven — que los hijos de Barricini no hayan vuelto aún, porque no son tan sufridos como su padre y quizá no hubieran dejado pasar por el terreno de ellos a su enemigo sin hacerle pagar cara su osadía.

—Tenga presente esto que voy a decirle, vecino — añadió un viejo que era considerado el oráculo del pueblo —. Me he fijado en la cara de Colomba; algo planea en su magín. Presiento la proximidad de la pólvora. Me parece que no tardará mucho tiempo sin que corra la sangre por las calles de nuestro pueblo.

X

Era muy joven Orso cuando había salido de su casa, y por eso apenas había tenido tiempo

de tratar a su padre. Dejara Pietranera a los quince años para ir a estudiar a Pisa, y de aquí había pasado a la Escuela Militar, en tanto que Ghilfuccio paseaba por Europa las águilas imperiales. Orso lo había visto en el continente en contadas ocasiones, y hasta 1815 no fué a servir al regimiento que mandaba su padre. Pero el coronel, férreo en la disciplina, trataba a su hijo como a los otros tenientes, es decir, con severidad. Los recuerdos que Orso había conservado de su padre eran de dos naturalezas. Una, lo situaba en Pietranera, confiándole su sable, haciéndole disparar su escopeta cuando volvía de cazar, o cuando le hizo sentar por primera vez, chiquito aun, a la mesa familiar. Otra, le mostraba al coronel Della Rebbia mandándole arrestado por cualquiera falta leve y llamándole siempre señor oficial.

"—Señor oficial, usted no está en su puesto de batalla: tres días de arresto. Su pelotón se encuentra a cinco metros más de lo debido de la reserva: cinco días de arresto. Tiene usted gorra de cuartel a las doce y cinco: ocho días de arresto."

Tan sólo una vez, en Cuatro Brazos, le dijo: "—Muy bien, Orso; pero ten prudencia."

Por otra parte, estos últimos recuerdos no eran los que le evocaba Pietranera. La vista de los lugares familiares a su infancia, los muebles de que se sirvió su madre, a la que había idolatrado, despertaban en su alma una multitud de emociones dulces y penosas; después, el sombrío porvenir que se le presentaba, la vaga inquietud que le inspiraba Colomba, y, en especial, la idea de que Sir Thomas y su hija iban a venir a aquella casa, que le parecía ahora tan pequeña, tan pobre, tan carente de comodidades para personas habituadas al lujo; el desprecio que miss Nevil sentiría tal vez; todos estos pensamientos turbaban su cabeza y lo sumían en un estado de profundo desaliento.

A la hora de cenar se sentó en un sillón de roble oscurecido, en el que su padre presidía las comidas de familia, y sonrió al ver que su hermana vacilaba en sentarse a la mesa con él. Agradecióle, asimismo, el silencio que guardó ella durante la cena y lo pronto que se retiró al terminar, porque se sentía demasiado impresionado para hacer frente a los ataques que sin duda le preparaba; pero Colomba se mostraba discreta y quería darle tiempo a que reaccionase. Acodado en la mesa, Orso permaneció largo rato inmóvil, evocando las escenas de los últimos quince días que había vivido. Veía con asombro lo que se aguardaba de él respecto a sus tradicionales enemigos. Y se daba cuenta de que la opinión de Pietranera empezaba a ser para él la del mundo.

Tenía que vengarse, o bien pasar por un cobarde. ¿Pero en quién vengarse? No creía que los Barricini fueran los asesinos. Cierto que eran enemigos de su familia; pero sería menester dejarse llevar por los prejuicios de sus compatriotas para atribuirles un asesinato. A veces contemplaba el talismán que le regalara miss Nevil y se repetía el lema: "La vida es un combate", y terminó por decirse en tono firme: "Saldré triunfante de él." Confortado por tal pensamiento se levantó y, tomando la lámpara, se disponía a ir a su cuarto, cuando llamaron a la puerta de la casa. La hora no era propia para recibir una visita. Colomba se presentó de inmediato, seguida de la sirvienta.

—Algún conocido —dijo yendo a la puerta. Pero antes de abrir preguntó:

—¿Quién?

—Soy yo —respondió una voz infantil.

Quitó en seguida la tranca que afianzaba la puerta y Colomba volvió al comedor con una niña de unos diez años, descalza, harapienta y cubierta la cabeza con un mal pañuelo, bajo el que asomaban unas guedejas negras como la noche. Era flacucha, pálida y tenía la piel tostada por el sol; pero su mirada denotaba inteligencia. Al ver a Orso se detuvo tímida y le hizo una tosca reverencia; luego habló a Colomba en voz baja y le puso en las manos un faisán muerto.

—Gracias, Chili —dijo Colomba—. Dáselas a tu tío. ¿Está bien?

—Sí, señorita, para servir a usted. No he podido venir antes porque ha tardado mucho. Estuve tres horas esperándole en el matorral.

—¿Y no cenaste?

—No, señorita. Todavía no tuve tiempo.

—Te voy a dar de cenar yo. ¿Tiene pan tu tío aun?

—Un poco; pero lo que sobre todo le falta es pólvora. Hay ya castañas, y ahora no necesita más que pólvora.

—Voy a darte un pan para él y pólvora. Dile que la economice, porque escasea mucho.

—¿A quién haces caridad, Colomba? —preguntó Orso en francés.

—A un pobre bandido de este lugar —contestó Colomba en la misma lengua—. Esta pequeña es su nieta.

—Me parece que podrías emplear mejor tus dádivas. ¿Por qué dar pólvora a un bribón que se servirá de ella para cometer fechorías? Sin esta deplorable debilidad que todo el mundo parece tener aquí por los bandidos, hace tiempo que hubieran desaparecido de la isla.

—Los peores de Córcega no son los que se hallan proscritos.

—Dales comida, si quieres; pero no les proporciones municiones.

—Tú eres aquí el amo, hermano —replicó Colomba en tono grave—, y todo te pertenece en esta casa; pero te advierto que daré mi *mezzaro* a esta niña para que lo venda, antes que negar pólvora a un bandido. Pues es lo mismo que entregarlo a las autoridades. ¿Qué otra defensa tiene contra ellos sino sus cartuchos?

La pequeña mientras tanto devoraba con avidez un pedazo de pan, y miraba con atención a Colomba y a su hermano, tratando de comprender en los ojos de éstos el sentido de sus palabras.

—¿Y qué es lo que ha hecho ese bandido? ¿Por qué crimen anda escapado?

—Brandolaccio no cometió ningún crimen —exclamó Colomba—. Mató a Giovan Opizzo, que había asesinado al padre de aquél mientras que el hijo estaba haciendo el servicio.

Ante estas palabras, Orso se incorporó y subió a su cuarto. Entonces Colomba entregó a la niña pólvora y comida y la acompañó hasta la puerta, diciéndole:

—Chili, que tu tío cuide bien de Orso.

XI

Esa noche Orso tardó mucho en conciliar el sueño, y, a la mañana siguiente, se despertó tarde. Tan pronto se levantó, lo que primero vieron sus ojos fué la casa de sus enemigos y los *archere* que acababan de practicar. Bajó y preguntó por su hermana.

—Está en la cocina fundiendo balas —le contestó Saveria, la sirvienta.

En resumen, no podía dar un paso sin que le persiguiera la imagen de la venganza.

Encontró a Colomba sentada en un banquillo, rodeada de balas recién fundidas y contando las tiras de plomo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Orso.

—No tienes balas para la escopeta del coronel. He encontrado un molde de ese calibre, así que te haré hoy veinticuatro cartuchos.

—Por fortuna no los necesito.

—Hay que estar preparado, hermano. Te has olvidado de tu país y de las gentes que te rodean.

—Ya te encargas tú de recordármelo. Di, ¿no ha llegado un baúl hace unos días?

—Sí. ¿Quieres que lo suba aquí?

—¿Subirlo tú? No podrías alzarlo. ¿No hay por aquí algún hombre que lo suba?

—No soy tan débil como crees, Orso —dijo Colomba, remangándose y mostrando unos brazos blancos y redondos, pero que acusaban una musculatura poco común—. Vamos, Saveria, ayúdame.

Fué su hermano quien se apresuró a ayudarla cuando vió que se disponía a levantar el baúl, y dijo:

—Hay aquí algo para ti, querida Colomba. Desde luego que mis regalos son muy modestos; pero bien sabes que el bolsillo de un teniente de reemplazo no está muy bien provisto; así que tienes que perdonarme.

Y hablando así abrió el baúl y sacó algunos vestidos, una manteleta y otros objetos femeninos.

—¡Qué cosas tan hermosas! —exclamó Colomba—. Voy a guardarlas en seguida para que no se ensucien. Las guardaré para mi boda —añadió con triste sonrisa—, porque ahora todavía estoy de luto.

Y besó una mano a su hermano.

—Es una afectación, querida Colomba, el llevar luto tanto tiempo.

—Lo he jurado —replicó ella con firmeza—. No me lo sacaré hasta...

Y miró por la ventana hacia la casa de Barricini.

—¿Hasta el día de tu boda? —preguntó Orso previendo el final de la frase.

—No me casaré —declaró Colomba— sino con el hombre que haya realizado tres cosas...

Y continuaba contemplando con expresión siniestra la casa de sus tradicionales enemigos.

—Con lo bella que eres, me extraña que no te hayas casado ya. Vamos, dime quién te festeja. Por lo demás, ya oiré las serenatas, que tienen que ser muy lindas para que gusten a una improvisadora tan excelente como tú.

—¿Quién va a festejar a una pobre huérfana?... Y además, el hombre que me haga dejar el luto tendrá que obligar a las mujeres de ahí enfrente a que se lo pongan ellas.

"Esto es ya una locura", pensó Orso.

—Orso —dijo Colomba con toño cariñoso—, también yo tengo que ofrecerte algo. Los trajes que tienes son demasiado buenos para aquí. Tu levita quedaría desgarrada a los dos días si la llevases al bosque. Tienes que conservarla para cuando venga miss Nevill y su padre.

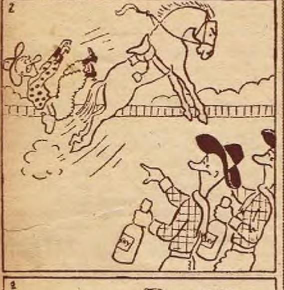
Abrió un ropero y sacó un traje completo de cazador.

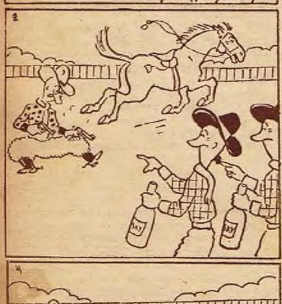
—Te hice una chaqueta de terciopelo y aquí tienes un gorro de última moda; lo bordé para

LOS DOS HERMANITOS

MALAS PULGAS **Por TIM**







ti hace ya mucho tiempo. ¿Quieres probarlo?

Le hizo ponerse un chaquetón de terciopelo verde con un gran bolsillo en la espalda, y le calzó un gorro puntiagudo de terciopelo negro con bordados de azabache y seda del mismo color y terminado por una especie de pompón.

—Aquí tienes — siguió ella — la cartuchera de nuestro padre; su puñal está en el bolsillo de la chaqueta.

—Tengo el aspecto de un verdadero bandido de opereta — dijo Orso al mirarse en un espejito que le presentó la sirvienta.

—Le sienta a usted muy bien, Ors Anton — opinó Saveria —. Ni el más peripuesto elegante de Bocognano o de Bastelica está más agraciado.

Orso almorzó con su traje de cazador, y mientras comía dijo a su hermana que había traído algunos libros, que pensaba encargar otros a Francia e Italia y que la iba obligar a trabajar mucho.

—Porque es vergonzoso — añadió — que una joven como tú no sepa aún cosas que saben ya los niños del continente.

—Tienes razón — asintió Colomba —; me doy cuenta muy bien de lo que me falta y no deseo otra cosa que estudiar, sobre todo si quieres tú ser mi profesor.

Transcurrieron algunos días sin que Colomba pronunciase el nombre de los Barricini. Seguía colmando de atenciones a su hermano y le hablaba a menudo de miss Nevil. Orso le hacía leer obras francesas e italianas, y le admiraba unas veces el acierto y buen sentido de las observaciones de la lectora y otras su absoluta ignorancia de las cosas más simples.

Una mañana, después del desayuno, Colomba salió un momento del comedor, y en vez de volver con un libro y papel apareció con su *mezzaro* puesto. Su expresión era más seria aun que de ordinario.

—Me alegraría que vinieses conmigo, Ors Anton — dijo.

—¿Adónde quieres que te acompañe? — interrogó él, tomándola del brazo.

—Mejor es que lleves tu escopeta y tus cartuchos, en lugar de darme el brazo. Un hombre no debe salir nunca sin ir armado.

—Bueno. Habrá que seguir la moda. ¿Adónde nos dirigimos?

Colomba, sin responder, se cubrió con su velo, llamó al perro guardián y salió acompañada de su hermano. Alejóse con presteza del poblado y tomó por un camino que serpeaba por las viñas, con el perro delante, al que hizo una seña, que el animal pareció comprender muy bien, porque de inmediato se puso a correr en zigzag, siempre a unos cincuenta pasos de su ama y deteniéndose a veces para mirarla, meneando la cola. Parecía desempeñar a conciencia sus funciones de guía.

—Si *Muschetto* ladra — dijo Colomba — prepara tu escopeta, Ors Anton, y no te muevas.

A un kilómetro del pueblo, tras muchos rodeos, Colomba se detuvo de súbito en un recodo del camino. Allí se alzaba un pequeño montículo de ramaje, verde en unos lados, seco en otros, que alcanzaba una altura de tres pies más o menos. Atravesaba el vértice el extremo superior de una cruz de madera pintada de negro. En varios puntos de Córcega, sobre todo en las montañas, una costumbre antiquísima y que tiene origen quizá en las supersticiones del paganismo obliga a los que pasan a tirar una piedra o una rama de árbol sobre el lugar en que ha perecido de muerte violenta un hombre. Durante años y años, mientras que el recuerdo de su trágico fin se conserva en la memoria de los hombres, esta singular ofrenda se va acumulando así de día en día. A esto le llaman el *montón*, el *mucchio* de un tal.

La joven se detuvo ante aquel montón de follaje y arrancando una rama de malvas la agregó al montículo.

—Aquí murió nuestro padre. Recemos por su descanso, Ors Anton — dijo ella.

Y se arrodilló. Su hermano la imitó. En aquel momento la campana de la iglesia dobló lentamente por uno que había muerto la noche anterior. Orso sintió que se deslizaban dos lágrimas por sus mejillas.

Unos minutos después Colomba se levantó, llorosos los ojos y expresivo el rostro. Se santiguó, bendijo la sepultura y después volvió con su hermano al pueblo. Entraron silenciosos en su casa. Orso subió a su habitación. Momentos más tarde se le presentó su hermana con un cofrecito, que colocó sobre la mesa. Lo abrió y sacó de él una camisa con grandes manchas de sangre.

—Esta es la camisa de tu padre, Orso — le dijo echándosela a las rodillas —. Y éste es el plomo que la agujereó — añadió poniendo sobre la camisa dos balas enmohecidas.

A continuación se arrojó en brazos de su hermano y, estrechándole con fuerza, exclamó:

—¡Orso, hermano mío, véngalo!

Lo besó con pasión, y besó las balas y la camisa y salió del cuarto, dejando a su hermano como anonadado.

Así permaneció algún tiempo inmóvil, sin atreverse a apartar de sí aquellas evocadoras reliquias. Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, las volvió a guardar en el cofre y corrió al otro extremo de la habitación a tumbarse en la cama, con la cara vuelta a la pared y la cabeza hundida en la almohada, como si deseara librarse de la vista de un espectro. Las últimas palabras de su hermana resonaban en sus oídos, y le parecía oír aún una voz acusadora, fatal, inexorable, que le pedía sangre, y sangre inocente. Difícil sería traducir las sensaciones del desdichado joven, tan confusas como las que conturban el cerebro de un loco. Largo rato permaneció en la misma posición, sin atreverse a mover la cabeza. Al fin se levantó, cerró el cofrecillo y salió con ligereza de su casa; echó a correr por el campo, sin saber adónde se encaminaba.

El aire libre fué aliviándole poco a poco, se tranquilizó algo y examinó con serenidad su situación y los medios de salir de ella. Ya se sabe que no creía a los Barricini culpables del asesinato; pero sí los acusaba de haber fraguado la carta del bandido Agostini; y pensaba que esta carta había sido la causa de la muerte de su padre. Se daba cuenta de que era imposible denunciarlos como falsificadores. En oportunidades, si los prejuicios o los instintos de su país venían a hacer presa en él y le mostraban una venganza fácil en el recodo de un camino, los rechazaba con horror al pensar en sus compañeros de regimiento, en la vida de París, y sobre todo en miss Nevil. Pensaba luego en los reproches de Colomba, que justificaba y hacía más doloroso lo que en el carácter de él quedaba de corso. Sólo una idea de esperanza le quedaba en aquella lucha entre su conciencia y sus prejuicios: buscar con cualquier motivo una pendencia con uno de los hijos del abogado y batirse en duelo con él. Matarle de un balazo o de una estocada armonizaba sus ideas corsas con sus ideas francesas. Aceptada esta posibilidad y meditando en los medios de ejecución, se sentía ya aliviado de una gran carga, cuando otros pensamientos más optimistas contribuyeron a calmar aún más su espíritu. Cicerón, desesperado por la desaparición de su hija Tulia, olvidó su dolor al concebir todas las hermosas cosas que podría decir a tal propósito. De igual modo se consoló míster Shandy de la muerte de su hijo. Orso fué apaciguándose al pensar que de aquel estado de su alma podría presentar a miss Nevil un cuadro que llegaría a interesarle.

Al aproximarse al pueblo, del que se había distanciado bastante sin advertirlo, oyó la voz de una niña que, sin duda creyéndose sola, cantaba en un caminito al borde de un zarzal. Tenía la canción ese tono lento y monótono de

las lamentaciones fúnebres, y la niña entonaba así: "Para mi hijo, que está en tierras lejanas, —guardad mi cruz y mi camisa ensangrentada...".

—¿Qué estás cantando, nenita? —interrogó Orso, que apareció de súbito, con acento de cólera.

—¡Ah, es usted, Ors Anton! — exclamó la niña algo cohibida... —. Es una balada de la señorita Colomba.

—Te prohibo entonarla — replicó Orso, cada vez más enojado.

La niña miró a todos lados, como si buscase el lugar propicio para ocultarse, y sin duda lo hubiese hecho si no la retuviese la custodia de un voluminoso paquete que tenía en el suelo sobre el césped.

Orso se avergonzó de su acto violento.

—¿Qué llevas ahí, pequeña? —le preguntó en tono amable.

Y como Chilina vacilaba en responder, alzó él el paño en que estaba envuelto el paquete y vió que contenía un pan y otras provisiones.

—¿Y a quién llevas eso, querida?

—Ya lo sabe usted, señor: a mi tío.

—Tu tío, ¿no es un bandido?

—Para servir a usted, señor Ors Anton.

—Pues si te encontrasen los guardias te preguntarían adónde vas.

—Les diría — contestó la niña sin titubear — que llevo la comida a los trabajadores que talan el bosque.

—¿Y si encontraras a algún cazador hambriento que quisiera comer a tu costa y te arrebatara las provisiones?

—No se atrevería. Le diría que son para mi tío.

—¿Te quiere mucho tu tío?

—¡Oh, sí! Desde que murió mi papá, mi tío cuida de la familia: de mi madre, de mí y de mi hermanita. Antes de ponerse enferma, mamá pedía trabajo a los ricos. El alcalde me da un vestido al año, y el señor cura me enseña el catecismo y a leer desde que mi tío les ha hablado. Pero la más buena para nosotros es la señorita Colomba, su hermana.

En aquel instante asomó un perro por el sendero. La niña se llevó dos dedos a la boca y lanzó un silbido: presuroso se acercó a ella el perro, la lamió y se lanzó, veloz, al matorral. No tardaron en surgir de éste dos hombres mal entrazados, pero bien armados, que dijérase que habían avanzado arrastrándose como reptiles por entre los yuyos que cubrían el terreno.

—¡Ah, Ors Anton! Sea usted bienvenido — dijo el mayor de los dos hombres —. ¿Qué? ¿No se acuerda de mí?

—No — contestó Orso mirándole fijamente.

—Es extraordinario lo que una barba y un gorro pueden desfigurar a un hombre. Vamos, mi teniente, obsérveme bien. ¿Se olvidó ya de los veteranos de Waterloo? ¿No se acuerda de Brando Savelli, que mordió más de un cartucho al lado de usted en aquel funesto día?

—¿Eres tú? ¡Un desertor de 1816! — exclamó Orso.

—El mismo, mi teniente. ¡Qué demonio! El servicio es aburrido, y además tenía cuentas pendientes por esta tierra... ¡Hola Chili!; eres una buena muchacha. Sírvenos pronto, porque tenemos hambre. No puede imaginarse, mi teniente, el apetito que se tiene en el *maquis*... ¿Quién nos envía esto, la señorita Colomba o el alcalde?

—No, tío; la molinera me dió esto para usted y una manta para mamá.

—¿Qué es lo que desea de mí?

—Dice que los lucenses que ha tomado para la corta le piden ahora treinta y cinco sueldos y las castañas, por la fiebre que hay abajo de Pietranera.

—¡Haraganes!... Ya veré... Sin cumplidos, mi teniente, ¿quiere usted compartir con nosotros la comida? Peores las hemos hecho juntos en tiempos de nuestro pobre compatriota, al que han "dado" el retiro.

—Gracias. También me han retirado a mí.

—Lo oí decir, pero me imagino que no le importará mucho. Cuestión de que arregle usted esa cuenta... Vamos a comer, cura. Señor Orso, le presento a este señor cura. A decir verdad, no sé bien si lo es, pero lo parece por lo mucho que sabe.

—No soy más que un pobre estudiante de teología — dijo el otro bandido —, al que impidieron seguir su vocación. Y ¿quién sabe? Quizá hubiera podido llegar a Papa, Brandolaccio.

—¿Qué causa le ha privado seguir su vocación? — preguntó Orso.

—Una sonsera, una cuenta que arreglar, como dice mi amigo Brandolaccio: una hermana mía que cometió un desliz mientras yo devoraba libros en la Universidad de Pisa. Tuve que retornar aquí para casarla; pero el novio tuvo la desgracia de morirse de fiebres tres días antes de mi llegada. Entonces me dirigí, como lo hubiera usted hecho en un caso semejante, al hermano del difunto. Me dijeron que era casado. ¿Qué hacer?

—Sí, la cosa no era agradable, en efecto. ¿Qué hizo usted?

—Hay casos en que es necesario acudir a la piedra de chispa.

—Es decir que...

—Le metí una bala en el cráneo — dijo con toda frialdad el bandido.

Orso sintió un estremecimiento de horror. Sin embargo, la curiosidad, y quizá también el deseo de retrasar el instante en que tendría que regresar a su casa, le hicieron quedarse allí y proseguir la charla con aquellos dos hombres, cada uno de los cuales tenía sobre su conciencia, por lo menos, un asesinato.

En tanto que su compañero hablaba, Brandolaccio le sirvió pan y carne; se sirvió él, atendió después a su perro, que presentó a Orso con el nombre de *Brusco*, como dotado del maravilloso instinto de reconocer a un gendarme, por disfrazado que estuviese, y, por último, cortó un trozo de pan y una loncha de jamón crudo para la pequeña Chili.

—Es hermosa la vida de bandido — declaró el estudiante de teología después de haber engullido unos bocados —. Quizá la pruebe usted algún día, señor Della Rebbia, y ya verá lo agradable que resulta no tener más amo que su antojo.

El bandido se había expresado hasta entonces en italiano; prosiguió después en francés:

—Córcega no es una tierra muy divertida para un joven; pero ¡qué distinto es para un bandido! Las mujeres tienen admiración por nosotros. Aquí me ve usted, que tengo tres amantes, de las que una es la esposa de un gendarme. ¡En todas partes tengo una casa.

—Es usted un poliglota — dijo Orso en tono grave.

—Le hablé en francés por aquelo de *maxima debetur pueris reverentia*. Brandolaccio y yo desamos que esta pequeña vaya por el buen camino.

—Cuando tenga quince años — dijo el tío de Chilina — la casaré bien. Tengo ya un candidato en perspectiva.

—¿Y serás tú el que formules la petición? — preguntó Orso.

—Desde luego. ¿Cree usted que si yo digo a un ricacho del país: "Yo, Brando Savelli, vería con agrado que su hijo se casara con Michelina Savelli", cree usted que se opondría a ello?

—No se lo aconsejaría — apoyó el otro bandido —. El amigo es ligero de manos.

—Sí, por ventura, fuese yo un bribón, un canalla — continuó Brando —, no tendría más que abrir mi morral para que lloviesen en él las monedas de cinco francos.

—¿Hay en tu morral algo que las atraiga? — preguntó Orso, sonriéndose.

—Nada; pero si yo escribiera a un rico, como hay quienes lo hicieron: "Necesito cien francos", se apresuraría a enviármelos. Pero yo soy un hombre honrado, mi teniente. ¡Créame!...

—Ha de saber usted, señor Della Rebbia — dijo el bandido a quien su compañero apellidaba "el cura" —, que en esta tierra de costumbres sencillas hay, no obstante, algunos miserables que se aprovechan de la estima que nosotros inspiramos por medio de nuestros pasaportes (mostró el arma), para lograr letras de cambio falsificando nuestra letra.

—Lo sé — contestó Orso con tono brusco —. Pero ¿qué letras de cambio?

—Hace seis meses — prosiguió el bandido —, estaba yo de paseo por la parte de Orezza, cuando se me arrimó un paisano con su gorro en la mano y me dijo: "Ah, señor cura! Excúseme, déme más tiempo; sólo he podido hallar cincuenta y cinco francos." Yo, muy sorprendido: "¿De qué cincuenta y cinco francos estás hablando, imbécil?", grité. "Quiero decir sesenta y cinco — me contestó —; pero con respecto a los cien, que me pide usted, es imposible." "¿Que yo te he pedido cien francos, bribón? ¡Si no sé quién eres!" Entonces me entregó una carta, o mejor dicho un mugriento trozo de papel, por el que se le ordenaba depositar cien francos en un sitio indicado, bajo pena de que Giocanto Castriconi, que es mi nombre, le quemase la casa y matara su hacienda. ¡Se había cometido la infamia de falsificar mi firma! Lo que más me indignó era que la carta estaba escrita en dialecto y plagada de faltas de ortografía... ¡Cometer faltas de ortografía quien, como yo, ha obtenido primeros premios en la Universidad! Empecé por castigar al paisano con una bofetada que le hizo dar dos vueltas sobre sí mismo. "¿De manera, malandrín, que me has tomado por un ladrón?", le dije, y le apliqué un formidable puntapié. Ya más desahogado, le pregunté: "¿Cuándo tienes que llevar ese dinero al sitio indicado?" "Hoy mismo". "Bien; ve a llevarlo". Era al pie de un alto pino. "Lleva allí el dinero, entiérralo y vuelve a buscarme". Yo me había emboscado cerca. Seis horas mortales estuve al acecho con mi hombre; pero créame, señor Della Rebbia, que hubiese estado tres días si hubiera sido necesario. Después de seis horas apareció un vecino de Bastia, un infame usurero. Se agacha para aga-

En el subterráneo



—¿No fuiste a trabajar ayer? Tu correa estaba vacía.

rrar el dinero, disparo yo, y le apunté tan bien, que su cabeza, al caer, dió contra las monedas que desenterraba. "Ahora, zoquete, — dije al aldeano —, recoge tu dinero y no se te vuelva a ocurrir el pensar en una bajeza de Giocanto Castriconi". El pobre diablo, todo tembloroso, se guardó sus sesenta y cinco francos, sin tomarse el trabajo de limpiarlos. Me dió las gracias, le di otro puntapié de despedida y aun está corriendo.

—¡Ah cura! — dijo Brandolaccio —. Te envidio ese acto. Debiste de reírte a rabiar.

Ahora, hablando de otra cosa: ¿Cree usted, señor Orso, que una bala de plomo se funda por la velocidad de su trayecto en el aire? Usted, que ha estudiado balística, podrá decirme si eso es cierto o no.

Orso prefirió discutir esta cuestión de física a polemizar con el licenciado respecto a la moralidad de su acción. Brandolaccio, a quien no divertía nada aquella digresión científica, la interrumpió para señalar que le Sol iba a ocultarse.

—Ya que no ha querido comer con nosotros — dijo a Orso —, le aconsejo que no haga esperar más tiempo a su hermana. Y además, no siempre es conveniente andar por el campo una vez puesto el Sol. ¿Por qué sale sin armas? Hay mala gente por los alrededores, tenga cuidado. Hoy no tiene nada que temer: los Barricini hospedan al prefecto en su casa; lo han encontrado en su viaje y va a detenerse un día en Pietranera antes de ir a la colocación de una primera piedra, según se dice, en Conte... Tonterías. Dormirá en casa de los Barricini; pero éstos se hallarán libres mañana. Vincentello es un perfecto bribón, y Orlanduccio es más o menos... Procure atacarlos por separado: hoy a uno, mañana a otro; pero desconfíe usted; se lo digo yo.

—Gracias por el consejo — contestó Orso —; pero no tengo nada que arreglar con ellos; mientras no vengan a buscarme, nada les diré.

El bandido hizo una mueca con los ojos, pero no contestó. Orso se levantó para proseguir su marcha.

—A propósito — le dijo Brandolaccio —, no le di las gracias por la pólvora; me llegó muy oportunamente. Ahora no me falta nada...; es decir, preciso unos zapatos...; pero me los haré con la piel de un muflón, que mataré uno de estos días.

Orso deslizó dos monedas de cinco francos en la mano del bandido.

—Colomba te ha mandado la pólvora; aquí tienes para comprarte unos zapatos.

—No, eso no, mi teniente — exclamó el bandido devolviéndole el dinero —. ¿Me toma usted por un mendigo? Acepto el pan y la pólvora, pero nada más.

—Creí que entre antiguos camaradas de armas podía prestarse ayuda. Está bien, hasta la vista.

Pero antes de marcharse metió el dinero en el morral del bandido sin que éste lo advirtiese.

—Hasta la vista, Ors Anton — dijo el teólogo —. Tal vez nos volvamos a encontrar en el *maquis* uno de estos días y continuaremos nuestra charla sobre física.

Orso llevaba un cuarto de hora de marcha desde que dejara aquellos "honrados" sujetos, cuando oyó que alguien corría tras él. Era Brandolaccio.

—Es demasiado, mi teniente — exclamó jadeante —, es demasiado. Aquí tiene usted sus diez francos. A otro no se lo hubiera tolerado. Muchos saludos de mi parte a la señorita Colomba. Por usted llevé un buen sofocón. ¡Buenas noches!

XII

Al ver entrar a su hermano por la puerta, Colomba sintió un gran alivio, pues ya estaba alarmada por la tardanza. Durante la cena sólo hablaron de cosas indiferentes, y Orso, animado por la tranquilidad de su hermana, le refirió su encuentro con los bandidos, y hasta se permitió algunas bromas sobre la educación moral y religiosa que recibía la pequeña Chilina al lado de su tío y de su respetable colega el señor Castriconi.

—Brandolaccio es un hombre honrado — dijo Colomba —; pero con respecto a Castriconi, oí decir que es un hombre sin escrúpulos.

—Pues yo creo — replicó Orso — que tanto vale el uno como el otro. Ambos se hallan en continua guerra con la sociedad. Un primer crimen los arrastra cada día a perpetrar otros, y, no obstante, no son quizá tan culpables como muchos de los individuos que no habitan en *el maquis*.

Un chispazo de alegría brilló en los ojos de Colomba.

—Sí — prosiguió Orso —; esos desdichados entienden el honor a su modo. Un prejuicio cruel, y no una baja codicia, es lo que los ha lanzado a la vida que arrastran.

Hubo una larga pausa.

—No sé si sabrás — dijo al cabo la joven, al servir el café a su hermano — que Carlos Bautista Pietri murió la noche pasada. Sí, el paludismo lo llevó.

—¿Quién es Pietri?

—Era un vecino de aquí, el esposo de Magdalena, la que recibió la carta de manos de nuestro padre moribundo. Su viuda me rogó que vaya al velatorio e improvise algo. Tú también debes venir. Son vecinos nuestros, y es una atención de la que no puede uno excusarse en este lugar.

—¡Por favor, Colomba! Te advierto que no me agrada que te andes exhibiendo así en público.

—Cada cual tiene su manera de honrar a sus muertos. La balada proviene de nuestros abuelos, y debemos respetarla como una tradición. Magdalena carece de *don*, y Fiordispina, que es la mejor improvisadora de la localidad, está enferma. Hace falta alguien para la balada.

—¿Crees, por ventura, que Carlos Bautista no encontrará su camino en el otro mundo si no entonan unos malos versos sobre su ataúd? Ve al velatorio si quieres; iré contigo si consideras que debo ir, pero no improvises; te lo ruego, Colomba.

—Lo prometí. Aquí es ya costumbre, lo sabes, y te repito que no hay nadie más que yo para improvisar.

—¡Costumbre tonta!

—Sufro mucho al cantar así. Me trae a la memoria todas nuestras desgracias. Mañana estaré mala; pero es necesario. Permítemelo, Ors Anton. Recuerda que en Ajaccio fuiste tú quien me pidió que improvisara para divertir a aquella señorita inglesa que se mofa de nuestras viejas costumbres. ¿No me permitirás que improvise hoy para unas pobres gentes que me lo agradecerán y a las que eso les ayudará a sobrellevar su dolor?

—Bien, haz lo que quieras. Estoy seguro de que ya has forjado tu balada y no quieres que se pierda.

—No, yo no podría componer nada por adelantado. Me inspiro ante el lugar y pienso en los sucesos. Acuden las lágrimas a mis ojos, y entonces canto lo que va brotando de mi alma.

Estas palabras fueron dichas con tal sencillez que no era posible suponer el menor asomo de amor propio poético en Colomba. Su hermano se dejó convencer y fué con ella a casa de Pietri. El muerto yacía sobre una mesa, con la cara descubierta, en la habitación más amplia de la casa. Puertas y ventanas estaban abiertas, y en torno a la mesa ardían varias velas. Junto a la cabecera del muerto estaba la viuda, y tras ésta numerosas mujeres ocupaban todo un lado de la pieza; en el otro se hallaban los hombres, de pie, descubiertos, con los ojos fijos en el cadáver y en un profundo silencio. Todo visitante, al entrar, besaba al muerto, saludaba con una reverencia de cabeza a su viuda y a su hijo y luego se ubicaba en el círculo sin proferir una palabra. De tanto en tanto, no obstante, alguno de los asistentes quebraba el solemne silencio para dirigir unas palabras al difunto. "¿Por qué dejaste a tu buena esposa? — decía una comadre —. ¿No te cuidaba bien? ¿De qué carecías? ¿Por qué no esperaste un mes más y tu nuera tu hubiese dado un nieto?"

Un hercúleo muchacho, hijo de Pietri, estrechando la fría mano de su padre, exclamó: "¡Oh! ¿Por qué no habrás muerto de muerte violenta? ¡Te hubiéramos vengado!"

Estas fueron las primeras palabras que Orso oyó al entrar. Al verle se abrió el círculo, y un débil susurro de curiosidad acusó la espera de los reunidos, excitados por la presencia de la improvisadora. Colomba besó a la viuda, tomó una de sus manos y permaneció unos instantes sobrecogida y con los ojos fijos en el suelo. Después se echó el velo sobre los hombros, miró al muerto, e inclinada sobre aquel cadáver, casi tan pálida como él, empezó su balada:

Carlos Bautista, que el Señor reciba tu alma. — Vivir es sufrir. Tú vas a un lugar — donde no hace ni calor ni frío. — Ya no precisas la podadera — ni el pesado azadón. — Se terminó el trabajo para ti. — En adelante todos los días son domingos. — Carlos Bautista, que el Señor tenga tu alma. — Tu hijo gobierna tu casa. — He visto caer la encina — que secó el "leveche". — Creí que había muerto. — He vuelto a pasar, y de sus raíces — ha brotado un retoño. — El retoño se convirtió en encina — de protectora sombra. — Bajo sus fuertes ramas reposa tu Magdalena — y piensa en la encina que ya desapareció.

Aquí Magdalena comenzó a sollozar desconsoladamente, y dos o tres hombres que, si llegara la ocasión, hubieran disparado sobre cristianos con tanta sangre fría como sobre perdices, se enjugaron gruesas lágrimas en sus curtidas mejillas.

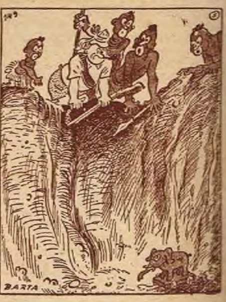
Colomba prosiguió de aquel modo bastante tiempo, ya dirigiéndose al difunto, ya a su familia, y a veces, mediante una prosopopeya, corriente en las baladas, haciendo hablar al mismo muerto para consolar a sus amigos o aconsejarlos. A medida que seguía la improvisación, la cara de Colomba iba tomando una


Las Cocineras Terribles
Revancha
—¿No podrías pagarle siquiera la mitad del sueldo atrasado, querido? Esta mañana quemó las tostadas y me volcó el café encima
Excusa
—Es mi amigo Sambo, señora. Lo traje para que me ayudara a limpiar los platos.
No fué nada...
—¡Oh!, no es nada, señores; no se alarmen... No me hice daño...
Psicóloga
—Este..., señora... Con respecto a esos señores que ha invitado para esta noche... ¿Desea usted que vuelvan otra vez, o...?









expresión sublime; su cutis se coloreaba de rosa transparente, que hacía resaltar más el brillo de sus perlados dientes y el fuego de sus dilatadas pupilas. Diríase una pitonisa en su trípode. Salvo algunos suspiros y algunos sollozos contenidos, no se oía el más leve rumor en la multitud que se agolpaba a su alrededor. Aunque más reacio que cualquier otro a aquella poesía ruda, Orso se sintió de pronto invadido por la emoción general. Retirado en un oscuro rincón de la sala, lloró como lo hacía el hijo del difunto que se velaba.

De súbito se produjo un ligero movimiento en el auditorio: abrióse el círculo y penetraron unas personas. En el respeto que se les demostró, en la premura con que se les hizo lugar, era evidente que se trataba de personajes importantes, cuya visita honraba significativamente a la casa. Sin embargo, en atención a la balada, nadie les habló. El que había entrado primero parecía contar unos cuarenta años. Su frac negro, su roseta roja en el ojal, el aire de autoridad y de confianza que denotaba su semblante hacían que se adivinase en él al prefecto. Tras él venía un anciano encorvado, de cara rugosa y amarillenta, que ocultaba a medias bajo unas gafas verdes una mirada tímida e inquieta. Llevaba un frac negro, demasiado ancho, el cual aunque nuevo aun, había sido, desde luego, hecho varios años atrás. Sin apartarse del prefecto, se hubiera dicho que deseaba ampararse en la sombra de aquél. Entraron por último dos jóvenes, esbeltos, con el cutis curtido por el sol, cubiertas las mejillas por espesas patillas, de mirada altiva, arrogante, y dando muestras de una impertinente curiosidad. Con el tiempo Orso se había olvidado de las caras de sus convecinos; pero la vista del anciano de gafas verdes trajo a él antiguos recuerdos. La presencia de aquel individuo a la vera del prefecto bastaba para darlo a conocer. Era el abogado Barricini, el alcalde de Pietranera, que acudía con sus dos hijos a ofrecer al prefecto el espectáculo de una balada. Imposible sería definir lo que pasó en aquel momento por el espíritu de Orso; pero la presencia del enemigo de su padre le causó un estremecimiento de horror, y más que nunca se sintió predispuesto a las sospechas que siempre había desechado.

En lo que se refiere a Colomba, la vista del hombre al que había consagrado un odio mortal dió a su rostro una expresión siniestra. Palideció, su voz se enronqueció, el verso comenzado expiró en sus labios... Pero rápidamente reanudó su balada y continuó con nueva vehemencia:

Cuando el gavilán se lamenta — ante su nido vacío —, los bencejos revolotean en torno —, ultrajando su dolor.

Oyóse una risa sofocada: eran los dos jóvenes recién llegados, a quienes sin duda les pareció demasiado audaz la metáfora.

El gavilán se despertará, desplegará sus alas, — bañará su pico en sangre. — Y tú, Carlos Bautista, que tus amigos — te dirijan el postrer adiós. — Tus lágrimas han corrido bastante. — Tan sólo la pobre huérfana no te llorará. — ¿Por qué había de llorarte? — Tú te has dormido a edad avanzada — en medio de tu familia — dispuesto a comparecer — ante el Todopoderoso. — La huérfana llora a su padre, — sorprendido por unos cobardes asesinos, — herido por la espalda; — a su padre, cuya sangre se cuaja — bajo el montón de verdes hojas. — Pero ella ha recogido esa sangre, — esa sangre noble e inocente; — la ha derramado sobre Pietranera — para que se trueque en un veneno mortal. — Y Pietranera quedará manchada — hasta que una sangre culpable — borre la mancha de la inocente sangre.

Al terminar estas palabras Colomba se dejó caer en una silla, se tapó la cara con el velo y comenzó a sollozar. Las mujeres acudieron llorosas a la improvisadora; varios hombres lanzaron miradas sombrías al alcalde y a sus hijos; algunos viejos musitaron algo sobre el escándalo que habían ocasionado aquéllos con su presencia. El hijo del difunto se abrió paso, dispuesto a suplicar al alcalde que se marchase cuanto antes; pero éste se había anticipado a la invitación. Salía ya, y sus hijos lo esperaban en la calle. El prefecto los siguió después de haber expresado unas palabras de pésame al hijo de Pietri. Orso se aproximo a su hermana, la tomó de un brazo y la sacó de la sala.

—Acompañadlos — dijo el joven Pietri a unos amigos —. Cuidad de que no les suceda nada.

Dos o tres jóvenes echaron mano, presurosos, a sus puñales, y escoltaron a Orso y a su hermana hasta la puerta de su vivienda.

XIII

La emoción que embargaba a Colomba impedíale pronunciar una palabra. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Orso, del que estrechaba una mano entre las de ella. Aunque interiormente bastante disgustado por la alusión de su hermana, Orso estaba lo bastante alarmado para dirigirle la menor objeción. Esperaba silencioso el final de la crisis nerviosa de la que parecía ella presa, cuando golpearon a la puerta, y Saveria entró toda nerviosa anunciando: "¡El señor prefecto!"

Colomba, al oír este nombre, se irguió, como avergonzada de su flaqueza, y se apoyó en una silla con mano ostensiblemente trémula.

El prefecto comenzó sus palabras con unas corrientes excusas respecto a la hora intempestiva de su visita; compadeció a Colomba; habló del peligro de las fuertes emociones; censuró la vieja costumbre de las lamentaciones fúnebres, que el mismo talento de la improvisadora hacía todavía más penosas para los asistentes, y deslizó con habilidad un sutil reproche respecto a la tendencia de la última improvisación. Después, cambiando de tono, prosiguió:

—Señor Della Rebbia, le traigo muchos recuerdos de sus amigos ingleses: mis Nevil los envía sumamente expresivos para esta señorita y me ha dado una carta para usted, señor Orso.

—¿Una carta de miss Nevil? — exclamó el joven.

—Me olvidé de traerla ahora, pero la tendrá usted en seguida. Su padre ha estado enfermo. Llegamos a temer que sufriera nuestras terribles fiebres. Felizmente ya está bueno, lo que usted podrá comprobar, porque creo que no tardará en verlo.

—Se asustaría mucho miss Nevil.

—Hemos tenido la suerte de que no se enterara del peligro hasta que pasó. Miss Nevil me ha hablado mucho de usted y de esta señorita.

Orso hizo una inclinación.

—Siente por ustedes una gran simpatía. Bajo un exterior lleno de gracia, bajo un simulacro de ligereza, es muy discreta.

—Es encantadora — expresó Orso.

—Casi a ruego suyo estoy yo aquí. Nadie conoce mejor que yo una fatal historia que desearía no verme obligado a recordarle. Como el señor Barricini es todavía alcalde de Pietranera y yo prefecto de este departamento, no preciso decirle el caso que hago de ciertas sospechas, de las que, si estoy bien informado, algunas personas imprudentes han querido que usted participase, y que usted ha rechazado, lo sé, con la indignación que era de esperar de su posición y su hombría.

—Colomba — dijo Orso agitándose en su aasiento —, estás muy cansada. Deberías irte a cama.

Colomba hizo un gesto negativo con la cabeza. Había recobrado su calma habitual y miraba fijamente al prefecto.

—El señor Barricini — continuó aquél — desearía fervorosamente que cesara esta especie de enemistad..., es decir, ese estado de incertidumbre en que se hallan ustedes el uno respecto del otro... En lo que a mí respecta tendría una gran satisfacción en ver establecerse entre ustedes las relaciones que deben existir entre personas nacidas para apreciarse...

—Señor prefecto — interrumpió Orso emocionado —, yo no acusé jamás a Barricini de haber asesinado a mi padre; pero cometió una acción que me impedirá tener jamás relaciones con él. Fraguó una carta amenazadora, escrita por un bandido, y tácitamente, por lo menos, la atribuyó a mi padre, de cuya muerte fué con seguridad causa indirecta la mencionada carta.

El prefecto, luego de una pausa, replicó:

—Que su padre lo creyera cuando, llevado por lo vivo de su temperamento, litigaba contra el señor Barricini es excusable; pero no puede aceptarse por su parte semejante ofuscación. Comprenda que Barricini no tenía interés alguno en simular esa carta... No hablo a usted del carácter de ese señor, puesto que no le conoce y le tiene verdadera prevención; pero no puede usted suponer que un hombre que conoce las leyes...

—Pero, caballero — exclamó Orso incorporándose —, tenga en cuenta que el decirme que esa carta no es obra de Barricini es atribuirla a mi padre, cuyo honor y nombre no permito que se manche.

—Nadie está más convencido que yo — contestó el prefecto — de la honorabilidad del coronel Della Rebbia. Además, el autor de la funesta carta es ya conocido.

—¿Cómo? — exclamó Colomba avanzando hacia el prefecto.

—Un miserable, autor de varios delitos, de esos delitos que ustedes los corsos no perdonan; un ladrón, un tal Tomaso Bianchi, preso en la actualidad en la cárcel de Bastia, ha manifestado que él fué el autor de la carta en cuestión.

—No lo conozco — dijo Orso —. ¿Qué fin pudo perseguir con eso?

—Es un sujeto de por aquí — explicó Colomba —, un hermano de un antiguo molinero nuestro. Es un desgraciado y mentiroso, indigno de que se le crea nada.

—Va usted a ver — prosiguió el prefecto — el interés que tenía en el caso. El molinero de que habla esta señorita, Teodoro — tal es su nombre —, tenía en arriendo un molino del padre de ustedes, impulsado por un arroyuelo, cuya pertenencia reclamaba el señor Barricini. El coronel, con su generosidad tradicional, apenas sacaba provecho de su molino. Ahora bien: Tomaso imaginó que si el señor Barricini ganaba el pleito habría que pagarle un considerable arriendo, porque no dudaba de que a Barricini le gustaba bastante el dinero. En resumen, para favorecer a su hermano, Tomaso falsificó la carta del bandido, y aquí está toda la historia. Bien sabe usted que los lazos de familia son tan poderosos en Córcega que arrastran a veces al delito... Sírvase leer esta carta que me ha enviado el fiscal y que le confirmará lo que termino de decirle.

Orso recorrió la carta, que relataba principalmente la confesión de Tomaso, y Colomba la leyó al mismo tiempo por encima del hombro de su hermano.

Cuando hubo terminado, ella expresó:

—Orlando Barricini fué a Bastia hace un mes, cuando supo que iba a venir mi hermano. Vería a Tomaso y le pagaría ese embuste.

—Señorita — dijo el prefecto, impaciente —, usted lo explica todo con suposiciones tendenciosas; no es ése el medio de descubrir la verdad. Usted, señor Della Rebbia, que es más sereno, dígame lo que piensa ahora. ¿Cree usted, como su hermana, que un hombre que no tiene que temer sino una ligera condena quiera agravarla con un delito de falsificación para favorecer a quien ni siquiera conoce?

El joven Orso releyó la carta del fiscal, fijándose en cada palabra con suma atención, porque desde que vió a Barricini se sentía más difícil de convencer que días antes. Por último se vió obligado a confesar que la explicación le parecía plausible.

Pero Colomba exclamó briosamente:

—Tomaso Bianchi es un impostor. No será condenado o se escapará de la cárcel; estoy convencida de que sucederá así.

El prefecto se encogió de hombros y dijo a Orso:

—Le comuniqué los informes que tengo. Me retiro y le dejo que medite. Esperaré a que razone bien todo esto y confío que su resolución tendrá más fuerza que las suposiciones de su hermana.

Orso, después de algunas palabras para excusar a Colomba, repitió que estaba ya persuadido de que Tomaso era el único y verdadero culpable.

El prefecto se había levantado para marcharse.

—Si no fuese tan tarde — insinuó — le propondría que viniese conmigo a recoger la carta de miss Nevil... Al mismo tiempo podría usted decir al señor Barricini lo que acaba de decirme y todo quedaría concluído.

—¡Jamás entrará Orso Della Rebbia en casa de un Barricini! — exclamó Colomba con ardor.

—A lo que parece, esta señorita es la que lleva la voz de la familia — observó el prefecto en tono burlón.

—Señor prefecto — replicó ella con firmeza —, está usted equivocado. No conoce usted a Barricini. Es el más astuto y más embustero de los hombres. Suplico a usted que no haga cometer a Orso un acto que le cubriría de ludibrio.

—¡Colomba! — exclamó Orso —. La pasión te enceguece.

—¡Orso! ¡Por el cofrecillo que te entregué, te lo ruego, escúchame! Entre tú y los Barricini hay sangre. ¡No irás a su morada!

—¡Colomba! — volvió a gritar Orso.

—No, hermano mío, no irás, o dejaré yo esta casa y no me volverás a ver... Ten compasión de mí, hermano.

Y cayó de rodillas.

—Me apena en extremo — dijo el prefecto — ver a esta señorita tan ofuscada. Estoy seguro de que usted la convencerá.

Entreabrió la puerta y se detuvo como en espera de Orso; pero éste expresó:

—No puedo dejarla ahora. Mañana, sí...

—Me marcho muy temprano.

—Por lo menos, hermano mío — suplicó Colomba con las manos cruzadas —, espera hasta mañana por la mañana. Déjame revisar los papeles de mi padre... No puedes negarme esto que te pido.

—Bueno, los verás esta noche; pero después no vuelvas a atormentarme con ese odio ancestral... Perdóneme, señor prefecto. Tampoco yo me hallo bien. Preferible es dejarlo para mañana.

—La noche es una gran consejera — contestó el prefecto retirándose —. Espero que mañana habrán desaparecido todas las vacilaciones que usted siente ahora.

—Saveria — ordenó Colomba —, toma la linterna y acompaña al señor prefecto. Te dará una carta para el señorito Orso.

Agregó algo que sólo pudo oír la sirvienta.

—Colomba — dijo Orso cuando se marchó el prefecto —, me has disgustado mucho. ¿Seguirás negando lo que ya es tan evidente?

—Me diste de plazo hasta mañana — contestó ella —. Tengo muy poco tiempo, pero confío todavía.

Dichas estas últimas palabras, tomó un llavero y se encaminó a una habitación del piso segundo. Oyósele allí abrir precipitadamente cajones y registrar en un escritorio donde su padre solía guardar los papeles que consideraba importantes.

XIV

No fué mucho lo que esperó Orso la llegada de Saveria, pues ésta estuvo poco tiempo fuera. Regresó seguida de Chilina, que se frotaba los ojos por haber sido despertada en su primer sueño.

—¿Qué vienes a hacer aquí a estas horas, pequeña? — le preguntó, intrigado, Orso.

—Me mandó llamar la señorita — contestó Chilina.

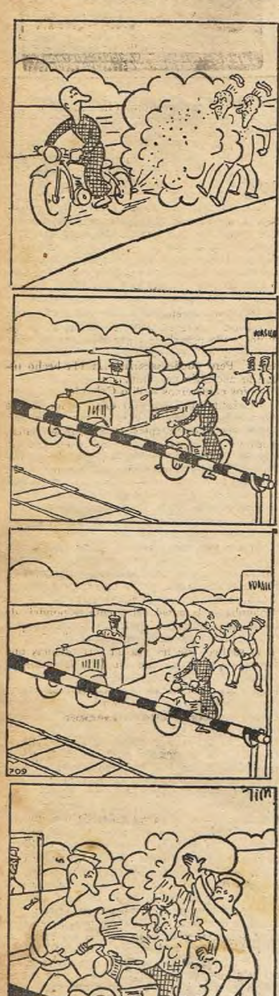
"¿Qué le querrá?", se dijo él; pero se apresuró a abrir la carta de miss Nevil mientras que la niña subía hasta donde se hallaba Colomba.

"Amigo mío: Mi padre estuvo algo enfermo, y es además tan perezoso para escribir que tengo yo que servirle de secretaria. Recordará usted que el otro día se mojó los pies en la playa, en vez de admirar con nosotros el paisaje, y basta eso para que tenga uno fiebre en esta encantadora isla. Estoy viendo el gesto que usted ha hecho y su ademán para buscar su puñal, pero creo que no lo tendrá ya. Así que mi padre tuvo un poco de fiebre y yo mucho miedo; pero el prefecto, que continúa pareciéndome muy gentil, nos proporcionó un médico muy amable también, que en dos días nos libró del susto; mi padre no ha recaído y quiere volver a cazar, pero se lo prohibo por el momento. ¿Cómo ha dado usted con su castillo de las montañas? ¿Sigue en el mismo lugar la torre del norte? ¿Hay duendes? Le pregunto todo esto porque mi padre se acuerda de que usted le ha prometido gamos, jabalíes, muflones, etc. De camino para embarcar en Bastia, contamos con suplicar a usted hospitalidad, y espero que el castillo Della Rebbia, aunque tan vetusto y destartalado como usted dice, no se derrumbará con nuestro peso. Aunque el prefecto sea tan buen "causeur" que con él no falte nunca tema de conversación, me vanaglorio de haberle llevado adonde yo quería. Hemos hablado de usted. Las autoridades de Bastia le han transmitido cierta revelación de un mal sujeto que tienen bajo llave, las cuales deben disipar las postreras sospechas que usted pudiera albergar; su malquerencia, pues, que me inquietaba a veces, debe terminar. No puede usted imaginarse lo que esto me ha complacido. Cuando se marchó usted con la bella improvisadora empuñando la escopeta y con la mirada sombría, lo vi a usted más corso que de ordinario..., hasta demasiado corso. ¡Basta! Le escribo tanto porque me aburro. El prefecto se dispone a marchar, ¡ay! Cuando nos pongamos en camino para las montañas de usted le enviaremos una esquela y me tomaré la libertad de escribir a la señorita Colomba para pedirle un poema. Entretanto, ofrézcale mis afectos. Uso mucho su puñalito; con él abro las hojas de una novela que he traído; pero esa arma terrible se indigna de tal trabajo y me desgarra el libro de una manera lastimosa. Adiós; mi padre envía a usted sus saludos. Atienda al prefecto: es hombre de buen consejo, y creo que por usted va a dar un rodeo en su camino; marcha a colocar una primera piedra en Corte; me imagino que esto debe de ser una ceremonia muy solemne, y lamento mucho no asistir a ella. Un señor con casaca bordada, medias de seda, fajín blanco, echando una paletada de cal y pronunciando un discurso... La ceremonia concluirá con los gritos mil veces repetidos de "¡Viva el rey!" Se va usted a enorgullecer mucho por haberme hecho llenar las cuatro carillas; pero me aburro mucho, señor mío, se lo repito, y por esta razón le permito que me escriba largo y tendido. A propósito: me parece muy raro que aun no



LOS DOS HERMANITOS

EL QUE RIE ULTIMO... **Por TIM**



me haya participado su feliz arribo a Pietranera.

"Lydia.

"P. S. — Le encargo que oiga con atención al prefecto y haga lo que le diga. El y yo hemos decidido que debe usted proceder así, y me agradaría mucho que así sucediera."

Orso releyó varias veces esta carta, acompañando mentalmente cada lectura con innumerables comentarios. Escribió después una larga contestación y encargó a Savería que llevase la misiva a un vecino que salía aquella noche para Ajaccio. Ya no pensaba en discutir con su hermana los agravios, verdaderos o falsos, de los Barricini. La carta de miss Lydia le hacía verlo todo de color de rosa; ya no tenía ni sospechas ni odio. Aguardó algún tiempo a que bajase Colomba, y como ésta tardara, fué a acostarse, libre de las preocupaciones de aquellos últimos días. Chilina fué despedida con instrucciones secretas, y Colomba pasó la mayor parte de la noche leyendo viejos papelotes. Antes de amanecer sonaron en su ventana los golpes de unas piedrecillas; al oír esta señal bajó al jardín, abrió una pequeña puerta secreta e introdujo en la casa a dos hombres de muy mal aspecto; lo primero que hizo fué llevarlos a la cocina y darles de comer.

XV

Serían las seis de la mañana cuando un sirviente del prefecto llamaba en la casa de Orso. Fué recibido por Colomba, a quien anunció que el prefecto iba a marchar y que esperaba a Orso. Colomba contestó sin vacilar que su hermano acababa de caerse por la escalera y se había hecho daño en un pie, por lo cual, no pudiendo dar un paso, rogaba al señor prefecto que lo excusara y que le agradecería sinceramente que se dignase venir a verlo. Poco después de esto bajó Orso y preguntó a su hermana si el prefecto no había mandado a buscarlo.

—Te encarece que le aguardes aquí —contestó ella, con la mayor firmeza.

Transcurrió media hora sin que se notase el menor movimiento en la casa de los Barricini. Entretanto, Orso preguntó a su hermana si había hallado algo, a lo que respondió ella que hablaría delante del prefecto. Demostraba una gran calma; pero el color de su cara y el brillo de sus ojos acusaban una agitación intensa.

Al fin vióse abrir la puerta de los Barricini y salir al prefecto, en traje de viaje, acompañado por el alcalde y sus dos hijos. Grande fué el asombro de los habitantes de Pietranera, que desde que saliera el alba estaban al acecho para asistir a la marcha del primer magistrado del departamento, cuando le vieron, seguido por los tres Barricini, cruzar la plaza en línea recta y entrar en casa de los Della Rebbia: "¡Van a hacer las paces!", exclamaron todos.

—Ya lo decía yo — afirmó un viejo —. Orso Anton ha vivido mucho tiempo en el continente para hacer las cosas como un verdadero corso.

—No obstante —replicó un partidario de los Della Rebbia —, observe usted que son los Barricini los que van a verle. Piden perdón.

—Los ha convencido el prefecto —contestó el viejo —. El valor se ha acabado ya y a los jóvenes los tiene sin cuidado la sangre paterna, como si todos ellos fuesen entenados.

El prefecto se sorprendió al hallar a Orso de pie y andando sin dificultad. Colomba se acusó en dos palabras de su mentira y pidió que la perdonasen.

—Si hubiese usted parado en otra parte — agregó —, mi hermano hubiera ido ayer mismo a saludarle.

Orso se deshacía en excusas, afirmando que nada tenía que ver en aquella ridícula comedia, que le disgustaba en lo más íntimo. El prefecto y el alcalde parecieron creer en la sinceridad de las palabras de Orso, apoyadas, además, por su confusión y por las recriminaciones que dirigió a su hermana; pero los hijos de Barricini no se mostraron convencidos de todo.

—Esto es una burla — dijo Orlanduccio lo bastante alto para ser escuchado.

—Si mi hermana me hiciese una cosa así — apoyó Vincentello —, no la dejaría repetirla más.

Estas palabras y el tono con que fueron dichas molestaron a Orso y le hicieron perder un poco de su buena voluntad. Cambió con los jóvenes unas miradas llenas de reproche.

Sin embargo, todos se sentaron, excepto Colomba, que permaneció en pie junto a la puerta de la cocina. El prefecto tomó la palabra y comenzó manifestando que la mayor parte de las enemistades más acérrimas no tenían por causa más que alguna mala inteligencia. Luego, dirigiéndose al alcalde, le dijo que el señor Della Rebbia no había creído jamás en que la familia Barricini hubiese tomado parte ni directa ni indirecta en el lamentable suceso que le había privado de su padre, y que aun cuando era verdad que había tenido algunas dudas respecto a alguna particularidad del pleito que hubo entre las dos familias, estas dudas se explicaban por la larga ausencia del señor Orso y la naturaleza de los informes que había recibido; pero que, enterado ahora por revelaciones recientes, se consideraba plenamente satisfecho y deseaba entablar con el señor Barricini y sus hijos relaciones de buena vecindad y armonía.

Orso se inclinó, algo embarazoso; el señor Barricini pronunció unas palabras que no entendió nadie; sus hijos se pusieron a mirar las vigas del techo. El prefecto iba a proseguir su peroración, dirigiéndose ahora a Orso, cuando Colomba mostró unos papeles, avanzó solemnemente entre las partes contratantes, y expresó:

—Con el mayor gusto vería el fin de la enemistad entre nuestras dos familias; mas para que la reconciliación sea sincera es necesario explicarse y no dejar nada en la sombra. Señor prefecto: no sin razón me era sospechosa la declaración de Tomaso Bianchi, por venir de un hombre tan deshonesto. Dije que tal vez los hijos del alcalde vieron a ese hombre en la prisión de Bastia...

—Es completamente falso — interrumpió Orlando —; no lo he visto.

Colomba le dirigió una mirada despreciativa, y prosiguió, con mucha calma:

—Usted, señor prefecto, explicó el interés que pudiera tener Tomaso en amenazar al señor Barricini en nombre de un bandido temible, con el fin de que su hermano Teodoro conservase el molino que, a bajo precio, le arrendaba mi padre.

—Así es — dijo el prefecto.

—Todo se explica por parte de un miserable como parece ser ese Bianchi — apuntó Orso, engañado por el tono mesurado de su hermana.

—La carta falsificada — continuó Colomba, cuyos ojos empezaban a mostrar mayor brillo — está fechada en 11 de julio. Tomaso vivía por entonces con su hermano, en el molino.

—Sí — asintió el alcalde, un poco intrigado.

—Pues bien: ¿qué interés podía tener Tomaso? — exclamó Colomba con aire triunfal —. El arrendamiento de su hermano había expirado; mi padre lo despidió en 1º de julio. Aquí está el registro de mi padre, la minuta del desahucio y la carta de un comisionista de Ajaccio que nos proponía un nuevo arrendador del molino.

Al hablar así hizo entrega al prefecto de los papeles que tenía en la mano.

Hubo un instante de asombro general. El alcalde palideció visiblemente; Orso, fruncidas las cejas, se adelantó para enterarse de los

documentos, que el prefecto leía muy atentamente.

—¡Esto es una infame burla! — volvió a exclamar Orlando, levantándose airadamente —. Vámonos, padre; nunca hubiéramos debido venir a esta casa.

Le bastó un momento a Barricini para recobrar su aplomo. Solicitó examinar los documentos; el prefecto se los entregó sin pronunciar palabra. Entonces aquél se alzó a la frente sus gafas verdes y los leyó mostrando bastante indiferencia, mientras que Colomba lo observaba con ojos de fuego.

—Sin duda — dijo Barricini volviendo a ponerse bien las gafas y devolviendo los papeles al prefecto —, como conocía la bondad del coronel Della Rebbia, pensó Tomaso..., debió de pensar... que el señor coronel dejaría sin efecto su resolución de despedirlo... El caso es que Teodoro siguió en el molino, después...

—Siguió por mí — le interrumpió Colomba en tono de desprecio —. Mi padre había muerto, y en mi posición quise contemporizar con los clientes de mi familia.

—Lo que, no obstante, está claro — replicó el prefecto — es que Tomaso ha declarado que escribió él la carta de que nos estamos ocupando.

—Lo que está claro para mí — interrumpió Orso — es que hay grandes infamias ocultas en todo este triste hecho.

—Aun tengo que contradecir una afirmación de estos señores — añadió su hermana.

Colomba abrió la puerta de la cocina y en seguida entraron en la sala Brandolaccio, el licenciado en teología y el perro *Brusco*. Los dos bandidos no portaban armas, al menos a la vista; tenían puesta la cartuchera, pero no la pistola. Al hacer su entrada en la sala se quitaron respetuosamente los gorros.

Es de imaginar el efecto que produjo su repentina aparición. El alcalde creyó que iba a desvanecerse; sus hijos se pusieron valerosamente ante él con la mano en el bolsillo, en procura de los puñales. El prefecto inició un movimiento hacia la puerta, en tanto que Orso, agarrando a Brandolo por el cuello le gritó:

—¿Qué vienes a hacer aquí, miserable?

—¡Esto es una burda emboscada! — exclamó el alcalde tratando de abrir la puerta; pero Saveria la había cerrado por fuera con llave, por orden de los bandidos, como después se aclaró.

—No se asusten de mí, buenas gentes — dijo Brandolaccio —; aunque negro, no soy tan peligroso. No traemos malas intenciones, señor prefecto. Mi teniente, más suavidad, me está ahogando. Venimos aquí como testigos. Anda, cura, habla tú, que tienes más facilidad de palabra.

—Señor prefecto — comenzó el licenciado —, yo no tengo la honra de ser su conocido. Mi nombre es Giocanto Castriconi, más conocido con la denominación de cura... ¡Ah!, ya cae usted en quién soy... Esta señorita, a la que tampoco tenía el placer de conocer, me ha rogado que le diese algunos datos referentes a un tal Tomaso Bianchi, con el que he compartido mi celda durante tres semanas en la cárcel de Bastia. Lo que tengo que decirle a usted...

—No se moleste — lo interrumpió el prefecto —; nada tengo que oír de un hombre como usted... Señor Della Rebbia, me avengo a creer que no tiene usted parte alguna en este odioso complot; pero si es el amo en su casa, mande abrir esa puerta. Y su hermana tendrá quizá que dar cuenta de las raras relaciones que mantiene con gentes a quienes se considera unos bandidos.

—Señor prefecto — imploró Colomba —, sírvase oír lo que va a decir este hombre. Usted está aquí para hacer justicia a todos y su deber es averiguar la verdad. Habla, Giocanto Castriconi.

—¡No le escuche usted! — exclamaron a la vez los tres Barricini.

—Si todo el mundo habla a un tiempo — dijo sonriendo el bandido — no hay manera de entenderse. Digo, pues, que en la cárcel tuve por compañero, no por amigo, a ese Tomaso, el cual recibía a menudo visitas del señor Orlanduccio...

—¡Mentira! — gritaron los dos hermanos.

—Dos negaciones valen por una afirmación — observó fríamente Castriconi —. Tomaso tenía dinero, comía y bebía como un rey. A mí me ha gustado siempre cuidarme bien (es mi menor defecto), y a pesar de mi repugnancia a alternar con aquel granuja me dejé convidar varias veces por él. En agradecimiento, le propuse que se escapara conmigo... Una muchacha... a la que yo había hecho ciertos favores me proporcionó los medios... No quiero comprometer a nadie. Tomaso se negó, me expresó que estaba confiado en su asunto, que el abogado Barricini lo había recomendado a todos los jueces, que saldría de allí limpio como un ángel y con dinero en el bolsillo. En lo que a mí respecta, pensé que debía tomar el aire, y así lo hice.

—Todo lo que ha dicho ese hombre es un verdadero cúmulo de mentiras — repitió firmemente Orlanduccio —. Si estuviéramos en campo abierto, cada cual con la escopeta, no hablaría así.

—¡Ahora sí que la hizo buena! — exclamó Brandolo —. No se enemiste con el cura, Orlanduccio.

—¿Me dejará usted salir por fin, señor Della Rebbia? — dijo el prefecto golpeando con impaciencia el suelo.

—¡Saveria, Saveria! — gritó Orso —: ¡abra la puerta, por todos los santos!

—Un momento — dijo Brandolaccio —. Primero tenemos que marcharnos nosotros por nuestro lado. Es costumbre, señor prefecto, que cuando se encuentran enemigos en casa de amigos comunes se den media hora de tregua al apartarse.

El prefecto le lanzó una mirada fulminante.

—Servidor de todos ustedes — dijo Brandolo. Después, extendiendo el brazo, ordenó a su perro —: Vamos, *Brusco*, salta por el señor prefecto.

Así lo hizo el perro, los bandidos recogieron apresuradamente sus armas en la cocina, huyeron por el jardín, y al oírse un agudo silbido la puerta de la sala se abrió de repente.

—Señor Barricini — dijo Orso con reconcentrada ira —, lo considero a usted como un falsario. Hoy mismo remitiré una queja contra usted al fiscal, por falsía y complicidad con Bianchi. Tal vez tenga aún que formular contra usted una denuncia peor todavía.

—Y yo, señor Della Reebbia — replicó el alcalde —, lo denunciaré a usted por haberme preparado una celada y por ocultación de bandidos. Mientras tanto, el señor prefecto lo recomendará a la gendarmería.

—El prefecto sabrá cumplir con su deber — declaró éste en tono severo —. Cuidará de que no se perturbe el orden en Pietranera y de que se haga justicia. Me dirijo a todos ustedes en general.

El alcalde y Vincentello estaban ya fuera de la sala, y Orlanduccio los seguía andando hacia atrás, cuando Orso le dijo en voz baja:

—Su padre es un viejo a quien aplastaría yo de una bofetada: se la aplicaré a usted y a su hermano.

Por respuesta, Orlando sacó su puñal y se arrojó sobre Orso furioso; pero, antes de que pudiera hacer uso de su arma, Colomba lo agarró del brazo y se lo retorció con fuerza, mientras que Orso, a puñetazos, le hizo retroceder unos pasos y tropezar rudamente contra el quicio de la puerta. Se le cayó el puñal; pero Vincentello acudió con el suyo, cuando Colomba, apoderándose con presteza de una escopeta, le demostró que la partida no era igual. A la vez, el prefecto se interpuso entre los combatientes.

—¡Hasta muy prontito, Ors Anton! — gritó Orlando; y tirando violentamente de la puerta de la sala la cerró con llave para tener tiempo de efectuar la retirada.

Orso y el prefecto continuaron un cuarto de hora en la sala sin hablar, en sendos rincones de la habitación. Colomba, con la frente radiante por el orgullo del triunfo, los miraba alternativamente, apoyada en la escopeta que había resuelto la victoria.

—¡Qué país, qué país! — exclamó al fin el prefecto levantándose indignado —. Ha obrado usted mal, señor Della Rebbia. Le pido su palabra de honor de abstenerse de toda violencia y de que espere el fallo de la justicia en este maldito asunto.

—Sí, señor prefecto; he hecho mal en pegar a ese miserable; pero, en fin, lo he hecho y no puedo negarle la reparación que me pide.

—¡Bah, no! El no quiere batirse con usted... Pero puede asesinarle... Ha hecho usted lo necesario para ello.

—Nos cuidaremos — dijo Colomba.

—Orlanduccio — añadió Orso — me parece un muchacho valiente y no le juzgo tan mal, señor prefecto. Se apresuró a sacar su puñal; pero yo en un caso similar quizá hubiera hecho lo mismo. He tenido la suerte de que mi hermana posea unos puños de hierro.

—No se batirá usted — declaró el prefecto —: se lo prohibo terminantemente.

—Permítame que le manifieste que en asuntos de honor no reconozco más autoridad que la de mi conciencia.

—Le repito que usted no se batirá.

—Puede usted hacerme prender..., si es que me dejo. Pero si esto ocurriese, no conseguiría más que postergar un asunto inevitable.

—Si usted detiene a mi hermano — agregó Colomba —, la mitad del pueblo se pondría de su parte y presenciaríamos una batalla campal.

—Le prevengo, señor prefecto — dijo Orso —, y le suplico que no vea en mis palabras una bravata, que si Barricini abusa de su autoridad

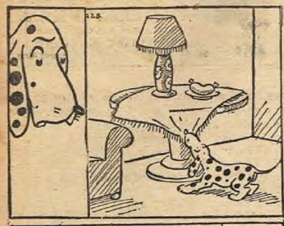
Mala interpretación



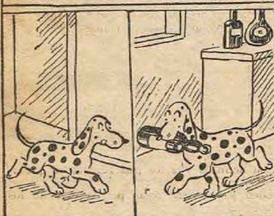
—*¡Imagínate, lavar un mosquito!*

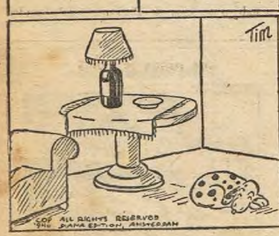
EL PERRO ASDRUBAL

ARREGLO **por TIM**









de alcalde, para hacer que me prendan, sabré defenderme.

—Desde este momento — contestó el prefecto — el señor Barricini queda suspendido en sus funciones... Espero que se justificará... Le declaro que me interesa usted. Lo que le pido es muy poca cosa: que permanezca tranquilo en su casa hasta que yo vuelva de Corte. Mi ausencia sólo durará tres días. Volveré con el fiscal y entonces aclararemos por completo este enojoso asunto. ¿Me promete usted abstenerse hasta entonces de toda hostilidad?

—No se lo puedo prometer si, como espero, se me desafía a un duelo.

¿Pero cómo, señor Della Rebbia? Usted, un militar francés, ¿quiere batirse con un hombre al que cree un falsario?

—Le he pegado.

—De modo que si hubiera usted pegado a un presidiario y éste le pidiese una reparación, ¿se batiría usted con él? ¡Vamos, señor Orso! Pues bien; le pediré menos aun: no busque usted a ese sujeto. Le permitto que se bata usted con él si es desafiado.

—Me desafiará, no lo dude; pero le prometo que no abofetearé de nuevo a ese individuo para obligarlo a que se bata.

—¡Qué país! — repitió el prefecto paseándose a largos pasos por la habitación —. ¿Cuándo regresaré a Francia?

—Señor prefecto — dijo Colomba con voz más dulce —, ya es tarde; ¿nos haría usted el honor de almorzar con nosotros?

El prefecto no pudo contener la risa.

—Ya he estado aquí demasiado tiempo..., parece una parcialidad... ¡Y esa condenada piedra!... Tengo que irme... ¡Cuántas desgracias ha preparado usted hoy tal vez, jovencita!

—Por lo menos, señor prefecto, haga usted a mi hermana la justicia de creer que sus convicciones son profundas; y ahora estoy seguro, también usted lo cree, de que tienen base.

—Vaya, adiós — dijo el prefecto despidiéndose —. Le advierto que voy a dar orden al cabo del puesto de que le vigile celosamente.

Cuando salió el prefecto Colomba dijo a su hermano:

—Orso, no te olvides de que aquí no estás en el continente; Orlanduccio no entiende nada de vuestros lances, y además ese miserable no debe morir como un hombre de honor.

—Eres muy buena y muy fuerte, Colomba. Te debo el haberme salvado de una buena puñalada. Dame tu mano fraternal para que la bese. Pero déjanos obrar a mí. Hay cosas que no entiendes. Dame de almorzar; y en cuanto el prefecto se haya puesto en camino envíame a Chilina, que tan bien sabe cumplir con los encargos que se le dan. La necesitaré para que lleve una misiva.

Mientras que Colomba atendía los preparativos del almuerzo, Orso subió a su habitación y escribió lo siguiente:

"Usted debe de tener prisa por encontrarme; no la tengo yo menos. Mañana por la mañana, a las seis, podemos vernos en el valle de Acquaviva. Soy un regular tirador de pistola y no le propongo esa arma. Dicen que usted maneja bien la escopeta: llevemos cada uno una de dos cañones. Iré acompañado por un amigo. Si su hermano quiere acompañarle, lleve otro testigo y comuníquemelo. Solamente en este caso acudiré con dos padrinos.

Orso Antonio Della Rebbia".

Después de haber permanecido una hora en casa del teniente alcalde y entrado unos minutos en casa de los Barricini, el prefecto salió para Corte, acompañado de un solo gendarme. Transcurrido un cuarto de hora Chilina llevó la carta que se acaba de leer y se la entregó a Orlanduccio en sus manos.

La contestación se hizo esperar; no llegó hasta la tarde. La firmaba Barricini, padre, y anunciaba a Orso que remitía al fiscal la amenazadora carta dirigida a su hijo. "Tranquilo en mi conciencia — agregaba al final —, espero a que la justicia haya dado su fallo respecto a las calumnias de usted". A todo esto, cinco o seis pastores, llamados por Colomba, llegaron para custodiar la torre de los Della Rebbia. A pesar de las protestas de su hermano practicáronse *archere* en las ventanas que daban a la plaza, y en todo el transcurso de la tarde estuvo recibiendo ofrecimientos de servicios de distintas personas del pueblo. Hasta le llegó una carta del bandido teólogo, en la que prometía, en su nombre y en el de Brandolaccio, intervenir si el alcalde solicitaba el auxilio de la gendarmería. Terminaba con estas palabras: "¿Me permitiría preguntarle lo que piensa el señor prefecto de la excelente enseñanza que mi amigo da a su perro *Brusco?* Después de Chilina, no conozco alumno más dócil y más aplicado."

XVI

El nuevo día no trajo ningún acontecimiento. Podría decirse que ambas partes se mantenían a la defensiva. Orso no abandonó su casa, y la puerta de los Barricini permaneció todo el día cerrada. A los cinco se vió a los gendarmes de Pietranera pasearse por la plaza o por los alrededores del pueblo, acompañados por el guarda rural, único representante de la milicia urbana. El teniente alcalde no se sacaba el fajín de primera autoridad local; pero salvo los *archere* en las ventanas de las dos casas enemigas, nada daba indicios de guerra. Tan sólo un corso hubiera observado que alrededor de la encina verde de la plaza no había más que mujeres.

A la hora de cenar mostró Colomba con aire alegre a su hermano la siguiente carta, que terminaba de recibir de miss Nevil:

"Mi querida amiga: Por carta de su hermano me entero con verdadero placer de que han terminado las inquietudes de ustedes. Los felicito; mi padre no puede soportar a Ajaccio desde que no está aquí su hermano para hablar con él de guerras y cacerías. Salimos hoy y pararemos en casa de la parienta de ustedes, para la que tenemos una carta. Pasado mañana, aproximadamente a las once, iré a que me obsequie usted con ese *bruccio* de las montañas, tan superior, según sus palabras, al de la ciudad.

"Adiós, querida amiga. Su afectísima,

"Lydia Nevil."

—Se conoce que no ha recibido mi segunda carta — expresó Orso.

—Por la fecha de la suya puedes comprender que esa señorita estaba ya en marcha cuando tu carta llegó a Ajaccio. ¿Le decías que no viniera?

—Le manifestaba que estábamos en estado de sitio. Me parece que no es una situación para recibir a alguien.

—¡Bah! Esos ingleses son muy originales. Me dijo ella, la última noche que pasé en su cuarto, que lamentaría marchar de Córcega sin haber presenciado una buena *vendetta.* Si quisieras, se le podía ofrecer el espectáculo de un asalto a la casa de nuestros eternos enemigos.

—¡Creo — exclamó Orso — que la naturaleza se equivocó al hacer de ti una mujer, Colomba! Hubieras sido un excelente militar.

—Tal vez. Entretanto voy a hacer el *bruccio.*

—Es inútil. Hay que enviar a alguien para advertirlos y detenerlos antes de que se pongan en marcha.

—¿Sí? ¿Vas a enviar un mensajero con el tiempo que hace, para que cualquier torrente se lo lleve con la carta?... ¡Cómo recuerdo con pena en estos momentos de tormenta a los pobres bandidos! Afortunadamente, tienen buenas zamarras. ¿Sabes lo que hay que hacer? Si la tormenta amaina, te vas mañana muy tempranito, para llegar a casa de nuestra parienta antes de que tus amigos se hayan puesto en marcha. Te será fácil, porque miss Lydia se levanta siempre tarde. Les comunicas lo que ocurre aquí, y si insisten en venir tendremos el mayor placer en hospedarlos.

Orso se apresuró a aceptar este proyecto, y Colomba, luego de unos momentos de silencio, declaró:

—Tal vez has creído que bromeaba al hablar de un asalto a la casa de los Barricini. No olvides que somos los más fuertes en número: dos contra uno por lo menos. Desde que el prefecto ha suspendido al alcalde, to-

dos los hombres de aquí están a nuestro lado. Podríamos hacerlos pedazos. Nos sería fácil bloquear su casa. Si quisieras, iría hasta la fuente, me burlaría de sus mujeres y saldrían ellos... Quizá, porque son unos cobardes, dispararían contra mí desde sus *archere;* fallarían los tiros. Todo estaba decidido entonces: eran ellos los atacantes. Tanto peor para los vencidos: ¿dónde hallar en una pelea así al que ha dado un buen golpe? Cree a tu hermana, Orso: las aves negras de la curia van a venir emborronar papel y a decir muchas frases inútiles. Nada resultará de esto. El viejo zorro hallará el medio de hacerles ver lo blanco negro. ¡Ah! Si el prefecto no se hubiera puesto delante de Vincentello, habría ya un enemigo menos.

Estas palabras fueron dichas con la misma tranquilidad con que habló antes de los preparativos del *bruccio.*

Su hermano, asombrado, miraba a Colomba con una admiración entremezclada de miedo.

—Mi querida hermana — dijo levantándose de la mesa —, temo que seas el mismo diablo en persona; pero quédate tranquila. Si no logro que cuelguen a los Barricini, lo arreglaré de otra manera: "Bala caliente o hierro frío". Ya ves que no me he olvidado de nuestros refranes corsos.

—Cuanto más pronto, mejor — replicó Colomba suspirando —. ¿Qué caballo vas a montar mañana?

—El negro. ¿Por qué me lo preguntas?

—Para darle su pienso.

Cuando Orso ya estaba en su cuarto, Colomba mandó a dormir a la sirvienta Saveria y a los pastores, y se quedó sola en la cocina, donde se preparaba el *bruccio.* De tanto en tanto prestaba oído y parecía esperar con impaciencia a que se hubiese dormido su hermano. Cuando lo juzgó así agarró un cuchillo, se aseguró de que cortaba bien, calzóse con unos zapatones, y sin hacer el menor ruido salió subrepticiamente al jardín.

El jardín, cercado de tapias, daba a un vasto terreno acotado, en el que se hallaban los caballos, porque en Córcega los caballos no conocen las cuadras. Generalmente se los suelta en un campo y se le deja a su instinto el cuidado de buscar alimento y un abrigo contra el frío y las tormentas.

Con toda precaución Colomba abrió la puerta del jardín, salió afuera, y silbando suavemente hizo que acudieran los caballos, a los que llevaba a menudo pan y sal. Tan pronto tuvo a su alcance el caballo negro, le asió con fuerza por las crines y le rajó una oreja con el cuchillo. El animal dió un salto terrible y escapó lanzando ese relincho agudo que un vivo dolor les arranca. Satisfecha con lo hecho, Colomba volvió a entrar en el jardín, a tiempo que Orso abría su ventana y gritaba: "¿Quién anda ahí?" Y se oyó que amartillaba su escopeta. Por suerte para Colomba, la puerta del jardín estaba completamente a oscuras y una corpulenta higuera la cubría en parte. Seguidamente, por los resplandores intermitentes que vió brillar en la habitación de su hermano, comprendió Colomba que trataba de encender su lámpara. Entonces se apresuró a cerrar la puerta del jardín y, deslizándose a lo largo de las tapias, de modo que su vestido negro se confundiese con el follaje de las hiedras, llegó a la cocina momentos antes de que se presentara Orso.

—¿Qué sucede? — le preguntó ella.

—Me pareció oír — contestó Orso — que abrían la puerta del jardín.

—Imposible. El perro hubiese ladrado. Pero vayamos a examinarla.

Orso registró el jardín, vió que la puerta exterior estaba bien cerrada y, algo molesto por su falsa alarma, se dispuso a volver a su habitación.

—Me alegro — dijo Colomba — de que demuestres prudencia en la situación en que te hallas.

—Tú me lo has enseñado — contestó él —. ¡Buenas noches!

Orso se levantó al amanecer dispuesto a marchar. Su traje denotaba el atildamiento y la elegancia de un hombre que va a ver a una joven a la que desea agradar y la prudencia de un hombre en *vendetta.* Sobre una levita azul bien entallada llevaba en bandolera una cajita de hoja de lata con cartuchos, pendiendo de un cordón de seda verde; en un bolsillo del costado tenía su puñal, y empuñaba la hermosa escopeta de Manton, cargada con bala. En tanto que tomaba de prisa una taza de café servida por Colomba había salido un pastor para ensillar el caballo. Orso y su hermana lo siguieron poco después. El pastor se había apoderado del caballo, pero había dejado caer la silla y las bridas, y parecía asombrado, mientras que el caballo, que se acordaba de la herida de la noche anterior y temía por su otra oreja, se encabritaba, se resistía, relinchaba y lanzaba coces.

—¡Vamos, pronto! — gritó Orso.

—¡Ah Ors Anton! ¡Ah Ors Anton! ¡Sangre de la Madona! — exclamaba el pastor, con otras muchas imprecaciones.

—¿Qué ocurre? — preguntó Colomba.

Se acercaron todos al caballo, y al verle manando sangre y con una oreja rajada hubo una exclamación general de sorpresa e indignación. Conviene decir que mutilar el caballo de su enemigo es para los corsos, a la vez que una venganza, un desafío y una amenaza de muerte. "Nada más que un tiro puede castigar tal hazaña". Aunque Orso, que había vivido bastante tiempo en el continente, sintiese menos que otro la barbaridad del acto, si en aquel momento se le hubiese presentado un barricinista es casi seguro que al instante le hubiese hecho expiar un agravio que atribuía a sus enemigos de siempre.

—¡Cobardes, canallas! — gritó —. ¡Vengarse en una pobre bestia, cuando no se atreven a darme la cara!

—¿Qué aguardamos? — exclamó Colomba impetuosamente —. Vienen a provocarnos, a mutilar nuestros caballos, y ¿no vamos a responderles? ¿Sois hombres o no?

—¡Venganza! — respondieron los pastores —. Paseemos el caballo por el pueblo y asaltémosles la casa.

—Hay un pajar pegado a su torre — propuso el viejo Polo Griffo —. En un abrir y cerrar de ojos le prendo fuego.

Otro decía que era mejor ir a buscar las escalas del campanario de la iglesia; un tercero, derribar las puertas de la casa de los Barricini con una viga que había en la plaza destinada a un edificio en obra. En medio de todas aquellas voces furiosas oíase la de Colomba anunciando a sus aliados que antes de ponerse a la obra iba a dar a cada uno un buen vaso de caña.

Afortunadamente, el efecto que se había prometido ella de su crueldad con el pobre bruto quedaba perdido en gran parte para Orso. No dudaba éste de que la bárbara mutilación fuese obra de sus enemigos, y era de Orlanduccio de quien de modo particular sospechaba; pero no creía que aquel mozo, provocado y abofeteado por él, hubiese borrado su afrenta con cortar la oreja a un pobre caballo. Al contrario, aquella baja y ridícula venganza agrandaba su desprecio hacia sus enemigos, y pensaba ahora, como el prefecto, que semejantes gentes no merecían batirse con él. Tan pronto se pudo hacer oír declaró a sus partidarios, confusos, que renunciaran a sus belicosas intenciones y que la justicia, que iba a llegar, vengaría muy bien la oreja del cuadrúpedo.

—Soy aquí el amo — añadió en tono enérgico —, y quiero que se me obedezca. Al primero que se le ocurra seguir hablando de matar o de incendiar le daré yo que rascar. Vaya, que me ensillen el caballo zaino.

—¿Pero cómo, Orso? — le dijo su hermana Colomba llevándole aparte —. ¿Consentirás que

nos humillen? Jamás en vida de nuestro padre se hubieran atrevido los Barricini a mutilar uno de nuestros caballos.

—Te prometo que tendrán motivo para arrepentirse; pero es a los gendarmes y a los carceleros a quienes corresponde el castigo de unos miserables que no tienen valor sino contra las inofensivas bestias. Ya te he dicho que la justicia nos vengará de ellos... Si no es así... no tendrás necesidad de recordarme de quién soy hijo...

—Paciencia — dijo Colomba con un hondo suspiro.

—Recuérdate bien, hermana mía — prosiguió Orso —, que si a mi regreso me encuentro con que se ha realizado alguna agresión contra los Barricini no te lo perdonaré jamás —. A renglón seguido, en tono más suave, agregó: — Es muy probable, hasta muy posible, que vuelva con el coronel y su hija. Haz que sus habitaciones estén preparadas, que el almuerzo sea bueno, que nuestros huéspedes, en suma, se hallen lo menos mal posible. Está muy bien el ser valiente, Colomba, pero es necesario además que una mujer sepa manejar una casa. Vaya, bésame, y sé buena; ya tengo dispuesto el caballo.

—Pero tú no irás solo — dijo Colomba.

—No preciso a nadie — contestó él —, y te afirmo que no me dejaré cortar una oreja.

—¡No, no! No puedo dejarte que vayas solo en tiempo de guerra. ¡Polo Griffo, Gian, France, Memmo, tomad las escopetas!: acompañar a mi hermano Orso.

Luego de una discusión bastante viva, éste tuvo que resignarse a llevar escolta. Eligió entre sus más animosos pastores a los que con mayor brío habían aconsejado el comienzo de la lucha. Repitió después sus recomendaciones a su hermana y a los pastores que se quedaban, y se puso en marcha, dando esta vez un rodeo para evitar pasar por la casa de los Barricini.

Estaban ya lejos de Pietranera, cabalgando

Los niños terribles



—¡Pero, querido! Clark Gable ya tiene bigote...

de prisa, cuando, al cruzar un arroyuelo que se perdía en una chacra, el viejo Polo Griffo vió varios chanchos revolcándose en el fango, disfrutando a la vez del sol y del frescor del agua. De inmediato apuntó al más gordo y lo dejó en el sitio de un tiro en la cabeza. Los compañeros del muerto se levantaron y escaparon con sorprendente ligereza; y aunque el otro pastor disparó a su vez, llegaron sanos y salvos a un matorral, por el que se escabulleron.

—¡Imbéciles! — exclamó Orso —. Tomáis por jabalíes a unos chanchos domésticos.

—Nada de eso, Ors Anton — respondió Polo Griffo —; pero ese rebaño es del alcalde, y así aprenderá a mutilar nuestros animales.

—¡Cómo, sinvergüenzas! — gritó Orso enfurecido —. ¿Imitáis las infamias de nuestros enemigos? ¡Dejadme, canallas! No me hacéis falta. No valéis más que para batiros con chanchos. ¡Juro a Dios que si os atrevéis a seguirme os abro el cráneo!

Los dos pastores se miraron absortos. Orso espoleó a su caballo y desapareció a galope tendido.

—¿Eh? ¿Qué tal? — dijo Polo Griffo —. ¿Qué te parece? Demuestra aprecio a las gentes para que te lo agradezcan así. Su padre el coronel se enojó contigo porque apuntaste una vez al alcalde... ¡Qué tonto fuiste en no disparar!... Y el hijo..., ya ves lo que acabo de hacer por él... Y habla de abrirme la cabeza. Ahí tienes las enseñanzas del continente, Memmo.

—Sí, y como se sepa que has dado muerte tú a ese chancho, te procesarán, y Ors Anton no querrá hablar a los jueces ni pagar al alcalde. Por suerte no te ha visto nadie, y ahí está Santa Nega para sacarte del lío.

Luego de una breve deliberación, los dos pastores decidieron que lo más prudente era tirar el animal muerto a unas zarzas, y así lo hicieron, no sin que antes cortasen algún trozo de la inocente víctima del odio de las dos familias.

XVII

Ya sin acompañamiento, Orso prosiguió su camino, más absorbido por la satisfacción de ir a ver a miss Nevil que por el temor de tropezar con sus enemigos. "La querella que voy a dilucidar con esos miserables — se decía — me obligará a ir a Bastia. ¿Por qué yo no habría de acompañar a mis Nevil? ¿Por qué desde Bastia no iríamos juntos a las aguas de Orezza?". De súbito, recuerdos de infancia le evocaron con toda precisión aquel pintoresco lugar. Se vió transportado a un verde césped al pie de añosos castaños. En un prado fresco, salpicado de flores azules semejantes a caras que le sonreían, veía a miss Lydia sentada a su lado. Habíase descubierto, y su rubio cabello, fino y sedoso, brillaba como el oro, iluminado por el sol que penetraba a través del follaje. Sus ojos, de azul de cielo, parecían más diáfanos. Con la mejilla apoyada en una mano, ella escuchaba ensimismada las amorosas palabras que tembloroso le dirigía él. Vestía el traje de muselina que llevaba el último día que la viera en Ajaccio. Bajo los pliegues de la vaporosa falda asomaba un pie en un zapatito de raso negro. Orso pensaba en la felicidad de besar aquel pie; pero una de las manos de miss Lydia no estaba enguantada y sostenía una margarita; y Orso le tomaba la margarita, y la mano de Lydia estrechaba la suya, y él besaba la margarita y luego la mano, y Lydia no se enojaba... Todos estos pensamientos le impedían prestar atención al rumbo que llevaba, por el que, no obstante, continuaba trotando. Iba por segunda vez a besar en la imaginación la blanca mano de miss Nevil, cuando a poco más besa, en la realidad, la cabeza de su caballo, que se detuvo de golpe. Era que Chilina le había cerrado el paso y tomado de las bridas.

—Ors Anton, ¿adónde va usted así? — le interpeló la niña —. ¿No sabe que su enemigo está cerca de este lugar?

—¡Mi enemigo! — exclamó Orso, furioso de verse interrumpido en su coloquio evocativo —. ¿Por dónde anda?

—Orlanduccio está aquí cerca. Le espera a usted. Vuélvase.

—¡Ah! ¿Me espera? ¿Lo has visto tú?

—Sí, Ors Anton; yo estaba tendida entre los helechos cuando él pasó. Iba mirando a todos lados con sus prismáticos.

—¿Hacia dónde iba?

—Hacia donde va usted.

—Gracias, pequeña.

—¡Mejor haría usted en esperar a mi tío! Ya no puede tardar, y con él iría seguro.

—No te apures, Chili; a Dios gracias, no tengo necesidad de tu tío.

—Iré yo delante, si usted quiere.

—No, no; nada de eso.

Y Orso, espolicando a su caballo, se dirigió rápidamente hacia el punto que le había indicado Chilina.

Su primer impulso fué un ciego arranque de furor, y se dijo que la suerte le ofrecía una excelente ocasión para castigar a aquel cobarde que torturaba un caballo para vengarse de una bofetada. Después, al avanzar, la especie de promesa que había formulado al prefecto, y sobre todo el temor de quedarse sin visitar a miss Nevil, trocaron sus disposiciones y casi le hicieron evitar el encuentro con el Barricini. Pero pronto el recuerdo de su padre, el atentado contra el caballo, las amenazas de aquellos sujetos, volvían a reanimar su cólera y le excitaban a ir en busca de su enemigo para provocarle y obligarle a batirse. Agitado así por contrarios estímulos, proseguía su marcha, pero con precaución ahora, examinando las malezas y los setos y hasta deteniéndose a veces para escuchar los múltiples rumores que se oyen en pleno campo. A los diez minutos de haber dejado a Chilina (eran aproximadamente las nueve de la mañana), se encontró al borde de un ribazo muy pronunciado. El camino, o más bien el sendero apenas trazado que seguía, atravesaba un *maquis* con señales de haber sido quemado recientemente. El suelo estaba cubierto de cenizas blanquecinas, y aquí y allá unos arbustos y algunos corpulentos árboles ennegrecidos por el fuego y completamente despojados de sus hojas se conservaban en pie, aunque ya no tuviesen vida. La vista de un *maquis* quemado hace pensar en un paraje del Norte en el corazón del invierno, y el rudo contraste de la aridez de los lugares recorridos por las llamas con la lujuriante vegetación de los contornos les hace que parezcan más tristes y desolados aún. Mas, por el momento, Orso sólo veía en aquel paisaje una cosa, en verdad importante para él: aquel suelo desnudo no podía ocultar una emboscada, y el que puede temer a cada momento ver salir de la maleza el cañón de una escopeta apuntando contra su pecho mira como una especie de oasis un terreno llano en donde nada limita la visual. Al matorral quemado seguían varios campos de cultivo, fraccionados a estilo del país, por pequeños muros de piedras superpuestas hasta la altura del pecho de una persona. El sendero pasaba entre esos recintos, donde grandes castaños, plantados sin orden, presentaban de lejos el aspecto de un bosque macizo.

Obligado por lo pronunciado de la pendiente a echar pie a tierra, Orso, que había dejado libre su caballo, descendía rápidamente resbalando por las cenizas; y no estaba más que a unos veinticinco pasos de uno de aquellos cercados, cuando divisó frente a él el cañón de una escopeta y una cabeza que sobresalía por el muro. La escopeta lo encañonó, y reconoció a Orlanduccio presto a disparar. Orso se puso prontamente a la defensiva, y ambos, apuntándose, se miraron unos segundos con esa emoción intensa que el más valiente experimenta en el momento en que se juega la vida.

—¡Cobarde! ¡Canalla! — exclamó Orso.

Aun no había terminado en sus insultos, cuando vió el fogonazo de la escopeta de su enemigo, y casi a la vez sonó otro tiro a su izquierda, del otro lado del sendero, disparado por un hombre al que no había visto, apostado detrás de otro muro. Las dos balas dieron en el blanco: una, la primera, le atravesó el brazo izquierdo, que fué el que avanzó al apuntar; la otra le dió en el pecho y le atravesó la levita; pero al tropezar, por fortuna, con la hoja de su puñal se aplastó y no le produjo más que una leve contusión. El brazo izquierdo de Orso cayó inerte, y el caño de la escopeta bajó un momento; pero lo alzó en el acto y, manejando el arma con la mano derecha solamente, disparó sobre Orlanduccio, cuya cabeza, de la que no asomaba más que hasta los ojos, desapareció tras el muro. Orso se dió vuelta hacia la izquierda y disparó otro tiro contra un hombre envuelto en humo, al que apenas veía. A su vez desapareció aquella borrosa cara. Los cuatro tiros se habían sucedido con una rapidez fantástica, y jamás empleó menos tiempo en una descarga escalonada un pelotón de soldados ejercitados. Tras el último tiro de Orso todo volvió al silencio. El humo que despedía su escopeta se elevaba lentamente hacia el cielo; ningún movimiento detrás del muro, ni el más leve grito. Sin el dolor punzante que sentía en el brazo, hubiera podido creer que los hombres sobre quienes hiciera fuego habían sido unos fantasmas de su imaginación enfebrecida.

Esperando una nueva descarga, Orso fué a cobijarse al amparo de uno de los árboles quemados que habían permanecido en pie. Allí sujetó su escopeta con las rodillas y se apresuró a volverla a cargar. Entretanto su brazo izquierdo le dolía muchísimo y le parecía que pesaba una tonelada. ¿Qué había sido de sus enemigos? No podía comprenderlo. Si hubiesen sido heridos, o bien hubieran huído, seguramente él habría percibido algún rumor, algún movimiento en el follaje. ¿Habrían muerto o estarían, quizá, esperando, al abrigo del muro, la ocasión de volver a tirar nuevamente sobre él? En tal incertidumbre, y sintiendo que le flaqueaban sus fuerzas, puso la rodilla derecha en tierra, apoyó en la otra el brazo herido y se sirvió de una rama que colgaba del árbol quemado para sostener el arma. Con el dedo en el gatillo, la mirada fija en el muro, el oído

atento al más sutil rumor, permaneció inmóvil unos minutos, que le parecieron siglos. Por último se oyó a su espalda un grito lejano, y poco después un perro, que bajaba por la pendiente con la rapidez de una flecha, se detuvo junto a Orso agitando la cola. Era *Brusco*, el discípulo y compañero de los bandidos, que sin duda anunciaba la llegada de su amo; y nunca fué esperado un hombre de paz con mayor impaciencia. El perro, con el morro en alto, vuelto hacia el muro más cercano, olfateaba con inquietud. De repente lanzó un gruñido sordo, franqueó el muro de un salto, y casi instantáneamente volvió a parecer sobre el coronamiento de aquél, desde donde miró con fijeza a Orso, expresando el asombro en sus ojos, con tanta claridad como puede hacerlo un perro; después volvió a olfatear, esta vez hacia otro recinto, cuyo muro saltó también. Al instante reapareció del mismo modo que en el otro y con el mismo aire de asombro y de inquietud; luego saltó al matorral; con la cola entre las piernas y sin dejar de mirar a Orso se alejó con lentitud y andando de costado hasta que se halló a cierta distancia. Entonces, volviendo a su carrera, subió la pendiente tan de prisa casi como la había bajado, al encuentro de un hombre que acudía prestamente a pesar de lo rápido del ribazo.

—¡A mí, Brando! — exclamó Orso cuando creyó que alcanzaría a oirle.

—¡Eh, Ors Anton! ¿Está usted herido? — le preguntó aquél aproximándose todo sofocado —. ¿En dónde?

—En un brazo.

—¡Ah!, eso no es nada. ¿Y el que tiró?

—Me parece que le he dado.

Brandolaccio, siguiendo en pos de su perro, corrió al recinto más cercano y se inclinó para mirar al otro lado del muro. Allí se quitó el gorro y exclamó:

—¡Salud al señor Orlanduccio!

Después, dirigiéndose hacia Orso, le saludó a su vez con aire grave.

—He ahí — dijo — lo que llamo un hombre bien compuesto.

—¿Aun vive? — preguntó Orso, respirando dificultosamente.

—¡Oh!, sería difícil, con el balazo que le ha metido usted en un ojo. ¡Por la Madona, qué agujero! ¡Buena escopeta, por mi salud! ¡Qué calibre! Es para vaciar un cráneo. Verá usted: cuando oí primero ¡pim, pim!, me dije: "¡Demonios, están matando a mi teniente!". Después, al escuchar ¡pum, pum!, exclamé: "¡Ah! Ahora responde la escopeta inglesa"... ¿Pero qué es lo que me quieres, *Brusco?*

El perro le llevó al otro muro.

—¡Perdone! — dijo Brandolaccio estupefacto —. ¡Doble golpe! Ni más ni menos que una carambola. ¡Bien se ve que está cara la pólvora y que la economiza usted!

—¿Pero, entonces, qué pasa? — preguntó Orso.

—Vamos, no bromee usted, mi teniente. Derriba la caza y quiere que se la recojan... ¡Buen regalo va a tener hoy el viejo Barricini! Carne fresca en cantidad. ¿Quién le sucederá ahora?

—Pero ¡cómo! ¿También murió Vincentello?

—Así es. Lo que hay de bueno con usted es que no los hace sufrir. Venga a ver a Vincentello; aun está de rodillas, con la cabeza apoyada en el muro. Parece que está durmiendo. Ahora podría decirse. "Sueño de plomo. ¡Pobre diablo!"

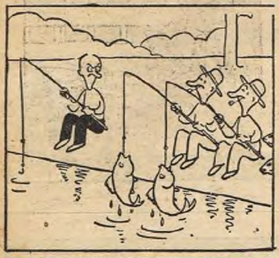
Orso desvió la mirada con expresión de horror.

—¿Estás seguro de que no vive?

—Usted es como Sampiero Corso, que no perdía tiro. Mire a éste... en el lado izquierdo del pecho. Como el balazo que dieron a Vincileone en Waterloo. Apostaría a que la bala no está lejos del corazón. ¡Ah! No voy a tirar más en mi vida. ¡De dos tiros, dos pájaros!... ¡A balazo cada uno!... ¡Los dos

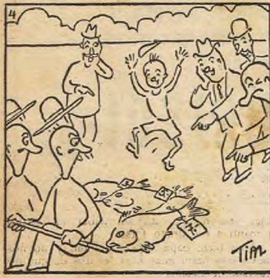
LOS DOS HERMANITOS

DESQUITE **Por TIM**









hermanos!... Si hubiera usted disparado por tercera vez le habría tocado al padre... Otra vez será... ¡Buen golpe, Ors Anton!... ¡Y pensar que un buen muchacho como yo nunca ha de tener un golpe así con los gendarmes!...

Mientras que hablaba, el bandido examinó el brazo de Orso y desgarró la manga con un puñal.

—No es nada — dijo —. Pero la levita dará trabajo a la señorita Colomba... ¿Eh? ¿Pero qué es este girón sobre el pecho?... ¿No penetró nada por ahí? No: no estaría usted tan animado. Vamos, procure mover los dedos... ¿Siente usted mis dientes al morderle el dedo pequeño?... ¿No mucho?... No importa, creo que no será nada. Déjeme que le saque el pañuelo y la corbata... Su levita va a quedar inservible... ¿Por qué venía tan elegante? ¿Iba usted a casarse?... Bueno, beba un poco de vino... ¿Por qué no ha traído cantimplora? Un corso jamás sale sin ella.

Y en medio de la cura se interrumpía para exclamar:

—¡Carambola! ¡Tiesos los dos!... ¡Lo que va a reírse mi compañero!... ¡Golpe doble!... ¡Ah! Por fin está aquí Chilina.

Orso no hablaba. Estaba pálido como un muerto y todo su cuerpo se estremecía.

—Chili — dijo Brandolaccio —, ve a mirar detrás de ese muro.

La niña trepó por aquél ayudándose con pies y manos, y al ver el cadáver de Orlanduccio hizo la señal de la cruz.

—Eso no es nada — añadió el bandido —; mira también en el otro muro.

La pequeña se santiguó nuevamente.

—¿Ha sido usted, tío? — preguntó con timidez.

—¿Yo? Yo no sería capaz de hazaña semejante. Ha sido obra del señor. Chili, felicítalo.

—La señorita se pondrá contentísima — dijo Chilina a Orso —, pero sentirá mucho la herida de usted.

—Vamos Ors Anton — dijo el bandido cuando terminó de curarlo —. Chilina le ha traído el caballo. Suba y venga conmigo al *maquis* de la Stazzona. Más que listo tenía que ser quien le encontrase a usted allí. Le trataremos lo mejor que podamos. Cuando lleguemos a la cruz de Santa Cristina tendrá que bajarse. Dará usted el caballo a Chilina, que se irá a avisar a su hermana y hará lo que usted le encargue. Puede decir cuanto quiera a la pequeña, que se dejaría hacer pedazos antes de delatar a sus amigos.

Y con acento de ternura gritaba a la pequeña:

—Anda, pícara, maldita seas, bribonzuela.

Brandolaccio, supersticioso como casi todos los bandidos, temía hechizar a los niños dirigiéndoles bendiciones o elogios.

—¿Pero adónde quieres que vaya, Brando? — preguntó Orso con voz débil.

—Puede usted escoger entre la cárcel o el bosque. Pero un Della Rebbia no conoce el camino de la cárcel. ¡Así que al bosque, Ors Anton!

—¡Adiós, pues, todas mis esperanzas! — exclamó el herido con angustia.

—¡Sus esperanzas! ¿Qué más podía esperar de una escopeta de dos cañones?... ¿Pero cómo diablos le hirieron a usted? Se conoce que esos mozos tenían la vida más dura que los gatos.

—Es que fueron ellos los que primero tiraron.

—Es verdad, lo había olvidado... ¡Pim, pim! ¡Pum, pum!... ¡Doble golpe y con una sola mano! ¡Que me ahorquen si se puede hacer más! Bien, ya está usted a caballo; pero antes de marchar contemple su obra. No es correcto dejar así la compañía, sin despedirse.

Orso espoleó a su caballo; por nada del mundo hubiera querido ver a los desdichados que acababa de tronchar la vida.

—Mire, Ors Anton — le dijo el bandido agarrándole el caballo de la brida —, ¿quiere que le hable con franqueza? Pues bien; sin ofenderle, me dan lástima esos dos pobres jóvenes... Le ruego que me excuse... ¡Tan varoniles, tan fuertes, tan llenos de vida!... Con Orlanduccio he cazado varias veces... Hace cuatro días me dió un paquete de cigarros... Vincentello tenía gran carácter... Cierto que usted ha hecho lo que debía..., y además el golpe ha sido demasiado bueno para que se sienta... Pero yo no tenía parte en esta venganza... Sé que tiene razón; cuando existe un enemigo hay que deshacerse de él... Pero los Barricini eran de una antigua familia... ¡Una más que desaparece!... ¡Y por un golpe formidable!... Es curioso.

Entretanto que hablaba de los Barricini, el bandido conducía de prisa a Orso, Chilina y el perro *Brusco* hacia un bosque de las cercanías, que el conocía.

XVIII

Los espías le trajeron pronto a Colomba la noticia de que los Barricini habían salido al campo poco después de la marcha de Orso, y desde tal momento fué presa de viva ansiedad. Veíasele recorrer la casa en todos sentidos, yendo de la cocina a las habitaciones preparadas para sus huéspedes, sin hacer nada y ocupada siempre, parándose a cada momento para observar si se advertía en el pueblo algún movimiento inusitado. A eso de las doce entró en Pietranera una cabalgata bastante numerosa: eran el coronel, su hija, sus criados y su guía. Al recibirlos, las primeras palabras de Colomba fueron éstas:

—¿Han visto a mi hermano?

Después preguntó al guía qué camino habían tomado y a qué hora habían salido, y por las respuestas, le pareció muy extraño que no se hubiesen tropezado.

—Quizá su hermano haya ido por arriba — dijo el guía —; nosotros hemos venido por abajo.

Pero Colomba movió la cabeza y repitió sus preguntas. A pesar de su natural entereza, aumentada aún por el orgullo de ocultar toda debilidad a unos extraños, le era imposible disimular su inquietud, y no tardó en hacérsela compartir al coronel, y en especial a miss Lydia, cuando les refirió la tentativa de reconciliación que tan poco éxito tuvo. Miss Nevil, nerviosaa, quería que se enviasen mensajeros en todas direcciones, y su padre ofrecíase a volver a montar a caballo y marchar con el guía en busca de Orso. Los temores de sus huéspedes recordaron a Colomba sus deberes de ama de casa. Se esforzó en sonreír, dió prisa al coronel para sentarse a la mesa y halló para explicar el retraso de su hermano muchos motivos plausibles que al cabo de un momento rechazaba ella misma. Juzgando que su deber de hombre era tranquilizar a unas mujeres, el coronel encontró justificación:

—Apuesto — dijo — que Della Rebbia ha descubierto caza; no ha podido resistir a la tentación y vamos a verle volver con la mochila repleta. En el camino hemos oído cuatro disparos de escopeta. Dos de las detonaciones fueron más fuertes que las otras, y manifesté a mi hija: "Apostaría cualquier cosa que es Della Rebbia, que está cazando. Sólo mi escopeta puede hacer tanto ruido".

Colomba perdió el color, y Lydia, que la observaba atentamente, adivinó con facilidad las sospechas que a su amiga había sugerido la conjetura del coronel. Tras unos instantes de silencio, Colomba preguntó si las dos detonaciones fuertes habían sido anteriores o posteriores a las otras. Pero ni el coronel, ni su hija, ni el guía habían prestado mucha atención a aquella circunstancia.

Como a la una no había regresado aún ninguno de los hombres enviados, Colomba apeló a todo su valor e hizo que sus huéspedes se sentaran a la mesa; pero, salvo el coronel, na-

die pudo comer. Al menor ruido en la plaza, Colomba corría a la ventana; luego tornaba a sentarse tristemente y, más tristemente todavía se esforzaba en proseguir con sus huéspedes una conversación vaga a la que nadie prestaba la menor atención y que interrumpían largos intervalos de silencio.

De súbito se oyó el galope de un caballo.

—¡Ah! Esta vez es mi hermano — dijo Colomba yendo hacia la ventana.

Pero al ver a Chilina montada a horcajadas en el caballo de Orso, exclamó con voz desgarradora:

—¡Mi hermano ha muerto!

El coronel dejó caer su vaso, miss Nevil dió un grito, todos corrieron a la puerta de la casa. Antes de que la pequeña Chili hubiera podido apearse, Colomba la levantó como una pluma, estrechándola hasta sofocarla. La niña comprendió aquella mirada terrible, y su primera palabra fué la de la esperanza:

—¡Vive, señorita!

Colomba cesó de estrecharla y la pequeña cayó al suelo como una piedra.

—¿Y los otros? — interrogó Colomba con voz enronquecida.

Chilina se santiguó. En el acto un vivo color de grana sucedió en el rostro de Colomba a su palidez mortal. Lanzó una ardiente mirada a la casa de los Barricini y dijo sonriendo a sus huéspedes:

—El café nos espera.

El ángel de los bandidos tenía mucho que relatar. Su jerga, traducida fielmente por Colomba al italiano, y luego al inglés por miss Nevil, arrancó imprecaciones al coronel, y suspiros a miss Lydia; pero Colomba escuchaba con aire impasible, aunque retorciendo con tanta fuerza su servilleta que amenazaba destrozarla. Interrumpió a la niña cinco o seis veces para hacerse repetir que Brandolaccio decía que la herida no era peligrosa y que las había visto peores. Al concluir expresó Chilina que Orso solicitaba con insistencia papel de escribir y que encargaba a su hermana que suplicase a una señorita que tal vez se hallara con ella que no se marchase hasta haber recibido una carta de él.

—Esto es — agregó la niña — lo que más le atormentaba, y ya estaba yo en marcha cuando me volvió a llamar para recomendarme el encargo. Era la tercera vez que me lo repetía.

Al oír este pedido de su hermano, Colomba sonrió ligeramente y estrechó con fuerza la mano de la inglesa, la cual se echó a llorar y no juzgó oportuno traducir a sir Thomas aquella parte de la narración.

—Sí, usted se quedará conmigo, mi querida amiga — dijo Colomba abrazando a miss Nevil —, y me ayudará.

A continuación sacó de un armario gran cantidad de tela blanca y se puso a cortar vendas y a sacar hilas. Al ver el fulgor de sus ojos, la animación de su rostro y su mezcla de preocupación y sangre fría, hubiera sido difícil decir si estaba más afectada por la herida de su hermano que satisfecha por la muerte de sus enemigos. Ya servía café al coronel, ensalzando su habilidad para hacerlo, ya distribuyendo labor a miss Nevil y a Chilina, a quienes incitaba a coser vendas y envolverlas, o bien preguntaba por milésima vez si la herida de Orso le dolía mucho. A cada momento se interrumpía en medio de su labor para decir a sir Thomas:

—¡Dos hombres tan listos, tan terribles!... El solo, herido, sin más que un brazo..., los venció a los dos... ¡Qué valor, coronel! ¿No es cierto que es un héroe? ¡Ah, miss Nevil, qué felicidad es vivir en un país tranquilo como Inglaterra!... Estoy segura de que hasta ahora no conocía usted a mi hermano... Ya lo había dicho yo: el gavilán desplegará sus alas... La engañaba a usted con su aspecto tan dulce... Es que a su lado, miss Nevil... ¡Ah! Si la viera a usted trabajar para él... ¡Pobre Orso!

Miss Lydia, no sólo no trabajaba nada, sino que ni palabras hallaba. Su padre preguntaba por qué no se apresuraban a formular una denuncia ante el juez. Hablaba de las diligencias corrientes en Inglaterra y de otras varias cosas desconocidas igualmente en Córcega. Quería saber, en resumen, si la casa de campo de aquel buen señor Brandolaccio, que había socorrido al herido, estaba muy distante de Pietranera y si no podría ir él a ver a su amigo.

Y Colomba respondía, con su habitual calma, que Orso estaba entre matorrales; que le cuidaba un bandido; que corría grave riesgo si se presentaba antes de saberse las disposiciones del prefecto y de los jueces; en resumen, que ya se las arreglaría para que fuese a verlo secretamente un buen médico.

—Sobre todo, señor coronel, acuérdese bien — le decía — de que usted oyó los cuatro disparos y de que Orso fué el último en disparar.

El coronel no comprendía nada de este asunto, y su hija no hacía más que suspirar y enjugarse los llorosos ojos.

El día estaba ya muy avanzado cuando entró en el pueblo una triste comitiva. Traían al viejo Barricini los cadáveres de sus hijos, en sendas mulas, que conducían unos campesinos. Una multitud de amigos y de curiosos seguía al lúgubre cortejo. También se veía a los gendarmes, que siempre llegan demasiado tarde, y al teniente alcalde, que levantaba los brazos al cielo, repitiendo sin cesar: "¡Qué dirá el señor prefecto!" Algunas mujeres, entre ellas una nodriza de Orlanduccio, se arrancaban los cabellos y lanzaban alaridos salvajes. Pero su dolor ruidoso producía menos impresión que la desesperación silenciosa de un personaje que atraía todas las miradas. Era el desventurado padre, que, yendo de un cadáver al otro, alzaba sus cabezas manchadas de tierra, besaba sus labios violáceos, sostenía sus miembros ya rígidos, como para evitarles el vaivén de la marcha. A veces se le veía abrir la boca para hablar, pero no emitía ni una palabra, ni un grito. Sin separar los ojos de los cadáveres, tropezaba con las piedras, con los árboles, con todos los obstáculos que hallaba a su paso.

Los lamentos de las mujeres, las imprecaciones de los hombres, redobláronse a la vista de la casa de Orso. Ante una aclamación de triunfo que unos pastores partidarios a Orso se atrevieron a lanzar, la indignación de sus adversarios no pudo contenerse. "¡Venganza, venganza!", gritaron algunas voces. Lanzáronse piedras, y dos balazos disparados contra las ventanas de la sala donde se hallaba Colomba y sus huéspedes atravesaron las maderas e hicieron que cayeran astillas hasta sobre la mesa junto a la que estaban sentadas las dos mujeres. Miss Lydia gritó atemorizada, el coronel empuñó una escopeta y Colomba, antes de que la pudiesen contener, corrió a la puerta de la casa y la abrió violentamente. Allí, erguida en el hueco de la puerta, con las dos manos extendidas para maldecir a sus enemigos, exclamó:

—¡Cobardes! ¡Tiráis sobre mujeres, sobre extranjeros! ¿Sois corsos, sois hombres? ¡Miserables, que sólo sabéis asesinar por la espalda, venid, yo os desafío! Estoy sola; mi hermano está lejos. Matadme, matad a mis huéspedes; eso es digno de vosotros... No os atrevéis, cobardes, porque sabéis que nosotros nos vengamos. Id, id a llorar como mujeres y agradeced que no os pidamos más sangre.

Había algo trágico y terrible en la voz y en la actitud de Colomba; a su vista la multitud retrocedió atemorizada, como ante la aparición de esas hadas maléficas de las que en Córcega se cuentan historias medrosas en las veladas de invierno. El funcionario municipal, los gendarmes y algunas mujeres aprovecharon aquel lapso para interponerse entre los dos bandos, porque los pastores partidarios de los Della Rebbia preparaban ya sus armas, y hubo un instante en que se temió que iba a entablarse en la plaza una batalla general. Pero los dos bandos estaban faltos de sus jefes, y los corsos, disciplinados en sus furores, rara vez llegan a las manos en ausencia de los principales autores de sus luchas seculares. Asimismo, Colomba, a la que el triunfo volvió prudente, contuvo a su pequeña guarnición.

—Dejad llorar a esas pobres gentes — dijo —; dejad que ese anciano se lleve su carne. ¿Para qué matar a un viejo zorro que ya no tiene dientes para morder?... ¡Giudice Barricini, no te olvides del dos de agosto! ¡Acuérdate de la cartera ensangrentada en la que escribió tu mano de falsario! Mi padre anotó allí tu deuda; tus hijos acaban de pagarla. Yo te doy el recibo, viejo Barricini.

Con los brazos cruzados, con la sonrisa del desprecio en sus labios, Colomba vió llevar los cadáveres a la casa de sus enemigos y dispersarse luego lentamente el gentío. Cerró la puerta, volvió al comedor y expresó al coronel:

—Pídole perdón para mis compatriotas, señor. Jamás hubiese creído que unos corsos disparasen sobre una casa en que hay extranjeros. Estoy avergonzada de mi país.

Por la noche, al retirarse miss Lydia a su habitación, el coronel la siguió y le preguntó si no sería mejor marcharse al otro día de un lugar en el que a cada momento se estaba expuesto a recibir un balazo en la cabeza, y lo antes posible de un país en donde sólo había homicidios y traiciones.

Miss Nevil tardó en responder; era evidente que la proposición de su padre le causaba no poca perplejidad. Por fin contestó:

—¿Cómo vamos a dejar a esa desventurada muchacha cuando tan necesitada está de ayuda? ¿No crees que sería una crueldad por nuestra parte?

—Lo he dicho por ti, hija mía — replicó el coronel —. En cuanto a mí, si supiese que estabas segura en el hotel de Ajaccio, sentiría dejar esta maldita isla sin haber estrechado la mano a ese bravo Orso.

—Pues bien, papá, esperemos aún y no nos marchemos hasta estar bien seguros de que no precisan de nosotros.

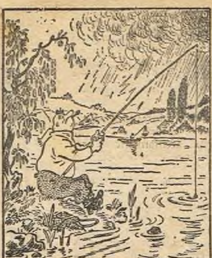
—Tienes un buen corazón — dijo el coro-

Clínica moderna



—*Aquí está la historia clínica del paciente, doctor: pulso, ochenta y dos; temperatura, treinta y nueve; respiración, treinta, y renta mensual, tres mil pesos.*









nel besando a su hija en la frente —. Me gusta ver que te sacrificas para aliviar la desgracia de los otros. Quedémonos; jamás se arrepiente uno de haber realizado una acción humanitaria.

Miss Lydia daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Ya todos los vagos rumores que escuchaba le parecían los preparativos de un ataque contra la casa, ya, tranquilizada respecto a ella, pensaba en el pobre herido, acostado posiblemente a aquella hora en el frío suelo, sin otra asistencia que la que podía esperar de la caridad de un proscripto. Lo veía lleno de sangre, sufriendo horribles dolores; y era lo extraño que siempre que se le representaba a su espíritu la imagen de Orso lo veía como cuando se despidió de ella, con los labios en el talismán que le había regalado... Pensaba después en su arrojo. Decíase que por ella, para verla un poco antes, se había expuesto al peligro mortal de que había escapado. Casi estaba persuadida de que por defenderla tenía Orso fracturado el brazo. Achacábase ella la herida de él, pero esto hacía que lo admirara más; y aunque el famoso doble golpe no tenía a sus ojos tanto mérito como a los de Colomba y del bandido, juzgaba no obstante que pocos héroes de novela hubiesen mostrado tanta intrepidez, tanta valentía, en tan gran situación de peligro.

La habitación que ocupaba era la de Colomba. Sobre una especie de reclinatorio de roble, al lado de una palma bendita, pendía de la pared un retrato en miniatura de Orso con uniforme de teniente. Miss Nevil descolgó el retrato, lo miró largo rato y terminó por ponerlo junto a su cama en vez de volver a dejarlo en el lugar que antes ocupaba. No se durmió hasta que amaneció el nuevo día, y ya el sol estaba muy alto cuando se despertó. Ante su lecho vió a Colomba, que estaba esperando a que abriera los ojos.

—¿Cómo se halla usted en nuestra pobre morada? — preguntó Colomba —. Temo que no haya usted dormido casi nada.

—¿Tiene usted noticias de él? — interrogó a su vez miss Nevil levantándose.

Y al ver el retrato de Orso se apresuró a taparlo con un pañuelo.

—Sí, supe algo — contestó Colomba sonriendo.

Y tomando el retrato agregó:

—¿Le encuentra usted parecido? Es mejor él.

—¡Ah! — exclamó miss Nevil sonrojándose —. Lo descolgué... por distracción... Tengo el defecto de enredar con todo... y no arreglar nada... ¿Cómo se encuentra su hermano?

—Bastante bien. Giocanto vino esta madrugada antes de las cuatro. Me trajo una carta para usted. Orso no me ha escrito a mí. En el sobre pone: "Para Colomba"; pero más abajo: "Para miss N..." Las hermanas no son celosas. Giocanto me dijo que a Orso le costó mucho trabajo escribir. Giocanto, que tiene buena letra, se ofreció para que le dictara, pero no quiso. Ha escrito con lápiz, tendido de espaldas y sosteniéndole el papel Brandolaccio. Varias veces quiso incorporarse mi hermano, pero al menor movimiento le dolía enormemente el brazo. "Daba pena", me expresó Giocanto. Aquí tiene usted la carta.

Estaba escrita en inglés, seguramente para mayor precaución. Lo que sigue fué lo que leyó miss Nevil:

"Señorita: Una inevitable fatalidad me ha impulsado. Ignoro lo que dirán mis enemigos, las calumnias que verterán sobre mí. Poco me importa, si usted no los cree. Desde que la vi he estado acariciando insensatos sueños. Ha sido necesaria esta catástrofe para mostrarme mi locura; ya he vuelto a la razón. Sé cuál es el porvenir que me espera y me hallará resignado. No me atrevo a conservar la sortija que usted me dió y que yo creía un talismán de ventura. Temo, miss Nevil, que lamente usted haber otorgado tan mal sus dones, o más bien temo que me recuerde el tiempo en que estuve loco. Mi hermana se la entregará... Adiós, señorita; va usted a marcharse de Córcega y no la volveré a ver; pero diga a Colomba que aun conserva cierta estimación por mí, la cual creo seguir mereciendo.

"O. D. R."

Para leer aquella carta, miss Lydia se había vuelto de espaldas, y Colomba, que la observaba atentamente, le entregó la sortija egipcia, preguntándole con la mirada lo que significaba. Pero miss Lydia no se atrevía a alzar la vista y contemplaba tristemente la sortija, que se ponía y se quitaba intermitentemente.

—¿Puedo saber, mi apreciada miss Nevil, lo que le dice Orso? — preguntó Colomba —. ¿Le habla de su estado?

—No... — contestó Lydia con timidez —. Me escribe en inglés... Me encarga que diga a mi padre... Espera que el prefecto podrá arreglar...

Colomba, sonriendo maliciosamente, se sentó en la cama, aprisionó las dos manos de miss Nevil y, mirándola fijamente, le preguntó:

—¿Será usted buena? ¿Contestará a mi hermano? ¡Le haría eso tanto bien! Antes, en cuanto llegó la carta, se me ocurrió venir a despertarla, pero no me atreví.

—Hizo mal — contestó miss Nevil —, y si usted cree que una palabra mía le...

—Ahora no puedo enviarle cartas. Ha llegado el prefecto, y Pietranera está repleta de extranjeros. Veremos más adelante. ¡Ah! Si conociese usted a mi hermano, le querría como yo... ¡Es tan bueno, tan valiente!... Piense en lo que ha hecho: ¡solo contra dos y herido!

Había regresado el prefecto. Avisado por un mensajero del teniente alcalde, había venido acompañado de gendarmes y de soldados, trayendo asimismo al fiscal, al escribano y demás para actuar en la nueva y terrible catástrofe que complicaba, mejor dicho terminaba, las enemistades de las familias de Pietranera. Poco después de llegar vió al coronel Nevil y a su hija y no les ocultó sus temores de que el asunto tomase un mal cariz.

—Saben ustedes — les dijo — que el choque no ha tenido testigos, y la fama de destreza y de valor de esos dos desventurados jóvenes era tan conocida que todo el mundo se niega a creer que el teniente Della Rebbia haya podido matarlos sin la ayuda de los bandidos cerca de los que se afirma que se ha refugiado.

—Eso no puede creerse — exclamó el coronel —. Orso Della Rebbia es un verdadero caballero; respondo de él.

—Así lo creo — replicó el prefecto —; pero el fiscal (esos señores sospechan siempre) no me parece muy dispuesto en su favor. Tiene en su poder un documento muy comprometedor para el joven Orso. Es una carta en que amenaza a Orlanduccio y en la que le da una cita..., y ésta le parece una verdadera emboscada.

—Ese individuo — dijo el coronel — se negó a batirse como un caballero.

—Aquí la costumbre no es ésa. Se emboscan, se matan por la espalda: son los usos bárbaros del país. Cierto es que hay un testimonio favorable: el de una niña que afirma haber oído cuatro detonaciones, dos de las cuales, más fuertes que las otras, provenían de un arma de grueso calibre, como el arma del señor Della Rebbia. Por desgracia, esa niña es la sobrina de uno de los bandidos sospechoso de complicidad, y tiene la lección aprendida.

—Debo decirle — intervino miss Lydia sonrojándose hasta el blanco de los ojos — que nosotros pasábamos cuando sonaron los disparos y escuchamos también lo mismo.

—¿De verdad? Eso es realmente importante. ¿Y usted, coronel, hizo la misma observación?

—Desde luego —contestó con viveza miss Nevil —; mi padre, que está habituado a las armas, me dijo: "Ese es el señor Della Rebbia que tira con la escopeta que yo le regalé?

—¿Y fueron los últimos esos disparos que reconoció usted?

—Los dos últimos; ¿no es cierto, papá?

El coronel no tenía muy buena memoria; pero siempre trataba de no contradecir a su hija.

—Hay que hablar de inmediato al fiscal, coronel. Estamos aguardando además a que un

médico revise los cadáveres y compruebe si las heridas han sido producidas con el arma en cuestión.

—Yo se la regalé a Orso — dijo el coronel —, y desearía que hubiera ido a parar al fondo del mar... Es decir..., ¡pobre joven!; celebro que la tuviese en su mano, pues sin mi infalible Manton no sé cómo habría salido de ese funesto percance.

XIX

Momentos después llegó el médico. Habíale ocurrido una peripecia en el camino. Se encontró con Giocanto Castriconi, quien le solicitó con la mayor afabilidad que fuera a asistir a un hombre herido. Le condujo adonde se encontraba Orso, a quien hizo la primera cura. Después el bandido le acompañó hasta bastante lejos y le entretuvo charlándole de los famosos profesores de Pisa, de quienes dijo era íntimo amigo.

—Doctor — expresó el teólogo al despedirse —, me ha inspirado usted mucha estima para que considere innecesario recordarle que un médico debe ser tan discreto como un confesor —. Y se puso a jugar con el mecanismo de su escopeta —. Usted se ha olvidado del lugar en que tuvimos la dicha de vernos. Adiós; he tenido el mayor placer en conocerle.

Colomba rogó al coronel que asistiera a la autopsia de los cadáveres.

—Usted conoce mejor que nadie la escopeta de mi hermano — le dijo —, y la presencia suya será muy útil. Hay aquí tan mala gente, que correríamos grandes riesgos si no tuviéramos a nadie para defender nuestra situación.

Cuando se quedó sola con miss Lydia se quejó de un fuerte dolor de cabeza y le propuso dar un paseo por el campo.

—Me sentará bien el aire libre — dijo —. Hace mucho tiempo que no lo respiro.

A medida que caminaban se puso a hablarle de su hermano; y miss Lydia, a la que el tema aquel interesaba enormemente, no notó por eso que iban alejándose demasiado de Pietranera. Ya se ponía el Sol cuando se dió cuenta de ello, y, se lo advirtió a su amiga. Colomba dijo que sabía de un atajo para aminorar el regreso, y dejando el camino que seguían tomó otro menos frecuentado. No tardó en ponerse a escalar una pendiente tan escarpada que para aguantarse tenía que agarrarse a cada paso con una mano a las ramas de los árboles, mientras que con la otra tiraba de su compañera. Al cabo de un cuarto de hora de tan dura ascensión se hallaron en una reducida meseta cubierta de mirtos y de madroños, en medio de grandes masas de granito que horadaban el suelo por todas partes. Mis Lydia estaba muy cansada, no se veía el pueblo y era ya casi de noche.

—Temo, querida Colomba — dijo —, que nos hayamos extraviado.

—No tenga miedo — contestó Colomba —. Sigamos andando, venga conmigo.

—Le aseguro que se ha desorientado usted; el pueblo no puede estar por ese lado. Apostaría que vamos mal. Mire: seguramente son de Pietranera aquellas luces que se ven allá distantes.

—Tiene razón, mi querida amiga — dijo Colomba con agitación —; pero a doscientos pasos de aquí..., entre aquellas zarzas...

—¿Qué?

—Está mi hermano, al que podría yo abrazar si usted no se opusiera a seguirme.

Miss Nevil hizo un movimiento sorpresivo.

—He salido de Pietranera — añadió Colomba — sin despertar sospechas porque venía usted conmigo. Pues sino me hubieran seguido... ¡Estar tan cerca de él y no verle!... ¿Por qué no viene usted conmigo a ver a mi pobre hermano? ¡Le causaría tanta alegría su presencia!

—Pero, Colomba, eso no estaría bien que yo lo hiciese.

—Comprendo. Ustedes las mujeres de las ciudades no piensan más que en lo que esté bien; nosotras las aldeanas, en cambio, no pensamos sino en lo que sea bueno.

—Pero ya es tarde... ¿Qué pensaría de mí su hermano?

—Pensará que no le han abandonado sus amigos, y esto lo reconfortaría.

—¿Y mi padre? Estará muy intranquilo...

—Sabe que está usted conmigo... En fin, decídase... Usted miraba atentamente el retrato esta mañana... — agregó con maliciosa sonrisa.

—No.... en verdad..., no me atrevo... Esos bandidos...

—¿Qué le importa? Esos bandidos no la conocen. ¿Desearía usted verle?...

—¡Oh!...

—Resuélvase, miss Nevil. No puedo dejarla aquí sola; no se sabe lo que puede ocurrir. Vamos a ver a Orso o volvámonos juntas al pueblo... Yo veré a mi hermano... Dios sabe cuándo...; quizá nunca más.

—¿Qué dice, Colomba?... Pues bien, vamos. Pero un minuto nada más y nos volvemos con toda presteza.

Colomba le estrechó la mano y, sin decir nada, echó a andar tan de prisa que a miss Lydia le costaba trabajo seguirla. Afortunadamente, Colomba no tardó en detenerse, diciendo a su compañera:

—No prosigamos más adelante hasta haberles advertido; podríamos recibir un tiro.

Se puso a silbar entre los dedos. Poco después se oyó ladrar a un perro y no tardó en aparecer el centinela avanzado de los bandidos. Era nuestro antiguo conocido *Brusco*, que tan pronto vió a Colomba se encargó de servirle de guía. Después de muchos rodeos por los estrechos senderos de la maleza surgieron dos hombres sumamente armados.

—¿Es usted Brandolaccio? — preguntó Colomba —. ¿Dónde se encuentra mi hermano?

—Allá abajo — contestó el bandido —. Pero no haga mucho ruido: está durmiendo, y es la primera vez que lo hace desde su percance. ¡Vive Dios! Bien se ve que por donde pasa el diablo pasa también una mujer.

Colomba y miss Nevil se acercaron con precaución, y junto a una fogata cuyo resplandor se había prudentemente ocultado con una cerca de piedras vieron a Orso acostado sobre un montón de follaje y tapado con una manta. Estaba muy pálido y su respiración era jadeante. Su hermana se sentó a su lado y le contempló silenciosamente con las manos cruzadas, como si rezase. Miss Lydia, cubriéndose la cara con su pañuelo, se apretó contra su amiga, por encima de cuyo hombro alzaba a cada momento la cabeza para ver al herido. Transcurrieron quince minutos sin que nadie desplegase sus labios. A una indicación del teólogo, Brandolaccio se internó con él por la espesura, con gran contento de miss Lydia, a la que por vez primera le pareció que las barbazas y el equipo de los bandidos tenían demasiado sabor localista.

Por fin Orso hizo un movimiento, y Colomba se apresuró a besarle repetidas veces, haciéndole numerosas preguntas respecto a su herida, a sus sufrimientos, a sus necesidades. Después de haber contestado que se hallaba bastante bien, Orso le preguntó a su vez si miss Nevil estaba aún en Pietranera y si le había escrito. Colomba, inclinada sobre su hermano, le ocultaba por completo a su compañera, a la que por otra parte le hubiera sido difícil reconocer en la oscuridad. Colomba tenía aprisionada con una de las suyas una de las manos de miss Nevil y con la otra alzaba suavemente la cabeza de su hermano.

—No, no me ha dado ninguna carta para ti... ¿Pero sigues pensando en ella? ¿La quieres mucho?

—¡Que si la quiero!... Pero ella..., ella me despreciará al saber lo que hice.

Se salvó



—¡Uf! ¡Qué suerte! ¡Está cerrado!

En ese momento miss Nevil hizo un esfuerzo para retirar su mano; pero no era fácil hacer que Colomba soltara su presa; su linda mano poseía una fuerza de la que ya había dado algunas pruebas.

—¿Despreciarte después de lo que has hecho? — exclamó Colomba —. Al contrario, habla muy bien de ti. ¡Ah! Muchas cosas tendría que decirte de ella, querido hermano.

La mano seguía forcejeando para escapar, pero Colomba la acercaba cada vez más al herido, el cual replicó:

—¿Pero por qué no me contestaría?... Con una sola línea me hubiera conformado.

A fuerza de tirar de la mano de miss Nevil, Colomba concluyó por ponerla en la de su hermano. Entonces, apartándose de súbito y echándose a reír, exclamó:

—Ten cuidado con hablar mal de miss Lydia, Orso, porque entiende muy bien nuestro dialecto.

Miss Lydia se apresuró a retirar su mano y balbució unas palabras ininteligibles. Orso creyó que estaba soñando.

—¿Usted aquí, miss Nevil? ¡Dios mío! ¿Cómo se ha atrevido? ¡Ah, qué dichoso me siento al verla a mi lado!

E incorporándose con trabajo trató de aproximarse a ella.

—Salí con su hermana — dijo miss Lydia — porque no me imaginaba adonde me traía..., y además quería también... ver... ¡Qué mal se encuentra usted aquí!

Colomba se había sentado a la espalda de Orso. Le alzó con cuidado, sosteniéndole con las rodillas la cabeza. Asimismo le puso un brazo en el cuello e indicó a miss Lydia que se acercara más.

—Aproxímese — le dijo —. Un enfermo no debe alzar mucho la voz.

Y como miss Lydia vacilase, la tomó de una mano y la obligó a sentarse tan cerca que el ruedo de su falda rozaba con Orso y su mano se apoyaba en el hombro del herido.

—Así está muy bien — dijo Colomba en tono jocoso —. ¿Verdad, Orso, que se está bien vivaqueando en el bosque en una noche tan hermosa como ésta?

—¡Oh, sí! ¡Una linda noche! — exclamó Orso —. No la olvidaré mientras viva.

—¡Cuánto debe usted sufrir! — dijo miss Nevil.

—Ya no sufro, y quisiera morir aquí — contestó con entusiasmo Orso.

Y su mano derecha se acercaba a la de miss Lydia, que Colomba seguía asiendo.

EL PERRO ASDRÚBAL por TIM



—Es de todo punto necesario que lo trasladen a usted a cualquier lugar, en donde pueda ser bien atendido — dijo miss Nevil —. No voy a poder dormir después de haberlo visto en semejante lecho y a la intemperie.

—Si no hubiese temido encontrarla hubiera tratado de volver a Pietranera y me habría entregado a las autoridades.

—¿Y por qué temías encontrarla? — preguntó su hermana.

—Le había desobedecido a usted, miss Nevil..., y no me hubiera atrevido a verla en aquel momento.

—¿Sabe usted, miss Lydia, que obliga a mi hermano a hacer cuanto usted quiera? — dijo Colomba riendo —. Impediré que lo vea más.

—Espero — manifestó miss Lydia — que se aclarará todo este enojoso asunto y que en breve no tendrá usted nada que temer... Mucha será mi alegría si cuando nos marchemos sé que le han hecho justicia y que se ha reconocido tanto su lealtad como su valor.

—¡No hable usted ya de marcharse, miss Nevil!

—¡Qué le vamos a hacer!... Mi padre no puede estar siempre cazando... Desea marcharse.

Orso dejó caer su mano, que rozaba con la de miss Lydia, y hubo un instante de silencio angustioso.

—Nos opondremos a que se marche usted tan pronto — dijo Colomba —. Todavía tenemos que mostrarle muchas cosas de Pietranera... Además, usted me ha prometido hacerme mi retrato y aun no lo ha empezado... Yo a mi vez le he ofrecido hacerle una serenata... Y también... ¿Pero por qué gruñirá así *Brusco?*... Y Brandolaccio corre tras él... Voy a ver lo que pasa...

Se incorporó aprisa, y poniendo, sin pedir permiso, la cabeza de Orso en las rodillas de miss Nevil, corrió hacia los bandidos.

Algo confusa al encontrarse así sosteniendo a un joven, a solas con él en medio de un bosque, miss Nevil no sabía qué hacer, porque si se retiraba bruscamente temía lastimar al herido. Mas Orso abandonó por sí mismo el dulce apoyo que su hermana le había proporcionado y se apoyó sobre su brazo derecho.

—¿De modo que se va usted a marchar pronto, miss Lydia? — exclamó —. Nunca pensé que fuese usted a prolongar su estada en este ingrato país..., y no obstante..., ahora que ha venido aquí sufro cien veces más al pensar que he de darle un adiós... Soy un pobre teniente..., sin porvenir..., proscrito ahora... No es el instante, miss Lydia, de declararle que la quiero a usted...; pero sin duda no habría de hallar otra ocasión para confesírselo, y me siento menos desgraciado una vez que he aliviado mi alma.

Miss Lydia volvió la cabeza, como si la oscuridad no bastara para ocultar el rubor que delataba su rostro.

—Señor Della Rebbia — contestó ella con voz temblorosa —, no hubiera yo venido a este sitio si...

Y puso en la mano de Orso el talismán egipcio. Haciendo después un poderoso esfuerzo para recobrar el tono de broma que le era peculiar, agregó:

—Está muy mal que me hable así... En medio de un bosque y rodeada por los bandidos, puede usted figurarse que no me iba a atrever a enojarme con una persona así custodiada.

Orso hizo un movimiento para besar la mano que le devolvía el talismán; y como miss Lydia la retirara con apresuramiento, perdió el equilibrio y cayó sobre el brazo herido. No pudo reprimir un agudo quejido de dolor.

—¿Se hizo daño? — exclamó ella levantándole —. ¡Por mi culpa! Perdóneme, se lo ruego.

Siguieron hablando un momento en voz baja y muy juntos. Colomba, que llegaba a todo correr, los encontró en la misma posición que los había dejado.

—¡Los soldados! — gritó —. Procura levantarte y andar, Orso. Yo te serviré de apoyo.

—Déjame — contestó él —. Di a ésos que huyan... No me importa que me prendan; pero llévate a miss Lydia; que no la vean aquí, por lo que más quieras.

—No lo dejaré a usted — dijo Brandolaccio, que venía con Colomba —. El sargento es un ahijado de Barricini; en vez de detenerle le mataría a usted y diría luego que lo había hecho involuntariamente.

Orso se levantó, hasta dió algunos pasos; pero no tardó en detenerse y dijo:

—No puedo caminar. Huyan ustedes. Adiós, miss Nevil; déme la mano, y ¡adiós!

—No le dejaremos — exclamaron las dos mujeres.

—Si no puede caminar — dijo Brandolaccio —, habrá que llevarle. Vamos, mi teniente, ánimo. Tendremos tiempo para escapar por el barranco de ahí detrás. El señor cura va a entretenerlos.

—No, déjenme — replicó Orso tumbándose en el suelo —. Por favor, Colomba, llévate a miss Nevil.

—Usted es fuerte, señorita Colomba — dijo Brandolo —. Agárrelo por los hombros; yo por los pies... Bueno... En marcha...

Y empezaron a llevarle con premura, a pesar de sus protestas. Miss Lydia les seguía muy asustada, cuando se oyó un tiro, al que de inmediato respondieron otros cinco o seis. Miss Lydia prorrumpió en un grito, Brandolaccio lanzó una blasfemia, pero redobló su velocidad, y, a ejemplo de él, Colomba corría a través de la maleza, sin preocuparse por las ramas que le castigaban la cara o le desgarraban el vestido.

—Agáchese, agáchese — decía a su compañera —, para evitar que la vean.

Así anduvieron, o más bien corrieron, medio kilómetro, cuando Brandolaccio declaró que no podía más, y se tiró al suelo, a pesar de las exhortaciones y los reproches de Colomba.

—¿Dónde está miss Nevil? — preguntó Orso.

La hija de sir Thomas, asustada por los tiros, detenida a cada paso por las malezas, no tardó en perder las huellas de los fugitivos y se quedó sola, presa de verdadero pánico.

—Se ha quedado atrás — contestó Brandolaccio —, pero no se ha perdido. A las mujeres se las encuentra siempre. Oiga el bochinche que hace el cura con su escopeta, Ors Anton. Desgraciadamente, no se ve nada y no se hace mucho daño con tirotear así.

—¡Calle! — exclamó Colomba —; oigo el galopar de un caballo; estamos a salvo.

Efectivamente, un caballo que pasaba por el bosque, asustado por el tiroteo, se acercaba hacia donde ellos estaban.

—Estamos salvados — repitió Brandolo.

Ir hacia el caballo, agarrarlo por las crines, ponerle en el hocico una cuerda a modo de bridas, fué para el bandido, con la ayuda de Colomba, cuestión de un instante.

—Avisemos ahora al cura — dijo.

Silbó dos veces; un silbido lejano respondió a esta señal, y el estampido de la escopeta de Manton enmudeció. Entonces Brandolaccio cabalgó sobre el caballo. Colomba puso a su hermano delante del bandido, quien con una mano le sujetó muy fuerte mientras que con la otra empuñó la brida. A pesar de su doble carga, el caballo, acicateado por dos fuertes talonazos en el vientre, partió veloz y descendió al galope una escarpadura en la que cualquier otro caballo que no fuera corso se hubiera precipitado mil veces.

Entonces volvió Colomba sobre sus pasos, llamando a gritos a miss Nevil, pero sin que ésta respondiera. Después de haber andado algún tiempo al azar, tratando de encontrar el

camino que había seguido, tropezó en una senda con dos soldados, que la detuvieron.

—¿Qué tal, señores? — dijo Colomba en tono burlón —. ¡Qué alboroto! ¿Cuántos muertos?

—Usted estaba con los bandidos — dijo uno de los soldados —, y va a venir con nosotros.

—Con sumo placer — contestó ella —; pero tengo aquí una amiga y antes tenemos que buscarla.

—Su amiga está ya presa y con ella irá usted a dormir a la cárcel.

—¿A la cárcel? Habrá que verlo; pero entretanto lléveme a donde se encuentra mi amiga.

Los soldados la condujeron entonces al campamento de los bandidos, donde estaban los trofeos de la expedición, o sea, la manta que tapaba a Orso, una marmita vieja y un botellón lleno de agua. En el mismo sitio se hallaba miss Nevil, que, en poder de los soldados y medio muerta de miedo, no respondía más que con lágrimas a cuantas preguntas le hacían sobre el número de los bandidos y el rumbo que habían tomado.

Colomba la abrazó y, acercándosele al oído, le dijo:

—Están a salvo.

Después, dirigiéndose al sargento, expresó:

—Ya ve usted que esta señorita no sabe nada de lo que le preguntan. Déjenos volver al pueblo, donde nos están aguardando con ansiedad.

—Os llevaremos, y más pronto de lo que deseáis, ricura — contestó el sargento —, y allí tendréis que explicar lo que hacíais por aquí a estas horas con los bandidos que acaban de fugarse. No sé qué hechizo emplean esos bribones, pero el caso es que fascinan a las muchachas, porque allí donde hay bandidos se tiene la seguridad de encontrar faldas.

—Es usted galante, señor sargento — replicó Colomba —; pero no haría mal en tener cuidado con lo que expresa. Esta señorita es parienta del prefecto y conviene no gastar bromas con ella.

—¡Parienta del prefecto! — murmuró un soldado a su jefe —. En efecto, lleva sombrero.

—Nada importa el sombrero — contestó el sargento —. Las dos se hallaban con el cura, que es el mayor tunante del país, y mi deber es llevármelas. Así que ya no tenemos nada que hacer aquí. Sin ese maldito cabo Taupin, ese borracho de francés que se descubrió antes de que hubiese yo cercado esta guarida, los hubiéramos atrapado a todos.

—¿Son ustedes siete? — preguntó Colomba —. ¿Saben que si por azar los tres hermanos Gambini, Sarochi y Teodoro Poli se encontrasen en la cruz de Santa Cristina con Brandolaccio y el cura podrían darles que hacer? Si ustedes van a tener una conversación con Poli, el jefe, celebraría no hallarme allí. Las balas no conocen a nadie por la noche.

La posibilidad de un tropiezo con los temibles bandidos que Colomba acababa de nombrar pareció impresionar a los soldados. Sin dejar de echar pestes contra el cabo Taupin, el perro francés, el sargento ordenó la retirada, y sus hombres emprendieron la marcha hacia Pietranera, llevándose la manta y la marmita. En cuanto al botellón, un puntapié lo hizo pedazos. Un soldado quiso tomar el brazo de miss Lydia, pero Colomba le rechazó diciéndole:

—¡Que no la toque nadie! ¿O es que cree que tenemos intenciones de escaparnos? Vamos, Lydia, querida mía, apóyese en mí y no llore como una niña. Es una aventura, pero no terminará mal. Dentro de media hora estaremos cenando. Yo le confieso que tengo muchas ganas de hacerlo.

—¿Qué pensarán de mí? — decía en voz baja miss Nevil.

—Sencillamente pensarán que se perdió en el bosque.

—¿Qué dirá el prefecto?... Y sobre todo, ¿qué dirá mi padre?

—¿El prefecto?... Dígale que se interese en la prefectura. ¿Su padre?... Por la manera de hablar usted con Orso hubiese creído que tenía algo que decirle a su padre.

Miss Nevil le apretó el brazo sin responder.

—¿No es cierto — le susurró Colomba al oído — que mi hermano merece que se le quiera? ¿No le quiere ya un poco usted?

—¡Ah Colomba! — contestó miss Nevil sonriendo a pesar de su turbación —. Me ha traicionado usted a mí, que tenía tanta confianza en usted.

Colomba la estrechó contra su pecho y, besándola en la frente, susurró:

—¿Me perdonas, hermanita?

—¡Qué remedio, mi terrible hermana! — contestó Lydia devolviéndole el beso.

El prefecto y el fiscal se albergaban en el domicilio del alcalde accidental de Pietranera, y el coronel, muy inquieto por su hija, acudía por centésima vez en procura de noticias, cuando un soldado, destacado como correo por el sargento, les relató el terrible combate sostenido contra los bandidos, combate en el que no había habido ninguna baja, pero en el que se habían apoderado de una marmita, de una manta y de dos muchachas que eran, dijo, las amantes o las espías de los bandidos. Así anunciadas comparecieron las dos prisioneras en medio de su escolta armada. Puede imaginarse la actitud radiante de Colomba, la vergüenza de su compañera, la sorpresa del prefecto, la alegría y el asombro del coronel británico. El fiscal se dió el maligno placer de hacer sufrir a la pobre Lydia una especie de interrogatorio que no terminó hasta que la inglesita hubo perdido toda su serenidad.

—Me parece — dijo el prefecto — que podemos poner a todo el mundo en libertad. Estas señoritas han ido a pasearse, cosa explicable dado el buen tiempo; han hallado por casualidad a un amable joven herido, cosa muy natural asimismo.

Después, llevando aparte a Colomba, le dijo:

—Puede comunicarle a su hermano que su asunto va mejor de lo que yo esperaba. El examen de los cadáveres y la declaración del coronel demuestran que él lo único que hizo fué replicar, y que estaba solo en el momento del ataque. Todo se arreglará; pero es necesario que deje cuanto antes su escondite y que se constituya detenido.

Eran aproximadamente las once cuando el coronel, su hija y Colomba se sentaron a la mesa. La cena estaba fría, pero Colomba comía con buen apetito, burlándose del prefecto, del fiscal y de los fusileros. También comía el coronel, pero sin pronunciar palabra ni apartar sus ojos de su hija, la cual no alzaba los suyos. Por último, con dulce voz, pero grave, le dijo en inglés:

—¿Estás en relaciones con Orso, Lydia?

—Sí, papá, desde hoy — contestó ella muy sofocada, pero con acento firme.

Entonces alzó los ojos, y no notando en el rostro de su padre ningún signo de enojo, se arrojó en sus brazos y le abrazó.

—Está bien — replicó el coronel —; es un buen muchacho; pero no nos quedemos, por Dios, en este endiablado país, o no doy mi asentimiento.

—No sé el inglés — dijo Colomba, que los estaba mirando con viva curiosidad —; pero apostaría a que he adivinado lo que se están diciendo.

—Decimos — contestó el coronel — que la llevaremos a usted a hacer un viaje por Irlanda.

—Sí, con sumo gusto, y seré *miss Colomba*. ¿Queda ya resuelto, coronel? ¿Nos damos la mano?

—Nada de eso. Para estos casos son mejores los abrazos — contestó sir Thomas.

XX

Tres meses más tarde del fatal incidente que sumió a Pietranera en la consternación, un joven con el brazo izquierdo en cabestrillo salió a caballo de Bastia por la tarde y se dirigió hacia el pueblo de Cardo, célebre por las aguas que manan de una fuente. Una joven de elevada estatura e incomparable belleza le acompañaba montada en un caballo negro brioso, pero que, desgraciadamente, tenía una oreja rajada. En el pueblo, la joven saltó ligeramente al suelo, y luego de haber ayudado a apearse a su compañero desató del arzón de la silla unos paquetes bastante grandes. Los caballos fueron confiados a la custodia de un campesino, y la joven, cargada con los paquetes, que ocultaba bajo un *mezzaro*, y el joven, con una escopeta de dos caños, tomaron el camino de la montaña siguiendo un senderito muy empinado que no parecía llevar a poblado alguno. Al llegar a una de las elevadas mesetas del monte Quercio se detuvieron y sentáronse en la hierba. Parecían aguardar a alguien, porque no hacían más que mirar hacia la montaña, y la joven consultaba a cada instante un pequeño reloj de oro, tanto quizá por contemplar su joya como para saber si la hora de la cita había llegado. La espera no fué larga. Un perro salió del zarzal, y al nombre de *Brusco* pronunciado por la joven se apresuró a acudir a acariciarlos. Poco después surgieron dos hombres barbudos, con la escopeta al brazo, la cartuchera al cinto y la pistola en el costado. Sus trajes, rotos y llenos de remiendos, contrastaban con sus armas brillantes y buenas. A pesar de la aparente desigualdad de su posición, los cuatro personajes de aquella escena se abordaron como antiguos conocidos.

—¿Y qué, Ors Anton? — dijo el de más edad de los bandidos —. Ha arreglado su asunto. Un auto de sobreseimiento. Mi enhorabuena. Siento que no esté ya en la isla el abogado para verle patalear. ¿Y el brazo?

—Dice el médico que dentro de quince días podré manejarlo... Bueno, Brando, mañana me voy a Italia y he venido a despedirme de ti y del cura. Por eso os rogué que vinierais.

—Tiene mucha prisa — contestó Brandolaccio —. Le han absuelto ayer y se va mañana.

—Hay asuntos — dijo con alegría la joven —. Les he traído cena: coman y no se olviden de mi amigo *Brusco*.

—Le mima usted mucho, señorita Colomba, pero es agradecido. Va usted a ver. Anda, *Brusco* — ordenó, poniendo su escopeta horizontalmente —, salta por los Barricini.

Arreglo

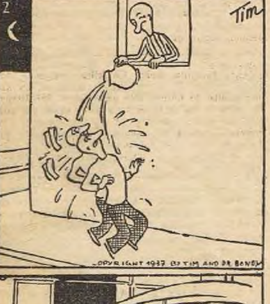


—*Se olvidaron de ponerles almidón...*

LOS DOS HERMANITOS

A LA RECIPROCA **Por TIM**









El perro permaneció inmóvil, mirando a su amo.

—Salta por los Della Rebbia.

Y *Brusco* saltó dos pies más alto de lo necesario.

—Oigan, amigos — dijo Orso —: están ustedes ejerciendo un feo oficio, y si no les ocurre el terminar su carrera en la plaza de las ejecuciones, lo mejor que puede ocurrirles es caer en un matorral bajo la bala de un gendarme o un soldado.

—Es una muerte como otra cualquiera — replicó Castriconi — y que vale más que la fiebre que le mata a uno en la cama, entre los lloriqueos más o menos sinceros de los herederos. Cuando, como nosotros, se está acostumbrado al aire libre, no hay nada mejor que morir con los zapatos puestos, según dicen nuestros aldeanos.

—Quisiera — insistió Orso — verles dejar este país y llevar una vida más ordenada. ¿Por qué no van ustedes a establecerse en Cerdeña, por ejemplo, como lo han hecho varios de sus compañeros? Podría yo facilitarles los medios para conseguirlo.

—¿A Cerdeña? ¡Váyanse al diablo con su jerga los *sardos!* Es una mala compañía para nosotros.

—No hay recursos en Cerdeña — añadió el teólogo —. Desprecio a los sardos. Allí para cazar a los bandidos hay una milicia montada, cosa que constituye a la vez la crítica de los bandidos y del país. Es una vergüenza Cerdeña. Lo que me llama la atención, señor Della Rebbia, es que un hombre de gusto y de conocimientos como usted no haya adoptado nuestra vida después de haberla probado.

—Es que — contestó Orso sonriendo — cuando tuve la satisfacción de ser huésped de ustedes no estaba yo en condiciones de apreciar los atractivos de la situación, y aun me duelen las costillas cuando me acuerdo de la carrera que di una hermosa noche, puesto como un fardo en el caballo que montaba mi amigo Brandolaccio.

—¿Y no estima en nada — replicó Castriconi — el placer de escapar a la persecución? ¿Cómo puede ser insensible al encanto de una libertad absoluta en un clima bello como el nuestro? Con este salvoconducto (mostró la escopeta) se es rey en todas partes hasta donde puede alcanzar la bala. Se manda, se hace justicia... Es una expansión muy moral y muy agradable, a la que no renunciamos. ¿Qué vida más hermosa que la del caballero andante, cuando se está mejor armado y se es más sensato que el famoso don Quijote? Mire, el otro día supe que el tío de Lilla Luigi, ese viejo ladrón, no quería entregarle la dote; le escribí, sin amenazas, pues no es ése mi procedimiento; y bien, al instante se convenció mi hombre y ha casado a su sobrina. He labrado la felicidad de dos seres. Créame, señor Orso, nada es comparable a la vida de bandido. ¡Bah! Tal vez usted sería de los nuestros sin cierta inglesita a la que no he hecho más que entrever, pero de la que hablan todos con verdadera admiración en Bastia.

—Mi futura cuñada no gusta del *maquis* — expresó Colomba riendo —. Pasó allí mucho miedo.

—En fin — dijo Orso —: ¿quieren quedarse aquí? Sea. Díganme si puedo hacer algo en obsequio de ustedes.

—Solamente — contestó Brandolaccio — conservar de nosotros un pequeño recuerdo. Nos ha colmado usted de favores. Chilina tiene ya dote y para casarse no tendrá necesidad de que mi amigo el cura escriba cartas sin amenazas. Sabemos que el colono de ustedes nos dará pan y pólvora en nuestras necesidades; así, pues, adiós. Deseo volver a verle en Córcega pronto.

—En momentos de apuro — insinuó Orso — vienen bien algunas monedas de oro. Ahora que ya somos antiguos conocidos no se negarán a admitir este paquetito que puede servirles para procurarse otros.

—Nada de dinero entre nosotros, mi teniente — declaró Brandolaccio en tono firme.

—El dinero todo lo puede en el mundo — dijo Castriconi —; pero en el bosque no se hace caso sino de un corazón valeroso y de una buena escopeta.

—No quisiera irme — insistió Orso — sin dejarles algún recuerdo. Vamos, Brando, ¿qué puedo ofrecerte?

El bandido se quedó sin responder, pero miró de reojo la escopeta de Orso.

—Caramba, mi teniente..., si yo me atreviese...; pero no: le gusta a usted demasiado.

—¿Qué es lo que deseas?

—Nada..., la cosa no es nada... Se necesita además saber servirse de ella. Siempre estoy pensando en aquella famosa carambola y con una sola mano... ¡Oh! No se hace eso dos veces.

—¿Es esta escopeta lo que quieres?... Te la traía; pero sírvete de ella lo menos posible.

—¡Oh! Le prometo que no he de servirme de ella como usted; pero esté tranquilo: cuando sea de otro podrá decir que Brando Sovelli ha terminado su vida.

—¿Y a usted, Castriconi, qué puedo regalarle?

—Puesto que se empeña en dejarme un recuerdo material suyo, le ruego, sin más resistencia, que me mande un *Horacio* del menor tamaño posible. Me distraerá e impedirá que me olvide del latín. Hay una pequeñuela que vende cigarros en el puerto de Bastia; déselo y ella se encargará de traérmelo.

—Tendrá usted un *Elzevir*, señor sabio. Precisamente tengo ese libro entre los que iba a llevarme. Y ahora, amigos míos, debemos separarnos. Un apretón de manos. Si algún día piensan en Cerdeña, escríbanme; el abogado N. les dará mi dirección.

—Mi teniente — dijo Brando —, mañana, cuando usted haya salido del puerto, mire a este punto de la montaña; aquí estaremos y nuestros pañuelos blancos le enviarán el último adiós.

Orso y su hermana tomaron el camino de Cardo, y los bandidos el de la montaña.

XXI

En una apacible mañana de abril, sir Thomas Nevil, su hija, casada desde hacía pocos días, Orso y Colomba abandonaron a Pisa en coche para ir a visitar un descubrimiento arqueológico recientemente descubierto, al que acudían todos los extranjeros. Llegados al interior del monumento, Orso y su esposa sacaron los lápices y pusiéronse a copiar las pinturas; pero el coronel y Colomba, a quienes la arqueología no interesaba gran cosa, los dejaron solos y fueron a pasear por los alrededores.

—Querida Colomba — dijo el coronel —, no vamos a volver a Pisa a tiempo para la hora del té. ¿No tiene usted hambre? Orso y su esposa se han entregado a las antigüedades; cuando se ponen a pintar juntos no terminan nunca.

—Sí — dijo Colomba —; y no obstante no traen nada de lo pintado.

—Soy de opinión — continuó el coronel — que nos acercáramos a esa alquería que se ve allí. Habrá pan, quizá *aleatico*, y, ¡quién sabe!, hasta leche y fresas, con lo que podemos esperar tranquilamente a nuestros pintores.

—Tiene razón. Usted y yo, que somos las personas razonables de la casa, haríamos mal en convertirnos en mártires de esos enamorados, que sólo viven de poesía. Déme el brazo. ¿Verdad que me voy civilizando? Tomo el brazo, me pongo sombreros, vestidos de moda, tengo joyas, aprendo no sé cuántas cosas bonitas; en suma, que ya no soy una indómita corsa. Mire con qué gracia llevo este *écharpe*... Ese oficial rubio, de su regimiento, que asistió a la boda... ¡Dios mío!, no puedo retener su nombre; un joven al que derribaría yo de un puñetazo...

—¿Chatworth? — inquirió el coronel.

—Ése mismo; pero nunca llegaré a pronunciar su nombre. Pues bien; está verdaderamente enamorado de mí.

—¡Hola, Colomba! Se va usted volviendo

Gran cazador



—¿Están todos aquí? ¡Entonces acabo de matar un oso!

muy coqueta. Creo que tenemos boda en perspectiva.

—¿Casarme yo? ¿Y quién atendería a mi sobrino... cuando Orso me dé uno? ¿Quién le enseñaría a hablar el corso?... Sí, hablará el corso y le haré un gorro puntiagudo, para que usted se enoje.

—Primero, aguardaremos a que usted tenga un sobrino, y después puede enseñarle a manejar el puñal si le parece bien.

—Se han terminado los puñales — replicó en tono jovial Colomba —. Ahora tengo un abanico para darle a usted en los nudillos cuando hable mal de mi isla.

Conversando de este modo penetraron en la alquería, donde hallaron vino, fresas y leche. Colomba ayudó a la dueña a recoger fresas mientras que el coronel bebía *aleatico*. En un rincón de la huerta, Colomba vió a un viejo sentado al sol en una silla de tijera; parecía enfermo. Más aun: su rostro demacrado, sus ojos hundidos, su extrema delgadez, su inmovilidad, su palidez y su mirada fija le daban más aspecto de cadáver que de ser viviente. Colomba le observó durante un buen rato con tanta insistencia que llamó la atención de la hortelana.

—Ese pobre viejo — dijo ésta — es compatriota suyo, porque conozco en su modo de hablar que es usted corsa, señorita. Sufrió una gran desgracia en su país; murieron sus hijos de una manera terrible. Perdóneme, señorita, pero dicen que los compatriotas de usted no son nada benévolos con sus enemistades. El caso es que ese pobre señor se quedó solo y vino a Pisa, a casa de una parienta lejana, que es la dueña de esta alquería. El hombre está un poco chiflado, a causa de su desgracia y de su pena... Era molesto para la señora, que recibe mucha gente en su casa, y lo mandó aquí. Es muy tranquilo, no estorba; no pronuncia tres palabras al día. Ya he dicho que está mal de la cabeza. El médico viene a verle todas las semanas y dice que no durará mucho tiempo.

—¿Así que está desahuciado? En su situación, lo mejor es morirse — expresó Colomba.

—Señorita, usted debería hablarle un poco en corso. Tal vez le alegraría oír la lengua de su país.

—Vamos a intentarlo — dijo Colomba con una sonrisa irónica.

Y se aproximó al viejo hasta privarle del sol con la sombra de ella. Entonces el pobre idiota alzó la cabeza y miró fijamente a Colomba, que le contemplaba también sin dejar de sonreír. Al cabo de un momento el anciano se pasó la mano por la frente y cerró los ojos como para sustraerse a la mirada de Colomba. Después los volvió a abrir, pero desmesuradamente; temblaron sus labios, quiso tender las manos, mas, fascinado por Colomba, permaneció como atado a su asiento, sin fuerzas para hablar ni para moverse. De pronto brotaron gruesas lágrimas de sus ojos, y su pecho dejó escapar unos sollozos prolongados.

—Es la primera vez que le veo así — dijo la hortelana; y, dirigiéndose al viejecito, le explicó —: Esta señorita es compatriota suya, y ha venido a verle.

—¡Piedad! — exclamó él con voz enronquecida —. ¡Piedad! ¿No estás satisfecha?... ¿Cómo pudiste leer aquella hoja..., la hoja que yo quemé?... ¿Pero por qué los dos?... Tú no pudiste leer nada contra Orlanduccio... ¿Por qué no dejarme uno..., uno solo...: Orlanduccio... No pudiste leer su nombre...

—Me hacían falta los dos — le contestó Colomba en voz baja y dialecto corso —. Se cortaron los retoños del árbol; y si la raíz de éste no se hubiera secado la habría yo arrancado. No te lamentes: te queda poco tiempo que sufrir. ¡Dos años sufrí yo!

El anciano lanzó un grito angustioso y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Colomba le volvió la espalda y se dirigió pausadamente hacia la casa canturreando unas ininteligibles palabras de una balada. "Necesito la mano que disparó, el ojo que apuntó, el cerebro que lo dispuso"...

En tanto que la hortelana acudía a socorrer al anciano, Colomba, animado el rostro, brillantes los ojos, se sentaba a la mesa frente al coronel.

—¿Qué le ocurre? — le dijo el británico —. Me parece ver en usted la expresión que manifestó en Pietranera el día en que nos dispararon unos tiros durante nuestra comida.

—Es que vinieron a mi imaginación unos recuerdos de Córcega. Pero ya ha terminado todo. Seré la madrina, ¿verdad? ¡Qué hermosos nombres voy a ponerle! Ghilfuccio, Tomaso, Orso, Leone.

En aquel instante entró la hortelana.

—¿Y qué? — preguntó Colomba con la mayor tranquilidad —. ¿Ha muerto o ha sido tan sólo un desvanecimiento?

—No ha sido nada, señorita; pero es raro el efecto que le ha producido su presencia.

—¿Y dice el médico que no durará mucho?

—Ni dos meses tan siquiera.

—No será una gran pérdida — comentó Colomba.

—¿De quién demonios hablan? — interrogó intrigado el coronel.

—De un enfermo corso que se halla aquí — respondió Colomba con calma —. Trataré de interesarme de cuando en cuando por él... Señor coronel, no se coma usted todas las fresas: deje algunas para Lydia y mi hermano.

La hortelana, entretanto, miraba con expresión de asombro a Colomba, y cuando vió que ésta se alejaba de la alquería, le dijo a su hija:

—¿Ves esa señorita tan hermosa? Pues cada vez que acierte a pasar por tu lado santíguate. Estoy firmemente convencida de que hace mal del ojo.

FIN DE "COLOMBA"

Aquí le contestamos

En esta sección contestaremos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

FERNANDO ANGELL DE LAMA, *Lima, Perú* y CL. MÜLLER, *Capital*. — El encabezamiento de esta sección aclara el alcance de nuestras relaciones con los colaboradores espontáneos. Envíen no obstante, si lo desean, sus escritos, aunque les anticipamos que, por el momento, tenemos exceso de originales.

F. AZEV, *Capital*. — Como usted habrá podido observar, se han tomado ya disposiciones definitivas con respecto a las acertadas sugestiones que nos formula.

M. A. ROQUE ROJO, *Capital*. — 1º Se han tomado ya medidas tendientes a resolver el asunto que usted nos menciona en su carta. 2º. Su pregunta es un tanto confusa. Vuelva a escribirnos aclarando si se trata de manchas o de escritura, y la clase de género o de papel empleado, según el caso.

M. P., *Bahía Blanca*. — 1º: Para obtener un buen jabón para lavar, se recomienda la siguiente fórmula: sebo, 1,5 kilos; sal sosa, 1,5 kilos; resina, 56 kilos; cal en terrones, 28 kilos; aceite de palma, 480 grs.; agua, 225 litros. Se echa la cal con la sosa y el agua en una caldera, donde se hierve batiendo bien la mezcla, después de asentada ésta, se decanta la lejía. En otra cacerola se derrite el cebo con la resina y el aceite, y ya bien caliente también la lejía, se mezclan los dos líquidos, agitando constantemente. 2º: Para hacer tinta de escribir, use esta fórmula: Azul de resorcina, 3 grs., azúcar, 12,5 grs.; ácido oxálico, 65 cg.; agua destilada, 550 cc. Se mezcla el colorante con 30 cc. de agua fría y se deja en reposo durante dos horas, al cabo de las cuales se agrega el resto del agua, bien caliente, y los demás ingredientes, sin dejar de agitar hasta su disolución.

J. B. PAGELLA, *Daireaux*. — Llámanse estearinas los éteres que puede formar el ácido esteárico con la glicerina. De todos ellos, el único que ofrece interés para la industria, por encontrarse en muchas grasas naturales, es la triestearina. Esta se obtiene del sebo, por repetidas extracciones con éter frío, disolución del residuo en éter caliente y subsiguiente cristalización. Artificialmente se obtiene también calentando la glicerina a 275 grados, con un exceso de ácido esteárico.

JOSÉ LÓPEZ, *San Martín*. — Es un tanto dudoso que dé resultados satisfactorios algún método o tratamiento para aumentar la estatura, a la edad que usted declara. No obstante, puede consultar con un médico al respecto. En términos generales, una sesión de gimnasia bien dirigida, y alimentos ricos en calcio, podrían darle buenos resultados.

ANDRÉS NOLIVEA, *Rosario*. — No conocemos ninguna revista que trate exclusivamente de geografía y narraciones de viaje.

MARINO CASCO, *General Madariaga*. — 1º: Para determinar la graduación alcohólica del vino existen tablas especiales, que lo deducen del mosto. Omitimos sus detalles por ser excesivamente largos y complicados y, además, porque no le serían a usted de ninguna utilidad, no siendo fabricante. Para hallar la cantidad de alcohol que contiene el vino, hay que tener en cuenta que 1.000 cc. de alcohol puro a la temperatura de 15º, pesan 794,25 grs. Por consiguiente, para convertir un 14 % de alcohol en peso hallado, en tanto por ciento en volumen, hay que consultar primero el tanto por ciento en gramos, en centímetros cúbicos: 794,25 por $1.000 = 14 \times X$. Este cálculo indica que en 100 grs. de alcohol de 14 % existen 17,63 cc. de alcohol. Pero como este volumen por ciento debe referirse a la cantidad en volumen, se referirá el número hallado a la unidad de volumen. Un litro de alcohol de 14 % en peso, pesa 978,9 grs. Por lo tanto, debe plantearse la proporción: $1.000 \times 978,9 = 17,63 \times X$.

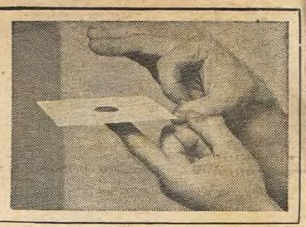


Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

LA MONEDA SOBRE EL DEDO

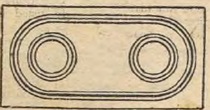
Sobre el índice, puesto casi vertical, de la mano izquierda, se mantiene en equilibrio, en posición horizontal, una tarjeta de cartulina que lleve superpuesta una moneda de veinte o cincuenta centavos. Con el dedo medio de la mano derecha se dará un golpe al borde de la tarjeta, y si se ha logrado que el impulso comunicado no la desvíe de su plano, la tarjeta volará y la moneda quedará en equilibrio sobre el dedo.

Con un poco de práctica se consiguen resultados sorprendentes.



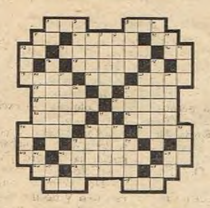
La alfombra del avaro

Un avaro decidió cambiar la alfombra de la sala, tratando de gastar lo menos posible. Dicha sala era cuadrada y tenía el suelo cubierto con dos alfombras iguales a la que representa el dibujo. Cortó cada una de las dos alfombras gemelas en cierto número de pedazos; reunió éstos, y con todos consiguió formar una sola alfombra, cuyo dibujo, absolutamente simétrico, era por completo diferente al de las otras dos. ¿Cómo las cortó?



(La solución en el próximo número)

PROBLEMA DE Palabras cruzadas



HORIZONTALES

1. (Edgard). Apellido de un célebre novelista norteamericano nacido en Boston en 1809.
3. Sujete, amarre.
5. Nota de la escala diatónica.
6. Molusco gasterópodo comestible, de caparazón movible (plural).
10. Consonante doble.
12. Nombre de una divinidad egipcia.
13. Asomar un mineral a la superficie de un terreno.
14. Pronombre personal de segunda persona en ambos géneros y número plural, en dativo o acusativo.
17. Distintos, diferentes.
19. Parte de la costa de Africa, en el golfo de Aden, habitada por los Afar o Danakil.
22. (Eugenio d'). Crítico y filósofo catalán.
23. Primer rey de los hebreos, nacido hacia 1115 antes de Jesucristo.
25. Prevención, apresto.
27. Mamífero roedor pequeño que vive generalmente en los edificios y embarcaciones.
28. Vasija de barro o vidrio de forma cilíndrica.
29. Penetrad un líquido en un cuerpo.
30. Planta liliácea, con hojas largas y carnosas, de las que se extrae un jugo muy amargo, usado en medicina.
32. Provincia de Bolivia, en el departamento de Santa Cruz.
33. Nombre dado a la vasta meseta en Asia entre el Indo, el Tigris, el mar Caspio y el golfo Pérsico.
34. Exactamente divisible por dos.
36. Villa del partido de Padrón, Coruña.
38. Fijado irrevocablemente por la suerte.
40. Voz germana que significa agua.
42. Recogedor de caucho (plural).
43. Símbolo químico.
44. Afirmación.
46. Hacer ruido una cosa.
47. ¡Quiá!
48. El río más largo de Siberia.
49. Poema del género lírico dividido en estrofas iguales.

VERTICALES

1. Río de Italia.
2. En la mitología escandinava, genio que simboliza la tierra, el fuego, etcétera.
3. Partes arqueadas y salientes de las vasijas, que sirven para ser tomadas éstas.
4. Artículo.
5. Hace don.
7. Parada de la tropa que va marchando.
8. Clava, maza, cachiporra.
9. Círculos o anillos rígidos de hierro o madera.
11. Artículo.
12. Uno de los nombres de Cibeles.
15. Substancia dura, seca, soluble, de gusto acre, que se emplea como condimento.
16. Derivar del rumbo.
18. Probaron, vieron, examinaron.
20. Remontar a tal o cual fecha.
21. Mamífero roedor parecido al ratón, que pasa todo el invierno adormecido.
23. Dar sal al ganado.
24. Vasta comarca de Africa (Sudán Central), al este del lago Chad.
26. Eleve sus rezos.
27. Palabra árabe que significa cabo, promontorio.
31. Fastidian, molestan.
33. Se trasladará hacia un sitio determinado.
34. Trozo de madera mucho más largo que grueso.
35. Extraña.
37. Exista, viva.
38. (Yama). Montaña sagrada del Japón.
39. Papagayo.
41. Número uno en los dados.
43. Igual que 43 horizontal.
45. Hija de Inaco, cambiada en vaca por Júpiter y guardada por Argo.
47. Iniciales del nombre y apellido de un ingeniero francés, inventor de un micrófono y precursor de la aviación.

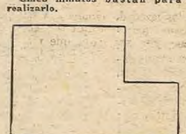
La llave equilibrista

Este sencillo y asombroso experimento sólo requiere una llave y un trozo de papel. Se coloca la llave sobre el papel, cerca del borde de la mesa, tal como lo muestra la fotografía, y el asunto consiste en quitar el papel sin que la llave se caiga. A primera vista parece imposible realizarlo, pero con un poco de práctica el experimentador llegará a hacerlo a la perfección. Todo consiste en humedecerse ligeramente los dedos y con ellos pegar un golpe fuerte y seco sobre la parte saliente del papel. De esta manera la llave no perderá su equilibrio y se habrá conseguido lo propuesto.

EL CUADRADO

He aquí un problema para resolver en pocos minutos. Se trata de cortar dos pedazos de la figura adjunta y colocarlos de tal manera que en el conjunto formen un cuadrado perfecto.

Cinco minutos bastan para realizarlo.



(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LA "FRASE INTERPRETATIVA":

MAS VALE MAÑA QUE FUERZA

DEL "COMPRIMIDO" (NEGOCIO):

TIENDA

DE LA "FRASE INTERPRETATIVA":

ARRIBA LOS CORAZONES

DEL PROBLEMA: "LOS GATOS"

SEIS GATOS BASTAN

DEL PROBLEMA: "EL ABANICO DEL MATEMATICO"

He aquí en qué forma había que plegar el abanico para que resultase lo que pedía el matemático.



DEL "DIALOGO CHARADA":

MALAQUITA

DEL PROBLEMA:

"LOS TRES AMIGOS"

Tomemos uno de los tres amigos: Pedro. Este se dijo: puesto que Pablo se ríe, es porque no sabe que está pintado de negro... Ahora bien, si yo no estuviese pintado, Pablo se sorprendería de ver reír a Juan, puesto que, según él, Juan no tendría que reírse. Pero ya que Pablo no se sorprende de ver reír a Juan, resulta que, a su parecer, Juan se ríe de mí, lo que significa, en consecuencia, que a mí también me han pintado.


PERMANENTES, las más bellas, magníficas y sedosas .... $ 5.-
PERMANENTES autotérmicas .... $ 10.-
PERMANENTES al vapor .... $ 6.-
PERMANENTES al vapor "Roberts" .... $ 8.-
PERMANENTES Radio Termo .... $ 10.-
PERMANENTES impecables e indesrizables
PERMANENTES en todo sentido perfectas
TINTURAS naturales y al aceite .... $ 6.-
MASAJES sistemas Ultra Modernos .... $ 3.-
Depilación, extirpación del vello, estética, baños faciales, puntos negros, etc. Atendida por GUILLERMINA SCHWARTZ
LA ESMERALDA
CASA MATRIZ
PIEDRAS 79 (Casi esquina Avenida de Mayo)
U. T. 34-1019 (Antes Piedras esquina Venezuela)
CASA CENTRAL:
C. PELLEGRINI 425
U. T. 35-6645 y 35-1231
Suc. Centro: LAVALLE 735 U. T. 31-5720
Suc. Flores: RIVADAVIA 7150 U. T. 66-0030
Suc. Once: RIVADAVIA 2579 U. T. 48-2267
Productos de Belleza y Tratamiento GUILLERMINA SCHWARTZ
ACEITE DE FLORES
Preparación a base de bálsamos y aceites de flores; un solo masaje demuestra su bondad en las arrugas, patas de gallo y bolsas de los ojos. Frasco, $ 3.— y $ 5.—
CREMAS DE BELLEZA
Crema N., para cutis resecos y marchitos.
Crema L. Limpieza de la tez y maquillaje.
Crema D., obra como base de polvo.
Creación Guillermina Schwartz, Potes a $ 3,50 y $ 6.—
Al interior contra reembolso.
En venta: Laboratorios LA ESMERALDA, C. Pellegrini 425, Farmacia Franco Inglesa, etc. CONSULTAS sobre Estética y Belleza, diríjase a Guillermina Schwartz, directora del Instituto LA ESMERALDA.



EL PERFUME, ELEMENTO DE ATRACCION





La mujer conoce la importancia del perfume como elemento de atracción. A ello se debe su preferencia por la LOCION ORIGAN de Preal, el perfume femenino que simboliza la esencia misma de la mujer.

LOCION ORIGAN de Preal cautiva con sus mil sugerencias y su aroma distinguido.

A la fiesta elegante, a la confitería de moda, al cine, puede usted ir perfumada con LOCION ORIGAN de Preal, en la seguridad de que su fragancia aristocrática será, en su persona, un motivo más de atracción.

Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías, en varios tamaños, desde $ 0.70.

Inclán 2839/47

Camauër & Cía.

Locion Origan de PREAL

(Destaca su personalidad)